
Jodi McAlister
¿Realidad o ficción?
Un rollo académico
Lit
RBA

Jodi
McAlister

Un rollo académico

Traducción de María Cárcamo

RBA

Índice

Prólogo. Jonah
Noviembre
Capítulo 1. Sadie
Capítulo 2. Jonah
Diciembre
Capítulo 3. Jonah
Capítulo 4. Sadie
Enero
Capítulo 5. Sadie
Capítulo 6. Jonah
Capítulo 7. Sadie
Febrero
Capítulo 8. Sadie
Capítulo 9. Jonah
Capítulo 10. Sadie
Capítulo 11. Sadie
Capítulo 12. Jonah
Capítulo 13. Sadie
Capítulo 14. Jonah
Marzo
Capítulo 15. Sadie
Abril
Capítulo 16. Jonah
Mayo
Capítulo 17. Sadie
Junio
Capítulo 18. Sadie
Capítulo 19. Jonah
Capítulo 20. Sadie

Julio
Capítulo 21. Jonah
Capítulo 22. Sadie
Capítulo 23. Jonah
Octubre
Epílogo. Sadie
Notas

Título original inglés: *An Academic Affair*.
© del texto: Jodi McAlister, 2025.
© de la traducción: María Cárcamo Ramos, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: septiembre de 2025

REF.: OBDO570
ISBN: 978-84-1098-434-9

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.



Prólogo

Jonah

En mis quince años de batalla con Sadie Shaw, solo hemos tenido seis treguas.

Las cinco primeras, las rompimos.

Tregua n.^{0} 1: segundo año de universidad

Hace trece años

El jefe de Departamento de Literatura de los siglos xviii y xix tomó dos decisiones pedagógicas que el Jonah del futuro, que se dedicaría a dar clase, encontraría increíblemente fascinantes por su sadismo:

1) El trabajo grupal era la mejor forma de evaluar el entendi-miento individual de los alumnos sobre la literatura libertina.
2) Emparejar a los dos alumnos que, desde que se conocieron hace año y medio, se han pasado todas las clases discutiendo llevaría a unos resultados excelentes.[1]

—Tregua, Fisher —dijo la Sadie de diecinueve años, con el cabello pelirrojo cubriéndole los hombros mientras se acercaba a mí—. La nota que saquemos en este trabajo es más importante que aguantarte.

Me ofreció una mano para que se la estrechara.

Me quedé mirándola.

—¿Y bien? —preguntó.

—Está bien. Tregua, Shaw —respondí—. La nota es lo más importante.

Le di un apretón de manos. Tenía la piel suave, como me había imaginado, pero su agarre era seguro, asertivo, certero.

El mío no.

Me encantaba discutir con Sadie en clase. Siempre tenía una respuesta para todo, fuera lo que fuera; a veces, una completamente inesperada. Resultaba emocionante.

Era el cuarto semestre de Estudios Literarios de la Universidad Eastern Sydney. Cada semestre, me aseguraba de que estuviéramos en las mismas clases,[2] porque me gustaba muchísimo discutir con ella. Todas las semanas ansiaba que llegaran las horas que pasábamos juntos: esos debates productivos, fructíferos, creativos; la forma en que nuestro compromiso por quedar por encima del otro nos convertía en mejores estudiantes; el brillo en sus ojos cuando me miraba desde el otro lado de la clase; dijera lo que dijera.

Antes de empezar la carrera, me convencí de que no seguiría los pasos de mi padre. No me apetecía nada hacer lo que había hecho mi hermano Elias, no quería convertirme en la secuela del profesor Christian Fisher, académico eminente(mente insoportable). Sí, me encantaba leer. Sí, me encantaba aprender. Sí, hasta iba a hacer el

máster en la ESU, la Unión Angloparlante de Australia, donde trabajaba mi padre. Pero no pensaba ir más allá. Bajo ninguna circunstancia me convertiría en académico, mucho menos si eso significaba parecerme lo más mínimo a él.

Discutir con Sadie cambió mi opinión completamente sobre todo lo que había imaginado para mi futuro.

Pero ella no sentía lo mismo que yo. Para nada.

Sadie Shawn no me soportaba.

Seguramente por eso fui yo quien rompió la primera tregua al entrar en un debate sobre qué marco teórico deberíamos usar para analizar *Las amistades peligrosas*. Fue algo increíblemente inmaduro por mi parte, pero me resultaba mucho más fácil ser desagradable que esforzarme por entender por qué la chica a la que me moría por pedirle que me acompañara a la farsa de la boda de mi hermana Fiona me odiaba tantísimo.[3]

Tregua n.º 2: graduación (universitaria)

Hace diez años

Como a ambos nos gustaba destacar de forma compulsiva, los dos cursamos un doble grado.[4] Para cuando nos graduamos, Sadie y yo nos habíamos pasado cinco años discutiendo.

La tensión había aumentado entre nosotros después de esa primera tregua rota,[5] y fue a más durante el año de preparación del trabajo fin de carrera. Lo que había sido una simple rivalidad se convirtió en una batalla de órdago por la supremacía, porque había algo que ganar.

Sadie y yo nunca lo dijimos en voz alta, pero era evidente que teníamos la misma idea. Ambos íbamos a graduarnos con honores, eso no hacía falta decirlo, pero quien consiguiera la nota media más alta y ganara la medalla universitaria al mérito académico en Estudios Literarios también sería el ganador de… bueno, de nosotros dos.

Pero no habría ganador, ni perdedor, ni un final satisfactorio que nos hiciera apartarnos y enterrar las hostilidades juveniles de dos personas demasiado competitivas hasta para su propio bien, porque conseguimos exactamente la misma nota: en el curso, en las tesis, en todo. Y eso nos convirtió en los primeros dos medallistas de la historia de la universidad.

—¿Podemos ser civilizados hoy, por favor? —le murmuré a Sadie mientras seguíamos la procesión de alumnos hacia el auditorio para la graduación. Todos los demás estaban colocados por orden alfabético para recibir los diplomas, pero nosotros, como habíamos ganado la medalla, teníamos que estar juntos, casi al final—. No me apetece discutir a gritos contigo delante de mis padres.

—Mierda —dijo Sadie—. Voy a tener que tacharlo de mi agenda. Lo había apuntado para aproximadamente la mitad de la ceremonia.

Me quedé mirándola.

Hacía tiempo que ignoraba mis sentimientos hacia ella, pero, a veces, sobre todo cuando llevaba el pelo largo y naranja suelto, como aquel día, ese pelo que destacaba bajo las líneas negras de la toga y el birrete, no podía evitar pensar en lo preciosa que era.

—Por favor. —Eso fue lo más cerca que he estado nunca de admitir la debilidad que siento por ella desde aquel primer e inseguro apretón de manos.

Si se dio cuenta, no insistió en el tema; lo que significa que no se dio cuenta, porque Sadie Shaw siempre insistía en todo.

—Tengo el mismo interés que tú en montar una escenita, Jonah. ¿Crees que me he esforzado tanto para joder este día con alguna discusión estúpida contigo?

Eso me dolió. Nuestras discusiones eran muchas cosas, pero nunca, jamás, estúpidas. Bueno, al menos eso es lo que yo creía.

—Tus padres estarán orgullosos —dije, porque me pareció lo más correcto y civilizado.

—No tengo padres.

Parpadeé.

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. Mi padre era un cabronazo que se largó cuando se puso enferma.

—Lo siento. No lo sabía.

—Cuando digo que me he esforzado mucho por esto, Fisher —dijo Sadie—, no solo me refiero a que me he esforzado por ser mejor que tú.

Su toga rozó la mía cuando nos sentamos.

—Pero mi hermana Chess sí ha venido —añadió—, y decir que está orgullosa se queda muy corto.

Fue Chess la que terminó rompiendo la segunda tregua. Mi padre mostró verbalmente su descontento porque yo no hubiera ganado la medalla al mérito académico, Chess lo escuchó e interpretó su decepción conmigo como un desprecio hacia Sadie,[6] y… en fin, si hubiera habido la más mínima posibilidad de que Sadie y yo mantuviéramos el contacto y hasta de desarrollar algún tipo de amistad, la escena increíblemente embarazosa que montaron acabó con ella.

Tregua n.º 3: la casa compartida

Hace ocho años

Tomamos caminos diferentes tras la graduación. Yo me quedé en la universidad y me metí de lleno en el doctorado. Sadie se marchó y se adentró en el mundo real para ganar dinero.

Uno de los grandes placeres que encontraba en la universidad se desvaneció al darme cuenta de que ella ya no estaba allí. No volví a conocer a ningún otro compañero con quien discutir. Intelectualmente, la echaba muchísimo de menos.

Pero también me alegré, porque sin ella allí, consiguiendo estar en desacuerdo conmigo de una forma distinta cada día, por fin pude ignorar de verdad mis sentimientos.

Claro, sí, de vez en cuando[7] me despertaba en plena noche con sudores fríos, paralizado por la ansiedad, por alguna estupidez que le hubiera dicho.

Y, sí, puede que hubiera escrito «totalmente representado» en los márgenes de mi ejemplar maltrecho de *Orgullo y prejuicio* junto a la frase: «Sé que probablemente no debería volver a verlo, pero no puedo soportar la idea de que esté vivo en el mundo pensando mal de mí».

Aunque, por lo general, no pensaba en Sadie Shaw, y esperaba que, estuviera donde estuviese, haciendo lo que hiciese, ella tampoco pensara en mí. Prefería eso a que me odiara.

Por salir de casa de mis padres, me mudé con mi nueva novia, pero fue demasiado pronto. Era doctoranda de Comunicación Audiovisual y la conocí en un máster mixto. Sin embargo, aproximadamente a los dieciocho meses de relación, cuando empezó

a decir cosas como «matrimonio», o «hijos» o «¿porque nunca me dices que me quieres, Jonah?», me di cuenta de que había cometido un terrible error, rompí con ella antes de provocar más daños y me vi buscando un sitio en el que vivir.

Después de ver un montón de sitios verdaderamente horrendos y salvajemente caros,[8] encontré la perfecta casa para compartir. No estaba demasiado lejos del campus y era enorme: seis habitaciones, tres baños, con una cocina amplia en la que me imaginaba cocinando, y un jardín muy grande con un porche cubierto que sería perfecto para estudiar las tardes soleadas. Además, era barata porque vivían otros estudiantes de máster e investigadores. La pareja que me hizo la entrevista (Van: Sociología; Annie: Filosofía) me dijo que había siete personas viviendo en cuatro habitaciones y que querían aumentar el número alquilando las otras dos.

Si se te da bien llevar el hilo de las historias, me imagino que ya supondrás hacia dónde va esto, pero no suelo contar con que mi vida estancada, aburrida y tranquila siga las reglas de la narrativa, así que imagínate mi sorpresa cuando aparezco el día de la mudanza, cargado con el peso de todas las antologías Norton, y me encuentro a Sadie en el pasillo, con el pelo naranja recogido pero despeinado y el cuello sudoroso, metiendo también sus cosas.

Ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a la casa. No con esa cocina, ni con ese jardín, y mucho menos teniendo en cuenta el desastroso mercado del alquiler de Sídney.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vuelva a casa de la mujer a la que le acabo de romper el corazón? —pregunté—. Venga ya, Shaw.

—Oh, sí, estoy segura de que tiene el corazón hecho añicos después de haber perdido a un príncipe como tú, Fisher —respondió

Sadie—. ¿Y qué hay de los ricachones de tus padres?

—Preferiría vivir con tu hermana.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que la única vez que la he visto, tu hermana gritó que yo no era más que un imbécil privilegiado que venía de una familia de imbéciles privilegiados, y, aun así, preferiría vivir con ella que con mis padres. Aunque estoy convencido de que ella preferiría vivir contigo, así que ¿por qué no te vas con ella y yo me quedo aquí?

—No.

—¿Por qué no?

—Mmm, no sé… ¿Porque es una abogada treintañera que no quiere que su hermana pequeña siga chupando del bote? —Sadie se cruzó de brazos—. Te diría que te mudaras con tus hermanos, pero tienes una cara de hijo único que no puedes con ella.

—Hala, ¿Sadie Shaw sacando conclusiones basadas en pruebas insustanciales? Soy el pequeño de tres hermanos. Tengo un hermano y una hermana.

—Enhorabuena, puedes irte a vivir con ellos.

Estuvimos así un buen rato. Mucho rato. Menos mal que era por la mañana y la mayoría de nuestros compañeros estaban en el campus, porque, si nos hubieran escuchado, no me cabe duda de que nos habrían pedido a los dos que nos largáramos.

Pero, al final, llegamos al único acuerdo posible para dos personas tan cabezotas como nosotros.

—La casa es muy grande —dijo Sadie—. ¿Aceptarías no cruzarte conmigo?

Estreché su mano extendida.

—Si tú aceptas no cruzarte conmigo.

Había cambiado con los años, su estilo había evolucionado, tenía más pecas en la cara, pero el apretón de manos seguía siendo igual de seguro que siempre.

Se me entrecortó la respiración.

Me vi con la esperanza, de una forma muy muy poco sana emocionalmente, de que, lejos de no cruzarse conmigo, se me lanzara a los brazos. Que fuera ella la que rompiera esa tercera tregua una y otra vez.

—Ya me puedes soltar la mano, Jonah —dijo Sadie—. No me vas a intimidar intentando triturarme los huesos.[9]

Tregua n.º 4: graduación (posgrado)

Hace cuatro años

Sadie se mudó a la casa compartida porque había empezado un doctorado y quería estar cerca del campus. Yo había comenzado el mío dieciocho meses antes, pero, al estar a tiempo parcial y tomarme luego un descanso de un año para un trabajo muy prestigioso, pero muy demandante (y desmoralizador), como asistente de investigación,[10] ella me alcanzó bastante rápido.

Eso significaba dos cosas:

1) Estábamos compitiendo constantemente: por la concesión de fondos internos, por dar clases, por las evaluaciones, por las oportunidades de colaboración en investigaciones; literalmente, por todo.
2) Una vez más (inevitable, en realidad) nos graduamos en la misma ceremonia.

—Fisher, sé que intentamos esto la última vez y que salió fatal —dijo Sadie cuando estábamos los dos delante del espejo, con las

togas, antes de la ceremonia, con los voluntarios de un lado a otro, comprobando que las capuchas de satén de nuestras togas caían correctamente—, pero ¿podemos estar tranquilos hoy?

—¿Te refieres a que voy a tener que renunciar a mi plan de levantarme cuando digan tu nombre y gritar que me opongo como si fuera el señor Briggs en la boda de Jane y Rochester? —respondí—. Vaya por Dios.

Sadie puso los ojos en blanco.

—Me conformo con que evites que tu padre proclame que hay algún impedimento.

Estaba siendo sarcástica, pero sus preocupaciones no eran del todo injustificadas. Mi padre había dejado muy claro que no tenía ningún respeto por el área de investigación de Sadie, que era la ficción popular. Temía que apareciera en sus seminarios de investigación casi tanto como cuando aparecía en los míos. El profesor Christian Fisher era el rey indiscutible de los «esto es más un comentario que una pregunta» pasivo-agresivos.

—Si te sirve de consuelo, tiene más gente con la que comportarse como un gilipollas hoy —dije—. Mis hermanos han venido para la ceremonia. Estará muy ocupado metiéndose con mi hermano Elias por no tener todavía un trabajo fijo, y con mi hermana Fiona por el cambio radical de «tres-doctorados-por-tres-niños».

Sadie me miró extrañada.

—¿Qué?

—O sea, que admites que tu padre es un gilipollas.

—Claro que admito que mi padre es un gilipollas. Tengo ojos en la cara. Y oídos. Y el recuerdo de crecer bajo su techo.

—Aun así, nunca has dicho absolutamente nada cuando se ha metido conmigo —dijo Sadie.

—¿Y que parezca que necesitas un caballero armado que luche tus batallas? Claro que nunca he dicho nada.

Sadie puso una cara que no supe interpretar: levantó una ceja, retorció los labios… pero no dijo nada.

—En fin —dije—, tú te las apañas de maravilla contra él, Shaw. No necesitas mi ayuda.

Me puse el gorro del doctorado. Me apretaba las patillas de las gafas detrás de las orejas.

—¿Tu hermana se va a oponer cuando lean mi nombre?

—Chess me ha prometido que se va a portar muy bien.

—O sea, que hay un cincuenta por ciento de probabilidades.

—Más o menos, sí. —Sadie se puso su gorro.

Luego, para mi sorpresa, se le suavizó un poco la expresión.

—Me gusta que en el doctorado no se pueda ganar a nadie —dijo —. No hay, no sé, un megadoctorado. Ni un cinturón de la competición académica definitiva. Hoy no. Es esto y ya.

Me miró a los ojos en el espejo mientras señalaba nuestra ropa.

—Puede que hoy sea el primer día de toda nuestra carrera que ninguno de los dos necesita intentar ganar.

«Habla por ti», quería decir la parte de mí que se había criado en la mesa de la familia Fisher. «No seas autocomplaciente».

Pero ahora era un adulto.

—Enhorabuena, doctora Shaw —dije.

Sadie me sonrió.

No era la primera vez que me sonreía. Lo había hecho muchas veces. Una sonrisa depredadora que decía: «He preparado una

trampa y tú has caído de lleno, idiota».

Sin embargo, era la primera vez que me sonría así: abierta y espontáneamente, con calidez.

—Enhorabuena, doctor Fisher.

Tenía la borla del birrete enredada en el pelo. ¿Qué pasaría si la desenredara?, me pregunté mientras doblaba los dedos.

Después de la ceremonia, con los diplomas en la mano, mi mirada se encontró con la de la recién nombrada doctora Sadie Shaw en el aperitivo.

Ella me levantó la copa. Yo le levanté la mía.

—¡Jonah, presta atención! —me regañó mi padre—. ¡Estoy intentando que socialices!

Se detuvo delante del jefe del Departamento de Humanidades de otra de las universidades de Sídney, un hombre con un inmenso poder en las contrataciones.

Vi que la expresión de Sadie cambió.

Su hermana apareció detrás de ella y le dijo algo al oído. Sadie le respondió. Los ojos de Chess se movieron hacia mí; el veneno que había en ellos era inconfundible. «Capullo privilegiado que viene de una familia de capullos privilegiados», la escuché gritar.

Aparté la mirada.

Al día siguiente, cuando Sadie y yo nos encontramos en la cocina de la casa compartida, todo era como había sido siempre, solo que ahora éramos la doctora Shaw y el doctor Fisher, en lugar de la señora y el señor.

Tregua n.^{0} 5: primero de Literatura

Hace dos años

Aquí va un consejo sobre el mundo académico: si lo que te interesa es tener un trabajo seguro y estable con posibilidades de obtener un ascenso que te ayude a sobrevivir, no te dediques a esto.[11] El año que Sadie y yo nos graduamos, se publicaron un total de cinco trabajos fijos a jornada completa en Estudios Literarios, en todo el país. Al año siguiente, tres. Al siguiente, cuatro.

Mientras solicitábamos frenéticamente todos esos puestos de trabajo, Sadie y yo nos dejábamos el lomo trabajando en ese enorme y amorfo cuerpo de académicos llamado «los precarios».[12] Nos ganábamos la vida con tantos trabajos esporádicos de profesores como universidades quisieran dárnoslos, compitiendo con frecuencia por las mismas horas escasas, volviendo a solicitar el mismo puesto semestre tras semestre. Antes de graduarnos, la beca del doctorado nos proporcionaba una red de seguridad.[13] Después, conseguir algún trabajo temporal era, literalmente, una cuestión de supervivencia. En la ESU, nuestra reputación nos precedía, así que siempre nos contrataban para dar clases en departamentos diferentes. Pero otras universidades de Sídney, sin embargo, no tenían ni idea de nuestra larga enemistad, y por eso la Bass University nos contrató accidentalmente para ser los dos profesores de las asignaturas más importantes del primer año del Departamento de Estudios Literarios.

Fue algo bastante importante. El personal interino no solía tener la oportunidad de dar clase, y mucho menos a tantos alumnos, pero al jefe de departamento le concedieron una beca enorme y redujo sus clases durante varios años. A Sadie y a mí nos contrataron para dar tres asignaturas cada uno y dividir las lecciones por la mitad.

—Este sueldo es demasiado bueno como para que la fastidiemos discutiendo —dije cuando nos sentamos en la mesa de la cocina de la casa compartida para organizar cómo íbamos a trabajar—. ¿Podemos ser profesionales?

—Primero: no seas condescendiente conmigo —dijo Sadie—. Segundo: siempre soy profesional. Eres tú el que siempre empieza las discusiones.

—Eso no es así y lo sabes.

—Lo que tú digas, Fisher. Alternemos las semanas de las clases. Yo cojo las semanas impares; tú, las pares.

—Está bien.

Ese plan podría haber funcionado si no tuviéramos que acudir a las clases del otro para mantener la continuidad del contenido. A Sadie no le gustó la forma en la que estructuré *Prometeo encadenado*, de Esquilo, en mi semana dos de clase, así que al principio de su clase en la semana tres, que se suponía que debía de tratar *Frankenstein*, metió una sección titulada: «Prometeo encadenado: una perspectiva alternativa». Yo contraataqué en la cuarta semana con «Otra mirada a Frankenstein», y así seguimos, incumpliendo la quinta tregua, semana tras semana.

Sin embargo, aunque parezca mentira, nuestro continuo incumplimiento de la tregua llevó a unas evaluaciones de los alumnos increíblemente buenas. Podrían ser bastante crueles en las encuestas de satisfacción, pero a nosotros nos pusieron por las nubes. «¿Sería muy raro decir que he aprendido más del desacuerdo entre la profesora Shaw y el profesor Fisher que con cualquier otra cosa?», escribió un alumno.

«Lo que más me ha gustado ha sido observar a Sadie durante las clases de Jonah», escribió otro. «Estaba prácticamente temblando por las ganas que tenía de rebatirle. Me quedé con las ganas de verla hacer una entrada triunfal con música, como en una competición de lucha libre».

Nos volvieron a contratar para dar juntos la clase de primero de Literatura[14] durante los siguientes dos años, mientras el jefe del departamento estaba en una estancia de investigación; una oportunidad muy lucrativa en el despiadado mundo de la precariedad. Mi padre me había advertido en repetidas ocasiones de que mi contienda con Sadie podría limitar mis oportunidades profesionales. «No es bueno que se asocie tu nombre de ninguna forma con ese tipo de académicas», me repetía furioso una y otra vez; pero resultó que, contra cualquier pronóstico, no lo sabía todo.

Tregua n.º 6

Actualidad

Estábamos terminando el tercer y último año de las clases de primero de Literatura, por lo que estaban a punto de volver a lanzarnos de cabeza a la interminable pelea a muerte por cualquier trabajo que era el mundo académico… cuando ocurrió el sexto alto el fuego.

Era el último día de octubre, es decir, mi trigésimo segundo cumpleaños. Mi padre me había llamado por la mañana para decirme[15] que él y mi madre me recogerían a las siete para ir a cenar.

—Y cuando digo a las siete, es a las siete, Jonah —dijo—. No tenemos tiempo para que llegues tarde.

Yo tenía que ir a una reunión del sindicato bastante importante, pero no tenía sentido discutir con el hombre que me enseñó a discutir.

—Sí, papá.

Ya estaba listo y esperando en el salón a las siete menos cuarto, ajustándome los puños de la camisa, cuando Sadie llegó a casa.

—¿Adónde vas? —preguntó mirándome mientras colgaba las llaves en el gancho marcado con una S junto a la puerta—. Parece que le vas a dar un codazo a algún campesino para subir a un bote salvavidas del Titanic.

—No es tu mejor insulto. Demasiado fácil. ¿Qué tal ha ido la reunión del sindicato?

—Si te hubieras molestado en aparecer, en lugar de arreglarte para ir a oprimir a la clase obrera, lo sabrías.

—Shaw.

—Pues ha ido como todos sabíamos que iba a ir —dijo en un tono ligero, aunque se le notaba la tensión en la mandíbula—. Más recortes. Los interinos son los primeros en caer. Un futuro brillante de desempleo para todos nosotros, y ante lo que el sindicato no va a poder hacer nada. ¿Qué es tan importante que no has podido venir a escuchar las buenas noticias tú mismo? —Hizo un gesto a mi traje —. ¿Una cita?

—Ja, ja. Cena de cumpleaños con mis padres.

Sadie puso los ojos en blanco: puede que por el motivo por el que no fui a la reunión o quizá fuera un acto reflejo al escuchar el nombre de mi padre. Probablemente, por las dos cosas.

—Feliz cumpleaños.

Antes de que me diera tiempo a analizar que había una buena intención debajo de su expresión, ya había desaparecido por el pasillo.

Y, seamos sinceros: no era una intención tan buena. «Feliz cumpleaños» no es una frase en la que haya que esforzarse. Es básicamente una frase hecha, supeditada a un eco distante de significado que prácticamente no significa nada.

Fue lo más agradable que me dijeron en toda la noche.



—¿Jonah?

Levanté la mirada de la mesa de la cocina sumida en la oscuridad. Me había quitado las gafas, así que la silueta de Sadie de pie en el vano de la puerta estaba borrosa. Estaba retroiluminada por la luz del pasillo, en pijama,[16] el pelo recogido en un moño inclinado hacia la izquierda, con una taza de té ridículamente grande con una cita de C. S. Lewis en un lado que decía: «Nunca puedes tomar una taza de té lo suficientemente grande o leer un libro lo suficientemente largo para mi gusto».

—No me hagas caso. —Volví a apoyar la frente en los brazos cruzados.

Oí sus pasos arrastrándose por el suelo de la cocina. Abrió el grifo. Escuché un clic cuando encendió el hervidor de agua, y luego se puso a buscar una bolsita de té.

—Tienes una habitación; lo sabes, ¿no?

Hice un ruido vago.

—A no ser que estés tan arruinado que la hayas subalquilado. Algo que deberías haber acordado con los demás.

El hervidor de agua empezó a sonar.

—Y si estás tan arruinado, estoy segura de que tus padres…

—Cállate.

Mi tono sonó severo, casi agresivo, pero, cuando levanté la cabeza, Sadie solo arqueó una ceja.

—La cena de cumpleaños ha ido bien, ¿eh?

Volví a agachar la cabeza.

Hubo un susurro delicado cuando se sirvió el agua en la taza, luego un golpe seco cuando la soltó en la mesa de la cocina.

—¿Estás bien?

Volví a levantar la cabeza.

Ella estaba de pie, agarrada al respaldo de una silla. Con la luz tenue, parecía sacada de una antigua película en blanco y negro, con el pelo, los ojos y la ropa oscuros contra la piel pálida, con poca resolución por mi mala vista.

—No —dije.

—¿Quieres un té? Todavía queda de esa infusión repugnante de jengibre que tanto te gusta.

—No, gracias.

Hizo una pausa.

—¿Quieres hablar del tema?

«No», debería haber dicho. Me había pasado quince años esforzándome por no mostrar debilidad delante de esta mujer. En ese momento, no tenía armadura, carecía de defensas. No era nada más que una herida abierta.

—Mi familia es venenosa —dije—. Yo soy venenoso.

Ella parpadeó.

—Puedes decir: «Te lo dije» —añadí amargamente.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, Sadie se sentó enfrente de mí.

—Sé que dedico la mejor parte de mi vida a ser una zorra contigo, pero espero que no pienses que soy tan mala.

—No es una cuestión de bien o mal. Es una cuestión de preciso e impreciso. Y, en este caso, «te lo dije» sería increíblemente preciso.

—Jonah, ¿qué ha pasado?

Suspiré y me volví a poner las gafas.

—Es mi hermana.

—¿La que sufrió la ira de tu padre al atreverse a no hacer un doctorado?

Me quedé mirándola. ¿Cómo era posible que se acordara de eso?

—Te escucho cuando hablas, Fisher —dijo Sadie—. ¿Cómo voy a desmantelar sino tus argumentos?

Joder. Su cabeza era una puta trampa de acero.

—Sí. Fiona.

Me levanté porque la intimidad de estar sentado frente a ella me abrumó.

—Al llegar al restaurante esta noche, mi padre se ha pasado diez minutos discutiendo con el sumiller por el vino. —Busqué mi infusión de jengibre en el armario, llené el hervidor y lo encendí—. Luego ha estado otros cinco minutos haciéndole un *mansplaining* a mi madre sobre por qué no debería pedir a la carta y por qué debíamos pedir el menú degustación. Y después, justo cuando el camarero estaba sirviendo el vino, mi padre mencionó como si nada que el gilipollas

del marido de Fiona, Matt, la había dejado por su otra familia secreta y que se niega a pagarle la manutención.

Había sido una forma muy educada de decirlo, muy eufemístico, muy amable. «Espero que tengas buenas perspectivas laborales, Johan», había dicho mi padre mientras giraba el vino en su copa. Lo probó y puso una mueca, pero finalmente asintió al camarero. «Ahora que Fiona ha arruinado su vida y ha vuelto para pedirnos dinero, no vamos a poder ser tu red si te caes».

«¿A qué te refieres?», había preguntado yo con la boca seca de repente. «¿Qué le ha pasado a Fiona?».

—Ay, Jonah —dijo Sadie.

—Fi no tenía ni idea. —El hervidor empezó a pitar—. No sabía que pasaba algo. Matt se sentó con ella un día y le dijo: «Sorpresa, mi banco de inversiones no necesita que vaya todas las semanas a Melbourne, tengo otra familia y otra mujer y otros hijos allí, y ellos me gustan más, chao».

«Es que no entiendo cómo no pudo darse cuenta», había dicho mi padre, después de interrumpir a mi madre unas doce veces mientras intentaba, con bastante más delicadeza, resumirme la historia. «Sé que Fiona nunca fue la más brillante, pero no creo que sea tan difícil darse cuenta de estas cosas».

—Menudo gilipollas —dijo Sadie.

Me atragante con un sonido que era entre una risa y un sollozo, mientras hervía el agua.

—Gracias por ser la primera persona que reaccionada de forma coherente ante la situación.

—¿De qué otra forma se puede reaccionar? —Se levantó, me quitó el hervidor de mis temblorosas manos y me sirvió el agua caliente—.

Pobrecita, tu hermana. ¿Está bien?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ella no me ha dicho nada. —Le cogí la taza de las manos y la dejé en la mesa de la cocina, casi derrumbándome en la silla—. Me he enterado de lo que ha pasado por un comentario de pasada de mi padre sobre el dinero. Fi no me ha dicho nada.

Nunca había visto a Sadie Shaw quedarse sin palabras. Para cualquier cosa que le dijera, para cualquier cosa que le dijera cualquiera, siempre tenía una respuesta. Pero parecía que su brillante mente no era capaz de comprender esto.

—He intentado llamar a Fi en cuanto he llegado a casa, pero no me lo ha cogido —dije—. Aunque no me sorprende, supongo. Tiene tres hijes y le dan mucho trabajo. Seguramente esté acostada y agotada.

O eso era lo que yo quería creer. ¿Y si Fiona estaba mirando mi nombre en la pantalla de su teléfono, preocupada porque la llamara para restregárselo? ¿Para decirle que se lo tenía bien merecido?

—¿Y tu hermano? —Sadie volvió a sentarse enfrente de mí—. ¿A él se lo ha dicho?

—Todavía no he podido hablar con él, está con una beca en Alemania, pero no lo creo.

Por lo menos Elias me lo habría dicho si lo hubiera sabido. ¿O no?

Sadie soltó una respiración larga.

—Si alguna vez me pasara algo así, iría a buscar a Chess tan rápido que dejaría marcas en el suelo. ¿Por qué no te lo ha dicho?

—Porque mi familia está completamente jodida, Shaw.

Me pasé la mano por la barba, con la esperanza de que la habitación estuviera lo bastante oscura y mis gafas lo disimularan lo suficiente como para que no viera las lágrimas que se me acumulaban en los ojos.

—Elias, Fiona y yo no somos como tú y tu hermana. No… No estamos… A veces, me das muchísima envidia, ¿lo sabías?

Sadie levantó una ceja.

—Sí, lo sé, he sonado como un pobrecito niño rico. Joder, es que soy un pobrecito niño rico. Pero… ¿Te acuerdas de nuestra primera graduación? ¿Cuando tu hermana empezó a discutir con mi padre?

—Claro que me acuerdo. Me dio tanta vergüenza que pensé que jamás podría volver a mirarte a los ojos.

¿Le había dado vergüenza? Eso era nuevo; y un concepto para el que yo no estaba ni de lejos preparado.

—Pues me diste envidia —dije—. Porque a mis hermanos y a mí nos criaron para discutir entre nosotros, no para pelear por nosotros. No existe ninguna persona en este planeta que pelee por mí como Chess peleó por ti.

Puse los dedos alrededor de la taza.

—Lo primero que aprendí en mi vida fue a discutir —dije—. Mi padre nos lo taladró a los tres. Solíamos jugar a un juego durante la cena: si alguno expresaba algún tipo de opinión, él señalaba a otro y decía: «¡Abogado del diablo!», y no podíamos levantarnos de la mesa hasta terminar de debatir. Discutir era una suerte de deporte familiar.

Le di un sorbo largo a la infusión, pero no ayudó a deshacer el nudo que se me estaba formando en la garganta.

—Fiona era la única que se resistió. Algunas veces, cuando papá la señalaba, simplemente decía que no y se iba. Y a veces intentaba protegerme a mí. Es tres años mayor que yo y…

Tragué para pensar. Yo solo tenía siete años cuando mi padre me quitó mi osito de peluche y me dijo que me lo devolvería cuando hubiera construido un argumento lo bastante persuasivo para defender por qué lo necesitaba. Me quedé desconsolado, pero él permaneció impasible. («Las lágrimas, Jonah —dijo—, no constituyen una presentación de tesis»).

Luego, dos días después, Fiona apareció de repente en mi habitación al final de la noche. «Toma», susurró mientras me tendía mi osito de peluche. «Se lo he robado. Escóndelo mejor que él, ¿vale?».

—Intentó protegerme —repetí—, pero cuando ella necesitó que yo la apoyara, le di la espalda.

—¿Y eso? —preguntó Sadie—. ¿Qué hiciste?

—Digamos que no me pareció nada bien su decisión de casarse.

Me acordaba perfectamente del día que Fiona anunció que dejaba la universidad, se mudaba a Tasmania y se casaba con un hombre mayor. Mi madre, que normalmente era una mujer tranquila y respetuosa, se puso como una loca, le dijo que era una decisión estúpida y corta de miras. Mi padre estuvo de acuerdo con ella, y dijo que esa decisión solo la llevaría al fracaso. Elias solo sacudió la cabeza y dijo: «Venga ya, Fi, no seas idiota».

Luego Fiona me miró a mí.

Estaba cometiendo un gravísimo error. Yo, con dieciocho años y en plena fase de enamoramiento con la universidad, estaba seguro de

ello. Pero había tres personas que le acababan de decir eso. No tenía por qué volver a escucharlo.

Aun así, en lugar de apoyarla, levanté la barbilla, la miré a los ojos y dije: «Explícame por qué esta decisión no es la peor que se ha tomado en la historia de la humanidad».

Fiona se quedó mirándome un buen rato y luego se dio la vuelta y se marchó.

Tampoco es que nos pasáramos los siguientes catorce años enfadados. Fui testigo en su boda. Enviaba regalos en los cumpleaños de les niñes y hablábamos por Zoom de vez en cuando. Pasamos juntos en familia varias Navidades aceptables. Quería a mi hermana.

Pero algo entre Fiona y yo se rompió aquel día, algo que nunca jamás se ha reparado.

—Bueno, parece que tú tenías razón —dijo Sadie—. Teniendo en cuenta cómo ha terminado su matrimonio.

—Pero tener o no razón no es la cuestión.

Sadie parpadeó, claramente sorprendida. Lo que no era nada extraño. Yo tampoco me habría esperado escuchar esa frase saliendo de mi boca.

—Por supuesto que Fi no me ha contado que Matt la ha dejado —dije—. Habrá pensado que no tenía sentido. Que simplemente me reiría y le diría: «Te lo dije», y la habría hecho sentir peor de lo que ya se siente.

Me quité las gafas y me froté los ojos.

—Y cuando pienso que ahora está sola en Hobart —digo con la voz ronca—, tan aislada, sabiendo que todo lo que le dijimos sobre

ese matrimonio era verdad, teniendo que arrastrarse hasta el gilipollas de mi padre para pedirle dinero para cuidar a sus hijes…

Me tuve que callar. El nudo en la garganta era tan grande que casi tenía náuseas. Me ardían los ojos con todas las lágrimas que estaba intentando no derramar. Estaba a punto de derrumbarme.

Y Sadie Shaw, ¿la mujer que había dedicado la mejor parte de su vida a joderme?

Este encanto de mujer tan solo se reclinó en su silla, con los ojos clavados en mí, y, con un tono de voz tan seco como el desierto, dijo:

—O sea, que no ha sido el mejor cumpleaños de tu vida.

Solté una risa tan repentina que me sorprendió, como si ella hubiera rebuscado más allá de mi consciencia y hubiera tirado de ella hasta sacarla de mi cuerpo.

—¿Sabes qué? Creo que mis padres ni siquiera se han acordado de decirme feliz… ¿Qué haces?

Sadie estaba de pie, de puntillas para coger una taza del armario que estaba demasiado alto para ella, y luego desapareció en la despensa.

—Nadie debería tener un cumpleaños de mierda, Fisher. Ni siquiera tú.

Salió de la despensa con harina, cacao y azúcar bajo un brazo. La bolsa de harina no estaba bien cerrada y se manchó un poco la camiseta.

—Los huevos que hay en la nevera son tuyos, ¿no? ¿Me das uno?

—¿Para qué?

Se lo tomó como un sí.

—Chess me hacía esto cuando era pequeña cada vez que tenía un día de mierda. Es la personificación de lo barato y alegre. No va a estar a la altura de tus estándares de superchef, pero al menos deberías ser un poquito feliz en tu cumpleaños.

Sadie vertió los ingredientes en la taza, lo mezcló con energía y la metió en el microondas. Las cantidades estaban mal, sin duda, pero me mordí la lengua.

—No hace falta, de verdad —dije.

—Cállate, Jonah. Deja que sea maja contigo, aunque sea un segundo.

—Nunca eres maja conmigo.

—Es tu cumpleaños. Hay una cláusula especial en el tratado.

—¿En serio?

—También hay una cláusula especial para rajar de tu padre. Estaré encantada de hacerlo cuando quieras. Cuando sea.

Me regaló un destello de su brillante sonrisa antes de que el microondas pitara.

—No sé si estará bien hecha, pero no pasa nada —dijo, agitando la taza—. Siempre me ha gustado poco hecha. Con el centro más viscoso.

Dejó la taza y una cuchara delante de mí. Me había hecho una tarta de chocolate a la taza, que sobresalía inclinada hacia la izquierda por el borde, igual que su moño.

El nudo de la garganta se volvió a hinchar. La única persona que había hecho por mí algo remotamente parecido a esto era Fiona.

—Venga, cómetela —dijo Sadie mientras se volvía a sentar, tan esporádicamente como lo haría con cualquiera de los demás

compañeros de piso—. Si estás esperando que te cante el *Cumpleaños feliz*, vas listo.

—Menos mal —conseguí decir—. Te he escuchado cantar en la ducha. No hace falta que me des un concierto privado.

—Serías muy afortunado.

Cogí una cucharada de tarta. Tenía razón con lo de las cantidades de la masa. Había demasiado cacao, demasiado poca azúcar y estaba increíblemente amarga.

—¡Qué rica! —dije—. Gracias.

Sadie se quedó mirándome unos segundos antes de estirarse por encima de la mesa. No me ofreció la mano para que se la estrechara, como había hecho en las demás treguas, sino que la colocó encima de la mía, con la palma cálida contra mis nudillos.

—¿Tregua? —preguntó.

Giré la mano bajo la suya para que se tocaran las palmas, con los dedos ligeramente agarrados alrededor de los suyos.

—Tregua —dije—. Gracias, Sadie. Esta noche… Yo… Gracias por escucharme.

—De nada.

Me apretó la mano con delicadeza, de una forma que pareció que sus dedos estaban cerrándose alrededor de mi corazón.

—Sé que probablemente sea la última persona a la que le pedirías ayuda, teniendo en cuenta nuestro historial, pero si hay algo que pueda hacer por tu hermana… En fin, tengo debilidad por las hermanas.

—Gracias.

Volvió a apretarme los dedos. De pronto, sentí pánico de que me soltara.

—No quiero que sigamos discutiendo, Sadie —dije—. Sé que el mundo académico nos enfrenta continuamente, que nosotros nos enfrentamos continuamente, pero no quiero que lo hagamos más.

Durante un momento muy largo, se quedó en silencio.

—Llevo tanto tiempo discutiendo que no estoy segura de saber cómo dejar de hacerlo —dijo—, pero lo intentaré si tú también lo haces.

Así se forjó nuestra sexta tregua, la que yo pensaba que sería la última. El acuerdo vinculante definitivo entre la doctora Sadie Shaw y el doctor Jonah Fisher. El contrato que jamás incumpliríamos, un final maduro a nuestra rivalidad inmadura, el inicio de algo que se podría convertir algún día en una amistad. Una bandera blanca ondeando. Las armas guardadas.

El empleo se publicó al día siguiente.

Noviembre



Capítulo 1

Sadie

Hice mi tesis doctoral sobre un concepto conocido como «eucatástrofe».

Cuando lo digo, la gente se piensa que me pasé un montón de años de mi vida regodeándome en algo superdeprimente, pero nada más lejos de la realidad. Las eucatástrofes son catástrofes buenas.

El término lo acuñó J. R. R. Tolkien en una ponencia que se llamaba *Sobre los cuentos de hadas*, y que impartió en Escocia en el año 1939. La primera vez que lo leí, me tocó una fibra sensible y nunca ha parado de resonar.

Una eucatástrofe, en palabras de Tolkien, es «una catástrofe buena, el "giro" repentino y alegre». En mis palabras, es el momento de una historia en el que, cuando todo parece perdido, cuando parece que la situación será terrible para siempre y que el único final posible es la miseria y la desesperación, pasa algo bueno.

Mi ejemplo favorito de eucatástrofe está en uno de mis libros preferidos de la infancia. Un bibliotecario escolar con iniciativa me vio a mí, una cría pelirroja desvalida a la que le encantaba leer y

aprender, y me dio *Ana la de las tejas verdes*. Me gustó tanto que lloré cuando tuve que devolverlo, así que Chess, en sus primeros años de adolescencia, rogó, pidió prestado y, finalmente, robó para conseguirme una caja con toda la colección de Ana en la feria del libro del colegio.

Me encantaban y adoraba todos los libros, pero el tercero era mi favorito: *Ana, la de la isla*, en el que Ana se va a la universidad. Casi al final del libro (*spoiler*, lo siento, pero se trata de un libro de 1915) se revela que Gilbert Blythe, el rival de Ana que se convierte en su amigo y termina siendo una especie de ex porque lo rechaza, se está muriendo de fiebre tifoidea.

Y Ana se da cuenta de algo horrible y espantoso: está enamorada de ese hombre… y está a punto de perderlo.

A la mañana siguiente, temiendo lo peor, Ana pregunta temblorosa cómo está Gilbert.

Gilbert está mejor. Ya no tiene fiebre. Al final no va a morirse.

Eucatástrofe.

Recuerdo perfectamente la primera vez que lo leí. Tenía nueve años, estaba sentada en la cama a última hora de la tarde, en la habitación diminuta que compartía con Chess, que tenía catorce. Empecé a llorar cuando Ana descubrió que Gilbert se estaba muriendo, pero intenté no hacer mucho ruido; Chess estaba en su cama, estudiando, y no quería molestarla.

Pero entonces Ana descubrió que Gilbert no iba a morirse y no pude evitarlo: rompí a llorar.

—¿Qué pasa? —Chess apareció a mi lado en un instante, dejando los libros de texto esparcidos por el suelo.

—Nada —sollocé—. Es que… es que… es que es muy…

—¿Es muy qué?

—¡Es muy bonito!

Chess tardó medio segundo en envolverme con sus brazos y un segundo entero en empezar a reírse.

—¡Qué susto me has dado! —dijo—. La próxima vez que empieces a llorar, mándame alguna señal o algo para avisarme de que es solo por un libro.

Tuve que dar muchas explicaciones sólidas, serias y académicas sobre por qué hice la tesis sobre las eucatástrofes, pero el auténtico motivo era que me había pasado desde aquel día persiguiendo esa sensación: el momento de euforia de un alivio; la sensación de que, por una vez, por fin, las cosas saldrían bien; ese rayo de sol colándose en la oscuridad.

Yo había crecido en la oscuridad. Había crecido atrapada. Solo había dos cosas que se interponían entre mí y la lúgubre realidad de tener una madre con una enfermedad terminal, un padre ausente y una pobreza aplastante: mi hermana y mis libros.

Fuera de las páginas de esos libros, no había habido ninguna eucatástrofe para Chess ni para mí, ningún giro alegre repentino. Solo había habido una serie de batallas largas y lentas. La de nuestra madre contra la enfermedad, hasta que murió. La nuestra, contra nuestro padre, hasta que por fin dejó de volver. La de Chess para tener éxito en la abogacía, para asegurarse de que nunca, jamás volviéramos a vivir en la pobreza.

Y la mía, para forjarme una carrera académica, en uno de los sectores más competitivos y despiadados del mundo; y hacerlo con el estudio de los libros que habían sido mi vía de escape, aunque un

gran porcentaje de los académicos de mi campo no les tuvieran ningún tipo de respeto.

Era una batalla que, últimamente, había empezado a aceptar que iba a perder.

Habían pasado seis años desde que me gradué y todavía tenía la sensación de que no estaba avanzando. Había publicado una monografía y muchos artículos y capítulos de libros y, de momento, me las apañaba dando clases suficientes para sobrevivir semestre a semestre, pero seguía atascada y estancándome en la precariedad. No estaba haciendo ningún progreso hacia nada real, sólido, nada que fuera a durar.

Apenas se publicaban empleos académicos fijos de Estudios Literarios, pero cada vez que aparecía uno, lo solicitaba. Solo conseguí una entrevista. Pensaba que había ido bien, pero, cuando recibí el correo electrónico de rechazo, una frase me llamó enseguida la atención: «Su investigación sobre la ficción popular, pese a estar muy bien desarrollada, no encaja con nuestro programa actual». Puede que fuera una buena académica, brillante, incluso; pero daba igual si nadie respetaba mi objeto de estudio.

Seguí caminando hacia delante. Si hay algo que jamás conseguí aprender fue a rendirme.

Pero daba igual cuánto me esforzara, cuánto peleara, daba igual de cuántas campañas sindicales formara parte, cada vez tenía más claro que me encontraba en una marcha interminable. No había ofertas de empleo en las universidades. Al contrario, todas estaban menguando sus plantillas, y los académicos interinos como yo siempre eran los primeros sacrificados. Podía lanzarme de cabeza al

peñasco todo lo que quisiera, pero no iba a poder evitar que me devolviera el golpe.

Acababa de aceptar que se había terminado, que, pese a todos los años y años que había invertido en la academia, iba a tener que buscarme otra trayectoria profesional…

Y entonces publicaron la oferta.

El corazón me dio un pequeño vuelco al ver el anuncio en el resumen de la lista de correo de ofertas de la universidad: «Universidad de Lyons, profesor de Estudios Literarios, nivel B, fijo, jornada completa». Tenía demasiada experiencia y estaba demasiado cansada como para albergar muchas esperanzas.

Pero entonces, cuando vi las especialidades que buscaban, me arroyó una ola de alegría cegadora. «El candidato perfecto debe tener experiencia en una o más de las siguientes áreas: literatura modernista, teatro de principios de la era moderna, ficción popular».

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Parpadeé para comprobar que no había leído mal, que no era una alucinación provocada por unos pensamientos esperanzadores.

Ficción popular.

Se me escapó el sollozo antes de que me diera tiempo a taparme la boca, un sonido fuerte, ahogado y bochornosamente agudo. Cogí un cojín de la cama y me lo aplasté contra la cara para que ninguno de mis compañeros de piso se enterara de mi crisis nerviosa.

Hay una frase de *Sobre los cuentos de hadas* que me gusta tanto que me la tatué en el pie. Las eucatástrofes, escribe Tolkien, nos dan un destello de alegría tan potente que resulta legendario: «Una alegría más allá de los muros del mundo, tan conmovedora como el duelo».

A veces, aunque parezca de todo menos cierto, Gilbert Blythe no muere.

A veces, el anuncio del empleo de tus sueños quiere a alguien con tu especialización irónicamente impopular.

A veces, contra todo pronóstico, pasa algo bueno.



Tardé un rato en recomponerme de ese primer momento de esperanza eufórica, pero, al final, respiré hondo varias veces y volví a sentarme delante del portátil, repitiéndome una y otra vez que fuera prudente. Puede que el anuncio pidiera a un especialista en ficción popular, pero yo no era ni mucho menos la única en ese campo. Seguramente, hubiera alguna otra Sadie sentada en otra habitación en otra casa compartida, gritándole a su cojín al pensar en la posibilidad de que su sueño no hubiera acabado.

Hay otra palabra acuñada por Tolkien en *Sobre los cuentos de hadas*: discatástrofe. Esa sí significa lo que parece. Si una eucatástrofe es una catástrofe buena, discatástrofe es la mala.

La primera insinuación de discatástrofe llegó cuando ubiqué la Universidad de Lyons: estaba en Hobart. Si conseguía este trabajo, tendría que irme de Sídney.

Pero no me importaba. Siempre supe que, si quería un trabajo fijo en el mundo académico, seguramente tuviera que mudarme. Y tampoco había gran cosa que me atara aquí. Tenía amigos, sí, pero trabajaba tanto que esos vínculos eran un poco débiles, aunque viviera en la misma casa que la gran mayoría de ellos. En realidad, la

única persona de mi vida sin la que no podría vivir era Chess, y ella tenía dinero. Podía venir a visitarme cuando quisiera.

Aun así, la idea de mudarme me dolía más de lo que pensaba. Me froté el pecho con la mirada ausente.

Volví a leer los requisitos. Doctorado en una disciplina relevante: sí. Historial de enseñanza impecable, incluido el diseño del currículo: sí. Un historial sólido de publicaciones: sí. (Intenté combatir el prejuicio contra los estudios de ficción popular tomándome muy en serio la máxima académica de «publica o morirás»).

«Experiencia en una o más de las siguientes áreas: literatura modernista, teatro de principios de la era moderna, ficción popular».

Seguía ahí. Todavía aparecía «ficción popular».

Pero me había emocionado tanto por eso, atraída automáticamente por esas palabras, que no había procesado las demás especializaciones.

«Teatro de principios de la era moderna». El campo de investigación de mi némesis. El hombre con el que precisamente anoche acordé dejar de discutir.



Al doctor Jonah Fisher le debía más de lo que nunca jamás admitiré. Había varios motivos: para empezar, orgullo, pero sobre todo era porque mi deuda con él no se basaba en nada de lo que él hubiera hecho por mí, exactamente, sino lo que pretendía. Lo que «Fisher» representaba en la gran narrativa del universo de Sadie Shaw.

Es muy difícil librar una batalla si tu enemigo es amorfo y no tiene nombre ni cara. No puedes derrotar algo que no ves.

Y cuando, en una clase de poesía del primer año, un chico con el pelo oscuro despeinado, gafas de pasta y un intento de barba no estuvo de acuerdo con mi lectura de *A Joanna*, de Wordsworth, y no reculó ni un poco cuando le respondí, se convirtió en la cara de mi enemigo.

«Ugh», me dijo Chess, girando el ventilador hacia mí en nuestra raquítica mesa cuando se lo conté aquella noche, ahogándome en aquel zulo diminuto de abuela sin aire acondicionado que compartíamos desde que murió nuestra madre. «Putos niños privilegiados de colegio privado. Son una plaga en la Facultad de Derecho. Se creen que lo saben todo».

«Creo que nunca le han llevado la contraria en su vida», respondí mientras me secaba el sudor de la ceja con el dorso de la mano.

Sin embargo, varios años después, escuchando al profesor Fisher aniquilar a Jonah en una clase del doctorado, me di cuenta de que esa no era, ni por asomo, la lectura correcta de la dinámica de su familia.

Pero los símbolos eran poderosos. Jonah había sido la cara de todo contra lo que yo había luchado durante demasiado tiempo como para cambiar de opinión. Y, además, aunque su padre le llevara la contraria todos los días de su vida, Johan seguía siendo un niño de papá. Desde luego, el profesor Fisher no iba a presentarme a mí, la persona cuya investigación le parecía «engañosa, frívola y sin sentido», a ningún académico veterano que pudiera ofrecerme algún trabajo.

Jonah Fisher era mi vara de medir. Era mi punto de referencia. Si podía seguirle el ritmo, todavía existía la posibilidad de tener un futuro en el mundo académico. El hecho de que él también, con

todo su privilegio, conexiones y áreas de estudios literarios aceptables, todavía estuviera desempleado y viviendo en una casa compartida a los treinta y tantos era una de las pocas cosas que me hacían mantener la esperanza.

Pero Jonah Fisher también era una persona.

No sé exactamente cuándo empecé a dividirlo en dos personas diferentes en mi cabeza, pero se materializó en nuestra graduación del doctorado, cuando me confesó que claro que sabía que su padre era una auténtica pesadilla que había convertido en algo rutinario ser profunda y ofensivamente injusto conmigo, pero que él nunca le había dicho nada porque no quería quitarme autoridad. «En fin, tú te las apañas de maravilla contra él, Shaw», dijo como si nada, mientras se ajustaba la toga doctoral, como si no me estuviera obligando básicamente a reconsiderar su posición en mi universo personal. «No necesitas mi ayuda».

Así que ahora había dos Jonahs. El Jonah de *tweed* y el Jonah de cárdigan.

El Jonah de *tweed* era el símbolo de todo aquello contra lo que yo luchaba. El privilegio institucional de la torre de marfil, determinado a dejarnos fuera a mí y a mi investigación engañosa, frívola, sin sentido e infantil.

Sin embargo, el Jonah del cárdigan era humano. Con el que llevaba años viviendo y quien, pese al hecho de que discutiéramos por todo, puede que no fuera tan malo.

Era con él con quien me senté en la oscuridad de la cocina. La versión menos *tweed* y más extremadamente cárdigan de Jonah que existía. El Jonah que quería a su hermana, la emoción más humana

y con la que yo podía sentirme más identificada. Era con él con quien acepté dejar de discutir.

Sin embargo, ahora había aparecido este empleo, que no podía ser más perfecto para volver a ponernos en contra de una forma más amarga que nunca.



Era muy poco realista por mi parte pensar que él no había visto el anuncio, pero… Bueno, la verdad es que nunca he sido muy aficionada al realismo.

Mi esperanza quedó hecha añicos inmediatamente. Era algo que iba a ocurrir, teniendo en cuenta la cantidad de jóvenes investigadores que vivían en nuestra casa compartida.

—¡Jonah! —dijo Van alegremente mientras el hombre en cuestión entraba en la cocina esa misma noche—. Has visto el anuncio de Lyons, ¿no?

Jonah soltó la cartera y se sirvió un vaso de agua. Tenía que pasar por mi lado, yo estaba en la cocina haciendo la cena, y su manga me rozó ligeramente la oreja al abrir el armario, como un simple susurro.

—Lo he visto, sí.

—Solo han salido tres puestos de Estudios Literarios este año, ¿no?

—Dos —dijimos Jonah y yo a la vez.

Lo miré sin querer. Él debió de tener el mismo reflejo, porque me miró a los ojos y me puso una sonrisa apretada y sin ninguna emoción. Era una sonrisa típica del Jonah de *tweed*, una que me

había puesto un millón de veces, una sonrisa que normalmente significaba: «no hay una forma socialmente apropiada de decir esto ahora mismo, pero, por favor, quiero que sepas que estás equivocada en todo lo que estás diciendo».

—¿Qué te parece la ubicación? —preguntó Van—. Tassie está bastante lejos.

—Yo me mudaría —dije.

—Mi hermana Fiona vive en Hobart —dijo Jonah—. Así que me gustaría mudarme allí, la verdad.

Venga ya.

Y yo que pensaba que había tenido una eucatástrofe. Cuando Jonah vio el anuncio y se dio cuenta de que no solo querían a alguien con su especialización, no solo estaba a cientos de kilómetros del gilipollas de su padre, sino que, además, era en la misma ciudad en la que vivía su hermana (¡su hermana a la que acababan de abandonar, con la que se moría de ganas de arreglar la relación!), debió de morirse de felicidad.

¿Había vivido también un momento de discatástrofe al darse cuenta de que «ficción popular» estaba ahí escondida detrás de «teatro de principios de la era moderna»? ¿Ira? Frustración, quizá, porque su némesis engreída y pelirroja iba a volver a discutir con él, o…

—Creo que se te está quemando, Sadie —dijo Johan.

Quité la sartén del fuego poco antes de que mi cena quedara completamente incomible.

—Que seas mejor cocinero que yo no significa que quiera escuchar tus sermones —dije irritada mientras me servía la comida

en un cuenco y salía de la cocina todo lo rápido que pude, porque no quería mirarlo.

En mi habitación, cogí mi portátil y volví a abrir los requisitos de selección. Di un bocado de mi pollo salteado prácticamente incomible y empecé a evaluarme contra el Jonah de *tweed*.

Doctorado: empatados. Los dos teníamos ese título desde hacía exactamente el mismo tiempo.

Historial de profesorado: probablemente, empatados. Hubo una época en la que el premio se habría inclinado más hacia mí: mi entusiasta acogida de la cultura popular suponía que me había ganado la reputación de «no es una profesora normal, es una profesora guay», pero, después de ver las evaluaciones de los alumnos de primero de Literatura en Bass, entendí que Jonah también tenía su propio atractivo. Puede que yo fuera la guay, pero él, con esas gafas y el pelo oscuro siempre sobre los ojos, y la barba y su colección de jerséis de punto aparentemente interminable, era el arquetípico profesor joven y atractivo de Lengua que poblaba las fantasías de todas las alumnas y alumnos.

Historial de publicaciones: seguramente, también empatados. Yo había publicado más en general, pero él había publicado en revistas más prestigiosas; no es que yo no lo hubiera intentado, pero Shakespeare y sus amigos se vendían con mucha más facilidad a las revistas institucionales que mi trabajo. Si hubiera seguido esforzándose por convertir su doctorado en un monográfico, puede que yo lo hubiera sobrepasado; el mío *La alegría conmovedora como el duelo: la lectura de la ficción popular en tiempos interesantes*, salió justo después de graduarnos, pero el suyo: *No se ha perdido el*

odio entre nosotros: las relaciones en el escenario jacobeo, se publicó hace un año y ya tenía el mismo número de citas que el mío.

No es que lo hubiera comprobado ni nada. Y por supuesto que no tenía activadas las notificaciones de Google Académico.

Experiencia en modernismo, teatro de principios de la era moderna o ficción popular: empatados, obvio.

Seguramente, yo le superara en los requisitos sobre el impacto y las interacciones. Comentaba regularmente en redes sociales posts sobre ficción romántica y de fantasía. Pero él me superaba en los requisitos de las subvenciones. Se tomó un descanso durante el doctorado para completar una asistencia de investigación, cosa que le otorgó un puesto en un equipo que consiguió una subvención nacional importante.

El último requisito era: «Capacidad demostrable para establecer una buena relación laboral con los compañeros».

Ja, ja y más ja.

Bueno, al menos en eso también estábamos empatados.

Me comí el último trozo de pollo quemado. A la hora de la verdad, solo había una cosa en la que no estábamos empatados.

Pero, también a la hora de la verdad… era algo bastante importante.



—No —me dijo Chess la noche siguiente—. No, no, no, no, no. Absolutamente, no, Sadie.

—Pero es su hermana. ¿Cómo voy a ignorar eso?

—No.

Se tragó un bocado de comida; un bocado perfectamente cocinado y sin quemar. Iba dos veces a la semana a casa de Chess al norte de Sídney a cenar, y siempre pedía algo que estaba riquísimo de algún sitio caro.

—No me creo que te lo estés planteando en serio.

—¿Cómo no voy a planteármelo?

Le di un sorbo al vino; también delicioso. La afición de Chess por el vino empezó como una forma de acumular capital cultural para los bufetes pijos para los que trabajaba, pero ahora su afición era genuina.

—¿Cómo me dejaría eso? Si le escucho contarme una historia horrible sobre su hermana y luego aparece la oportunidad perfecta para que él pueda ir a ayudarla, y yo digo: «No, perdona, ese trabajo es mío», ¿en qué me convertiría?

—Sadie —dijo Chess—, ¿tú quieres ese trabajo?

—¡Claro que lo quiero! Pero…

—¿Estás cualificada para ese trabajo?

—Sí, pero…

—¿Te mereces ese trabajo?

—Sí, pero…

—¿Los «pero» de tus últimas tres afirmaciones van seguidos de alguna frase del tipo: «pero él también»?

—No.

Chess levantó las cejas.

—Pero él también —dije—, y un millón de personas más. Hay mucha más gente con doctorados que trabajos disponibles. Es uno de los motivos por los que el mercado laboral académico está tan jodido.

—Olvídate del otro millón de personas. No estás planteándote tirar a la basura esta oportunidad por ellos, ¿no?

—No —admití.

—¿Quién lo tiene todo de su parte? ¿El privilegio? ¿El papi con enchufes? ¿Una especialización académica más respetable?

Suspiré.

—Jonah.

—Teniendo en cuenta todo esto, si saliera algún otro trabajo, ¿quién tendría más oportunidades de conseguirlo?

—Él. Pero estamos hablando de este trabajo, Chessie. En Hobart. Donde vive su hermana. Solo hay dos universidades en Tasmania y…

—¿Cómo te sentirías —dijo Chess levantando un dedo— si no solicitaras este empleo, que tiene tu nombre escrito, para que lo pudiera conseguir él… y al final no lo consiguiera?

La respuesta era fácil.

—Hecha mierda.

—¿Y si lo consiguiera?

Me mordí el labio e intenté imaginarme un mundo en el que Jonah hubiera pasado página, hubiera ascendido al plano más alto del trabajo asegurado y me hubiera dejado atrás.

—Te sentirías como si te hubiera vencido —dijo Chess—, sin ni siquiera haber peleado.

Tamborileó las uñas sobre la mesa.

—Eres una luchadora, cariño, y no vas a rendirte ahora.

Hubo algo líquido en los ojos de Jonah cuando se sentó delante de mí en la cocina. «No quiero que sigamos discutiendo, Sadie», dijo con los dedos aferrados alrededor de los míos.

«Llevo tanto tiempo discutiendo que no estoy segura de saber cómo dejar de hacerlo —había respondido—. Pero lo intentaré si tú también lo haces».

Fui sincera y mentirosa al mismo tiempo. No sabía cómo dejar de discutir. Y no iba a intentarlo.

—No —dije, y solté una respiración larga—. Claro que no voy a rendirme.

—Por supuesto que no —repitió Chess—. Esa nunca ha sido una opción.

Se reclinó sobre el respaldo de la silla y removió el vino en la copa.

—Si de verdad hubieras considerado no solicitarlo, para empezar, no me habrías hablado de ese trabajo. Me has planteado este dilema porque sabías que yo no iba a permitir que te autosabotearas.

No era la primera vez que pensaba en cómo debían sentirse los demás abogados cuando se enfrentaban a Francesca Shaw. Apuesto a que estarían completamente acojonados.

—Esto es lo que has querido siempre —continuó—. Es para lo que llevas tantos años trabajando. Y si crees que voy a permitir que un esmirriado de colegio privado te lo quite porque su hermana está triste… En fin, sé que eres más lista que eso.

—Pero es su hermana. Su hermana.

Chess se estiró sobre la mesa y me agarró la mano. Ella, más que nadie en el mundo, sabía por qué la historia de Jonah me había afectado tanto.

Pero entonces:

—Me da igual lo triste que esté su hermana —dijo—. Si él, o ella, o quien sea, hacen que tú misma te interpongas en tu camino, haré

que los asesinen.

«No existe ninguna persona en este planeta que pelee por mí como Chess peleó por ti».

—Te quiero, Chessie —susurré.

Ella me apretó los dedos.

—Y yo a ti, corazón. Hasta el final del universo y de vuelta.

Luego me soltó. Por mucho que Chess fuera una apisonadora, sabía perfectamente dónde estaban los límites, más concretamente los límites que me harían llorar en cuanto los sobrepasara.

—Pues ya está solucionado —dijo con energía haciendo chocar nuestras copas—. ¿Me has traído algún libro nuevo?

—La duda ofende.

Me agaché a coger mi bolso. Cada vez que iba a cenar a casa de Chess, le traía un par de novelas románticas sacadas de mi extensa red de librerías de segunda mano de internet. A Chess le encantaban las novelas románticas, no era yo la única hermana Shaw que disfrutaba cuando las cosas salían bien al final, pero tenía requisitos estrictos que la convertían en una persona complicada de satisfacer. Tenía una lista detallada de tópicos y argumentos a los que se negaba rotundamente.

—Te advierto que estos dos están un poco al límite —le dije—, pero hay motivos válidos para incluirlos en la colección de Francesca Shaw.

Chess entrecerró los ojos y le dio otro sorbo al vino.

—Te escucho.

—Este —le pasé *El último juramento*, de Freya Marske—, probablemente te recuerde un poco al derecho contractual.

El primer tópico romántico que Chess no soportaba era el papeleo problemático. Su cerebro de abogada no le permitía ignorar cosas como «contratos sexuales a los que aparentemente los personajes tienen que ceñirse, o sufrir las consecuencias», o «testamentos que supongan que dos personas tengan que convivir durante un año o se arriesgan a perder su herencia».

«Si yo escribiera alguna vez una novela romántica, trataría de una abogada que se dedica a sacar a toda esta gente de esos contratos —me dijo en cierta ocasión, en una de nuestras cenas—. Cobraría un ojo de la cara y apenas trabajaría nada, porque nada de esto puede aplicarse legalmente, así que solo le dedicaría un par de minutos a cada cliente».

«¿Y quién sería el interés romántico?», pregunté.

Hizo una pausa y casi derramó el vino que había estado agitando en la copa.

«Eso todavía no lo he pensado».

Chess cogió el libro y lo analizó con sospecha, como si fuera un sobre que tenía muchas posibilidades de contener ántrax.

—Pero es un contrato mágico —dije—. Se desarrolla en la Londres eduardiana, pero en una Londres eduardiana mágica. Como el mundo mágico seguramente se rija por un sistema legal y judicial completamente diferente, espero que puedas ignorar tu incredulidad, porque este libro es buenísimo.

Ella frunció los labios.

—Si tú lo dices.

Luego le di *Un beso en Lovelight*, de B. K. Borison.

—Este es de un *fake dating*, pero…

—No —gruñó Chess.

Chess odiaba los libros de parejas falsas. Habíamos tenido muchas muchas conversaciones sobre el realismo y por qué era siempre el barómetro más útil a la hora de leer una novela romántica, pero las parejas fingidas tenían algo que la sacaban de quicio. «Es la forma menos sensata de resolver tus problemas», me dijo la última vez que le di un libro con esa trama. «Se me ocurren al menos cuarenta y siete formas mejores que fingir ser pareja». Golpeó el libro con tanta fuerza contra la mesa que lo vi estremecerse; «Para resolver los problemas de estos dos…».

Le contaba prácticamente todo a Chess, pero me esforzaba en ocultarle la existencia de Goodreads. Si le diera por escribir reseñas, estoy segura de que haría llorar a mucha gente.

—¿Por qué me haces esto, Sadie? —preguntó.

—No te daría este libro si no creyera que puede gustarte —respondí—. Va sobre una pareja falsa, sí, pero es muy mono y funciona muy bien.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué problema están intentando solucionar fingiendo ser pareja?

—No te lo voy a decir. *Spoilers*.

—Menos mal que te quiero —refunfuñó mientras cogía el libro—. Las cosas que hago por ti, de verdad.

Fue una conversación bastante poco seria, pero me hizo volver a pensar en Jonah. Si él quería a su hermana aunque fuera una milésima parte de lo que yo quería a Chess, ¿hasta dónde llegaría por conseguir ese trabajo?



Más tarde, aquella noche, sentada delante del ordenador, con los requisitos de selección en mi cara de nuevo y mi gigantesca taza de té llena, todavía seguía dándole vueltas.

Tenía todo el derecho del mundo a solicitar ese trabajo.

Iba a solicitar ese trabajo.

Chess tenía razón. Me había esforzado demasiado y durante demasiado tiempo. Con todos los recortes de presupuestos que había en marcha, no iba a conseguir sobrevivir mucho más en el brutal mundo de la precariedad: no podía esperar hasta que apareciera el siguiente empleo. Y, además, las oportunidades como esta, en las que de verdad piden especialistas en ficción popular, eran tan escasas que, si la malgastaba, casi seguro que estaría tirando a la basura mi última oportunidad de tener una carrera académica.

No iba a hacer tal cosa. Por nadie. Jonah, en cualquiera de sus versiones (*tweed*, cárdigan, simbólico, humano o la que fuera), iba a tener que pelear con uñas y dientes si quería arrancarme este trabajo.

Pero si hubiera sido Chess la que estaba en la situación de Fiona, si hubiera sido mi hermana a la que abandonaran a miles de kilómetros, sola, vulnerable, sufriendo, y esta oportunidad maravillosa, dorada y eucatastrófica hubiera aparecido ante mis ojos… habría quemado el mundo entero antes que permitir que alguien se interpusiese en mi camino.



Capítulo 2

Jonah

Mi hermano Elias se sorprendió, por decirlo suavemente, cuando le escribí un correo pidiéndole ayuda con la solicitud del empleo. «Te hago algún comentario sin problemas sobre el borrador, pero no sé muy bien qué me estás pidiendo —me respondió—. No trabajo en tu campo».

«Eres historiador —le respondí—. Se parece bastante. Y, además, es evidente que se te dan bastante bien las solicitudes de empleo. Con esta llevas ya quince becas de investigación, ¿no? Pero sigue sin parecerse a un trabajo fijo de verdad. ¿Por qué no se lo pides a papá? Porque no tiene ni idea de cómo está el mercado laboral actual y se niega a enterarse».

Eso era verdad. Cuando mi padre consiguió su trabajo, cuando los dinosaurios todavía merodeaban por la tierra, tenía un (1) artículo académico en su currículo. Yo había intentado explicarle muchas veces que el mercado laboral académico ahora funcionaba de otra forma, pero su creencia en «Cállate, no está tan mal, simplemente no te esfuerzas lo suficiente» era prácticamente una cosa religiosa.

Aunque ese no era el único motivo.

Puede que mi padre no tuviera ni idea de lo que suponía estar en el mercado laboral académico actual, pero sí que se había sentado en muchos comités de contratación.[17] Podía ayudarme a escribir una solicitud brillante.

Pero sería una cosa más que yo tendría y Sadie no.[18]

Y por mucho que yo quisiera, que necesitara, este trabajo, y por mucho que la idea de estar en la misma ciudad que Fiona para poder ser un hermano medio decente me pareció como un rayo de sol una mañana de invierno cuando vi el anuncio, no podía hacerle algo así.

«No quiero que sigamos peleándonos», le dije. Y lo había dicho en serio. Puede que ya fuera demasiado tarde, pero, por si acaso no lo era, no quería ser un hombre como mi padre.

—Voy a ser directo contigo —dijo Elias cuando hicimos una videollamada para hablar de mi solicitud—. ¿Tú quieres este trabajo?

Parpadeé.

—Claro que lo quiero. Fi…

—Olvídate de Fi.

—¿Qué coño quieres decir con «olvídate de Fi»?

Elias suspiró.

—No quería decirlo así. Pero una historia melodramática no va a conseguirte el trabajo, Jonah. Que ese desgraciado haya dejado tirada a Fiona por su segunda familia secreta no le va a importar al comité, que lo que quiere saber es cómo encajará tu investigación en sus métricas y cuántos ingresos externos puedes conseguir. Y el borrador que me has mandado es, sinceramente, flojo y poco convincente.

—Gracias, Crítico 2.

—Si quieres este empleo, no necesitas que te consienta. Al mercado laboral le importan una mierda tus sentimientos. El mercado laboral es una lucha de gladiadores.

Suspiré.

—Ya lo sé.

—Ya sé que lo sabes. ¿Para cuántos puestos de trabajo te han preseleccionado?

—Tres.

—Entonces vas a tener que aprender a venderte mejor. Responde a la pregunta: ¿quieres este trabajo o no?

Volví a suspirar. Tenía una sensación rara en la boca del estómago, un mejunje complejo en el que los dos ingredientes principales eran la culpa y el agotamiento.

—Ya te he hablado de Sadie, ¿no?

—Me suena el nombre. ¿Era la chica de tu programa doctoral a la que odiaba papá?

—Es más complicado.

Y le conté toda la historia. Los años de rivalidad, interrumpidos únicamente por unas pocas treguas. Todo lo que yo tenía y ella no. La forma en la que su campo de especialización, ese que al que papá insultaba cada vez que tenía una oportunidad, como una costumbre, aparecía en el anuncio, justo después del mío.

La promesa que nos hicimos, con mi mano sobre la suya en la mesa de la cocina. «No quiero que sigamos peleándonos».

Elias se quedó un buen rato callado cuando terminé, tanto que pensé que se había congelado la imagen y que había estado confesando mis sentimientos al aire.

Pero entonces:

—Ella es tu Julia —dijo.

—¿Julia?

—No eres el primer Fisher que tiene una némesis.

Elias se pasó una mano por el pelo.

—Perdí un trabajo contra ella, hace unos siete u ocho años. El mismo tipo de empleo que tú quieres conseguir: nivel B, fijo, jornada completa. En Lyons, de hecho.

Me quedé mirándolo.

—Y no lo conseguí porque se me metió en la puta cabeza —dijo mientras me señalaba con un dedo a través de la pantalla—. Ahora, años más tarde, todavía estoy dando tumbos por el mundo de beca en beca, sin avanzar en absoluto hacia ningún tipo de seguridad.

Y, si no le hubieran rechazado en ese trabajo, Elias viviría en Hobart. Fiona tendría a alguien. Puede que los Fisher seamos unos hermanos terribles, pero al menos no estaría sola.

Yo no quería pelear más.

Pero tenía que hacerlo. No podía permitir que Sadie se me metiera en la cabeza, y mucho menos si quería ayudar a Fi.

—Sé que lo que he escrito en la solicitud no es lo suficientemente bueno —dije—. ¿Tienes algún consejo para mejorarlo?



Envié la solicitud el día antes de la fecha límite. «Nunca lo dejes para el último día —me había aconsejado Elias—. Ya sabes lo mal que funcionan los sistemas informáticos de las universidades; nunca sabes cuándo va a haber un apagón».

—¿Has enviado la solicitud? —me atreví a preguntarle a Sadie cuando entró en la cocina mientras me estaba preparando la cena.[19]

No habíamos hablado más de diez palabras desde que se publicó el empleo, pero darle a «enviar» me dio la esperanza de que quizá, solo quizá, podríamos volver al acuerdo de la sexta tregua, aunque solo fuera por un periodo corto.

—Sí —dijo ella—. ¿Tú?

Esa esperanza duró muy poco.

—Sí.

Ella asintió, un reconocimiento, nada más; luego cogió los guantes de jardinería del gancho junto a la puerta de la cocina y se puso las botas de goma.

—Buena suerte —dije.

—Voy a ponerme con el huerto, no a la guerra.

—No, me refiero… —Sabía perfectamente a lo que me refería, ¿por qué dejaba que me agitara así?—. Con la solicitud.

La pausa que hizo antes de hablar fue dolorosamente larga.

—No lo dices en serio, Jonah.

Lo que era bueno, en realidad. Porque probablemente estuviera en lo cierto.

Habría docenas, posiblemente cientos, de solicitudes. La competición iba a ser salvaje. Había mucha mucha gente interponiéndose entre este trabajo y yo.

Pero Sadie Shaw era capaz de centrar toda mi atención, asegurándose de que solo pudiera verla a ella.

Diciembre



Capítulo 3

Jonah

El día que recibí el correo electrónico fue el día que por fin se lo conté a Fiona.

Le sorprendió que le pidiera que hiciéramos una videollamada. Siempre le sorprendía, aunque me hubiera comprometido a hablar con ella y les niñes al menos una vez a la semana después de enterarme de lo que había hecho Matt, y cada vez esa sorpresa era como un cuchillo directo a mi corazón.

—No quiero que te hagas ilusiones, Fi —le dije después de saludar a mis sobrinas gemelas de siete años, Rosie y Georgia, y a mi sobrine de once años, Lex—, pero me han preseleccionado para un puesto de trabajo en Hobart.

Fiona se llevó las manos a la cara. La conexión se cayó un segundo y se quedó congelada, como *El grito*, de Edvard Munch.

—¿De verdad?

—No hay nada seguro, claro. Me han preseleccionado para otros puestos antes y no los he conseguido. Pero quieren un experto en principios de la era moderna, y tanto Elias como mi director de tesis

me han dicho que mi solicitud tenía bastantes posibilidades. ¡No llores!

—Perdona. —Se secó las lágrimas con la muñeca—. Es que… joder, Jonah, qué buena noticia. Ahora mismo todo es una mierda. Matt está ilocalizable y no tengo a nadie, y… y… me vendrías fenomenal ahora mismo.

Durante un instante perfecto, se me hinchó el corazón dentro del pecho. Podría hacerlo. Podría arreglar lo que había roto hace tantos años. Podría ayudar a mi hermana.

Y luego la realidad me dio una bofetada y me di cuenta de que había cometido un grave error de juicio.

Le di muchas vueltas antes de decírselo. Si Fi sabía que estaba intentando conseguir este empleo, si contaba conmigo, tendría que concentrarme en el precio. No podría permitir que Sadie se me metiera en la cabeza si la posibilidad de decepcionar a Fi era tan real.

Pero fue una decisión que tomé para manipular mis propias emociones. No me había dado cuenta del peso real de Fiona, no de verdad, no en condiciones, no hasta que empezó a llorar.

—No quiero que te hagas ilusiones —repetí.

Pero no había nada que hacer, porque «No quiero que te hagas ilusiones» no era una frase mágica. No podía soltarla antes de una buena noticia y esperar que Fi dijera: «Ah, vale, no hay problema. No permitiré que esto me afecte emocionalmente».

Por supuesto que se iba a hacer ilusiones. Era el peor hermano del universo.

—No hay nada seguro —dije desesperado—. Conozco a otra de las personas a las que han preseleccionado y es brillante.

Increíblemente brillante.

—¿Es Sadie?

Parpadeé.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas hablando de ella quince años. Todo el rato. De lo inteligente que es, que nunca deja que te salgas con la tuya, la cruz de tu existencia, aunque la defiendas cada vez que papá se pone en plan: «Puag, cultura popular, qué vulgar».

Volví a parpadear.

—Le hablé de ella a Elias y apenas sabía quién era.

—En nuestra familia es muy complicado que te dejen hablar si no tienes un doctorado —dijo Fi—, así que me paso mucho tiempo escuchando.

El agujero de culpa que vivía en el fondo de mi estómago desde aquel horrible cumpleaños se hizo más profundo.

—¿Y cómo te ha sentado que la hayan preseleccionado? —preguntó Fi.

Me pasé la mano por la barba.

—Me habría sorprendido que no lo hubieran hecho. Ofendido, incluso.

—Eso es cómo no te ha sentado, Jonah. ¿Cómo te ha sentado?

—Pues…

Hice una pausa larga para pensar. Cogí el vaso de agua y le di un sorbo para darme tiempo de formular una respuesta.

—La verdad es que no sé cómo responder a esa pregunta.

No era que no tuviera ningún… sentimiento respecto a que hubieran preseleccionado a Sadie. Sí que los tenía. Muchos.

Pero simplemente había dado por hecho que ocurriría. Que o nos preseleccionaban a los dos o a ninguno. Me resultaba complicado imaginar un mundo en el que no estuviéramos en las trincheras de la precariedad juntos, esforzándonos por trepar el uno sobre el otro para salir.[20]

Y, de todos modos, tampoco importaba cómo me había sentado.

Tenía que conseguir ese trabajo. Tenía que conseguirlo para poder ayudar a Fi, y entonces todos mis sentimientos con respecto a Sadie serían irrelevantes, porque yo viviría en Hobart y ella… no.



—No —dijo Elias, señalándome con el dedo en la videollamada para hacer una entrevista de prueba cuando expresé con cautela mi incapacidad de imaginarme dejar de estar en la órbita de Sadie—. Esto no ayuda. No es productivo. Este es precisamente el tipo de pensamiento que supondría un disparo en el pie.

—Pero es que no sé cómo parar. —Me quité las gafas para limpiarlas—. Puedo pasarme el día pensando en los argumentos más sensatos, pero hay una parte de mí que no quiere escucharlos.

—Es tu polla, Jonah. No lo romantices.

Casi se me cayeron las gafas.

—¡No te hagas el escandalizado! —dijo Elias—. He estado en tu misma situación, acuérdate. No voy a dejar que cometas los mismos errores que cometí yo.

Solté una respiración larga.

—De acuerdo. ¿Y qué tengo que hacer?

—Evitarla. Si no la ves, no piensas en ella.

—¡Vivo con ella!

—En una casa con puertas, supongo. Úsalas.

Elias se reclinó en su silla.

—Y, hagas lo que hagas, no te acerques a ella en el viaje para hacer la entrevista. Así es como derribará todas tus defensas. Terminaréis tomándoos algo en el bar del hotel y, de algún modo, la primera conversación civilizada que tenéis en vuestra vida se volverá profunda y elocuente, y entonces te dirá algo del tipo: «Me estoy planteando dejar a mi marido», y el cerebro se te hará migas y se contoneará delante de ti hasta el trabajo que tú quieres.

Hostias. La próxima vez que vea a Elias en persona tengo que emborracharlo para que me cuente la historia de Julia.

—Creo que ya me habría dado cuenta si Sadie estuviera casada.

—Los detalles no son importantes. —Elias volvió a señalarme—. No es el momento de ponerse sensible y nostálgico, o cualquier otra cosa que no esté a kilómetros de distancia del romanticismo. Dale la mano a Julia y te cogerá el brazo… Y luego ganará y tú perderás. Concéntrate en ti, Jonah.

El recuerdo de aquella noche en la cocina merodea sin cesar por mi mente. La sensación de los dedos de Sadie, fríos contra los míos. El sonido de su voz cuando proclamó la tregua definitiva.

Pero no podía pensar en Sadie. Tenía que pensar en Fiona.

Me hundí los nudillos en los muslos y me obligué a imaginarme cómo sería decirle a Fiona que lo sentía, que no me habían dado el trabajo. Cuánto lloraría. Lo sola que se sentiría después de que le arrebataran la promesa de tener ayuda, más sola que nunca.

En buena parte, sería por mi culpa.

—Tengo que concentrarme en mí —dije—. Puedo hacerlo.



La universidad nos pagó a los dos el viaje a Hobart para la entrevista. Sadie y yo acordamos, en la conversación más larga que habíamos tenido desde hacía más de un mes,[21] compartir un Uber al aeropuerto.

Mis auriculares estaban en las últimas, pero me los llevé igualmente, como una especie de amortiguador simbólico entre nosotros.

No sé ni por qué lo hice. Sadie se puso los suyos en cuanto entramos en el coche y no se los quitó hasta que llegamos al aeropuerto.

Pasamos en silencio por seguridad. Tenía el portátil lleno de pegatinas. Yo lo había visto de lejos muchas veces, en las clases, en las ponencias, en las reuniones; pero la fila de seguridad iba muy despacio, así que pude fijarme bien en ellas cuando lo puso en la bandeja para pasar por el escáner. Básicamente, podrían clasificarse en tres géneros: amante de los libros («las chicas listas leen romances», decía una), feminista-pop («abajo el patriarcado del demonio serpiente», rodeada por tres pegatinas de «no más pobreza menstrual», de tres colores diferentes) y sindicalista. Yo solo tenía dos pegatinas en mi portátil, que ella también tenía: «los académicos interinos siempre son los primeros en caer», y «solo 1 de cada 4 empleados universitarios tienen un puesto de trabajo fijo».

Vi que se dio cuenta cuando puse mi portátil en la bandeja detrás del suyo. Me observó brevemente con una mirada que podía haber sido de aprobación.

Luego, nuestras bandejas desaparecieron en el escáner, ella parpadeó y desapareció.

—Todavía queda una hora para nuestro vuelo —dijo cuando llegamos al otro lado—. Voy a pillarme algo de beber en el bar.

Aunque podía matar por una copa de vino, antes de irme dije:

—Yo iré a comprarme unos auriculares nuevos.

«Concéntrate en ti», me dije mirando ausente una pared de productos electrónicos.

No me compré unos auriculares nuevos. Todo estaba muy difuminado y mezclado. Puede que necesite unas gafas nuevas. O tal vez es que tenga que volver a aprender a leer.

Lo que sí hice, sin embargo, fue beberme esa copa de vino, un poco después, cuando estábamos en el avión. Era barato,[22] pero me daba igual. Me habría bebido la botella entera si me la hubieran dejado delante.

Yo tenía un asiento de pasillo, Sadie estaba dos filas delante de mí, en el lado opuesto del pasillo. Había sacado su portátil y estaba trabajando en una presentación de PowerPoint.

Debía de estar puliendo su ponencia para el trabajo. Ese era uno de los componentes del proceso de selección: teníamos que hacer un resumen de unos treinta minutos de nuestra investigación y filosofía de enseñanza al departamento antes de hacer la propia entrevista con una junta de selección más reducida.

Yo le había dado los últimos retoques a la mía la noche anterior en una videollamada de práctica con Elias. Me había aconsejado que describiera nuestra batalla de clases en Bass como «un ejemplo innovador y satisfactorio de enseñanza en equipo, resultando en niveles extraordinarios de compromiso del alumnado». Me pregunté

cómo habría estructurado Sadie el hecho de que intentáramos destrozarnos el uno al otro delante de cientos de alumnos cada semana.

Como si me hubiera leído el pensamiento, se giró y me miró.

Mierda.

Entendía perfectamente que Elias hubiera permitido a Julia salir de debajo de él la noche anterior de la entrevista de trabajo. Yo tenía un doctorado en Estudios Literarios, pero no tenía palabras para explicar lo que sentía cuando Sadie Shaw me miraba y reparaba en mí.

Me terminé el vino y me pasé la lengua por los labios de forma instintiva para saborear las últimas valiosas gotas de aquel néctar barato.

Ella se dio la vuelta y, a propósito, recolocó el portátil para que yo no lo viera.

«Las lentes de mis gafas tienen casi tres metros de grosor, Sadie —me entraron ganas de decir—. ¿De verdad piensas que sería capaz de copiarte el trabajo desde esta distancia?».

Ella me respondería. Y el conocido carrusel argumentativo empezaría a girar. Puede que hasta lo disfrutara.

Pero no podía permitirme una distracción. Todo dependía de esto.

Tenía que concentrarme en mí.



La mañana siguiente me desperté temprano con un rayo de sol atravesando las cortinas de mi habitación de hotel y un mensaje de Elias en mi teléfono. «Es el gran día. ¿Cómo estás?».

«No te lo vas a creer —le respondí—. Estuve con Sadie anoche en el bar del hotel y me ha dicho que se está planteando dejar a su marido».

«Qué gracioso».

Elias adjuntó un GIF de unos ojos en blanco.

«No te preocupes, seguí tus instrucciones. Apenas nos hemos dirigido la palabra. Estoy tranquilo».

Él me envió un pulgar hacia arriba. «Aquí es muy tarde, así que me voy a dormir, pero escríbeme en cuanto termines para decirme cómo ha ido, ¿vale?».

Y entonces, de la nada, apareció un bulto en mi garganta.

«Muchas gracias por la ayuda —respondí—. Significa mucho para mí».

Él no volvió a responder.

Me vestí formal para la entrevista: chaqueta de *tweed* sobre camisa y corbata, pero me di cuenta del error que había cometido en cuanto salí fuera del aire acondicionado del hotel. Hacía mucho más calor de lo que esperaba, ¿no se supone que en Tasmania siempre hacía mucho frío? Y soplaba tanto viento que me llevé de forma instintiva las manos a las gafas para que no me salieran volando.

—¡Fisher! —Sadie estaba de pie junto a un taxi, agarrándose el dobladillo de la falda de un vestido verde para evitar una situación a lo Marilyn Monroe—. ¡Sube al coche!

Obedecí y me senté a su lado.

—Gracias.

—No hay de qué.

Luego se volvió a poner los auriculares. Vuelta a las hostilidades.

El conductor no tenía la radio puesta, y sin mis auriculares, podía oír levemente lo que estaba escuchando Sadie. Abría y cerraba el puño una y otra vez mientras Lin-Manuel Miranda declaraba que bajo ninguna circunstancia iba a dejar pasar su oportunidad.

Joder.

¿Y si nos dieran el trabajo a alguno de los dos? ¿Y si uno de nosotros se mudara a Hobart y el otro se quedara en Sídney, solo en la casa que hemos compartido durante tantos años? ¿Y si uno de los dos consiguiera ser académico y el otro dejara por completo la profesión? ¿Y si uno de los dos por fin ganara?

—Deja de mirarme, Jonah —dijo Sadie de pronto.

—No estoy… No estaba… Estaba mirando por la ventana.

Abrió la nariz, solo un poco.

—No voy a permitir que me achantes.

Volvió a mirar al frente. «Por primera vez, pienso en más allá del mañana», vocalizó mientras tamborileaba con las uñas en el portátil.

Cerré los ojos un momento y respiré hondo. Debería seguir su ejemplo. No dejar que me achante. Concentrarme en mí.

Concentrarme en Fi.

El taxi nos dejó ante una de las puertas del campus, en una colina. No había que andar mucho hasta el auditorio en el que íbamos a hacer las presentaciones, y, afortunadamente, estaba colina abajo más que colina arriba, pero, aun así, se podía percibir bastante bien todo el campus.

Era completamente diferente a las universidades en las que había trabajado. ESU y Bass eran ciudades universitarias clásicas, una mezcla de edificios de acero-y-cromo y arquitectura brutalista de los sesenta y setenta.

Sin embargo, el campus de Lyons estaba en expansión: subía hasta el verde oscuro de la cima de la colina y bajaba hasta el río Derwent; los edificios eran una combinación dispareja de arenisca tallada y ladrillos de los ochenta. Desde donde estábamos, teníamos una vista panorámica más allá del río, donde estaba la otra universidad de Hobart en la sombra de la montaña.

—¿Tengo bien el pelo? —me preguntó de pronto Sadie.

Yo la miré. Se había recogido el pelo mucho más tirante de lo que lo hacía normalmente.

No me gustaba. La última vez que la vi con este vestido verde había sido en una fiesta de la Facultad de Arte de la ESU. Aquella vez se había dejado el pelo suelto y las ondas naranjas le fluían por la espalda, e hizo que quisiera buscar una esquina oscura en la que llorar.

—Sobresale una horquilla. —Me señalé la nuca.

—¿Aquí?

—No… ¿puedo?

Ella se quedó quieta un momento y luego asintió. Tenía el pelo cálido cuando le empujé la horquilla hacia su sitio.

—Gracias —dijo.

Oh, Dios. Oh, no.

Cerré la mano para deshacerme de la sensación de su pelo cálido en mis dedos. Esto era exactamente de lo que me había advertido Elias. Puede que sea más sutil que «Estoy planteándome dejar a mi marido», pero Sadie era demasiado inteligente como para utilizar un mazo cuando bastaba con un estilete. Lo había deslizado justo entre mis costillas y…

—Por cierto, tú no tienes bien el pelo —me dijo—. Mírate en un espejo antes de hacer tu ponencia.

—Ah, eh…

Ya se estaba alejando antes de que me diera tiempo a decirle «gracias».

Los otros dos candidatos ya estaban allí cuando llegamos al auditorio.

—¡Jonah! —dijo uno de ellos. Se levantó y me estrechó la mano con entusiasmo—. ¡Cuánto me alegro de encontrarte aquí, tío!

Dudaba que fuera a escuchar una mentira más gorda aquel día. Rory Worland era otro académico especializado en los primeros años de la era moderna. Cuando me tomé el descanso del doctorado para hacer la asistencia de investigación, él era el otro asistente, y sé que no le caía demasiado bien.[23]

—Lo mismo digo —dije mientras le soltaba la mano.

—Y hola a ti también. —Se giró y sonrió a Sadie—. ¿Vas…?

—A irme para allá.

Sadie se fue y se sentó a una distancia prudencial de la cuarta candidata, una académica especializada en modernismo, supuse, por la copia de *Lolly Willowes*, de Sylvia Townsend Warner, que tenía como apoyo para su ponencia, y se volvió a poner los auriculares.

—Qué chica más guapa —dijo Rory—. ¿Es amiga tuya?

—No exactamente. —Si pensaba que Sadie estaba aliada conmigo de alguna forma, se habría pasado los siguientes veinte minutos intentando o hacerle la vida imposible o convencerla con «argumentos de mierda para apoyar a Rory»—. Disculpa.

Sadie estaba en lo cierto con respecto a mi pelo. El viento me lo había dejado hecho un desastre. Me lo humedecí en el baño y me lo

peiné con los dedos en un intento de que quedara liso, pero no había forma y el mechón de delante no paraba de caerme sobre el ojo izquierdo.

Noté una vibración el bolso. Saqué el teléfono. «fiona» destallaba en la pantalla.

Dudé. Seguramente no debería cogerlo. Tendría que hacer lo que estaba haciendo Sadie: concentrarme y animarme.

Pero no era capaz de rechazar a Fi en ese momento.

—Ey —dije, con el teléfono entre la oreja y el hombro mientras intentaba, sin éxito, quitarme el pelo de los ojos—, ¿qué tal?

—Como siempre. —Su tono era serio, pero noté el temblor que había debajo—. Solo quería desearte buena suerte.

—Gracias, Fi. Estoy haciendo todo lo que puedo. Te lo prometo.

—Imagino que no tendrás tiempo para un café después, ¿no? —Había algo en su voz, entre anhelante y esperanzado—. ¿O de pasarte por casa? Bellerive no está lejos del campus de Lyons y a les niñes les haría ilusión verte. A mí también.

—Me encantaría. —¿Por qué, por qué, por qué decepcionaba constantemente a mi hermana?—. Pero nos tenemos que ir directos al aeropuerto cuando acabemos.

—Ah, vale. —Sentí, más que escuchar, su suspiro—. No pasa nada.

—Lo siento mucho. Pregunté a la universidad si podía quedarme un par de días más y coger un vuelo más tarde, pero, como queda tan poco para Navidad, los precios están por las nubes y no ha habido forma de convencerlos.

—No te preocupes. —Una risa temblorosa—. Pronto estarás aquí.

—No te…

—Hagas ilusiones, ya lo sé, sí. Pero no puedo evitarlo, Jonah.

Tragué.

—Les niñes están encantades con la posibilidad de que te mudes aquí —añadió.

Se me heló la sangre.[24] ¿Se lo había dicho a les niñes? ¿Había conseguido que se hicieran ilusiones?

—Y yo —dije vagamente.

Cuando colgamos, me doblé hacia delante y agarré el borde del lavabo.

Tenía que conseguir el trabajo. Tenía que lograrlo. Tenía que pelear como si mi vida dependiera de ello, o la decepcionaría como nunca la había decepcionado. Si no me daban este trabajo… si no…

—Tranquilo —le dije a mi reflejo en el espejo—. Ni se te ocurra entrar en pánico, Fisher.

Demasiado tarde.



—Eh, mmm, antes que nada, es un auténtico placer estar aquí. —Me sudaban los dedos, mis ojos se negaban a ajustarse a la iluminación del auditorio y veía todo y a todos borrosos—. Es… es un privilegio poder hablarles de mi… mmm, investigación sobre el teatro jacobeo y… y mi filosofía de enseñanza en general.

Ha ido bien, me dije más tarde, sentado en la antesala. Todos los que estábamos allí sabíamos lo que nos jugábamos. Entendían por qué estaba tan nervioso. El contenido de mi ponencia estaba bien, aunque la explicación fue algo temblorosa. Lo sabía. Lo sabía.

Tenía la sensación de que no tenía aire suficiente en los pulmones. Me contuve la necesidad de meterme la cabeza entre las piernas.

Rory salió del auditorio. Cuando las puertas se cerraron detrás de él, dio un salto y un puñetazo al aire, como si fuera un deportista celebrando un gol épico.

—¡Toma ya! —exclamó.

Sadie levantó la mirada al techo y negó ligeramente con la cabeza.

Yo me quería reír.

Quería llorar.

Al menos, si ninguno de los dos conseguía el trabajo, tendríamos un nuevo punto en nuestro acuerdo. Podríamos sentarnos en la mesa de la cocina por la noche, beber té y hablar de cuánto odiábamos a Rory Worland.

—¿Doctora Shaw? —dijo alguien de la junta de selección desde la puerta—. Cuando quiera.

Sadie se levantó. Siguió a la mujer con paso firme y bien medido hasta el auditorio, con la barbilla alta, y un lenguaje corporal que proclamaba seguridad y asertividad, como aquel día de la primera tregua, cuando me estrechó la mano y me dijo que nuestras notas eran más importantes que el hecho de que no me aguantara.

En el fondo, en ese momento supe que había perdido.

Podía vencer a Rory Worland. Incluso en el peor de mis días, con mi peor material, podía superar a Rory Worland.

Pero incluso en mi mejor día, con mi mejor trabajo, aunque lo explicara de forma impecable, aunque respondiera a todas las preguntas perfectamente, con todas las ventajas que tuviera a mi disposición, había una gran probabilidad de que Sadie Shaw me derrotara.



Después, intenté mantener las esperanzas. «Ha ido bien —le escribí a Elias en el Uber de vuelta al aeropuerto—. He estado algo inseguro durante la ponencia, pero me ha ido bien en la ronda de preguntas».

«Y las preguntas son la parte más importante», me dije en el bar del aeropuerto de Hobart mientras me bebía otra copa de vino. «Eso es lo que de verdad les importa».

—He hecho lo que he podido —le dije a Fiona en la videollamada, ya en mi habitación en la casa compartida—. Ahora solo queda cruzar los dedos.

—Seguro que lo consigues, Jonah —me respondió, y me obligué a sonreír, me obligué a ignorar la sensación angustiosa en la barriga, me obligué a mentir y a mentirme a mí mismo, a mis hermanos, a todo el mundo, por si acaso me equivocaba.

Pero lo sabía.

Lo sabía mucho antes de recibir el correo electrónico, unos días antes de Navidad. «Estimado doctor Fisher, gracias por su interés en la posición de profesor de Estudios Literarios en la universidad de Lyons. Por desgracia, lamentamos informarle…».

Lo sabía antes de escuchar el grito de alegría de Sadie, que resonó por la casa como si hubiera puesto altavoces en su habitación.

Después de todos estos años, sabía quién había ganado.



Capítulo 4

Sadie

Chess y yo éramos personas muy táctiles, pero no me había abrazado tan fuerte y durante tanto tiempo desde el funeral de nuestra madre.

—Me estás cortando la circulación —le dije con la voz amortiguada contra su hombro.

Medíamos lo mismo, pero ella todavía tenía puestos los tacones del trabajo, así que me sentía otra vez como una niña pequeña a la que abraza su hermana más grande, literalmente.

—Me da igual. —No sé cómo, Chess se las apañó para apretarme aún más—. Estoy muy orgullosa de ti. Estoy contentísima por ti y muy triste porque te vayas a ir de Sídney… Joder.

—Ni se te ocurra llorar. Entonces lloraré yo, y ya he llorado tanto que creo que estoy al borde de la deshidratación.

Por fin me soltó y me agarró la cara con las manos.

—Estoy muy orgullosa de ti, Sadie. Te has esforzado muchísimo. Te lo has ganado.

—No lo sé. Toda la gente que conozco se esfuerza mucho y…

—No. —Me pellizcó las mejillas. Me sentí como una niña aún más pequeña—. No vamos a permitir que entre el síndrome de la impostora. No vamos a dejar entrar a la culpa de la superviviente. Ni siquiera vamos a dejar que entre el hecho de que me va a romper el corazón que te vayas. Esta noche es de celebración.

Chess me soltó, cogió la botella de champán que había metido en un cubo lleno de hielo y quitó el alambre con un par de movimientos.

—Vamos a celebrar que eres brillante. —Sacó el corcho—. Y que el mundo académico por fin lo ha reconocido.

Pese a todos mis esfuerzos, empezó a temblarme el labio.

—Te quiero, Chessie.

Ella me miró con ojos tiernos.

—Yo también te quiero, cariño. Hasta el final del universo y de vuelta.

Llevaba diciéndome eso desde que yo tenía cinco años. Estaba conmigo, haciendo mi lectura de la guardería porque mi madre estaba por ahí intentando calmar a mi padre, y me estaba ayudando a pronunciar las palabras en un libro de dibujos: *Te quiero hasta la Luna y de vuelta*.

Ya apuntaba maneras como crítica literaria, porque empecé a interesarme por el material de lectura incluso antes de saber leer en condiciones. «Si este libro lo hubiera escrito yo, lo habría llamado *Te quiero hasta el Sol y de vuelta* —anuncié—. La señorita Wilson nos ha dicho que el Sol está mucho más lejos que la Luna».

«Hay un montón de cosas más lejos que la Luna —dijo Chess—. Las estrellas están todavía más lejos que el Sol».

La puerta de casa dio un portazo tan fuerte que temblaron las paredes. Mamá estaba diciendo algo con voz suplicante. Nuestro padre gritaba por encima de ella.

Abracé a Chess. Era algo que hacía muy a menudo de pequeña; cada vez que me asustaba o estaba triste o abrumada, me aferraba a ella como si fuera un osito de peluche. «Te quiero hasta las estrellas y de vuelta, Chessie», le susurré.

Chess me devolvió el abrazo. «Pues yo te quiero hasta el final del universo —declaró—. Y de vuelta».

La Chess adulta me pasó una copa de champán cuando perdí la batalla contra las lágrimas.

—Jamás lo habría conseguido sin ti, Chess.

—Ay, Sadie. —Volvió a abrazarme, esta vez con un brazo, para que no derramáramos el champán—. Lo has hecho tú sola. Yo lo único que he hecho es darte apoyo moral.

Me reí, esforzándome en no convertir esto en un ataque de llanto de alegría conmovedora como un duelo.

—No es verdad, pero no pienso tener esta discusión contigo.

—Ya te digo. —Sonrió—. La perderías.

Le dio un sorbo al champán.

—Aunque algo de razón tienes. Además de tu apoyo moral, también soy tu asesora legal. Mándame el contrato cuando lo tengas, ¿vale? No quiero que firmes nada que yo no haya revisado antes detenidamente.

—No me atrevería. —Le di un sorbo a mi champán e intenté tragar todo mi amor por ella, y el miedo que me daba dejarla antes de desmoronarme por completo.

Chess abrió un tablero de ajedrez que debía de haberle costado una auténtica fortuna, sobre todo al haberlo comprado a última hora y con toda la locura de las Navidades.

—¿Cómo se lo ha tomado el niño de cole privado?

—No sé. Todavía no lo he visto.

Jonah no había salido de su habitación. Sabía que estaba ahí, había visto la luz por debajo de la puerta, pero no escuché nada dentro.

—Si vas a estar incómoda viviendo con él estas próximas seis semanas antes de irte a Hobart —me sugirió Chess—, puedes venirte aquí, si quieres.

La señalé con un trozo de queso brie. Empezó a derretirse entre mis dedos y lo rescaté con un panecillo.

—Buen intento.

No era la primera vez que Chess me había sugerido que viviera con ella. Ni la segunda. Ni la número cien. «No tienes por qué vivir en una casa compartida con ocho mil personas. Tengo una habitación libre. Tengo mucho espacio. Ahórrate el dinero. Quédate aquí».

No había mucho que fuera capaz de negarle, pero ese era un límite que mantuve firme. Me quería mucho y me cuidaría toda la vida si se lo permitiera, lo que significaba que no podía dejar que lo hiciera, al menos si quería ser una adulta independiente y funcional como Dios manda.

Ya estábamos las dos en la treintena. La diferencia de edad entre nosotras, cinco años, que básicamente le había dado forma a nuestra dinámica cuando éramos niñas, ya no debería de ser

importante. Y lo que es más: algunas veces debería ser yo la que cuidara a Chess, aunque nunca nunca podría igualar la balanza.



Aquella noche, al pararme delante de la puerta de la habitación de Jonah, me dije que por eso estaba aquí. No podía devolverle el dinero a Chess, así que iba a tomar la iniciativa y hacer una proposición de paz muy madura, pues me ofrecería a cuidar de su hermana cuando me mudara a Hobart.

Aunque, si la situación hubiera sido al revés y Jonah hubiera aparecido en mi puerta para decirme: «Bueno, supongo que podría tomarte un café con tu hermana un par de veces, si así te quedas más tranquila», probablemente le habría puesto las dos manos en el pecho y lo hubiera empujado por las escaleras.

Sin embargo, después de aquella noche en la cocina, donde incluso con la luz tenue pude ver lo tensa y lo triste que tenía la boca al hablar de cómo había decepcionado a Fiona, sentía que tenía que decirle algo.

Disculparme, a lo mejor.

—… por favor, Fi, no llores —dijo Jonah.

Me detuve con una mano preparada para llamar a la puerta.

Su hermana había dicho algo que yo no había oído, pero, incluso a través de la puerta, no había forma de disimular el ruido de los sollozos.

—Lo siento mucho —dijo Jonah—. Lo he intentado, de verdad, pero… a veces, simplemente los demás lo hacen mejor.

Debió de subir el volumen de la llamada, porque esta vez escuché claramente la respuesta de Fiona:

—No, no digas eso, Jonah. No quiero que pienses eso. No quiero que te fustigues.

—Demasiado tarde.

Reconocí el tono de su voz. Fue el mismo que utilizó cuando nuestros alumnos venían a hablar con nosotros al final del semestre: «Sé que no he ido a ninguna clase y que no entregué el primer trabajo, pero ¿hay alguna forma de aprobar?», decían, y él los miraba a los ojos y decía con amabilidad pero firmeza: «Lo siento, demasiado tarde».

—No —dijo Fiona—. No es culpa tuya. Es culpa mía. Me dijiste que no me hiciera ilusiones y lo hice igualmente y…

Empezó a llorar otra vez, pero me pareció escuchar un «Lo siento, Jonah».

—Fi, por favor.

Ese tono no lo reconocí. Nunca, en los quince años que hacía que lo conocía, ni siquiera aquella noche en la cocina, había escuchado a Jonah Fisher desesperado.

—Quizá pueda solucionarlo de alguna forma —dijo—. No hay nada que me ate en Sídney, en realidad. Todas las universidades para las que trabajo están haciendo recortes a lo bestia. A lo mejor, puede que incluso tenga más oportunidades de encontrar trabajo de profesor en Hobart. A lo mejor Sadie me recomienda, si se lo pido bien.

Yo, como muchas adictas al trabajo de treinta y tantos años, tenía problemas de mandíbula por apretarla demasiado. Tenía los músculos maseteros tan tensos que, cuando podía permitirme ir a

mioterapia funcional, siempre les impresionaba que pudiera abrir la boca.

Aun así, me quedé boquiabierta.

—O podría buscar algo fuera del mundo académico —continuó—. A mi carrera ya le queda poco, de todos modos. A lo mejor puedo mudarme a Hobart y buscar trabajo de otra cosa.

Me fui corriendo, lo más rápido y sigilosa que pude. Esto no era asunto mío. En absoluto.

A veces, cuando leía algo de teoría particularmente densa (*ejem* francesa *ejem*), mi cerebro simplemente se deslizaba por las palabras. Entendía el significado de cada una de ellas de forma individual, pero mi cabeza no era capaz de absorber el significado de la frase completa. Tenía que volver a leerlo seis o siete veces antes de asimilarlo.

La idea de Jonah Fisher acudiendo a mí, con una mano sobre la otra, para pedirme un trabajo temporal de profesor, era como leer a Deleuze.

La idea de que dejara de ser académico era como leer al puto Derrida.

No. Peor. A Derrida al final, al menos, conseguía entenderlo. Pero no me lo podía ni imaginar: yo, construyendo alegremente una carrera académica, mientras que él… ¿qué? ¿Sería un tío cualquiera con un trabajo a jornada completa en una oficina? Tanto trabajo, tanto conocimiento, todas esas discusiones que habíamos tenido… ¿para nada?

¿Qué pasaría si me encontrara en Hobart a esta versión inimaginable, desdentada y no académica de Jonah? ¿Qué nos diríamos? «Ah, hola, me alegro de verte, el tiempo está loco, ¿eh?».

Yo había ganado. Después de tantos años batallando, yo había ganado. Eso significaba algo.

Pero ¿qué sería de mí sin tenerlo cerca para compararme con él?

Enero



Capítulo 5

Sadie

Evité a Jonah durante las vacaciones de Navidad. Fue algo muy inmaduro, pero prefería ser inmadura a tener una conversación en la que él, incómodo, se pasara la mano por el pelo y luego hiciera el equivalente verbal a ponerse de rodillas y rogarme las migajas de trabajo que pudiera darle; o, que Dios no lo quisiera, me dijera que también se mudaba a Hobart para ayudar a su hermana y que renunciaba al mundo académico.

Fue extraño, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y energía que había dedicado a derrotarle a lo largo de los años, pero no quería que mi victoria fuera mi último recuerdo de él. Habíamos llegado a un punto en que casi podía decirse que aquella noche, cuando nos sentamos uno frente al otro y acordamos dejar de discutir, fue agradable. Había habido una resolución. No fue un final eucatastrófico, ni mucho menos, pero había producido una sensación satisfactoria de cierre. Quince años de conflicto, por fin atados con un lazo.

Ese final para nosotros sí podía aguantarlo. Podía ser decepcionante, pero era maduro.

Así pues, para comportarme como una adulta, me alejé de forma inmadura de cualquier habitación en la que existiera la más mínima posibilidad de que él pudiera entrar; básicamente, declaré la cocina el territorio de Jonah y no entré ni una vez, porque siempre parecía estar delante de los fogones cocinando o recogiendo cosas. Puede que quedaran varias semanas para que me mudara, pero seguía teniendo cosas que hacer. Hablar con mis múltiples jefes para avisarlos de que ya no iba a estar disponible para trabajos temporales. Empezar a llevar a casa los libros que había ido dejando en los rinconcitos que me habían dejado de despacho. Familiarizarme con Hobart en Google Maps y averiguar cuál era la mejor zona para vivir.

Aunque no podía permitirme el lujo de ser quisquillosa. Asumí alegremente que, en una ciudad pequeña como Hobart, el alquiler sería mucho más barato que en la carísima Sídney; sin embargo, cuando empecé a buscar en páginas inmobiliarias, casi se me salen los ojos. Tenía la intención de vivir sola cuando me mudara, que es lo que se supone que se hace cuando tienes un trabajo de persona adulta con un sueldo de persona adulta, pero, si quería hacer tal cosa, debería invertir gran parte de mi sueldo de persona adulta en el alquiler. Así que iba a tener que buscarme otra casa para compartir.

Eché la cabeza hacia atrás y gruñí. Cuando cogí aire de nuevo, el delicioso olor de lo que fuera que Jonah estuviera cocinando en la cocina me llegó a la nariz, y fue como un recordatorio de que las probabilidades de que encontrara una casa como la que había

compartido con él los últimos ochos años eran, como poco, insignificantes.

Me froté la mano sobre la creciente ansiedad del pecho. Era principios de enero, así que seguramente fuera una época muy mala para alquilar. Quizá en las próximas semanas publicaban anuncios más asequibles. Igual debería centrarme en la mudanza en sí, en lugar de adónde iba a mudarme exactamente.

Busqué empresas de mudanza y, una vez más, casi se me salen los ojos. Le escribí a Chess.

> El contrato me cubre los gastos de la mudanza, verdad? Si no, igual tengo que vender un riñón

Ella estaba trabajando, así que tardó unas cuantas horas en contestarme, durante las cuales busqué más posibles alquileres y pasé de sentir una ansiedad latente al pánico propiamente dicho.

> Sí, los gastos de la mudanza están cubiertos hasta tres mil, más el alojamiento de las dos primeras semanas. Deberías tener de sobra, pero, si no, yo te ayudo 

Intenté concentrarme en las buenas noticias: dinero para la mudanza y más tiempo del que pensaba para encontrar casa. No tenía que pensar en que, pese a mi firme política de no aceptar

dinero de Chess, por mucho que ella intentara ponérmelo en las manos, iba a estar increíblemente tentada de hacerlo.

Respiré hondo. No. Era una mujer adulta. Iba a solucionar esto yo sola. ¿Cómo era posible que todavía oliera la comida de Jonah?

Volvió a vibrarme el teléfono.

Ya casi he terminado de leer el contrato. Hay varias
cláusulas que me gustaría intentar cambiar un
poco, pero, por lo general, está bien. Una de las
cosas que me ha llamado la atención, por no ser
algo muy habitual, ha sido la cláusula del contrato
conyugal, pero en tu caso no es relevante

Parpadeé.

Y vamos a tener que hablar de negociar el salario.
Sé que me has dicho miles de veces que las universidades no funcionan así, pero SIEMPRE hay
margen para negociar

Vale. Gracias, Chessie! Te quiero. Besos

Me lo puedes pagar con literatura romántica



Luego seguramente marcó un bloque de seis minutos en su horario como «pro bono» y continuó con su trabajo.

Sin embargo, yo no.

Entré en el correo electrónico, leí el contrato y luego pulsé Control + F. «Contrato co», tecleé.

Leí la sección en cuestión. Una vez. Dos. Tres.

La leí como si alguien me hubiera puesto delante algún tocho de teoría francesa y me hubiera dicho que tenía que explicárselo a chavales de instituto.

Luego abrí una pestaña nueva en el navegador. Hice unas búsquedas en Google. Encontré varias situaciones surrealistas en Reddit.

—No —murmuré—. No va a funcionar.

Cerré el portátil con decisión. No. Lo había pensado durante un instante, pero no.

«Solo uno de cada cuatro empleados universitarios tiene un puesto de trabajo fijo», decía la pegatina en la tapadera.

Solo uno de cada cuatro, y yo, Sadie Shaw, una chica que salió de la nada y de ningún lugar, había conseguido ese trabajo. No el flipado de Shakespeare. Ni el puto doctor Jonah Fisher, vástago de una dinastía académica. Yo.

Había sido una idea agradable, pero, si fuera tan sencillo, todo el mundo lo haría.

Rodé con la silla hasta la estantería para distraerme buscando alguna novela para Chess. Cuando me mudara a la casa compartida en Hobart que encontrara, ella tendría que renunciar a su amor por los libros físicos y comprarse un lector de libros electrónicos. Me iba a gastar tanto dinero en el alquiler que no me quedaría ni un solo centavo para enviarle libros por correo desde Tasmania.

Elegí *El diablo en invierno*, de Lisa Kleypas, durante un segundo, pero luego lo descarté. A Chess le gustaban las novelas históricas, porque así podía ignorar más fácilmente su escepticismo, pero, teniendo en cuenta lo poco que le gustaban los *fake datings* y la burocracia problemática, no iba a darle un libro que era…

Me detuve.

Durante un momento, me quedé ahí sentada delante de mi estantería, con la mano sobre la portada del libro de Kleypas, con el último resto del olor de la comida de Jonah en la nariz, cautivada por una idea realmente maléfica.

Volví a abrir el portátil. Todas mis pestañas seguían abiertas, también el PDF de mi contrato, con la palabra «contrato» en «contrato conyugal» resaltado en azul.

No lo estaba considerando de verdad.

No.

No estaba considerándolo en serio. Chess me mataría, luego se reiría como una loca, me encerraría en la habitación libre de su casa entre catorce y cuarenta y ocho días laborables, hasta que entrara en razón.

Además, ¡ni siquiera me caía bien! Una noche civilizada contra quince años de discusiones no igualaban la balanza.

Cerré otra vez el portátil. No.

Pero ahí estaban esas pegatinas sindicales, provocándome, con unos subtextos completamente diferentes ahora que yo había conseguido un trabajo fijo. «Los académicos interinos siempre son los primeros en caer (traidora de clase)».

Y también estaba la desesperación de su voz, ese tono que nunca había escuchado, cuando estuvo hablando con su hermana sobre la posibilidad de dejar el mundo académico para mudarse a Hobart para ayudarla.

Me mordí fuerte el labio, aplastándolo entre los dientes hasta que me supo a sangre.

El día que hicimos la entrevista hacía calor. Mucho más calor de lo que correspondería. El camino desde la entrada del campus al auditorio fue como caminar por un horno de aire caliente.

Sin embargo, no sé cómo, sentí aún más calientes los dedos de Jonah cuando me recolocó la horquilla en el pelo.

Estaba muy nervioso.

Si no lo hubiera estado, si no se hubiera jugado tantísimo emocionalmente, ¿estaríamos ahora mismo en esta situación? ¿Sería él quien estuviera entrando en pánico por el coste del alquiler en Hobart o…?

Cerré los ojos y repetí las palabras de Chess: «No vamos a permitir que entre el síndrome de la impostora. No vamos a dejar entrar a la culpa de la superviviente».

—Me lo merezco —susurré para mí.

Pero no era la única que se lo merecía.

Cogí el portátil.

—¡Adelante! —gritó Jonah cuando llamé a su puerta.

Parecía sorprendido de verme, aunque lo disimuló rápidamente.

—Hola —dijo mientras se metía las manos bajo las axilas. Llevaba un pantalón de pijama azul oscuro y una camiseta gris que había lavado tanto que casi era transparente; se podía atisbar la sombra de su pecho debajo de la tela—. Feliz año nuevo, Shaw. Quería, mmm, quería darte la enhorabuena. Perdona que haya tardado tanto. No quiero que pienses que soy un mal perdedor, simplemente…

—Cierra la boca —dije, obligándome a volver a mirarlo a la cara.

—Ah, vale.

El hecho de que hiciera lo que le pedí sin ni siquiera protestar un poco me rompió.

Este no era el Jonah Fisher que yo conocía. Este no era el Jonah de *tweed*, el Jonah que lo discutía absolutamente todo, que podía desenrollar un pergamino en cualquier momento con un manifiesto de cientos de miles de palabras titulado *Por qué estás equivocada en todo*, acompañado con treinta mil palabras en notas a pie de página.

Este no era el Jonah de cárdigan, sentado frente a mí en la oscuridad de la cocina, mostrándome todas sus vulnerabilidades.

Este era otro, un tercer Jonah. El Jonah roto. El Jonah derrotado. El Jonah sin armadura.

Casi me di la vuelta y salí corriendo de la habitación.

Era una idea terrible. Era una idea tan mala que seguramente me llevara directa al, hasta la fecha desconocido, décimo círculo del Infierno, que Virgilio decidió no enseñarle a Dante, pues ver a tantos

herejes y defraudadores y traidores y demás ya era suficiente en un día y no hacía falta entrar en el peor círculo de todos.

Jonah me estaba mirando.

Volví a morderme el labio.

Aquella noche, antes de que se publicara, el trabajo fue muy agradable. Me sentí bien, de un modo que no me había sentido en mucho tiempo. Cuando puse mi mano sobre la suya y dije: «¿Tregua?», y él giró la mano para que se tocaran nuestras palmas y dijo: «Tregua»… Y, de pronto, de la nada, nos quedamos en la cocina cogidos de la mano…

Fue como un paso adelante. Un paso de verdad, un paso de adultos, después de llevar tanto tiempo estancada en el mismo sitio.

—Te va a parecer una locura —dije—, pero me preguntaba si te gustaría casarte conmigo.



Capítulo 6

Jonah

A veces, cuando cocinas, los ingredientes desafían todas las leyes de la química y la física, y hacen algo completamente inesperado.

Por ejemplo, una vez, estaba preparándole la cena a una chica con la que estaba saliendo. Era nuestra tercera cita y quería impresionarla, así que quise preparar unos suflés de roquefort. Es una receta muy complicada, pero me salía perfecta porque la había hecho muchas veces, así que estaba muy seguro de que, cuando colocara mi precioso, nivelado y dorado suflé delante de ella, se quedaría tan impresionada que ni siquiera llegaríamos a los macarons que había preparado de postre.

Se derrumbaron en cuanto los saqué del horno.

—Jonah, no pasa nada —me dijo ella—. Seguro que están deliciosos igualmente.

—No, no puedo permitir que te comas esto. Tengo que volver a hacerlos.

El siguiente intento también fue un fracaso. Ella se marchó a mitad del tercer intento y yo que me quedé sentado en la mesa de

la cocina, sintiéndome miserable, engullendo macarons e intentando averiguar por qué aquella receta que me había salido perfecta tantas veces había fallado justo ese día.

Hasta este momento, el incidente del suflé de roquefort había sido la cosa más incomprensible e inexplicable que me había pasado nunca.

—… ¿perdona?

—Que si te quieres casar.

Seguía sin tener sentido la segunda vez.

—Sé que es una locura —dijo otra vez Sadie.

Estaba bastante seguro de que estaba viviendo alguna especie de experiencia extrasensorial; era la única excusa para lo que dije después:

—No sabía que sentías eso por mí.

—Vete a la mierda, Jonah.

—¡Me has pedido que me case contigo!

—No, te he preguntado que si te gustaría casarte conmigo.

—¿Qué te hace pensar que quiero casarme contigo?

—Tú… cállate, anda —gruñó Sadie—. No estoy enamorada de ti. Te lo creas o no, he conseguido utilizar mis poderes de razonamiento deductivo en los últimos quince años y también he llegado a la conclusión de que tú no estás enamorado de mí. Es simplemente una propuesta de trabajo.

Se sentó en mi cama. Sadie Shaw estaba sentada en mi cama. Eso era infinitamente menos probable que joder los suflés tres veces seguidas. Abrió su ordenador.

—Mi contrato tiene una cláusula para la posible contratación de un cónyuge.

Giró la pantalla hacia mí. Había subrayado la sección en cuestión. Intenté leerla, pero fue como si mi astigmatismo de pronto hubiera aumentado cientos de dioptrías.

—Considerarían la opción de contratar a mi marido en caso de que fuera necesaria la reubicación, y mi pareja encajara en algún empleo en la institución —dijo Sadie—. A ti te preseleccionaron. Estás cualificado.

No lo estaba. Las personas cualificadas para el trabajo de profesor de Estudios Literarios podían hacer cosas como leer o hablar.

—Había pensado que igual podríamos amañarlo de alguna forma, total, ya vivimos juntos, y en nuestras solicitudes aparece la misma dirección. Y luego solo tendríamos que fingir que, pues eso, «vivimos juntos». —Hizo unas comillas con los dedos—. Pero con eso no basta. He investigado un poco y te hacen firmar una declaración reglamentaria sobre la naturaleza de nuestra relación. Chess me ha dicho te pueden meter en la cárcel si mientes en una declaración reglamentaria, así que tendríamos que casarnos.

—¿Qué?

Su mirada era el equivalente a chasquear los dedos delante de mi cara y decir: «Ey, espabila».

—Si firmamos una declaración reglamentaria en la que diga que «llevamos varios años viviendo juntos y nos hemos casado hace poco», no sería mentira.

Me quedé mirándola.

—Ya te lo he dicho, parece algo muy extremo —dijo—, pero tampoco creo que sea para tanto.

Esa, la más absurda en una serie de declaraciones absurdas, por fin me trajo de vuelta a la tierra.

—¿Que no es para tanto?

Me puse de pie, pero no tenía dónde ir. Mi habitación era diminuta y apenas tenía espacio suficiente para meterme en la silla entre el escritorio y la cama donde Sadie estaba sentada. Si quería irme, tendría que saltar por encima de sus piernas.

Me quedé mirando a la pared, me pasé una mano por el pelo y tiré tan fuerte que me sorprendió no haberme arrancado ni un pelo.

—Piénsatelo, Jonah. —¿Cómo podía estar tan tranquila?—. No tendría por qué cambiar nada. Ya vivimos juntos aquí. ¿Por qué no íbamos a vivir juntos allí también? A mí me solucionaría un problema, la verdad. Los alquileres de Hobart son de locos, y así no tendría que buscarme otra habitación en una casa compartida.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo para tener un compañero de piso?

—Evidentemente, no. No seas ridículo.

—Aquí solo hay una persona que está siendo ridícula.

—¡Solo quiero ayudarte!

—¡No necesito tu ayuda!

Me di la vuelta.

—No necesito tu ayuda —repetí, intentando bajar la voz para que nuestros compañeros de piso no vinieran corriendo para tratar de separarnos—. No necesito tu caridad, no necesito tu lástima. Vete, por favor.

Sadie también se puso de pie. Su moño quedó a la altura de mis ojos. Igual que aquella noche en la cocina, estaba inclinado a la izquierda.

—Jonah —dijo—, piensa en tu hermana.

—¿Qué más te da a ti mi hermana? Ni siquiera la conoces.

—Ya lo sé, pero… ¿podemos sentarnos? Estás más alto que yo. Y lo odio.

Nos sentamos, yo en la silla del escritorio y ella otra vez en la cama. La tela de mis pantalones del pijama rozaron la suya y nuestras rodillas se tocaron.

—Ya te lo he dicho —dijo Sadie—, siento debilidad por las hermanas.

Hizo un ruido entre un suspiro y una risa.

—Aunque Chess nunca va a necesitar nada de nadie.

Eso sí que me lo creía: la hermana de Sadie daba miedo.

—Sé lo que se siente —dijo—, cuando quieres a tu hermana y tienes la sensación de que no puedes hacer nada por ella.

Me metí las manos debajo de las piernas para no tener que buscar algo que hacer con ellas.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias, Jonah.

Por decirlo suavemente.

—Sé que eso es decirlo suavemente.

Retorcí los dedos debajo de los muslos.

—Pero la idea de que no puedas ayudar a tu hermana, de que yo sea lo que se interpone entre vosotros… No lo soporto. Y no sé si podré vivir con ello.

La habitación estaba iluminada. Demasiado, en realidad. La lámpara del flexo de mi escritorio se había fundido, así que tenía encendida la luz del techo. Era una luz blanca azulada muy agresiva, de esas que no hacen ningún favor a nadie.

Pese a eso, tuve la sensación de que estábamos otra vez en la cocina. En la oscuridad tranquila y silenciosa, con los restos de aquella repugnante tarta a la taza sobre la mesa delante de mí, con

la mano de Sadie sobre la mía mientras me preguntaba: «¿Tregua?».

—Y, sinceramente, creo que deberías apreciar la genialidad de la estafa —dijo, esta vez con un tono más desenfadado—. Es una forma magnífica de engañar a la clase directiva y conseguir que más interinos obtengan puestos de trabajo fijos, ¿no crees? —Señaló una de las pegatinas sindicalistas de su ordenador.

—No sé si el matrimonio concertado sería muy popular en un sindicato —dije con frialdad.

—Esto no sería un matrimonio concertado. —Sadie pareció pensativa durante un instante—. Normalmente, se llamaría matrimonio de conveniencia. Quizá un matrimonio de palabra. Cuando se hacían las series románticas en las revistas femeninas de mediados del siglo xx era un tópico muy popular y…

—No necesito que me des una lección.

Ella levantó las cejas.

—Seguro que es una lección muy interesante —me corregí—, pero piénsalo, Sadie: piensa en lo que me estás proponiendo. Literalmente, es hincar la rodilla.

Esperaba que me respondiera enfadada, pero su voz fue casi amable.

—¿De verdad crees que habría aparecido aquí con una propuesta tan extrema si no le hubiera dado mil vueltas?

—Mira, puede que no siempre lo haya demostrado, pero respeto muchísimo tu inteligencia —dije—. Y no, no creo que lo hayas pensado bien. Tú misma has dicho que era una locura.

—Dije que parecía una locura. No que lo fuera.

—¿En serio crees que la semántica es importante?

—Claro que lo es.

Solo Sadie Shaw podía convertir una discusión sobre una propuesta de matrimonio en una acerca de la literalidad de algo.

—No es una locura —dijo—. No va a cambiar nada en nuestra relación ni en nuestra situación. Tú consigues un trabajo que te mereces tanto como yo, con el aliciente de poder ayudar a tu hermana; por mi parte, podré dormir tranquila todas las noches. Lo único diferente es que firmaríamos un papel.

—Un papel bastante importante. ¿Llamarías —señalé el diploma enmarcado de mi doctorado— un papel?

—Por supuesto que no. Te lo ganaste. Pero cualquiera puede casarse.

—¿Y si nos pillaran?

—¿Cómo iban a pillarnos? El matrimonio sería legal. Todo lo que pusiéramos en la declaración reglamentaria sería verdad. No tendrían cómo demostrar lo contrario.

Hice una pausa.

—Pero no… —Me costaba encontrar las palabras adecuadas—. ¿Esto no significa nada para ti? Con todas las novelas románticas que lees.

—¿Me estás preguntando si sueño con un vestido blanco y una casita con valla y con un príncipe azul?

No era la primera vez que escuchaba esa voz borde y entrecortada. Normalmente, significaba que se estaba poniendo furiosa con alguien.[25]

—Soy una mujer en el mundo académico, Jonah. Estoy familiarizada con las investigaciones sobre cómo el matrimonio beneficia a los hombres y perjudica a las mujeres. Todo eso de la

división de las tareas domésticas y la carga emocional. He leído todos esos libros escritos por académicos blancos y rancios en los que mencionan de pasada a sus mujeres en los agradecimientos del manuscrito, manuscrito que ellas escribieron por ellos y de cuya investigación se ocuparon al noventa por ciento.

Probablemente no lo sabía, pero había descrito con mucha precisión a mis padres.

—El amor sí que significa algo para mí —dijo—. El matrimonio, no tanto.

Sadie puso las manos sobre la cama y se inclinó ligeramente para atrás. Yo aparté la mirada, para no ver lo que ese movimiento hizo con sus pechos, bajo la fina tela de la camiseta.

—Tampoco es que te esté sugiriendo que nos casemos hasta que la muerte nos separe —añadió—. Solo hasta que los dos pasemos el periodo de prueba. Entonces, será mucho más difícil despedirnos.

No me lo estaba planteando seriamente, no, para nada… Aun así, esa luz hacía destacar sus mechones de naranja fuego en el pelo y…

—¿Cuánto tiempo es el periodo de prueba? —pregunté.

—Tres años.

—¿Tres años? —Mi voz no había alcanzado un tono tan agudo desde antes de que me empezara a cambiar.

Ella se encogió de hombros.

—Llevamos ocho años viviendo en la misma casa y hemos conseguido no matarnos. ¿Qué son tres más?

¿Cómo podía estar tan tranquila con todo esto?

—Aunque tampoco tenemos que estar casados los tres años enteros —añadió—. Es para protegerte a ti, no a mí. Por mí no habría ningún problema si quieres terminarlo antes.

Escuchaba los latidos del corazón en los oídos.

—Venga ya, Shaw. No lo has pensado bien. De verdad.

Ella puso una mirada mordaz.

—En los últimos quince años, ¿exactamente cuándo te he dado la impresión de que no pienso bien las cosas?

—Hay muchos motivos por los que esto es una malísima idea —dije—. ¿Y si…? ¿Y si nos casamos y te enamoras de otra persona? ¿Qué harías entonces?

—¿Por qué no podemos tener un matrimonio abierto? Podríamos ser Sartre y Simone de Beauvoir, pero de los estudios literarios.

—Sartre y Simone de Beauvoir no estaban casados.

—Ya lo sé, Jonah.

Exhaló con fuerza.

—Mira, me siento más identificada con tu hermana de lo que me gustaría, ¿vale? —dijo—. Sobre todo con sus hijes. Sé lo que es que te abandonen.

Recordé lo que me había contado tantos años atrás, cuando ganamos la medalla universitaria al mérito académico. Su madre, moribunda. Su padre, que las abandonó. La mirada en sus ojos al explicarme: «Cuando digo que me he esforzado mucho por esto, Fisher, no solo me refiero a que me he esforzado por ser mejor que tú».

—Mi padre era un gilipollas maltratador salido directamente del ojete de Satán —dijo Sadie—. Marcharse fue lo mejor que pudo hacer por nosotras, pero dolió igualmente. —Se agarró las manos sobre el regazo y entrelazó los dedos—. No fue culpa de mi madre, pero, cuando murió, te aseguro que también fue como si nos abandonara.

No podía ni imaginarme cómo debió de ser.

Por muy horribles que fueran mis padres, por mucho que nos picaran a Fiona, Elias y a mí para que nos enfrentáramos, siempre habían estado ahí. Incluso cuando mi padre hizo aquel comentario horrible sobre que no podría ayudarme porque Fi había acudido a él pidiéndole dinero, sabía que no lo decía de verdad.

Si yo fracasaba, me pasaría toda la vida escuchando comentarios sobre el tema. Esa espantosa palabra, fracaso, se usaría como arma en mi contra para siempre.

Pero hubo un motivo por el que Fi se tragó el orgullo y acudió a ellos cuando Matt se negó a pagarle la pensión. Se había caído y ellos la rescataron, al menos económicamente.

—Solo hay una persona en mi vida que nunca me ha abandonado —dijo Sadie—. Mi hermana.

Se quitó el moño. Su maravillosa melena cayó sobre sus hombros. Tragué por instinto y esperé que no se hubiera dado cuenta de que se me había cerrado la garganta.

—Jamás podré devolverle a Chess todo lo que ha hecho por mí. Ni en mil años. Lo único que puedo hacer es devolver el favor de otra forma.

Luego hizo una pausa.

—Tu hermana está viviendo una pesadilla —dijo—. Sin embargo, si podemos conseguir que te contraten porque estamos casados, tú podrás ayudarla, estar con ella, como Chess ha estado siempre conmigo… Y, bueno, entonces en mitad de esa pesadilla, pasaría algo bueno.

Volví a tragar.

Lo sabía, sabía que esto era una idea terrible.

Sabía lo que debía decir: «Es algo muy generoso por tu parte, Sadie, y no quiero que pienses que no te lo agradezco. Pero no puedo».

Sin embargo, dije:

—De acuerdo, Shaw. Casémonos.



Capítulo 7

Sadie

Si esto fuera una película, habría algún corte brusco que pasaría de la mirada de Jonah mientras me dice «De acuerdo, Shaw. Casémonos» a nuestra boda. Un montaje de los dos preparándonos, subiéndonos a un coche, y luego, de pronto, él me estaría poniendo un anillo en el dedo, y alguien, seguramente un imitador de Elvis, estaría diciendo: «Puedes besar a la novia».

Pero no era una película, así que lo que sucedió realmente fue que nos pasamos los siguientes veinte minutos en silencio investigando qué había que hacer para casarse legalmente en Australia.

—Básicamente, hay que rellenar este formulario, firmarlo delante de un testigo autorizado y conseguir un oficiante que lo presente —dijo Jonah, y me enseñó la pantalla. Ahora estábamos los dos sentados en su cama, con las piernas cruzadas, apoyados contra la pared y con los ordenadores en el regazo—. Luego, una vez registrado, nos podremos casar al cabo de un mes.

—¿Un mes? —Eso significaría que nos casaríamos a principios de febrero, solo unos días antes de que, en caso de conseguirlo, empezáramos a trabajar en Lyons—. ¿Qué tienen que hacer? ¿Llamar a los pregoneros?

—Hay una cláusula para acelerarlo, pero creo que no cumplimos con los requisitos. —Se pasó la mano por la barba—. Supongo que es para asegurarse de que la gente se lo piensa bien.

Jonah apoyó la cabeza contra la pared y miró al techo, luego me miró a mí.

—Seguramente, sea lo mejor. Si nos casamos así —chasqueó los dedos— y la universidad nos dijera: «Lo siento, no podemos contratar a tu marido», tendrías que aguantar a un marido al que no querrías.

—Entonces tendríamos que recurrir al plan B.

—¿Que es…?

—Te mato, heredo todo el dinero que tus padres te iban a dejar y empiezo una nueva vida como una viuda rica que resuelve asesinatos en trenes.

Jonah se rio por lo bajo. Noté su aliento cálido contra mi mejilla.

Luego suspiró.

—Ni siquiera sabemos si esto es posible, Shaw. Tu contrato dice que considerarían contratar a tu cónyuge, no que lo garanticen.

—Escribiré a Recursos Humanos y concertaré una reunión para averiguarlo. Pero si el proceso de casarnos de verdad tarda un mes entero, tenemos que empezar ya. Si necesitamos un oficiante que registre el formulario, deberíamos buscarlo cuanto antes. —Abrí otra pestaña—. ¿Alguna preferencia?

—No, la verdad.

Volvió a mirar al techo.

—¿Sabes?, durante gran parte del último milenio, podías casarte simplemente declarando que estabas casado. Ni siquiera se necesitaban testigos. Con decir «eres mi marido» y «eres mi mujer» había suficiente.

—Ya lo sé —dije sin prestar mucha atención mientras deslizaba una página web de anuncios de oficiantes—. Estuve en la clase en la que hablabas de ello.

Y debo reconocer que fue interesante. Utilizó la teoría de los actos de habla para explicar la ceremonia del matrimonio y los problemas que presentaba a la hora de describir bodas en la época renacentista. Frases como: «Te tomo a ti como legítima esposa» eran el tipo de actos de habla que cambiaban la realidad: en cuanto lo decías, estabas casado. Eso complicaba que lo dijeran los actores, aunque todos los involucrados fueran hombres y aún quedaran más de cuatrocientos años para la legalización del matrimonio homosexual.

Aunque casarse no era tan simple como decirlo. «El matrimonio en la Inglaterra de principios de la era moderna se reducía básicamente a dos cosas —había dicho Jonah, señalando su presentación de PowerPoint—. Un contrato verbal que iniciaba el matrimonio y una unión física que lo consumaba».

Uno de los inconvenientes de ser pelirroja es que cuando te sonrojas todo el mundo se da cuenta. Al recordar la curva de sus labios cuando pronunció «consumaba», noté cómo el rubor empezaba cerca de mi ombligo y subía lentamente hasta la cara.

—¿En serio la página web de esa celebrante se llama Goingto-Gretna-Green-punto-com? —Jonah estaba mirando la pantalla—. He

cambiado de idea. Sí que tengo preferencias. Quiero esa.

Lo miré sorprendida.

—Si vamos a llevar a cabo un plan tan absurdo —aclaró—, lo mejor es que lo formalicemos con alguien que tenga sentido del humor.

La oficiante tenía un calendario en la página web, así que reservé una cita para la tarde siguiente.

—Ahora tenemos que rellenar el formulario de «aviso de intención matrimonial», para que todo empiece a moverse.

—Vale. —Jonah clicó en la pestaña donde estaba el formulario—. Hace falta un testigo que lo firme: un juez de paz, un abogado, un doctor, algo así. El oficiante seguramente pueda hacerlo, a no ser que quieras que tu hermana…

—No.

Él volvió a mirarme.

—No quiero decírselo a Chess. De momento.

Se hizo una pausa larga y luego volvió a hablar.

—Esto no me incumbe, pero si de verdad vas a ser mi esposa, Shaw…

Las palabras «mi esposa» pronunciadas por Jonah Fisher me hicieron sentir muchas cosas, y no tenía intención de ponerme a indagar en ninguna.

—… ¿puedo preguntar por qué?

—Porque puede que no sirva de nada. Puede que la universidad nos niegue el contrato conyugal. Esto —nos señalé a los dos— puede que no sea nada. No quiero que se preocupe hasta que haya algo de lo que preocuparse de verdad.

Jonah no dijo nada.

Era lo mismo que hacía en las clases, cuando formulaba una pregunta y ninguno de sus alumnos era lo bastante valiente como para responder. Yo tenía la mala costumbre de rellenar los huecos, pero a él no le daba miedo dejar que el silencio se volviera incómodo para conseguir que los alumnos respondieran.

Por eso no me sorprendió ser yo la que se rindiera en primer lugar.

—A Chess, esto no le va a gustar nada.

—Porque me odia.

—Puede que no siempre le haya hablado bien de ti. —Eso sí que era un eufemismo—. Y luego también está el incidente con tu padre, cuando ganamos la medalla universitaria.

Fue una de las pocas veces en mi vida que me enfadé de verdad con Chess. «¿Qué coño haces?», le había gritado cuando conseguí apartarla del profesor Fisher, con la cara roja como un tomate. «¿Sabes quién es ese? ¿Sabes el poder que tiene en nuestro departamento? ¡A la mierda mi plan de cinco años! Seguramente, tendré que esperar a que se muera si quiero hacer un doctorado».

«No tendrás que esperar mucho —me había respondido Chess—. Porque voy a matarlo».

Había enseñado los dientes.

«Te ha llamado "trepa sobrevalorada" y ha dicho que seguramente te hayan tenido que subir la nota porque habría parecido nepotismo si hubiera ganado solo su hijo».

Había mirado para atrás por encima del hombro. Jonah tenía la mano en el pecho de su padre, conteniéndolo, con la cara tan roja como la mía debajo de su birrete.

Y el corazón se me había llenado de un odio puro porque ahora iba a pasarme toda la puta vida preguntándome si lo que el profesor Fisher había dicho era verdad.

—Siento mucho lo que pasó aquel día —dijo Jonah, rozando su rodilla contra la mía—. Sé que han pasado diez años, pero, por si no lo había dicho antes… lo siento mucho.

El principal beneficio de mudarme a la casa compartida había sido el descubrimiento gradual de este hombre: el Jonah de cárdigan, el Jonah humano, el Jonah que no era simplemente el segundo hijo del gilipollas de su padre. Yo siempre tenía los puños preparados, y podía ganar una medalla olímpica por rencorosa, pero había terminado aquella noche en la cocina diciéndole que no quería que peleáramos más.

Sin embargo, Chess se negaba categóricamente a creer en la existencia del Jonah de cárdigan. En su opinión, todo era muy sencillo: solo existía el Jonah de *tweed*, el hijo de un Christian de aún más *tweed*. Todas las cosas que lo humanizaban debían interpretarse como un truco, otro intento más de derrotarme.

Puede que yo me lleve una medalla a la más rencorosa, pero Chess conseguiría el oro.

Jonah volvió a apoyar la cabeza en la pared.

—Supongo que el hecho de que yo también odie a mi padre no haría cambiar de opinión a tu hermana.

—Probablemente, no.

Seguro que no. «Eso es justo lo que él quiere que creas —me hubiera dicho Chess—. Lo que quiere es poder manejarte a su antojo».

Le iba a contar a Chess este plan absurdo y desquiciado. Resultaba imposible que no se lo contara. No sabía cómo se lo iba a contar, pero lo iba a hacer.

Pero no tenía sentido partirme la cabeza averiguando cómo explicarle todo esto hasta que estuviera segura de que podíamos hacerlo de verdad.

¿No?



El despacho de la oficiante estaba en Bondi Junction, y nos pasamos por el centro comercial el día antes de la reunión.

—Creo que les quedará clara nuestra intención de casarnos si rellenamos el formulario —gruñó Jonah—. No hace falta que montemos un numerito.

—No digo que haga falta, Fisher —respondí, tirando de él—. Pero tenemos que conseguir, al menos, ser una pareja un poco creíble.

Él hizo un sonido entre la exasperación y la resignación.

—Cariño.

Me detuve en mitad del pasillo del centro comercial y me quedé mirándolo.

—¿Qué? —dijo—. ¡Me estoy involucrando! Una pareja de verdad jamás se llamaría por el apellido. Usarían motes cariñosos, ¿o no?

—Ese no —respondí—. Así es como llamarías a una niña pequeña.

—Entonces doy por hecho que «tesoro» también está descartado.

Mi cabeza se negaba por completo a procesar la idea de Jonah Fisher pudiera llamarme «tesoro».

—Cielo —intentó mientras echábamos nuevamente a andar.

—¿Ahora soy la esposa de una comedia de los sesenta? Porque te digo desde ya que no pienso cocinar para ti.

—Eso espero. Te recuerdo que he probado tu comida.

—Que te den por culo.

—Yo me encargaré de cocinar. Tú puedes cultivar las verduras.

Tuve que admitir a regañadientes que, en realidad, era un trato bastante apañado. Me encantaba la jardinería, y por estos ocho años viviendo con él, por mucho que intentara evitarlo, sabía que Jonah era un cocinero excepcional.

—Solo quedan algunas cosas más —dije—. Algo que sugiera que somos pareja sin necesidad de proclamarlo a los cuatro vientos.

—¿Y en qué estás pensando, querida?

—Oye, que no tengo ciento ochenta años: nada de querida.

Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—La gente siempre complica demasiado las cosas cuando fingen ser pareja en las comedias románticas. Sobreactúan. No prestan atención a lo que hacen las parejas de verdad. Las parejas de verdad no van por ahí comiéndose los morros en público, ni arrastrando carteles de «recién casados» con un montón de latas detrás de un coche, ni llevan esas camisetas de «Estoy con un idiota» y «Soy idiota». Son los pequeños detalles. Cogerse de la mano, darse un beso en la mejilla, esas cosas. Y eso sí que lo podemos hacer.

Jonah asintió, con la mirada medio perdida.

—Pero lo más fácil y lo más evidente —añadí mientras le agarraba de la muñeca y lo arrastraba hasta un escaparate rosa Barbie de una tienda de bisutería barata— son los anillos.

El anillo de compromiso que elegimos era un circonio cúbico en plata de ley. Había una piedra verde rodeada por diamantes falsos, más bien puntiagudos, como pequeños vidrios rotos. Costaba la asombrosa cantidad de 27,99 dólares, que Jonah insistió en pagar.

—Estoy completamente a favor de la revisión de los roles de género en la institución heteronormativa del matrimonio, pero creo que, aun así, debería pagar el anillo de compromiso de mi esposa.

Ahí estaba otra vez esa palabra: esposa.

—Entonces yo compro las alianzas. —Me giré para buscar entre las bandejas—. Mira. ¿Te queda bien?

Me dio la mano. Le deslicé en el dedo el anillo, todavía atado al cartón y con la etiqueta del precio puesta.

Nunca me había fijado en las manos de Jonah. Las había visto, claro, pero nunca las había mirado de verdad. Tenía dedos de violinista, largos, finos y ágiles.

De pronto, me sobrevino un recuerdo muy vívido de lo que sentí aquella noche en la cocina. Esos dedos entrelazados con los míos.

Me estremecí.

—Amor —dijo en voz baja.

Mierda. ¿Había dicho algo en voz alta sin querer?

—Amor —repitió—. Como mote cariñoso. ¿Qué te parece «amor»?

—Pues… Amor no lo odio, la verdad.

Le saqué el anillo del dedo.

—Pero nada de «mi amor».

—Vale. «Mi amor», descartado.

—¿Y el anillo? —Lo levanté—. ¿Nos gusta este?

—La verdad es que nunca me imaginé que mi alianza de boda vendría en un pack de tres.

—Mucho mejor. Así tienes uno de repuesto si se te pierde. O si se gasta el acabado en oro. Que sean tres por doce dólares no me da mucha confianza respecto a su calidad.

Lancé la caja de los tres anillos al aire y la volví a coger.

—Tampoco es que necesitemos que aguanten demasiado. Tres años no es tanto.

—Sí que lo es.

—Podemos comprar dos cajas, si te preocupa.

—No, no me refiero a…

Jonah exhaló.

—Sabes que nunca voy a poder devolverte todo esto, ¿verdad? —dijo por fin.

Yo abrí la boca.

—No hagas como que hablo de los anillos. Ya sabes a qué me refiero.

Me cogió una mano entre las suyas. Otro escalofrío me recorrió la espalda y tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para evitar que él se diera cuenta.

—Gracias, Sadie —dijo.

—No es nada. —Profundamente incómoda, recuperé la mano antes de que él pudiera ver que se me había erizado el vello del brazo—. Tampoco es para tanto. Llevaremos un par de anillos y seguiremos siendo compañeros de piso durante unos años más. Luego nos podemos divorciar e ir cada uno por nuestro lado fingiendo ser unos ex que se llevan mal.

Lo conduje hasta la caja.

—Imagina lo fácil que sería trabajar juntos. Ya tenemos mucha práctica discutiendo.

Jonah hizo un ruido áspero, como un ladrido, que podría haber sido una risa.

—Afrontémoslo, Fisher —dije mientras colocaba la tarjeta sobre el datafono—: nací para ser tu exmujer.



La reunión con la oficiante resultó ser bastante sencilla. Era una mujer asiática con el pelo rizado y una sonrisa brillante que nos explicó todo lo que teníamos que hacer con calma pero con franqueza. Nos firmó los formularios que la convertían en testigo con un garabato que destilaba autoridad.

—Supongo que nos habéis elegido porque queréis la experiencia Gretna Green al completo: casaros lo antes posible, pero con el mínimo jaleo —dijo—. Lo organizaré todo y os casaremos antes de que os tengáis que ir. No tenéis que preocuparos por nada.

Sin embargo, la reunión con la gente de Recursos Humanos de la universidad no fue tan simple.

—No estábamos al tanto de que esta era su situación, doctora Shaw —dijo fríamente una persona en la videollamada—. Ni la suya, doctor Fisher.

Jonah tenía el brazo sobre mis hombros, tanto para pasar como pareja como para que los dos pudiéramos entrar en el plano. Notaba que estaba temblando.

Respiré hondo e intenté mimetizarme con Francesca Shaw, «la abogada que come abogados».

—¿En qué momento habría sido adecuado que reveláramos la naturaleza de nuestra relación? ¿Durante el proceso de contratación?

¿Para que perjudicara considerablemente nuestras probabilidades?

—Para Sadie, sobre todo —dijo Jonah, todavía con el brazo tembloroso, pero con la voz firme—. Hay muchas investigaciones que demuestran la inclinación que las juntas de contratación muestran contra las mujeres casadas de entre veinte y cuarenta años, por suponer que se pedirán una baja por maternidad.

—Dudo que esto sea una circunstancia imprevista —añadí—. En el contrato hay una cláusula específica para un contrato conyugal cuando dicho cónyuge está cualificado.

Levanté la mano hacia la de Jonah, sobre mi hombro, entrelacé mis dedos con los suyos, para proporcionarle un poco de estabilidad y, de paso, enseñar el anillo de compromiso. Con ese gesto, quería decirles que (aunque la idea me espantaba) si no contrataban a Jonah, tampoco podrían contar conmigo.

—Nadie puede estar más cualificado que Jonah —dije—. El hecho de que fuera preseleccionado para este puesto es prueba suficiente de ello.

Tuvimos que pelearlo mucho, pero finalmente accedieron a regañadientes a contemplar la posibilidad; de todos modos, al terminar la reunión, no estábamos convencidos de que fuera a salir bien.

—Bueno, fue divertido mientras duró —dijo Jonah, algo decepcionado—. Gracias por intentarlo.

—No te des por vencido, no aún —dije—. A lo mejor es que simplemente tienen personalidades de mierda.

Él sonrió, pero sin humor.

—Dudo mucho que esta vez vaya a acontecer una eucatástrofe, Shaw.

Suspiré. Yo también tenía mis dudas.

Y, aunque eso sería horrible, también me sentía un poco aliviada. Si nos rechazaban, si nos enviaban un correo diciendo: «¡Ja, ja! Buen intento, pero los puestos académicos fijos no están ahí para quienes urden un plan que se basa en un anillo», entonces no tendría que contarle a Chess nada esto.

Yo estaba en la ESU, atando algunos cabos sueltos, cuando recibí el correo de Jonah. El asunto era: «FW: Contrato laboral (profesor, nivel B)».

A continuación, dos segundos después, un mensaje: «Ha funcionado».

Seguido de otro: «Así que supongo que tendremos que empezar a contarlo, ¿no?».



Discutimos un poco sobre los detalles del plan, pero lo teníamos claro.

El mundo académico era pequeño e incestuoso. Cuanta más gente supiera que nuestra relación se movía entre la «farsa» y el «fraude», pese a que fuera del todo legal, más posibilidades habría de que nos echaran.

Teníamos que vendérselo a todo el mundo.

Primero que a nadie, a nuestros compañeros de piso. Jonah pensaba que nos conocían demasiado bien como para mentirles.

—A lo mejor no todos, pero hemos vivido ocho años con Van y Annie —protestó sentado en mi cama, con el suave brillo de mi lámpara iluminándole varios mechones grises entre el cabello

oscuro; los volvían plateados; con las lucecitas de la pared, parecía que tenía una corona de estrellas.

—¿Sabes cuántas veces han preguntado cuándo le vamos a dar al tema tú y yo?

Se sonrojó.

—Será muy fácil —dije—. Solo tenemos que decir algo como: «Es que la idea de separarnos nos hizo darnos cuenta de que, en realidad, hemos tenido una relación de *enemies to lovers* todo este tiempo, así que ahora vamos a dar el paso de formalizarlo para no tener que separarnos nunca más».

Él suspiró y se tocó el puente de la gafas, sobre la nariz.

—Además —dije, porque no era capaz de dejar de pincharlo—, ¿qué te crees que piensan que hemos estado haciendo últimamente en nuestras habitaciones?

Él me fulminó con la mirada, poniéndose aún más rojo.

—Qué mona, Shaw.

—Eso pensaba.

—¿Y tus amigas?

—¿Qué parte del plan de Van y Annie no has entendido?

—Tus otras amigas.

—¿Mis compañeras del doctorado? No saben cómo somos. Les podemos colar sin problema que lo nuestro es un *enemies to lovers*.

—No. —Jonah se pasó la mano por el pelo y los mechones grises se movieron y resplandecieron. Con esa luz, era complicado no darse cuenta de que, en realidad, era bastante atractivo—. Me refiero a tus otras amigas. Tus amigas de fuera de la universidad.

—Fisher —dije, apretando el pulgar en las puntas del circonio cúbico del anillo de compromiso—, trabajamos más o menos las

mismas horas a la semana, ¿no? ¿Tú eres capaz de mantener un montón de amistades fuera de la universidad? Porque, si es así, te doy permiso para que me des una clase sobre gestión del tiempo.

Luego estaban nuestros hermanos.

—Si te parece bien, me gustaría decirle a Fiona que lo nuestro es de verdad —dijo Jonah una vez que terminamos de discutir sobre nuestros amigos inexistentes.

—¿Estás seguro? —pregunté escéptica.

—A Elias le voy a contar la verdad, pero Fi ya está aguantando demasiado. Lo último que quiero es añadirle a sus preocupaciones «mi hermano pequeño va a meterse en un matrimonio de conveniencia para poder mudarse cerca de mí». —Jonah se quitó las gafas y se puso a limpiarlas—. Además, se le da fatal guardar secretos. Les dijo a sus hijes que iba a mudarme a Hobart antes incluso de la entrevista.

Joder. No me extraña que estuviera tan nervioso aquel día.

—¿Y cuándo se lo vas a decir a Chess? —preguntó—. Doy por hecho que le dirás la verdad.

—Obviamente —dije—. Solo necesito encontrar el momento adecuado. Pero hablemos del puente más largo que tendremos que cruzar. ¿Cómo se lo vamos a decir a tu padre?

Jonah cerró los ojos un segundo y exhaló. Todavía no se había puesto las gafas y, por un instante, pareció extremadamente joven y muy asustado.

—No hace falta que lo hagamos los dos —dijo—. Yo se lo diré.

—Entiendo que no podrás conseguir que tu madre… te allane el camino, ¿no?

Era incapaz de imaginarme cómo sería una versión más tranquila del profesor Fisher.

—Mi madre fue una de sus estudiantes de doctorado; renunció para tener hijos y ser su asistente de investigación no remunerada. —Sonó cortante—. ¿Cómo de efectivo crees que sería?

Levanté las manos.

—Perdona.

Suspiró y se puso las gafas otra vez.

—No, perdóname tú. Eso no ha venido a cuento. Es que…

No hacía falta que terminara la frase. No solía ser particularmente empática con Jonah Fisher, pero tampoco era muy difícil imaginarse lo mal que se habría tomado su padre que me dieran el trabajo de Lyons a mí. Estaba claro que esto aún se lo iba a tomar peor.

—¿Y si no se lo contamos todo?

—Shaw, mi intención es contarle a mi padre que somos la pareja más enamorada desde Eloísa y Abelardo. Si descubre que estamos cometiendo un fraude…

—No me refiero a eso.

Me moví sobre la silla de mi escritorio, descrucé y volví a cruzar las piernas, intentando encontrar una posición cómoda.

—Me refiero al contrato conyugal. ¿Y si le decimos a tu padre que, de repente, los de Lyons cambiaron de opinión y decidieron contratarnos a los dos? Y, hala, qué casualidad que nos enamorásemos en el camino, ¿no?

—No.

—No pasa nada, de verdad. Va a comportarse como un gilipollas igualmente porque te cases conmigo, ¿no? Hacerle creer que los dos hemos conseguido el trabajo por méritos propios puede que alivie…

—No.

Jonah me miró directamente a los ojos.

—Mi padre lleva años intentando acabar contigo —dijo—. ¿De verdad crees que puedo permitir que pierdas la oportunidad de restregarle por la cara lo que has conseguido?

De pronto volví a estar muy incómoda en la silla.

Y luego él lo empeoró mil veces más al acercarse y tocarme el dorso de la mano con un dedo, presionando delicadamente entre mis nudillos.

—Pero gracias —dijo—, por tenerlo en cuenta.

—No es nada —conseguí decir.

Mi cuerpo estaba determinado a reaccionar, pero lo reprimí como buenamente pude. Joder, iba a tener que recuperar el control, y cuanto antes, o Jonah se terminaría dando cuenta.

—Mi padre tiene que respetar tus logros, Shaw —dijo—. Eso vale mucho más que mi orgullo.



Un par de noches después de que Jonah le soltara la bomba a sus padres de que se iba a casar con una trepa sobrevalorada y se iba a mudar con ella a Tasmania por un contrato de pareja, fuimos a cenar a la casa familiar de los Fisher.

—Han insistido —me dijo compungido—. Creo que creen que les estoy gastando una inocentada.

—¿En vuestra familia hacéis inocentadas?

Resopló.

—¿Tú qué crees?

Sentía mucha curiosidad genuina por ver la casa en la que había crecido Jonah. Teniendo en cuenta cuánto le gustaba a su padre usar las palabras «vulgar» y «cliché» cuando describía los libros que yo estudiaba, el hogar familiar de los Fisher debería ser una maravilla arquitectónica digna de una revista de diseño.

Pero no lo era. La casa frente a la que nos dejó el Uber en Watsons Bay era una casa grande con jardín, sin ninguna diferencia con el resto de las casas de la calle.

Cada uno nos habíamos puesto nuestra armadura. Yo me había hecho un recogido tirante en el pelo, me había puesto mi mono negro favorito de «no me toques las narices», y cantaba mentalmente *Vigilante Shit*, mientras me hacía un delineado lo bastante afilado como para matar a un hombre. Jonah se había peinado hacia atrás, se había arreglado la barba y se había puesto una chaqueta de *tweed* con parches de cuero en los codos.

Era una sofocante noche de verano, hacía demasiado calor como para que llevara *tweed*. Aunque yo estaba segura de que no era el calor lo que hacía que pareciera a punto de desmayarse cuando tocó el timbre.

Su padre abrió la puerta. Se quedó de pie en el umbral un buen rato, mirándonos a los dos de arriba abajo. Por instinto, mi mano derecha se cerró en un puño.

—Jonah —dijo—. Señorita Shaw.

—Doctor Shaw —dijimos Jonah y yo al mismo tiempo.

Por encima del hombro de su padre, vi a su madre. Ella, al menos, tenía la decencia de parecer algo compungida.

Agarré a Jonah por el bíceps. Menos mal que rechazó mi oferta de minimizar mis logros, porque creo que no habría sido capaz de

controlarme delante de este tío.

—Teniendo en cuenta que pronto formaré parte de la familia, Christian, puedes llamarme Sadie.

Al profesor Fisher se le tensó un músculo de la mandíbula. Contuve la necesidad de sonreír con superioridad.

—Un placer conocerte, Sadie —dijo la madre de Jonah, ofreciéndome un apretón de manos.

Eso fue lo más agradable que me dijeron los dos durante toda la noche y, en general, básicamente, lo único que dijo su madre. Si alguna vez había dudado de algo que me hubiera dicho Jonah sobre que su familia era un veneno, dejé de hacerlo. No me extraña que Fiona hubiera terminado donde había terminando. Si yo hubiera sido ella, también me habría casado con el primero que me lo hubiera pedido, si eso suponía no tener que volver a sentarme en esa mesa.

—Cuéntame cómo es posible que te contrataran a ti en lugar de a mi hijo, Sadie —dijo el profesor Fisher mientras nos sentábamos a cenar.

Era impresionante cómo conseguía que mi nombre sonara como un insulto. Le faltó poco para gritar: «¿¡Siguen contaminadas las persianas de Pemberley!?».

—Tiene un historial de investigación excepcional y su labor docente es ejemplar —dijo Jonah.

—¿Te he preguntado a ti, Jonah?

Tuve la tentación de repetir exactamente lo mismo que había dicho Jonah en la cara de su padre: «Tengo un historial de investigación excepcional y mi labor docente es ejemplar», pero, por eso de comportarme como una adulta y tal, opté por un método ligeramente más conciliador.

—En Lyons buscaban un especialista en ficción popular.

Al profesor Fisher se le volvió a tensar el mismo músculo de la mandíbula.

—No creen que la ficción popular sea inútil y engañosa. —No me pude resistir a añadirlo—. No funcionan como otras instituciones más cortas de miras.

—Pensaba que buscaban a un especialista en principios de la era moderna —le dijo el profesor Fisher a Jonah, ladeando la cabeza para mirarlo y dejar claro que ya no se estaba dirigiendo a mí.

—Era otra de las especialidades que buscaban. —Jonah me pasó las judías—. También entrevistaron a Rory Worland.

Ese debía de ser el flipado de Shakespeare que saltó y dio puñetazos al aire cuando salió de su ponencia, en uno de los intentos más evidentes que había visto en mi vida de intentar poner nerviosa a la competencia.

—Quizá fuera eso lo que dividió el voto en la junta de contratación —musitó el profesor Fisher—. A veces ocurre, cuando entrevistan a dos personas con la misma especialidad.

—O quizá —dijo Jonah— creyeron que Sadie era la mejor opción.

Su padre lo ignoró.

—Conozco a la directora de Humanidades de Lyons, Sofía Vargas. Una mujer horrible. Y peor académica.

La profesora Vargas había sido la directora de la junta de contratación. Me cayó bien en cuanto la vi; leyendo entre las líneas las palabras del padre de Jonah, estoy segura de que fue la que se aseguró de que en la lista de especialidades apareciera «ficción popular».

—Pero un antiguo compañero mío empezó allí el semestre pasado —continuó el profesor Fisher—. Lachlan Petrovski. Deberías mencionarle que eres mi hijo, Jonah. Cuidará de ti, cuando no esté demasiado ocupado solucionando las meteduras de pata de Sofía, claro.

—No necesito que me cuide nadie, papá —dijo Jonah—. Soy mayorcito. No me hace falta una niñera.

—¿No me digas? Porque quizá, si alguien te hubiera cuidado un poco más, no te habrías distraído. —La última palabra fue un gruñido acompañado de un gesto despectivo hacia mí—. A tu hermano le pasó lo mismo. Se distrajo con una cualquiera y ahora está sin trabajo.

Mira, a tomar por culo.

—Elias no está sin trabajo —dijo Jonah—. Va por la quinta…

—Vaya, Christian —interrumpí con una risa—, no sabía que sentías un respeto tan profundo por mi inteligencia.

El profesor Fisher me atravesó con la mirada.

—Menuda argucia —continué alegremente—. Convencer a Jonah de que se enamorara de mí en el momento justo para poder abalanzarme y robarle este trabajo. Habría sido necesaria una planificación meticulosa y grandes habilidades para llevarlo a cabo.

Agarré la mano de Jonah, que reposaba sobre la mesa, y entrelacé los dedos con los suyos.

—Por supuesto, en tu universo, en el que soy una genio maquiavélica, no sé muy bien por qué me iba a casar con Jonah una vez que le hubiera quitado un empleo que le pertenecía por derecho, pero gracias por concederme tal reconocimiento.

¿Podría conseguir que al profesor Fisher le explotara la cabeza si presionaba lo suficiente? La vena que le palpitaba en la frente me sugería que era bastante posible.

—Deberías estar agradecido, papá. Contento, incluso. —Jonah apretó los dedos alrededor de los míos, tanto que me dolió un poco, y me clavó el anillo de compromiso en el nudillo—. Da igual cómo lo haya conseguido, lo importante es que por fin tengo un trabajo fijo, y podré ayudar a Fiona y a les niñes.

—Fiona…

—No.

Lo dijo de la misma forma que aquella noche en la cocina, cuando entré tranquilamente y me lo encontré derrumbado sobre la mesa y le dije que no tenía un centavo y que por qué no le pedía dinero a sus padres. «No», gruñó, incluso un poco de más para nuestros estándares.

—Y, además de todo eso —continuó—, vas a tener la suerte de que una de las investigadoras jóvenes más brillantes del país sea tu nuera.

Oh. Hostias.

¿De verdad pensaba eso?

Se me volvió a erizar el vello del brazo, pero lo más importante era que el profesor Fisher tenía la mandíbula tan tensa que básicamente estaba murmurando y que yo había perdido mi batalla con la contención.

Me incliné a un lado y presioné los labios en la mandíbula de Jonah.

—Eres un encanto —dije, y luego le froté la nariz por la mejilla—. Me muero de ganas por empezar una vida contigo.

Su padre estaba apopléjico.

Jonah sonrió despacio.

—Yo también, amor.

Sentí la calidez de sus palabras contra mis labios mientras inclinaba su cabeza hacia la mía. Esta vez, cuando rozó mi nariz con la suya, no pude suprimir el escalofrío.



Ninguno de los dos dijo nada en el Uber de vuelta a casa. La cena había sido tensa, un encuentro desagradable, y estábamos los dos procesándolo en silencio.

Bueno, Jonah seguramente lo estuviera procesando. Yo estaba… pensando.

Concretamente, no podía parar de pensar en tocarle la barba. La mantenía bastante corta, no tanto como para que pareciera incipiente, más bien como una sombra de tres o cuatro días; y siempre había pensado que debía de ser áspera, como un felpudo.

Sin embargo, contra mis labios, cuando le besé la mejilla, la sentí suave. ¿Había sido real o fue solo la adrenalina?

Y luego estaba lo que había dicho: «Vas a tener la suerte de que una de las investigadoras jóvenes más brillantes del país sea tu nuera».

Eso no podía haber sido real. Que tuviera cierto respeto por mi inteligencia me lo podía creer, pero ¿eso? No. Desde luego que no.

Pero lo había dicho. Le había salido del corazón. A su padre.

Me pasé las manos por los brazos mientras me convencía a mí misma de que la piel de gallina era por el aire acondicionado.

—¿Crees que podrías con otro Fisher esta noche? —preguntó Jonah de pronto.

Puede que fuera porque había estado pensando en acariciarle la barba, o quizá fuera porque había leído demasiadas novelas románticas, pero mi cabeza escuchó las palabras «podrías con» y «Fisher» y se las tomó de una forma extremadamente literal.

—¿A qué te refieres? —pregunté, aliviada porque la oscuridad del coche suprimiera el inevitable rubor que me subía por el pecho.

—¿Te parece si llamamos a Fiona los dos juntos? Debería enterarse por mí, antes de que se lo digan mis padres.

Oh. Vale. Tenía sentido. Por cómo se había enterado él de lo su marido y toda la debacle de la segunda familia y todo eso. Sip.

—Vale —dije, intentando controlar la parte de mí que había decidido sin ningún motivo sentirse ligeramente ofendida.

Cuando llegamos a casa, fuimos a su habitación y acordamos rápidamente la mejor forma de afrontarlo antes de sentarnos delante de su ordenador, otra vez con su brazo sobre mis hombros.

—Hola, Fi —dijo Jonah cuando ella respondió a la videollamada—. Me gustaría presentarte a alguien.

Fiona no era como me la había imaginado. Había visto lo que mi padre le hizo a mi madre y lo destrozada y rota que la dejó. Me esperaba a una mujer a la que habían aplastado.

Aunque no estaba del todo equivocada. Incluso a través de la pantalla, era difícil no ver los signos de fatiga en la cara de Fiona. Pero también había luz, una luz que brillaba intensamente detrás de sus grandes ojos marrones, muy parecidos a los de Jonah, incluso con las gafas; algo parecido a la alegría que jamás vi en mi madre.

Se llevó las manos a la boca cuando Jonah se lo explicó todo.

—Es una broma.

—No. Nos hemos…

Me miró con esa desesperación tan poco familiar.

—Enamorado. —Terminé yo por él.

—¡Qué fuerte! —dijo Fiona—. ¡Jonah!

—Sé que es precipitado —dijo Jonah—, pero, una vez que nos dimos cuenta, la idea de permitir que este trabajo nos separara… En fin, que con eso del contrato conyugal y tal tenía sentido que nos casáramos.

—Entonces, ¿os vais a mudar? ¿Aquí?

—Sí. Tenemos que terminar de atar algunas cosas aquí en Sídney, como casarnos, pero nos mudaremos. Estaremos en Hobart dentro de unas semanas.

Fiona se echó a llorar.

—Lo siento. —Sollozó—. Lo siento mucho. Madre mía, Sadie, ¿qué vas a pensar de mí?

—No pasa nada —dije—. De verdad, tranquila.

—No os… No os hacéis una idea de lo que esto significa para mí. —Se pasó la manga por la cara—. Ha sido todo muy difícil después de que Matt se marchara… Ay, Jonah.

Otra ola de sollozos la atrapó. A mi lado, sentí a Jonah temblar.

Pero, cuando volvió a hablar, lo hizo con voz firme.

—Ya no vas a volver a estar sola, ¿de acuerdo, Fi? Yo voy a estar allí para ayudarte.

—Los dos.

Jonah me miró.

—Estaremos allí para ayudarte —dije—. Los dos.

—Sé que acabo de conocerte, Sadie —dijo Fiona, sonriendo entre las lágrimas—, pero creo que te quiero.

Algo floreció en mi pecho; unos bucles cálidos y dorados que me serpenteaban por las venas.

Eso. La mirada en sus ojos.

Una eucatástrofe. Una alegría tan conmovedora como un duelo.

—¿Cómo es posible que dos personas tan miserables como tus padres hayan hecho a Fiona? —le pregunté a Jonah un poco después, tras terminar la videollamada—. Es un rayo de sol con forma humana.

—No lo sé.

Entrelazó los dedos y se llevó las manos sobre la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sé de mi hermana —dijo—, pero quiero averiguarlas.

Era todo un compromiso.

Mi investigación me había enseñado que la sinceridad solía asociarse con la vulnerabilidad. Expresar sinceramente un sentimiento era una debilidad. Era uno de los motivos por los que las personas, incluido el profesor Christian Fisher, aunque no solo él, adoraban echar mierda sobre las novelas románticas. Había un compromiso inherente en el fondo: un amor, una esperanza y una alegría sinceras a las que los lectores generalmente reaccionaban con la misma sensación: una flor delicada que provocaba que muchas personas quisieran aplastarla.

La parte de mí que iba con los puños por delante habría visto esta honestidad y se habría reído de ella.

Sin embargo, todavía sentía un calor dorado como la miel serpenteando por mis venas, así que simplemente dije: «Cuánto me

alegro».

Jonah me miró y sonrió, como había hecho durante la cena.

Se me calentó la cara al recordar su nariz rozando la mía con delicadeza.

—Si quieres —dijo—, puedo ayudarte cuando se lo cuentes a tu hermana.

Fue como si me arrojaran un cubo de agua fría por encima.

—No —dije firmemente, y me levanté—. Eso tengo que hacerlo yo sola.



Cené con Chess la noche siguiente.

—Vale, sé que me estoy arriesgando mucho con esto —dije mientras le deslizaba sobre la mesa *Roomies*, de Christina Lauren, con el corazón a mil—. Nunca te había dejado una novela romántica contemporánea con este tópico antes, porque es un poco como un *fake dating* y burocracia problemática todo en uno, pero es bueno, te lo juro.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Cuál es el tópico?

Tragué.

—Matrimonio de conveniencia.

Ella gruñó.

—¡Me niego!

No se lo conté.



Unos días después, me llevó a un nuevo bar de vinos muy pijo. Empezó a tener una conversación profunda con el camarero sobre bronceados y lágrimas, y me mentalicé para contárselo. Sí, ella odiaba a Jonah, y sí, iba a detestar la idea de que me casara con él, aunque solo fuera una formalidad, pero estábamos en un lugar público. ¿Cómo de apocalíptica podía ser su reacción?

No se lo conté.



Cena en su casa a la semana siguiente. Evidentemente, no se lo podía contar en el bar. A Chess no le daba vergüenza montar escenas en lugares públicos. La que había montado en mi graduación con el profesor Fisher era prueba más que suficiente. En su casa, entonces.

Nada más entrar, me quité el anillo de compromiso y lo metí en el bolso.

No se lo conté.



—Nos casamos en una semana, Sadie —me dijo Jonah, desesperado —. Tienes que contárselo. Deja que te ayude.

—No. Voy a cenar con ella mañana. Se lo contaré.

No se lo conté.

Febrero



Capítulo 8

Sadie

—¡No me puedo creer que dentro de dos días me abandones! —gritó Chess—. El tiempo ha pasado volando, Sadie.

Los de la mudanza vinieron aquella mañana. Casi todas las pertenencias que Jonah y yo poseíamos se encontraban en un contenedor, camino de un trastero en Hobart, a la espera de que las desempaquetáramos cuando encontrásemos casa. El resto de mis cosas estaban en una maleta con ruedas en la habitación de invitados de Chess. Iba a pasar esta noche y la de mañana en su casa, antes del vuelo.

Esta noche la pasaría como una mujer soltera. Sin embargo, mañana…

Mi pulgar se movió de forma instintiva hacia el anular, en busca de las puntas del anillo. En el último mes, apretar la yema del pulgar sobre ellas se había convertido en un tic, una técnica de castigo.

Pero esta vez no había nada. Mi anillo de compromiso estaba en el bolsillo interior de mi bolso con la caja de las tres alianzas por doce

dólares, una de las cuales iba a deslizar en el dedo de Jonah Fisher al día siguiente a las cuatro de la tarde.

Y todavía no se lo había contado a Chess.

Una de las cosas que hay que hacer continuamente si eres una académica que va rascando trabajos, becas y subvenciones es diseñar la narrativa de tu carrera de investigación. Normalmente, se llamaba «oportunidad de investigación y prueba de rendimiento», y tenías que hablar de cuánto habías conseguido en relación con las oportunidades que habías tenido.

Yo había llevado ese concepto un paso más allá y me creé una narrativa para mí, una que me había contado y me había vendido a mí misma una y otra vez.

Era la historia del desamparado definitivo. Sadie Shaw, que había salido de la nada y que, a pesar de ello, había alcanzado la excelencia. Sadie Shaw había creado oportunidades donde no las había y las había aprovechado más que al máximo. Sadie Shaw había derribado las puertas de la torre de marfil y había obligado a todos los que una vez le dijeron que no lo conseguiría a arrepentirse del día que se cruzaron en su camino. Sadie Shaw era una malota.

Pero era una malota que tenía mucho mucho miedo de lo que su hermana mayor iba a decir cuando se enterara de la boda.

—¿Cuándo es demasiado pronto para que vaya a visitarte? —preguntó Chess. Había sacado una botella de vino caro de ese armario al que le gustaba llamar «bodega» y estaba buscando un sacacorchos—. No quiero ser pesada, sé que vas a necesitar tiempo para encontrar piso e instalarte y todo eso, pero de verdad que creo que me voy a derrumbar si no te tengo cerca.

—Pues… —Solía hablar delante de cientos de personas, pero, aun así, mi voz sonaba como la de una niña de ocho años asustada—. ¿Cuándo habías pensado?

—Tengo un montón de vacaciones acumuladas. —Chess descorchó la botella—. Podría ir cuando quisieras. Incluso la semana que viene para ayudarte a buscar casa, si te hiciera falta.

De pronto, me sobrevino una visión terrorífica: Chess, en el sofá del apartamento temporal que nos había cedido la universidad a Jonah y a mí; los tres compartiendo espacio.

—Se avecinan unas semanas bastante caóticas —dije—, con el inicio del trabajo y tal.

—Tú avísame cuando quieras que vaya y allí estaré. —Olió el vino, luego le dio un sorbo largo, al que siguió un sonido de satisfacción —. ¡Qué bueno está!

—¿Cuál es? —pregunté, porque era la mayor cobarde del universo y aprovechaba la salida fácil de una conversación incómoda en cuanto se presentaba.

—Es un Bibliophile Noriko, su pinot noir reserva. —Chess giró la botella y me enseñó la etiqueta, que tenía una ilustración de un montón de libros desordenados—. Les compré una botella por primera vez hace años porque la etiqueta me hizo pensar en ti, pero tienen un vino tan bueno que me he apuntado a su club de vinos. Me envían media docena de botellas cada tres meses.

Le di un sorbo. Podía ser el mejor o el peor vino del mundo, yo no notaba la diferencia. Tenía la boca dormida.

—Bibliophile es de Tasmania, de hecho. —Chess me sonrió por encima del borde de la copa—. Tienen la sede en el valle del río

Coal. Muy cerca de Hobart. Igual te doy una sorpresa algún día y aparezco en tu puerta para raptarte e ir a hacer una cata.

Fue su sonrisa lo que me rompió.

Me había puesto esa sonrisa un millón de veces antes. «No te preocupes, cariño. Todo va a ir bien. Yo me encargaré de ello».

Y lo hizo.

Me allanó el camino. Apartó todos los escombros del sendero que me separaba de la torre de marfil, se enfrentó a cuantos monstruos me salieron al paso, me animó cuando por fin derribé la puerta como si ella no hubiera tenido nada que ver.

Haría por mí lo que fuera. Lo había hecho todo por mí.

—Chessie —susurré.

Me estaba ahogando por todo el amor que sentía por ella. Porque nunca jamás podría devolverle nada de lo que había hecho por mí. Me estaba asfixiando.

—¡Ay, no llores! —Apareció a mi lado en el sofá en cuestión de segundos, con un brazo sobre mi hombro—. Si lloras, lloro.

Solté la copa de vino. Iba a contaminarlo con mis lágrimas, o a derramárselo a Chess por el suelo, el suelo por el que tanto había luchado, para que nunca más volviéramos a pasar hambre ni sed.

—Puedes… eh, ¿puedes…?

—¿Puedo qué? ¿Qué necesitas?

—¿Puedes salir antes de trabajar mañana?

—¡Claro! —dijo, casi con una carcajada—. Tendré que cambiar algunas reuniones, pero nada importante. Si quieres, puedo pedirme el día entero libre.

—Tengo… —El pulgar se me fue otra vez al anular, en busca del anillo—. Tengo, mmm, tengo planes. Pero…

Chess también soltó la copa y se dio la vuelta sobre el sofá para mirarme mientras me agarraba las manos entre las suyas.

—¿Qué pasa?

Miré nuestras manos. Si miraba a nuestras manos, no tendría que mirarla a la cara.

—¿Puedes venir al parque mañana a las cuatro? Al que está cerca de mi casa. Debajo de la higuera. ¿Sabes cuál es?

—Sí, claro. ¿Quieres que hagamos un pícnic? Podría comprar otra de esas tablas con quesos caros.

—No.

Tragué una vez, dos veces. Si Chess no me hubiera agarrado los dedos con tanta firmeza, habría cogido la copa y me habría bebido ese vino caro como si fuera un chupito de tequila.

—Me voy a casar —susurré.

Chess se quedó totalmente inmóvil.

—¿Qué? —dijo por fin.

—Me voy a casar. A las cuatro. Mañana. En el parque.

Otro silencio.

—Sadie —dijo ella—. No entiendo.

—¿Recuerdas cuando revisaste mi contrato? —Seguía sin poder mirarla—. ¿Y que había una cláusula de un posible contrato conyugal?

—Síííí… —Estiró el sonido de la vocal. Tenía los dedos completamente inmóviles sobre los míos—. Pero no era relevante en tu caso. No estás casada.

—Y si… —Volví a tragar—. ¿Y si sí lo estuviera?

—Bueno, antes que nada te preguntaría por qué no me lo has contado antes. Me has presentado a todos los novios que has

tenido. O eso creo, al menos.

—Sí —dije, sintiéndome miserable.

—Entonces, ¿qué pasa?

Me soltó las manos y me levantó la barbilla para obligarme a mirarla a los ojos.

—Sea lo que sea, me lo puedes decir.

Las palabras me salieron en un borbotón.

—Recuerdas que te hablé de la hermana de Jonah, ¿verdad?

Tardó un segundo, igual dos, pero en la cara de Chess vi cómo iban encajando las piezas de esa novela.

—Dime que es una broma.

—No es nada romántico. —Ahora que había empezado a hablar, no podía parar; una avalancha de palabras se me derramaba por la boca—. Obviamente no es romántico. Pero ¿qué se suponía que tenía que hacer cuando escuché aquello? No podía quedarme de brazos cruzados, mucho menos cuando podía hacer algo. Y no va a cambiar nada de nuestra relación actual; quiero decir, llevamos años compartiendo piso y, créeme, me va a ayudar a que vivir en Hobart sea mucho más barato y sencillo; además, hay muy pocos trabajos académicos fijos, esto es como engañar al sistema y…

—Cállate.

Me callé.

Chess me soltó la mano y se entrelazó los dedos sobre las piernas.

—¿Qué has firmado?

—La boda es mañana, así que, de momento, poca cosa. —¿Por qué está tan tranquila?—. El formulario de la intención matrimonial. Y una declaración reglamentaria para la universidad.

—¿Y qué decía esa declaración?

—Que hemos vivido juntos ocho años y que ahora nos íbamos a casar.

Ella soltó aire.

—Vale. A ver. No es lo mejor, evidentemente, pero podemos apañarnos.

—¿Cómo que «podemos apañarnos»?.

—Puedo sacarte de esta. —Cogió la copa de vino, dio un sorbo largo y la volvió a soltar—. Hay un par de formas de solucionarlo. Por un lado, están las diferencias irreconciliables, claro, pero si de verdad te sabe tan mal la historia de su hermana que estás dispuesta a llevar a cabo esta pantomima para que le den un trabajo que no se merece…

—Sí se lo merece. Tanto como yo.

—No, no… en ese caso, se lo habrían dado a él —dijo Chess, tajante—. Pero, si de verdad quieres hacerle un favor, no es necesario que te cases con él. No hay forma de demostrar legalmente si estáis o no comprometidos.

—Lyons sospechará bastante si posponemos la boda una y otra vez. Además, ya dejamos bastante claro que nos casaríamos antes de irnos allí.

—Sadieeeeeeeee. —Pronunció mi nombre como en un gruñido—. ¿Por qué has esperado hasta el último momento para contármelo? ¡Habréis rellenado la intención matrimonial hace semanas! ¿Por qué me lo dices ahora?

Se apretó el puente de la nariz con fuerza.

—Habría sido mucho más fácil sacarte de esta si me lo hubieras contado.

—Es que no quiero que me saques de esta.

—¿Quieres hacerlo de verdad?

No sabía qué responder.

—De verdad quieres casarte con él. —Sonaba más a una afirmación que a una pregunta—. Con el tío ese. El puto niño rico. Te quieres casar con él.

—No es como lo pintas. Es… es… muy agradable, de verdad, cuando consigues ignorar todo ese *tweed*.

Chess resopló.

—Y no es que quiera casarme con él, exactamente. Yo… él…

—Sadie, si te lo quieres follar, fóllatelo.

Me quedé boquiabierta.

—Lo digo en serio. —Chess se terminó el vino de un trago—. Discutir crea fricción. El sexo por odio es algo que pasa. Si te va a ayudar a quitarte la espinita, yo estaría dispuesta a sacrificar las dos noches que me quedan contigo para que puedas ir a follártelo.

—¡No quiero follármelo!

—¿Y sí quieres casarte con él?

—¡Deja de tratarme como si fuera la acusada en un juicio!

Quería que me gritara. Habría sido más fácil si me hubiera gritado.

Sin embargo, se acercó a mí y me colocó un mechón detrás de la oreja. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz suave.

—Cariño, solo quiero cuidarte.

—¡Para!

No tenía ninguna punta en la que clavar el pulgar, así que tuve que cerrar los puños y clavarme las uñas en la palma de la mano.

—¡Por esto no te lo conté! —grité—. ¡Ya soy adulta, Chess! ¡Tengo treinta y un años! ¡Sé lo que hago! ¡Pero tú sigues tratándome como si siguiera siendo esa niña pequeña a la que tuviste que cuidar!

—Soy tu hermana. —Ahora su voz tenía un tono afilado—. Y te quiero.

—¡Me quieres demasiado!

Supe, incluso antes de ver cómo las palabras le golpeaban como una bofetada en la cara, que había dicho algo imperdonable.

Pero ya no tenía freno y no podía parar de sacar de mí los sentimientos que llevaba acumulando meses, años, toda la vida.

—Te quiero, Chess, y de verdad que te agradezco todo lo que has hecho por mí. Pero ya no soy una niña y, a veces, joder, a veces tu amor resulta agotador.

Francesca Shaw siempre sabía qué decir.

Así había sido toda mi vida. Chess sabía qué decir. Chess sabía qué hacer. Daba igual cuál fuera la situación, Chess sabía gestionarla.

Se hizo el silencio.

Chess estaba allí sentada, en el sofá, quieta como una piedra, y no decía nada.

—Me… —Me levanté con las piernas temblando—. Creo que mejor me voy.

Ella no me detuvo.



Capítulo 9

Jonah

Mis padres no iban a venir a la boda.

—Si nos hubierais avisado con más tiempo, podríamos haber apañado algo, Jonah —me dijo mi padre—, pero, como bien sabes, hace meses que esta conferencia está organizada.

Me dio igual. Una boda sin ellos, sin mi padre lanzándole granadas a Sadie o a su hermana, que seguramente se las devolviera a golpes, me resultaba mucho más agradable que una en la que sí estuvieran.

Además, con toda mi vida y mis muebles empaquetados, de camino a la otra punta del país, que ellos no estuvieran implicaba que tendría un lugar donde pasar mis dos últimas noches en la ciudad.[26]

Me pasé la víspera antes a la boda en mi habitación de la infancia, con el traje que había alquilado para la ceremonia colgado en el armario, junto a mi antigua chaqueta del instituto. No pude dormir hasta bien tarde. El sol ya entraba por las ventanas para cuando bajé a la cocina a prepararme algo de desayunar…

Y me recibieron el rico aroma del café recién hecho y mi hermano junto a la tostadora.

—¡Elias! —exclamé—. ¿Qué coño haces aquí?

—Sorpresa. —Sonrió—. ¿Qué crees que hago aquí? Te vas a casar.

No sabía qué nombre ponerle a lo que había empezado a sentir… No me arrollaba como una ola, sino que me daba la vuelta con delicadeza, como una nube que se mueve por el cielo.

Era… cálido. Rosa. Había notas de sorpresa: sorpresa porque estuviera aquí, pero también por el simple hecho de que se le hubiera pasado por la cabeza venir. También algo parecido a la satisfacción, como cuando por fin consigues abrir la tapa de un tarro.

—Por favor, dime que no has venido desde Alemania solo para la boda. Es muchísimo dinero. ¡Y ni siquiera es una boda de verdad!

—Tenía un vuelo de vuelta incluido en la beca. Pensé que podía aprovecharlo cuando papá estuviera en otro sitio.

—Deberías haber ido a ver a Fi.

—He ido. He pasado las dos últimas semanas en Tassie.

Parpadeé. Había hablado con Fiona casi todos los días desde que Sadie y yo le dijimos que nos casábamos, y no me dijo nada de que Elias estuviera allí.

—No quería fastidiar la sorpresa —me dijo Elias.

O, como tradujo la parte Fisher de mi cerebro: no quería arriesgarse a que él y yo volviéramos a caer en los patrones establecidos por papá y fastidiar este nuevo vínculo que estábamos creando entre los tres sobreexponiéndonos los unos a los otros. Elias me había estado ayudando mucho[27] desde que había contactado con él para pedirle que me echara una mano con la solicitud del

trabajo, pero la historia del abogado del diablo subyacía por ahí. La fraternidad no era algo que surgiera de la noche a la mañana.

De la tostadora salieron dos rebanadas de pan. Elias las puso en un plato y me lo pasó.

—El novio primero. Ahora hago más.

Había temido pasarme todo el día solo y pensar en las más de un millón de formas de entrar en una espiral de ansiedad, así que tener a Elias aquí me venía muy bien. El desayuno fue largo, hablamos de su beca, de mi nuevo trabajo, de lo desgraciado que era Matt por negarse a pagarle la manutención a Fi, incluso habiendo podido permitirse mantener económicamente a dos familias durante más de diez años, de que le hije mayor de Fi, Lex, ya era une adulte en miniatura, de lo tristes que estaban Rosie y Georgia por no estar en la boda, porque su única ambición en la vida era ser las chicas de las flores.

—Me han dado órdenes estrictas de grabar cada segundo de la ceremonia —dijo Elias al coger el bote casi vacío de la mermelada pija de papá—. Fi también está muy triste por no poder venir. Incluso me ha explicado desde qué ángulos debo grabar.

Estuve a punto de pelearme con él por el último resquicio de mermelada, pero dejé que se la terminara.

—¿Crees que es lo correcto? No decirle a Fi que lo mío con Sadie no es real.

—¿Me parece la mejor idea? No. Pero ¿decírselo sería una idea aún peor? Sin duda.

Untó la mermelada en su tostada.

—Primero: ya tiene demasiadas preocupaciones ahora mismo; y segundo: puede que no sea académica, pero sigue siendo una

Fisher. Es tan competitiva como nosotros. Si supiera que estás haciendo todo esto del matrimonio falso por ella, ¿quién sabe de lo que sería capaz con tal de superar ese gesto?

Era complicado discutir con esa lógica.

—Además —dijo Elias, que le dio un bocado a la tostada—, el matrimonio es real. La historia está llena de personas que se casaron por otros motivos que no eran el amor.

Esa frase, pronunciada de forma despreocupada durante el desayuno, no paró de resonar en mi cabeza durante todo el día, cada vez con más intensidad, a medida que se acercaba la hora de empezar a prepararme.

«No estoy enamorada de ti», me soltó Sadie el día que me propuso este plan, esta locura con algo de método. «Y también he llegado a la conclusión de que tú no estás enamorado de mí».

Pero, aun así, iba a casarse conmigo.

A ojos de todos —la ley, el mundo, la universidad, mi hermana—, Sadie Shaw iba a ser mi mujer.

—El paquete Gretna Green no venía con flores, ¿no? —dijo Elias, asomando la cabeza en el baño.

—No —respondí, intentando sin éxito peinar un mechón rebelde delante del espejo del baño con la camisa puesta—. Cogimos el más barato que ofrecían. Incluía la ceremonia, el papeleo, media hora con un fotógrafo y ya.[28]

—Entonces no me he arriesgado a desatar la ira de mamá por coger una de sus rosas para nada. Ni a arruinar mi algoritmo para siempre por buscar: «cómo colocar una flor en un ojal».

Elias se había puesto una rosa amarilla y una rama verde en la solapa de su traje.

—Creo que, tradicionalmente, las rosas amarillas han simbolizado el amor platónico —dijo, mientras me ayudaba a ponerme la chaqueta—, pero el lenguaje de las flores no entra dentro de mi campo de experiencia histórica.

—Sadie igual lo sabe. —Cogí la flor que me dio y la giré torpemente sobre los dedos, sorprendido y conmovido por el gesto —. Le gusta la jardinería.

Era una imagen habitual en la casa compartida ver a Sadie ponerse lo guantes de jardinería y salir a trabajar al huerto que había en el patio. Cuando nos sentamos una noche y escribimos las características que queríamos para nuestra futura casa en Hobart, ella escribió: «espacio verde» en la columna de «no estaría mal». «No es un requisito obligatorio —dijo—, pero, si fuera posible encontrar algo donde poder cultivar un huerto, estaría muy bien».

Los huertos no crecían de la noche a la mañana.

Sadie Shaw y yo íbamos a crear un hogar juntos.

Elias me quitó la rosa y me la colocó en la solapa.

—Estoy deseando conocerla. Si está dispuesta a hacer algo así, es que no es una mujer cualquiera.

Eso se queda increíblemente corto.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dije.

—Mmm.

Dudé.

—Cuando tú estabas en mi lugar —dije por fin—, si Julia te hubiera propuesto algo así… ¿lo habrías hecho?

—Sí.

Elias estaba distraído mientras intentaba colocarme las ramitas de la mejor forma posible para que la rosa destacara, pero el tono de

su voz sonó decidido.

—No tendría ni que haber terminado de pronunciar la frase. Si me hubiera mencionado que existía una opción de contrato conyugal, habría hincado rodilla.

Puede que no conozca a mi hermano tan bien como debería, pero dudo que estuviera hablando solamente de conseguir un trabajo fijo.

—Pero, lamentablemente —dijo—, Julia ya tenía un marido.

—¿Sigues pensando en ella?

No sé cómo describir su mirada. Nostálgica, quizá.

—Sí —dijo—. Todos los días.

Luego me dio una palmada en el hombro.

—Pero hoy yo no soy el protagonista. Vamos a casarte, hermanito.



Llegamos al parque una hora y media antes. Me preocupaba que fuera a llover, pero las nubes grises de la mañana se habían despejado, dando paso a una tarde clara y fresca; las hojas secas bajo la higuera crujían bajo mis pies.

Diez minutos después, llegaron la oficiante y el fotógrafo; cinco minutos más tarde, llegaron Van y Annie, a quienes habíamos pedido que fueran nuestros testigos.

—Todavía no me creo que esto sea real, tío —dijo Van, dándome un abrazo masculino del que tuve que apartarme para que no me aplastara la rosa—. Sadie y tú. Sadie y tú.

—Sadie y yo —repetí.

—Se estaba preparando cuando hemos salido —dijo Annie—. Está preciosa.

Parpadeé. Pensaba que Sadie iba a pasar la noche con su hermana.

Joder. ¿No se lo había contado a su hermana?

—Empezaremos en cuanto llegue la novia —dijo la oficiante—. ¿Tienes alguna pregunta?

Sacudí la cabeza. Ella sonrió y me dio unas palmaditas como las que se le dan a un perro que está a punto de entrar en el veterinario; volvió a ponerse a charlar con el fotógrafo, tranquila y alegre, como si no estuviera a punto de cambiarme la vida por completo.

Al cabo de menos de una hora iba a estar casado.

Iba a ser un marido. Iba a tener una mujer. Íbamos a decir unas palabras que cambiarían la realidad e, independientemente de cómo nos sintiéramos el uno con respecto al otro, iba a estar casado con Sadie Shaw.

A no ser que ella se echara para atrás. Porque si no se lo había contado a su hermana…

Me alejé un poco de los demás y me adentré en la sombra de la higuera para respirar hondo.

Llegaron las cuatro. Pasaron las cuatro.

Las cuatro y diez.

Las cuatro y veinte.

—Voy a tener que cobrar un sobrecargo si la novia llega mucho más tarde, doctor Fisher —me dijo la oficiante—. Tengo otra boda a las seis.

Yo asentí atontado.

Sería una forma espectacular de que Sadie proclamara su última victoria. Humillarme verdadera y profundamente. «Y tú pensabas

que quitarle a Elias un trabajo era buenísimo», le diría a Julia con una risa en algún bar en el que la clientela estuviera formada únicamente por enemigos de los Fisher. «Te voy a contar cómo le quité un trabajo a Jonah… y luego lo dejé tirado en el altar».

—¡Mirad! —dijo Annie de pronto—. Ahí viene.

Como académico, me habían formado para no generalizar, pero estoy bastante seguro de que es verdad que todo aquel que se haya casado tiene la sensación de que el tiempo que transcurre desde que ves llegar a tu pareja el día de tu boda hasta que ella llega al altar se te hace eterno. No hay un camino más largo que ese.

En nuestro caso, ese camino ya era de por sí largo. El sendero del parque era mucho más largo del habitual. Aunque cómo el tiempo se estiraba a medida que mi novia se acercaba a mí no era solo geográfico.

Sadie llevaba un vestido blanco por las rodillas y la falda ondeaba ligeramente con la brisa. Como su pelo, peinado en un semirrecogido. Sobre un hombro llevaba un bolso del que sobresalía un ramo de flores de supermercado. Con la otra mano tiraba de una maleta de color rojo cereza.

Estaba preciosa.

Pero incluso desde la distancia, incluso con mi mala vista, era evidente que no estaba bien.

—Voy a echarle una mano —dijo Annie.

—No —dije—. Voy yo.

Sadie me dio la maleta sin rechistar, una señal clara de que había pasado algo horrible, terrible.

—Siento llegar tarde —dijo, con un tono de voz agudo y acelerado, como una fuente burbujeante de palabras—. He tardado

más de lo que pensaba en arreglarme, y luego he pensado: flores, necesito flores, las fotos no van a pareces reales si no tengo un ramo, y…

—Shaw, tranquila.

La agarré por la muñeca para que parara.

Ella me miró. Se había maquillado muy bien. Joder, estaba preciosa. No me extraña que el Jonah adolescente hubiera estado tan colado por ella, pero el blanco de sus ojos tenía un ligero tinte rosa. Había llorado.

—¿Y tu hermana…? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—¿Se lo has dicho?

No podía casarme con ella si no lo había hecho. Eso lo sabía en lo más profundo de mi ser.

—Se lo dije. Pero… no… Dudo que vaya a venir.

Mierda. Mierda.

No quería hacer la pregunta, pero tenía que hacerla.

—¿Quieres que sigamos adelante?

Sadie cerró los ojos y respiró hondo.

Me preparé. «Lo siento, Jonah, no puedo».

Pero luego los volvió a abrir. Estiró la espalda y, cuando habló, tenía una voz tan segura como su apretón de manos.

—Lo que quiero —dijo— es acabar cuanto antes con esto.



Y así me casé con Sadie Shaw a las cuatro y media de un martes por la tarde, a la sombra de una higuera de cien años. Elias le sujetó el

ramo barato de rosas ligeramente descoloridas que había comprado, para que Sadie pudiera cogerme las manos. Van y Annie lo observaron todo con los bolsos a los pies.

—Hago un llamamiento a los aquí presentes para que sean testigos de que yo, Jonah, te tomo a ti, Sadie, como mi querida esposa —repetí algo dubitativo después de la oficiante.

—Hago un llamamiento a los aquí presentes para que sean testigos de que yo, Sadie, te tomo a ti, Jonah, como mi querido esposo —repitió ella.

Me temblaban las manos cuando le puse el anillo en el dedo, y me temblaron aún más cuando ella me lo puso a mí. Al estar tan cerca de ella, pude ver que el vestido era, en realidad, de un verde muy pálido, como si la piedra del anillo de compromiso lo hubiera tintado, aunque fuera muy poco.

—Esperemos que este día suponga un hito en vuestras vidas, uno que recordéis con alegría y felicidad —dijo la oficiante—. De este modo, me congratula declararos marido y mujer. Podéis besaros, si queréis.

Nos miramos a los ojos.

Habíamos hablado de este momento. «No hace falta que nos besemos si no quieres —le dije yo—. Por eso dicen lo de "si queréis"».

«Quedará raro si no lo hacemos —respondió Sadie—. Además, seguramente el fotógrafo nos haga besarnos luego, de todos modos. Puedo soportar un piquito, Fisher, si tú puedes».

No parecía que pudiera soportarlo.

Le agarré la cara con una mano, con delicadeza, despacio, para darle todas las oportunidades posibles de apartarme.

Deslizó los dedos para agarrarme por las solapas. Sentí un peso tanto emocional como físico. La chaqueta me tiraba de los hombros.

Sadie Shaw se estaba aferrando a mí.

«Lo que quiero —vi en sus ojos suplicantes— es acabar cuanto antes con esto».

Así que besé a la novia.

Despacio. Delicado. Casto. Un piquito. Ya está.

Me aparté.

Pero ella seguía agarrada a mí.

El tirón de sus manos agarradas a mis solapas me mantenía cerca de ella. Nuestras narices se rozaron al compartir el mismo aire. Su aliento, mi aliento, nuestro aliento, acelerado y cálido.

Van vitoreó. Algo se rompió. Sadie dio un respingo hacia atrás.

—Enhorabuena —dijo la oficiante, como si mi mujer no acabara de alejarse de mí de un salto como reaccionando a una quemadura—. Vamos a firmar el certificado de matrimonio para que esto sea legal.

Tardamos menos de un minuto en firmar todos los papeles que cambiarían irrevocablemente quiénes éramos el uno para el otro. Tan poco tiempo y un gesto tan pequeño para un cambio tan grande.

—¡Relajaos un poco! —gritó el fotógrafo—. ¡Estáis casados! ¡Celebradlo!

—¿Estás bien? —susurré a Sadie mientras el fotógrafo nos hacía posar con las frentes juntas y los dedos entrelazados.

—¿A ti qué te parece?

El ácido en su voz debería haber desenredado algo en mí. Esa era la Sadie que yo conocía, mordaz, cruel.

Pero no lo hizo. El nudo se ciñó aún más y sentí la culpa salir como una corriente eléctrica.

—¡Vamos a probar una pose romántica a la antigua usanza! —dijo el fotógrafo—. Jonah, bésale la mano a Sadie. ¡Que todos veamos ese precioso anillo!

Sadie tenía la piel de gallina; lo noté al llevarme sus nudillos a mis labios.

—¿Tienes frío?

—Un poco —admitió.

Me quité la chaqueta y se la coloqué sobre los hombros, un gesto sencillo con el que calmar mi conciencia.

—Sería un inicio de matrimonio un poco chungo si coges hipotermia en los primeros quince minutos.

Fue un intento débil de gastar una broma; su risa sonó igual de frágil mientras el fotógrafo seguía disparando sin parar. («Eso es, perfecto, muy romántico»). La flor de mi solapa tenía cada vez peor aspecto y los pétalos de la rosa amarilla estaban pochos por donde ella se había agarrado cuando nos besamos.

Mi esposa. Había besado a mi esposa.

Después de que el fotógrafo tomara unas cuantas fotos más y se marchara con la oficiante a la boda de las seis, tras despedirnos de Van y Annie, Sadie se quitó mi chaqueta.

—Gracias —dijo, prácticamente tirándomela y colgándose el bolso en el hombro—. Nos vemos mañana en el aeropuerto. Escríbeme cuando llegues y te diré dónde estoy, ¿vale?

La cogí por la muñeca.

—Sadie, espera.

—¿Qué?

—Cuando… mmm… Cuando hablamos de qué hacer esta noche, tú dijiste que te quedarías con tu hermana, pero…

Se soltó de mi mano, buscó una goma del pelo en el bolso y se hizo un moño.

—No me va a pasar nada por dormir otra noche en el sofá de casa.

—Venga ya, no seas tonta. No vas a volver a casa.

—Supongo que sabrás que no está escrito en ningún sitio que porque sea tu mujer tenga que obedecerte —dijo secamente mientras cogía el mango de la maleta.

—¿Qué van a pensar Van y Annie? Estamos recién casados, ¿y huyes de mí para dormir en un sofá?

Ella se encogió de hombros.

—Seguramente hayamos tenido nuestra primera pelea.

—Ven a casa conmigo.

Me atravesó con la mirada.

—Mis padres no están. Solo Elias, y él sabe que… pues eso.

—Pasa tiempo a solas con tu hermano, Jonah.

—Tranquila, su hermano tiene planes —dijo Elias, entrometiéndose en la conversación—. Voy a cenar con un antiguo compañero. Por cierto, encantado de conocerte, Sadie. Bienvenida a la familia.

—Podemos pedir una pizza —dije mientras Elias se alejaba—.[29] Puedes dormir en la habitación de Fiona.

Sadie se mordió el labio, cosa que le dejó una mancha de pintalabios en un diente.

Me tomé su indecisión como una señal, así que jugué mi carta triunfal.

—Ni siquiera tenemos que hablar, si no quieres.

—Está bien —dijo mi mujer.

Sabía que aceptaría la oferta. Desapareció en cuanto llegamos a casa. Las tuberías rechistaron mientras se daba una ducha tan larga que hasta me preocupé un poco de que el vanguardista sistema de agua caliente de mi padre se agotara. Al final, se hizo un silencio tan largo que pensaba que se había ido a dormir.

Pero entonces apareció con un pijama que me resultaba familiar[30] y con un cárdigan enorme verde oliva.

—¿Lo de la pizza iba en serio? Me muero de hambre.

—Claro. ¿La de siempre?

Ella asintió. Una de las pocas cosas por la que nunca discutíamos era la pizza. A veces, pese a la promesa de no cruzarnos cuando nos mudamos a la casa compartida, los dos cedíamos ante una noche de pizza, y cuando pasaba, siempre compartíamos lo mismo: pizza de pollo con pesto y pan de ajo. Yo me comía mi parte de una sentada, pero ella siempre se guardaba una o dos porciones de pizza para desayunar al día siguiente.[31]

—Espero que a tu hermana no le importe que haya cogido este cárdigan —dijo Sadie—. Estaba colgado en el respaldo de su silla.

En realidad, era mío; Fi me lo había robado hacía años, cuando todavía teníamos una buena relación, pero Sadie no tenía por qué saberlo.

—No le importará. ¿Quieres algo de beber? Puedo asaltar la bodega de mis padres.

—No, gracias.

Luego se pasó una mano por la cara.

—En realidad, ¿sabes qué? Que sí. Igual una copa me viene bien.

—¿Alguna preferencia? ¿Blanco? ¿Tinto? ¿Rosado? ¿Espumoso?

—Tinto no —dijo un poco fría—. Por lo demás, lo que quieras.

Dudé una, dos, quince veces antes de decidir que no, no era demasiado coger una botella de champán.[32]

—No se van a dar cuenta —dije cuando Sadie protestó—. Suelen pedir cajas enteras a Francia.

—Me da igual lo que piensen. Simplemente, me parece un desperdicio. Seguramente, no me beba más de una copa.

—Que se beba Elias el resto cuando vuelva. —Saqué el corcho—. Tenemos cosas que celebrar.

Ella hizo un ruido entre un resoplido y una risa despectiva.

—Los dos tenemos un buen trabajo. —Serví el champán demasiado rápido y empezó a burbujear, así que tuve que parar antes de derramarlo—. Y somos pioneros de una atrevida y nueva estrategia. En el futuro seremos los héroes de los sindicatos de enseñanza. Eso bien merece una celebración.

La pizza llegó cuando estaba terminando de llenar las copas. La llevamos hasta la sala de estar y lo colocamos todo en la mesita del café.

—El vino les da igual, pero esto no —dije mientras le pasaba un plato a Sadie—. En esta casa hay una estricta política en contra de comer en el sofá.

—A veces me pregunto por qué eres como eres, Jonah —dijo ella —, y otras veces tiene muchísimo sentido.

No estaba del todo seguro de lo que quería decir con eso, pero sospechaba que, si intentaba averiguarlo, terminaríamos discutiendo; y, aunque eso marcara un retorno a la normalidad, no me parecía el mejor inicio para un matrimonio, ni siquiera para uno como el nuestro.

Así que levanté la copa.

—Chin-chin, esposa mía.

Sadie puso los ojos en blanco, pero chocó la copa contra la mía.

—Chin-chin.

Bebimos.

—¿Quieres ver algo? —Indiqué la tele con la cabeza.

—Vale.

Cogí una porción de pizza.

—¿Te apetece algo en concreto?

—Como regalo de bodas —dijo Sadie mientras abría el envoltorio del pan de ajo—, te dejo elegir.

Partió dos trozos y me pasó uno.

—Con excepciones. Nada de documentales. Y nada de hombres violentos que no tienen emociones. Preferiblemente, algo en lo que las mujeres, al menos, hablen, aunque no pase técnicamente el test de Bechdel.

—Vale. —Le di un mordisco a la pizza y me giré hacia la tele—. Solo para que quede claro. Mis excepciones excluyen cualquier programa de *reality*… menos *Superchef*.

—Eres un puto esnob, Fisher —dijo, pero no había veneno en sus palabras.

Casi pongo *Suits*, que llevaba un tiempo queriendo ver, pero me detuve justo a tiempo. Teniendo en cuenta la notable ausencia de su hermana en nuestra boda, y el hecho de que Sadie estuviera aquí y no con ella, una serie sobre abogados no parecía… lo ideal.

Terminamos con un drama sobre un pueblecito en algún lugar verde y montañoso. Los protagonistas eran amables y competentes,

el riesgo resultaba mínimo y la fotografía era bonita. No requería demasiada atención. Te hacía pensar.

—¿Te pongo más? —le pregunté a Sadie.

—Solo un poco. —Se envolvió más con mi antiguo cárdigan.

Le hice un favor y subí un par de grados el aire acondicionado mientras iba a dejar la botella de champán en la nevera.

Llevaba más de media hora planteándome preguntarle qué había pasado con su hermana cuando me di cuenta de que Sadie estaba dormida. Se había acurrucado en una esquina del sofá, con la mano apoyada en una mano y el pelo suelto por la cara.

Se supone que la gente parece más joven cuando duerme. Había leído libros más que suficientes para saberlo. Pero no era el caso de Sadie. En reposo, parecía que se había pasado el día cargando con todas sus responsabilidades, hasta hacerla colapsar. Unas arrugas de preocupación le fruncían el ceño. Sentía un cosquilleo en los dedos: necesitaba acercarme y acariciarla.

El ruido de la tele paró. «¿Todavía estás aquí?», apareció en la pantalla. La apagué.

Podría dormirme también aquí. Sería fácil. Se estaba muy a gusto. El sofá era blando. Las dos copas de champán me habían licuado parcialmente los huesos.

Si me dormía a su lado, y viviéramos hace cien años, se consideraría una consumación del matrimonio. Pasar la noche a solas en la misma habitación con otra persona era suficiente. A principios de la Edad Moderna, no había marcha atrás, no se podían retirar los votos pronunciados. Estabais casados.

Me pasé el dedo por la alianza. Nunca había sido muy de bisutería, y me sentía un poco raro. No mal, exactamente, pero sí

raro.

Luego exhalé.

—Shaw.

No respondió.

—Sadie.

—¿Mmm?

—Vamos a la cama.

—Mmm.

—Venga. Arriba.

No opuso resistencia cuando le metí un brazo detrás de las rodillas y el otro bajo los hombros. Ella me pasó el brazo flácido por el cuello cuando la levanté, y le colgaba la cabeza sobre mi pecho.

Llevé a mi mujer en brazos por las escaleras, hasta la antigua habitación de Fiona, junto a la mía. No pude evitar apartarle unos mechones de los ojos cuando la metí en la cama, con el cárdigan y todo.

—Duerme bien, ¿vale?

—Mmm. —Fue su única respuesta.

Volví abajo. Recogí y metí lo que había sobrado de pizza en la nevera para que pudiera comérsela para desayunar. Limpié la mesa del café, enjuagué las copas, metí una cuchara en la botella de champán y le dejé una nota a Elias en el banco de la cocina.

Me preparé esa infusión de jengibre que Sadie tanto odiaba y me quedé un buen rato mirando por la ventana de la cocina, intentando luchar contra la necesidad de girar el anillo alrededor del dedo. No quería que el acabado barato de oro se gastara demasiado rápido, aunque tuviéramos de repuesto.

Al cabo de un rato, subí. Me costó un poco dormirme, porque mis pensamientos se tambaleaban y se tropezaban los unos con los otros, pero lo conseguí.



Me desperté con la luz gris de antes del amanecer.

Tardé un poco en darme cuenta de lo que me había despertado. Yo no era y nunca había sido una persona madrugadora. El cerebro no se me terminaba de encender del todo hasta que llevaba varias tazas de café.

Pero, al otro lado de la pared, mi mujer estaba llorando.



Capítulo 10

Sadie

La mañana después de nuestra boda, Jonah me preparó el desayuno.

Movía con destreza los dedos por el mango de la sartén. Flexionaba las muñecas al darle la vuelta a las tortitas, con las mangas por los codos. La atención que le prestaba al detalle mientras echaba el sirope y esparcía fresas cortadas resultaba hipnótica. El plato que me colocó delante era de portada de revista.

En otro mundo mejor, en el que Jonah colocara este plato delante de otra mujer mejor, este sería el epílogo perfecto. Los obstáculos superados. La promesa del argumento del matrimonio completo. El primer día del felices para siempre.

—Qué bonito —dije un poco ronca—. Gracias, Fisher.

No se sonrojó, pero sus mejillas adquirieron un ligero tono rosa por encima de la barba.

—Te quería haber sacado pizza fría, pero el gilipollas de Elias se la terminó anoche.

Se sentó en una silla enfrente de mí.

—Además, ya sabes lo que pienso sobre combinar pizza y café, y empezar el día con una discusión no me parecía buena idea.

El sol entraba por la ventana de la cocina. Titilaba en el acabado dorado de su alianza. Aunque acababa de llorar tanto que me había quedado afónica se me empezó a formar otra vez un nudo en la garganta.

No estábamos en ese otro mundo mejor.

Lo había hecho. Había seguido adelante.

Era la señora de Jonah Fisher. Él era el señor de Sadie Shaw.

Puede que las alianzas no fueran auténticas, pero su significado sí lo era. Daba igual cuántas alianzas de repuesto usáramos, daba igual que se cayeran todos los trozos de circonio cúbico del anillo de compromiso, seguiríamos unidos de una forma muy real.

Y Chess no había estado presente.

Casi ninguno había estado. Les pedimos a Van y a Annie que fueran testigos, pero invitamos también a nuestros demás compañeros de piso, tanto actuales como pasados. Ninguno pudo venir.

También invitamos a algunos compañeros de las diferentes universidades en las que habíamos trabajado. Ninguno pudo venir, tampoco. «Es un buen ejemplo de la cultura académica —me dijo Jonah encogiéndose de hombros cuando nos dimos cuenta de lo pequeña que iba a ser nuestra boda—. Todo el mundo está siempre trabajando. Un martes por la tarde no es el mejor momento, la verdad».

Pero el hermano de Jonah sí que vino. El hermano que vivía y trabajaba en Alemania, el hermano con el que se peleaba desde

pequeño, el hermano al que él mismo había admitido que no conocía demasiado. Elias estuvo allí.

Pero Chess no.

Zygmunt Bauman escribió sobre el «amor líquido», la idea de que el capitalismo había «licuado» muchas de las conexiones entre las personas. Cuando el mundo es un mercado, afirmaba, parece que es mejor no crear vínculos demasiado fuertes ni permanentes con los demás. En lugar de eso, siempre tenemos un ojo en el mercado, siempre considerando, en cierto nivel, intercambiar a la gente por una versión mejor, más nueva y reluciente.

Por lo general, cuando citaba a Bauman en mi trabajo, era para criticarlo. La popularidad creciente de las tramas de matrimonio y del «fueron felices y comieron felices», afirmé en un artículo en *Journal of Popular Romance Studies*, suponía una fuerte conexión con la idea de que todos podíamos encontrar a alguien al que nunca querríamos intercambiar, y que nunca querría intercambiarnos a nosotros.

Pero a lo mejor había sido un poco injusta con el pobre Zyg, porque, cuando miraba mi propia vida, era evidente que lo que decía tenía sentido.

Tenía treinta y un años, y Chess era la única constante en mi vida. Todos los demás eran temporales. Ya fuera yo la que deshacía esos vínculos que nos unían, o lo hicieran ellos, al final el hilo siempre se soltaba, se descosía y quedaba libre.

Y eso nunca me había importado. Siempre había estado muy concentrada en mi carrera, no en mis relaciones personales, y nadie había hecho que me preocupara tanto como para que me importara. Cuando mi primer novio intentó convencerme de que me enamorara

de él, «¿Acaso no me quieres, Sadie? Te gusta estar conmigo y follar conmigo. Creo que estás enamorada de mí, pero te da miedo admitirlo», corté el hilo inmediatamente y no me arrepentí nunca.

—¿Te gustan esas cosas? —me preguntó mi terapeuta.

—Claro —respondí yo—. Pero no le quiero.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé qué se siente cuando quieres a alguien —dije—. A Chess la quiero.

Esa era la única verdad firme de toda mi vida. La gente venía. La gente se iba. Las madres morían y los padres te abandonaban, los amigos, novios y compañeros de piso entraban y salían, pero Chess siempre estaba ahí. Daba igual que los vínculos que me ataran a los demás fueran líquidos, y estuvieran mal atados y destinados a soltarse. Ella era mi ancla. Estaba muy bien unida a ella.

Luego dije esas cosas tan horribles e imperdonables.

No solo había cortado el hilo. Lo había destrozado a machetazos, dejando trozos deshilachados por el suelo.

No me extraña que nadie haya venido a mi boda. No me extraña que lo más parecido que vaya a tener nunca a una pareja sea esta cosa falsa y temporal con mi enemigo de toda la vida. ¿Por qué iba a querer alguien crear un vínculo conmigo?

—¿Más café? —preguntó Jonah.

En ese momento, eso era el único vínculo que me ataba a otra persona. Esto, una relación solemnizada con un juego de tres anillos por doce dólares, consagrando quince años de hostilidades con un ligero revestimiento de cortesía y su desesperación por ayudar a su hermana salpicando por encima como él había salpicado el sirope sobre las tortitas.

—No. —Me puse de pie—. Voy a hacer las maletas.

Todas mis pertenencias estaban en una maleta con ruedas. Él lo sabía. La arrastró ayer por el parque.

Sabía que la trepa sobrevalorada con la que se había unido era una cobarde y una mentirosa.

Arriba, sentada en la silla del escritorio que una vez fue de Fiona, le envié varios mensajes a Chess.

Chessie, lo siento. Lo siento muchísimo

Fue el impulso del momento y dije cosas que no quería decir
Hoy voy a estar en Watsons Bay, te enviaré la ubicación

El vuelo es a las 19.00. Ya te he enviado por e-mail los detalles, pero te los volveré a enviar, por si acaso

Por favor, pásate por aquí.
Necesito verte

Te quiero

No respondió a ninguno.

Y Chess no vino.



Elias insistió en llevarnos al aeropuerto.

—No es el mejor regalo de bodas, pero es lo mejor que he podido hacer con tan poco tiempo —dijo, despidiéndose de mí con un beso en cada mejilla, mientras Jonah sacaba las maletas del maletero.

—No tener que pagar un taxi es un buen regalo —dije, medio ida —. Todavía quedan un par de semanas hasta que recibamos el primer cheque.

Elias le dio una palmada a Jonah en la espalda con uno de esos abrazos agresivos que se dan los hombres cuando quieren expresar cariño, pero al mismo tiempo les aterra sentirse vulnerables.

—Pórtate bien, hermanito.

—Muchas gracias por venir.

Jonah tenía la voz áspera de una forma que solo le había escuchado una vez: aquella noche en la cocina. «Elias, Fiona y yo no somos como tú y tu hermana. A veces me das muchísima envidia, ¿lo sabías?».

Chess debería estar aquí. Debería estar aquí.

Elias le dio otra palmada a Jonah en la espalda.

—No me lo podía perder.

Saqué otra vez mi teléfono.

«Estamos en el aeropuerto. Por favor, ven. No podemos dejar las cosas así, Chessie».

—Puede que… —Apenas era consciente de lo que estaba diciendo Jonah—. En el trabajo, si me encuentro con… ¿quieres que…?

—No —respondió Elias—. No despiertes a los perros.

Luego le dio una tercera palmada en la espalda a Jonah.

—Cuida de Fi, ¿vale? Y saluda a les niñes de mi parte.

—Claro. —Jonah se volvió hacia mí—. ¿Lista?

No lo estaba. Ni de lejos.

Asentí y subí el mango de mi maleta.

La cola para pasar por seguridad se movía muy despacio. Seguramente, yo fuera la única persona que se alegraba por ello. Cada paso adelante era como si me clavarán una espina de bambú debajo de las uñas hasta las venas que iban hacia el corazón.

—Creo que deberíamos pillar un coche —dijo Jonah de repente.

Lo miré.

—¿Qué?

—Sé que dijimos que no —avanzamos un poco más en la cola—, pero creo que deberíamos volver a tener esa conversación.

«Conversación» era un eufemismo. Había sido una discusión, una de las más intensas que habíamos tenido durante el mes en que habíamos estado comprometidos. Si nuestros compañeros de piso nos hubieran oído, habrían dado por hecho que estábamos a punto o de dejarlo o de arrancarnos la ropa.

—Hobart no es como Sídney —dijo—. Hay mucho menos transporte público, sobre todo cuando sales del centro. En serio, Shaw, tiene sentido comprar un coche.

—¿Has encontrado mágicamente dinero para comprar un coche? ¿Te lo has encontrado tirado por el suelo o algo así?

La fila avanzó unos pasos más. De pronto, me sentí completamente agotada.

—Como quieras —dije.

—¿Qué?

Levanté el dedo con el anillo de compromiso y la alianza, como si le hiciera una peineta, lo más cercano a la resistencia que pude conseguir.

—De perdidos al río, ¿no?

Se pasó la mano por la barba.

—Pensaba que me iba a costar más.

No tenía la energía para responderle.

Seguía sin haber ni rastro de Chess para cuando pasamos por seguridad, por mucho que girara la cabeza para buscarla mientras apartaban a Jonah a un lado para hacer una comprobación aleatoria.

—Voy a ir a sentarme a la puerta de embarque —le dije cuando lo dejaron pasar. Evidentemente, si Chess venía, ese sería el primer sitio al que iría—. Ve a dar una vuelta si quieres. Yo te vigilo las maletas.

—No pasa nada. Voy contigo.

—Como quieras.

Llegamos muy pronto, pese a mis intentos de retrasarnos con la esperanza de que apareciera Chess en casa, los hermanos Fisher denegaron mi petición argumentando la importancia de no pillar atasco, dos a uno; así que la puerta estaba prácticamente vacía, pero fuimos hasta unos asientos lo más alejados posible de la zona de embarque. Si estábamos de espaldas a la pared, supuse, podríamos ver a todo el mundo que caminara hacia nosotros.

¿Qué iba a hacer si Chess no venía? ¿Cómo me iba a subir en este avión después de que lo último que le dijera fuera «¡Me quieres demasiado!»?

«Chessie, por favor —le escribí—. Si no vas a venir, por favor, llámame. Necesito escuchar tu voz».

Nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con ella. Incluso cuando me iba al extranjero para dar alguna conferencia, o cuando ella trabajaba sin parar, Chess y yo hablábamos todos los días.

Me clavé el pulgar en el anillo de compromiso, arañándolo contra la presión desconocida de la alianza. ¿Qué coño iba a hacer?

Jonah me dio un codazo suave.

—Ahora vengo, ¿vale?

Apenas me di cuenta. Mi cuerpo asintió automáticamente. Él se levantó y se alejó.

Y me quedé sola. Yo, el equipaje y la presión de las puntas del circonio cúbico contra la yema del pulgar, y el horrible, horrible peso de lo que había hecho.

¿Cómo iba a irme si ella no había venido?

No podía. No podía.

Chess debía de estar muy enfadada conmigo. «¡Has trabajado toda tu vida para esta oportunidad! —me habría gritado—. ¿Cómo has podido dejarla pasar?».

Pero debería ser un enfado diferente. Un enfado familiar. No había nada que cabreara más a Chess que la idea de que yo no cumpliera mis sueños. Debería ser un enfado que supiera manejar, un enfado que pudiéramos sobrepasar.

No como esto. Este silencio mordaz y sofocante que no tenía ni idea de cómo gestionar.

Me mordí el labio con fuerza hasta que me salió sangre.

Cuando Jonah volvió del baño, estuve a punto de decirle: «Lo siento, no puedo. Ve tú. Yo tengo que quedarme. Lyons solo quería

a un profesor de nivel B, de todos modos, ¿no? Lo harás igual de bien que yo».

Él habría protestado, pero yo habría insistido: «Buena suerte con Fiona. Espero que recuperéis la relación que teníais antes, de verdad. Y no te preocupes, Chess nos ayudará con el papeleo para un divorcio rápido».

Apreté más el pulgar contra el anillo. Me había acostumbrado a llevarlo durante este último mes. Me resultaría raro no tenerlo, casi como si estuviera desnuda, pero nada me haría sentir más completamente desnuda que este horrible y espantoso agujero en el corazón, allí donde debería estar Chess.

Casi se me sale el corazón cuando Jonah me dio un golpecito en el hombro, rebotando entre la sorpresa y la esperanza de que fuera Chess, y la decepción de que no lo era y la culpa por sentirme decepcionada porque él no había hecho nada, nada en absoluto. Lo único que había hecho había sido tratarme con amabilidad, llevarme a la cama y prepararme las tortitas más bonitas del mundo siendo su versión más cárdigan, y yo iba a dejarlo tirado igualmente.

—Te he traído una cosa —dijo, sentándose a mi lado justo cuando yo estaba abriendo la boca para decirle que lo sentía, pero que no podía.

Me dio una bolsa de papel blanca con el logo de la librería del aeropuerto en tinta azul oscuro.

—Un regalo de bodas. Perdona que no esté envuelto.

Saqué el libro de la bolsa. Era *Codename Charming*, de Lucy Parker.

—Espero haber leído bien el paratexto —dijo, y señaló con el dedo las dos figuras dibujadas en la portada—. Si es una de esas series

melodramáticas que te rompen el corazón, donde todo el mundo muere de forma horrible al final, puedo cambiarlo. He guardado el tique.

—Lo has leído perfectamente —respondí fría. Tenía una copia de ese libro en el bolso; pensaba empezármelo durante el vuelo—. Pero…

—Y también he pillado algo para picar. Seguramente sea tarde para cenar cuando lleguemos a Hobart.

Me dio una botella de agua y una bolsa de Doritos, mi comida basura favorita cuando estaba profundamente estresada o con la regla.

Dios. Dios.

—Jonah —dije—. Jonah, no…

Pero ya no me estaba mirando. Tenía la mirada fija en un punto por encima de mi hombro izquierdo.

Me giré para ver qué estaba mirando y…

—Chess —dije con un aliento.

Me puse de pie antes de ser consciente de ello, y fui hacia ella como si la gravedad tirase de mí.

—Chessie —dije—. Qué bien que… Lo siento… No…

—Tú no —gruñó Chess, pasando de largo a mi lado—. Tú. Niño pijo. Conmigo. Ya.

Se me salió el corazón del pecho; sentí que se caía al suelo del aeropuerto.

No me podía mover, no podía respirar, no podía hacer nada mientras Chess tiraba de un Jonah claramente poco dispuesto, clavándole los dedos en la muñeca como si fueran esposas. Tiró de él y lo detuvo en mitad de la librería, la misma en la que debía de

haber comprado *Codename Charming*, y le clavó el dedo en el pecho una, dos, tres veces.

No me estaba mirando y no me llegaba su voz, pero daba igual. No hacía falta pasar años estudiando literatura minuciosamente para interpretar su lenguaje corporal y la expresión de Jonah.

Chess agarró a Jonah por las solapas de la chaqueta y se lo acercó, como uno de esos capos de las películas de mafiosos que agarra a alguien por la camisa y lo zarandea mientras le grita que, si no le hace la entrega al cabo de una hora, lo tirará por un puente con los pies en bloques de hormigón.

Yo había hecho lo mismo ayer. La oficiante nos dijo que nos besáramos, y yo le agarré por las solapas mientras caía sobre mí todo el peso de lo que acababa de hacer: me había casado y Chess no había estado allí; sus labios rozaron los míos y, aunque fue como si el suelo se hubiera convertido en mar bajo mis pies, Jonah me sostuvo.

Aplasté la rosa que se había puesto al agarrarle por la solapa. No había tenido cuidado, preocupada solo por lo que yo quería, por lo que yo necesitaba, y la delicada flor se había estropeado.

De pronto, Chess lo soltó. Jonah se tambaleó hacia atrás con la cara blanca, y ella se dio la vuelta.

Pensaba que iba a pasar de largo otra vez, porque no ralentizó el paso, pero se paró abruptamente y me miró.

Yo no podía decir nada. Después de mandarle una oleada de mensajes durante todo el día, ahora estaba completamente paralizada.

—Buena suerte, Sadie —dijo.

Y se fue.

Ya casi había desaparecido de mi vista cuando conseguí recobrar la vida y moverme, soltando el libro dentro de su bolsa de papel en el suelo.

—¡Chessie, espera!

Se paró.

Quería que me dijera algo. Lo que fuera. Incluso algo agresivo: «¿No tienes que coger un avión?», sería algo por donde empezar.

Pero no dijo nada.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho mucho mucho.

Nada. Nada, nada y nada. Nada que usar como trampolín, nada a lo que aferrarme, no quedaba nada.

—Chessie, por favor.

Francesca Shaw, que siempre tenía algo que decir, no dijo nada.

En pánico, rebusqué en mi bolso.

—Por favor —dije mientras le colocaba en las manos mi ejemplar de *Codename Charming*, el que me había traído de casa para leer en el avión—. Esta escritora te va a gustar un montón. En este hay una relación falsa, pero cuando lo ha hecho en otras ocasiones siempre ha sido por buenas razones, así que igual te gusta.

Chess no dijo nada. Cogió el libro como si le hubiera dado una taza demasiado caliente de café y le estuviera quemando los dedos.

—Te enviaré más. Todos los que quieras. Todos los días.

—No.

Una palabra. Una sílaba. Un cuchillo directo al corazón.

—Lo siento, Chess. —Estaba rogando—. Te quiero muchísimo. No quería decir eso.

Se metió el libro en el bolso y cerró con fuerza el broche.

—Sé que lo sientes —dijo—. Y yo también te quiero. Hasta el final del universo y de vuelta. Siempre.

Sentí un microsegundo de alivio antes de que me mirara a los ojos.

—Pero lo dijiste en serio, Sadie —dijo—. Y necesito tiempo para averiguar qué supone eso para mí. A solas.



No sé cuánto tiempo me quedé ahí, paralizada, mirándola mientras desaparecía en la distancia, antes de que unos dedos delicados me tocaran la espalda.

—Ven —dijo Jonah mientras me apartaba del camino de una familia con una cantidad absurda de maletas—. Vamos a sentarnos.

Se agachó para coger la copia de *Codename Charming* que se me había caído mientras me iba dirigiendo hasta nuestros asientos.

—¿Lo quieres?

Asentí, cogí el libro y lo agarré hasta que se me pusieron los nudillos blancos, con tanta fuerza que seguramente fuera a dejar las páginas marcadas.

Jonah me sentó.

—Toma. —Quitó el tapón de la botella de agua que había comprado y me la ofreció.

Sacudí la cabeza sin decir nada.

—Lo siento mucho, Sadie. Todo esto ha sido culpa mía.

Quería gritar.

Quería gritarle en la cara a este hombre, a este hombre al que había gritado tantas veces en la cara, a este hombre que estaba

siendo tan amable conmigo.

Quería gritar y gritar y gritar, y quería no dejar de gritar nunca.

—Cállate, Jonah —dije con la voz ronca—. Por favor.

Él se debería haber levantado y marchado.

Pero dudó. Luego me pasó el brazo por los hombros y me acercó a él.

Debería haberlo apartado.

Pero era el único vínculo que me quedaba ahora mismo, el último puente que no había caído, así que me dejé hacer y, aunque no tenía derecho, aunque nadie nos estaba mirando, me aferré a la mano de mi falso marido como si fuera un salvavidas.



Capítulo 11

Sadie

—No tardaremos en llegar —dijo Jonah mientras bajaba mi maleta del compartimento superior y luego cogía la suya—. Estarás mejor después de dormir un poco.

Eso era bastante incorrecto, pero no tenía la energía suficiente para discutir. Había intentado dormir en el vuelo de dos horas a Hobart, pero mi cabeza no había sido tan gentil como para permitirlo. Tenía la sensación de que se me estaba derritiendo cada hueso del cuerpo.

Y se suponía que mañana teníamos que ir ya al campus, como dos académicos que por fin llegan a la tierra prometida de un trabajo fijo. Dios.

—No creo que nadie espere gran cosa mañana —dijo Jonah, leyéndome como si me hubiera escrito Shakespeare—. No van a hacernos dar clase a trescientos alumnos y escribir una propuesta para una subvención el primer día.

Asentí mientras quitaba el modo avión de mi teléfono cuando la gente de unas filas más adelante empezaba a salir del avión. No tenía ni una notificación de Chess.

«Es tarde —me dije—. Seguramente esté dormida. Se sentirá mejor mañana también».

No era una historia muy convincente, pero me aferré a ella.

Me crujían las rodillas cuando caminamos por el asfalto hasta la terminal.

—Voy a buscar un taxi —dijo Jonah ausente mientras giraba la cabeza— y… joder, Sadie. Lo siento.

—¡Ahí está! —gritó alguien.

Dos bolas de cañón se estamparon contra él y le abrazaron por la cintura.

—¡Tío Jonah! ¡Tío Jonah!

—Hola, chicas. —Jonah me miró a los ojos, compungido, por encima de las cabezas de las niñas—. ¿Qué hacéis aquí?

Dos pares de ojos marrones idénticos se levantaron para mirarlo.

—Mami dijo que podíamos quedarnos hasta tarde para recogerte —dijo una.

—¡Ya hace mucho rato que deberíamos estar durmiendo! —dijo la otra.

—Pues hola, Rosie; hola, Georgia. —Les acarició la cabeza con una mano a cada una—. Me alegro un montón de veros.

—¿Tú eres la tita Sadie? —dijo la primera, ¿Rosie?

De pronto tenía la boca completamente seca. Tita, no era una palabra para la que estuviera preparada.

—Pues…

—Sí —dijo Jonah—. Esta es la tita Sadie.

—¡Te hemos hecho una pancarta! —gritó Georgia (?).

—Y luego se la habéis endosado a vuestra madre —dijo Fiona, que acababa de aparecer detrás de ellas—. Y vuestra madre no había dado su consentimiento para que la llenarais de purpurina. Hola, Jonah.

Se inclinó sobre sus hijas para darle un beso a Jonah en la mejilla y le dio un abrazo con un solo brazo. En la otra mano tenía una pancarta en la que ponía: «bienvenidos, tío jonah y tita sadie» con letras grandes y brillantes.

—Espero que no os importe que hayamos aparecido sin avisar, pero teníamos muchas ganas de verte.

Volvió a mirarme a mí.

—Y de conocerte. —Fiona le dio la pancarta a su hije mayor y me dio un fuerte abrazo—. ¡Hola, Sadie!

Casi me pongo a llorar.

Yo solo quería a mi hermana. Únicamente quería que Chess se las hubiera apañado para llegar a este aeropuerto antes que yo y recibirme con una pancarta llena de purpurina en la que pusiera: «bienvenida, sadie, te quiero hasta el final del universo y vuelta otra vez y todo volverá a ser como antes porque me he hecho la operación de *olv ídate de mí* para extraer de mi cerebro el recuerdo de lo que me dijiste», y que me abrazara hasta que me quejara de no poder respirar, y, aun así, no la soltaría.

—Cuánto me alegro de conocerte por fin. —Fiona se apartó y me sonrió.

—Lo… lo mismo digo

—Te presento a Lex. —Hizo avanzar a le adolescente que ahora cargaba con la pancarta.

—Hola —dijo Lex, con un tono entre educado y malhumorado—. Me alegro de conocerte. Mi pronombre es «elle».

Jonah me advirtió que Lex podía ser un poco sensible con la gente que no conocía. «Matt no fue la persona más delicada del mundo cuando salió del armario —me había contado—. Que, ahora que lo pienso, igual debería haber sido una señal de alarma». Sea como sea, se estaba comportando con una décima parte de la energía de sus hermanas, cosa que agradecí de inmediato.

—Encantada, Lex. «Elle» me va bien.

Lex puso una mirada asombrosamente parecida a la del profesor Fisher cuando me observaba mientras daba una ponencia. Una mirada fija y penetrante diseñada para encontrar la debilidad de mis argumentos.

Pero entonces, al contrario de la de su abuelo, se transformó en una mirada de aprobación.

—Guay. Hola, tío Jonah.

—Hola, peque. —Jonah le chocó los nudillos a Lex.

—Espero que no os importe, pero le he dicho al conductor que venía a buscaros que se fuera —dijo Fiona—. He imaginado que estaríais muertos de hambre después del viaje. Podemos pillar algo de comida rápida y os acerco al hotel.

Mis huesos, que había sentido disolverse, de pronto parecían estar hechos de acero.

Jonah me agarró por la cintura.

—La verdad es que tenemos hambre, Fi. Pero tendrá que ser una cosa rápida. Tengo muchas ganas de que nos pongamos al día, pero mañana es un día importante, y Sadie tiene que descansar.

—Descansar, claro. —A Fiona le brillaron los ojos.

Jonah se sonrojó de inmediato, pero simplemente dijo:

—Eso requeriría un nivel de energía que ninguno de los dos tiene en este momento. —Nada más—. Chicas, ¿os apetece llevarnos las maletas?

Resultó que a Rosie y Georgia les hacía mucha ilusión llevarnos las maletas.

—¡Mira, soy como papá, me voy de viaje de negocios! —declaró una de las dos mientras caminábamos por el aparcamiento, lo que hizo que Fiona pusiera mala cara y Lex resoplara.

Jonah, sin embargo, mantuvo el brazo alrededor de mi cintura, apretándome contra él y sujetándome al mismo tiempo. Yo hice lo mismo, intentando combatir lo cansadísimo que estaba. «Para que sea creíble», le habría dicho si me hubiera preguntado.

Pero no preguntó. Simplemente, dejó que me apoyara en él.

Hizo lo mismo en el sitio de comida rápida al que Fiona nos llevó, el brazo apoyado en el respaldo de asiento detrás de mí, rozándome ligeramente el hombro mientras comía patatas fritas con la otra mano. También llevó el peso de la conversación. Le hizo preguntas a Fiona sobre les niñes y cómo había sido convivir con Elias durante dos semanas, mientras yo me dejaba caer encima de él.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja cuando Fiona se levantó para ir a por Rosie y Georgia, que estaban en pleno subidón de azúcar.

—La verdad es que no —murmuré, consciente de que Lex estaba en la otra esquina absorte en un libro.

Jonah ladeó la cabeza. El beso que me dio en la cabeza fue un susurro, tan delicado que tal vez me lo imaginara.

—Estoy contigo, ¿vale?

Me incliné sobre él.

—Gracias —dije, con la voz tan baja que a lo mejor también me lo imaginé.

—Ay, Dios, perdonad que se nos haya hecho tan tarde —dijo Fiona cuando volvió a la mesa tirando de las gemelas—. Vamos a llevaros a que os acostéis antes de que os convirtáis en calabazas.

Incluso con solo la vigésima parte del cerebro funcionando, me fijé en el cansancio dibujado en su cara, debajo de la emoción.

La universidad nos había reservado quince noches en un hotel en el centro de la ciudad mientras encontrábamos casa. Fiona nos dejó allí después de hacernos prometer que iríamos a cenar el viernes y que le enviaríamos fotos de la boda en cuanto las tuviéramos.

—Quiero mucho a Elias, pero no es el mejor grabando vídeos.

—Bueno —dijo Jonah mientras observábamos cómo se alejaban las luces del monovolumen.

—Bueno —dije yo.

Él seguía teniendo la mano ligeramente sobre mi espalda mientras entrábamos en el hotel, como si de alguna forma sintiera que, si no había algo que me anclase a la realidad, me desintegraría.

—¿Doctor y señora Shaw? —preguntó la recepcionista.

—Casi —dijo Jonah—. La señora Shaw soy yo.

Apenas pude reírme.

Cogimos el ascensor a nuestra planta. El interior era de espejos; un número infinito de Sadies y Jonahs se reflejaban en una línea sin fin. Con suerte, alguno de esos Sadies y Jonahs vivían en ese otro mundo mejor.

Tuvimos que pasar la tarjeta tres veces hasta que funcionó.

—Ya estamos —dijo él, y me miró con una sonrisa alentadora, igual que había sonreído a sus sobrines—. Hogar, dulce… Oh.

Solo había una cama.

Nos habían asegurado un apartamento de un dormitorio, con una habitación y un salón separado. Me había reservado los últimos vestigios de energía para negarle a Jonah el sofá cama por mucho que insistiera.

Sin embargo, nos habían dado un estudio: una única habitación grande con un baño incorporado, una cocina diminuta con una mesa para comer y dos sillas en una esquina, dos sillones que parecían bastante incómodos en la otra, y una cama de matrimonio.

Quería llorar hasta que me reí.

Si Chess leyera esto en un libro, lo tiraría por la ventana de su despacho de la planta veintiséis. «Qué coincidencia más ridícula. ¿Qué pasa, no podían ir a recepción y que corrigieran el error? ¿En qué hotel se están quedando, en la pensión donde nació Jesús?».

—Voy a bajar para que lo solucionen —dijo Jonah.

—No.

—No pasa nada, Sadie, puedo…

—No, quiero decir… —Me deshice el moño con el que llevaba todo el día y sacudí el pelo para soltármelo sobre los hombros para volver a recogérmelo—. Estoy cansada. Tú estás cansado. Vámonos a dormir.

Él se me quedó mirando un buen rato.

—¿Estás segura?

—Voy a quedarme inconsciente en cuestión de ocho segundos, Fisher. Creo que tu virtud está a salvo conmigo.

Algo dentro de mí quería que se sonrojara con ese brillante color carmesí, pero solo se le pusieron las mejillas un poco rosas.

—¿Quieres darte una ducha para refrescarte del avión? —me preguntó—. Ve tú primero, si quieres.

El agua caliente debería de haber terminado el trabajo que la fatiga emocional y física había empezado. Tenía la intención, y esperaba, estar profundamente dormida para cuando Jonah saliera de la ducha.

Pero resulta que hay varios tipos de agotamiento.

Está el agotamiento que te has ganado. El agotamiento sobre el que escriben continuamente en fantasía, una especie de cansancio pleno, después de haberte pasado el día en una misión, cuando al día siguiente te espera otro largo de heroicidades, pero solo has cenado el pan y el queso, que siempre suena delicioso en la historia, y te has sumido en una hibernación profunda y sin sueños.

El mío era del otro tipo. El que parece un parásito que te drena la energía y la voluntad, aunque te obliga a seguir avanzando.

Hubo un breve destello de luz y un brote de vapor cuando Jonah salió del baño. Estuvo iluminado brevemente, con el pelo despeinado después de habérselo secado con la toalla, con el mismo pijama que tenía la noche que le propuse matrimonio, hasta que apagó la luz y volvió a sumir la habitación en la oscuridad.

Maldijo en voz baja cuando se tropezó con algo. Luego hubo otro breve destello de iluminación mientras se sentaba en su lado de la cama, enchufaba su teléfono y dejaba las gafas en la mesita de noche; luego el ruido de las sábanas cuando se tumbó a mi lado.

—Buenas noches, Sadie —dijo suavemente.

Evidentemente, pensaba que ya estaba dormida, así que no respondí.

Lo miré. Con la tenue luz que entraba por debajo de la puerta del apartamento, solo veía su silueta.

A Jonah Fisher le gustaba dormir bocabajo. Tenía la cabeza girada hacia mí y una mano apoyada en la almohada. El aire acondicionado estaba en marcha, así que solo estaba tapado hasta la cintura. Su espalda era una línea recta larga y suave en la oscuridad, que, de algún modo, era también una curva perfecta, una línea que, en ese otro mundo mejor, su otra esposa mejor no podría dejar de acariciar.

—Shaw —murmuró—, duérmete.

—Estoy dormida.

Su risa sonó desde un lugar en el fondo de su vientre, aplastado contra el colchón.

Silencio. Respiramos juntos.

—¿Quieres hablar?

Sí. No.

—No sé cómo —susurré.

¿Cómo iba a poner en palabras lo que sentía, este agujero en el pecho, allí donde los lazos que me ataban a Chess se habían deshecho? ¿Y cómo podía explicarle, a este hombre que me ha sujetado y ha puesto su mundo patas arriba para ayudar a su hermana, que yo misma había deshecho esos lazos?

—Lo siento mucho —dijo Jonah.

—No es culpa tuya.

—Sí que lo es.

Se escuchó el ruido de las sábanas cuando se movió.

—Sé que tu hermana está enfadada contigo por haberte casado conmigo —dijo—. Y sé lo importante que es ella para ti, así que lo siento mucho, Sadie. De verdad, lo siento. Si hay algo que yo pueda hacer para mejorar la situación, lo que sea, dímelo, por favor. Lo haré. Sin pensármelo. Incluso si… —Hizo una breve pausa—. Incluso si decides que quieres acabar con esto, con este matrimonio. Me parecería bien. La pelota está en tu…

—Para.

Paró.

—Jonah, nada de esto es culpa tuya. De verdad. No has hecho nada malo. Y… —Tenía un nudo tan grande en la garganta que me costaba conseguir pasar las palabras—. Después de todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí, ¿de verdad crees que te dejaría tirado? ¿Sin más? ¿Después de conocer a tu hermana?

—No estamos hablando de mi hermana —me dijo con delicadeza —. Estamos hablando de la tuya.

Sorbí la nariz.

—Si quieres hablar de ella, claro —añadió.

Tragué varias veces, pero el bulto de la garganta no desaparecía.

—Discutimos. Le… Le dije unas cosas. Cosas horribles. Cosas que dudo que sea capaz de perdonarme.

Otro silencio. Parecía que la respiración se me quedaba atrapada en el nudo de la garganta, como si fuera a ahogarme, ahí, en la cama en mitad de una habitación con aire acondicionado.

—No digas tonterías, Shaw —dijo el Jonah de *tweed*—. Esa es la estupidez más grande que me has dicho nunca. Y mira que me intentaste convencer de que había una conexión directa entre la bardolatría y BookTok.

—¿Perdona?

—Tu hermana te quiere incondicionalmente. —Tenía un tono afilado en la voz—. Cualquier idiota se daría cuenta de eso. Eres, al menos teóricamente, una mujer inteligente. ¿De verdad crees que puedes acabar con eso por una simple discusión?

—¡Es que no sabes lo que le dije!

—¡Da igual lo que le dijeras! Te quiere. Lo superará. ¿De verdad crees que la gente va a aeropuertos a zarandear a los maridos de las personas que han decidido sacar de su vida para siempre?

Era… era lo que había hecho, ¿no?

No me había respondido a los mensajes. No había querido hablar conmigo.

Pero, aun así, Chess vino al aeropuerto y le dio a Jonah lo que yo estaba segura que fueron amenazas bastante detalladas.

Vino.

—Estás infravalorando cuánto le gusta echar broncas —dije, porque era más fácil discutir que ceder.

Pero Jonah no dio el brazo a torcer.

—Y tú estás infravalorando cuánto te quiere.

Se me derramó una lágrima del ojo izquierdo. Sorbí la nariz mientras me la secaba con el talón de la mano.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más amable, el *tweed* dándole paso al cárdigan.

—Yo también le dije cosas horribles a mi hermana hace tiempo —dijo—. Cosas por las que jamás debería haberme perdonado. Pero… Bueno, ya has visto cómo es.

—Pero tardaste años en superarlo. Años y años. —La idea de sentir este dolor en el pecho durante más de una década hacía que

quisiera gritar contra la almohada y no parar nunca.

—Sí, porque era joven e idiota y no le pedí perdón. Tú mejor que nadie sabes cómo era cuando era más joven, Shaw.

Volví a sorber la nariz.

—Tú eres mucho más inteligente que yo —dijo.

No tenía puestas las gafas, pero, de algún modo, inequívocamente, la yema de uno de sus dedos encontró el espacio entre mis nudillos en la oscuridad como el tacto de una pluma.

—Si Fiona y yo hemos podido arreglar nuestras mierdas, tú y Chess también podéis resolver las vuestras. Dale un poco de tiempo para relajarse y para que se adapte a —me dio golpecitos con el dedo entre los nudillos una, dos, tres veces, haciendo que me diera un vuelco un corazón en un apuro por seguirle el ritmo— esto.

Se me escapó una respiración larga. Sentí la necesidad urgente de arreglar las cosas; el dolor en el pecho era insoportable. Sin embargo, evidentemente, junto con todo lo demás, le debía a Chess lo que me había pedido.

Tiempo. Sola. Sin mí.

Cogí aire y exhalé otra vez una respiración larga y lenta.

Luego giré la mano sobre la almohada para poder entrelazar los dedos con los de Jonah. Con suerte, él entendería por qué, pero, si no, ya se me ocurriría una explicación por la mañana, cuando tuviera la cabeza más despejada.

—Gracias por leerme la cartilla, Fisher —dije en voz baja—. Lo necesitaba.

Me agarró los dedos con los suyos, hábiles y seguros.

—Cuando quieras, Shaw —murmuró—. Cuando quieras.



Capítulo 12

Jonah

La mañana siguiente me desperté con el suave trino de mi alarma. La luz entraba por los huecos de las cortinas y un rayo de sol me daba directamente en el ojo; mi mujer estaba tirada sobre mi espalda, muerta para el mundo.

No me había movido en toda la noche. No me gustaba dormir bocabajo, pero el pánico de despertarme junto a Sadie con una visible erección me había paralizado incluso en mis sueños.

Ella, sin embargo, sí se había movido. Cuando nos quedamos dormidos, la única parte de nuestros cuerpos en contacto eran los dedos. Pero, en algún momento, ella había decidido que mi espalda huesuda era un almohadón mucho más cómodo que las muchas almohadas del hotel, y se me había tirado encima como una colcha.

Tenía la cabeza justo por encima de uno de mis omóplatos. Notaba sus diez dedos apoyados sobre mi piel, con una mano en la nuca y la otra sobre la cintura. Su cuerpo estaba en diagonal al mío, con los pechos apretados en mitad de mi espalda.

Y si le daba demasiadas vueltas a eso, el Proyecto Controla a tu Adolescente Interior, Jonah, Nada de Erecciones sería un completo fracaso.

—Shaw —susurré, moviendo el hombro para despertarla mientras estiraba el brazo para apagar la alarma.

—¿Mmm?

Hubo unos cuantos segundos gloriosos y felices de su cálido peso aplastándome en la cama antes de que se apartara de un salto de mí como si estuviera hecho de dagas.

—Hostias, Jonah, ¡perdona!

Me senté despacio y cogí las gafas de la mesita de noche, deseando que tuviera tan mala vista como yo, porque estoy seguro, segurísimo, de que tenía escrito por toda la cara las pocas ganas que tenía de que se moviera.

—Tranquila. No te preocupes.

Afortunadamente, me dijo que me duchara yo primero («Tengo que elegir bien la ropa para el primer día»). Conseguí escaparme al baño sin que se diera cuenta de que el Proyecto Control había sido un estrepitoso fracaso. Solo podía esperar que no hubiera escuchado el sonido estrangulado que solo conseguí reprimir a la mitad cuando fracasó del todo en la ducha; o, que si lo escuchó, simplemente diera por hecho que me había dado un golpe en el pie o algo.

Íbamos a encontrar casa pronto, decidí mirando un portal inmobiliario en el teléfono mientras Sadie estaba en el baño. Guardé algunas que ofrecían visitas los viernes por la tarde para poder echarles un vistazo antes de la cena en casa de Fi mañana. ¿Cómo iba a concentrarme en el trabajo sabiendo que me iba a dormir en la cama con mi mujer?

Claramente, Sadie había tenido el mismo impulso cuando eligió su ropa: coraza. Yo me había puesto mi chaqueta de *tweed* de la suerte, la que vestía para todas mis entrevistas de trabajo.[33] Ella se había endosado un mono negro, ceñido a la cintura, que ya le había visto en los eventos más importantes: la defensa de la tesis, una entrevista para la televisión que hizo sobre la ficción romántica para San Valentín hace dos años, una reunión del sindicato en la que votamos si hacer o no huelga, y la cena con mis padres.

—Qué guapa —le dije mientras me ponía de pie instintivamente en cuanto salió del baño, como si fuéramos personajes de una novela del siglo xix, y me sentí muy incómodo nada más hacerlo.

Ella me lanzó una mirada crítica.

—Y tú vas a pasar calor. Hoy va a hacer un millón de grados.

Me reí avergonzado.

—Y yo que pensaba que mi armario sería perfecto para el clima de Tasmania.

Estaba preparado para que apuntara a mi arsenal de *tweed* y jerséis de punto y apretara el gatillo. Pero no lo hizo. Se mordió el labio y frunció ligeramente el ceño.

No, no, no, no. Si empezaba a pensar, se hundiría de lleno en el pozo de angustia que la había consumido ayer, y si lo hacía, el pozo de culpa en el que me había estado hundiendo yo me consumiría a mí también.

—Vamos a desayunar. Debes de tener hambre si te estás comiendo el pintalabios.

Se llevó la mano a la boca.

—Buena idea.

—Oye —dije mientras le aguantaba la puerta abierta—. Creo que nunca me habías dicho eso.

—Si tuvieras más buenas ideas, puede que lo hiciera.

Fue una conversación poco entusiasta, pero me permití subir un escalón en la escalera que salía del pozo de culpa.

Aunque no duró. En cuanto nos sentamos juntos a la mesa, después de prepararnos cada uno un plato del bufet, Sadie se volvió a hundir y yo fui detrás.

Había pensado mucho sobre nuestro matrimonio. No podías estudiar teatro de principios de la era moderna y no pensar en ello. Ya fueran las alegres bodas y fiestas de comedia de cinco actos como *Mucho ruido y pocas nueces*, o *A Chaste Maid in Cheapside*, o los dramas de pareja de tragedias como *Macbeth* o *La duquesa de Malfi*, el matrimonio era una preocupación constante. Teniendo en cuenta que yo había escrito mi tesis y mi monografía sobre la representación de las relaciones en la era jacobea, probablemente me había pasado años de mi vida meditando sobre el matrimonio.

En el que no había pensado realmente era en el mío. «El amor sí que significa algo para mí —me dijo Sadie aquella noche, la fatídica noche que me propuso matrimonio—. El matrimonio, no tanto.

Uno de los motivos por los que acepté esta farsa absurda fue que me sentía igual; bueno, no, puede que no exactamente igual. Había matices. Pero de forma parecida sí.

El matrimonio con mi padre había convertido a mi madre en una sombra de lo que era. Yo, igual que el resto de mi familia, estábamos convencidos de que Fiona estaba tirando a la basura su futuro al casarse, y por muy mal que me sintiera ahora con eso, al

final no me equivocaba. Por lógica, el anillo en mi dedo no debería ser nada más que un disfraz para mí.

Entonces, ¿por qué desde que besé a mi mujer lo único en lo que podía pensar era en hacerla feliz?

—¿Por qué me miras así, Jonah? —preguntó Sadie de pronto, con el tenedor a medio camino de la boca—. ¿Tengo algo en la cara?

—¡Oh! Eh… —Mi especialidad son la palabras, ¿por qué me quedaba sin ellas tan a menudo?—. Perdona. Es que estás en mi línea de visión.

Ella arqueó una ceja. Una ceja de desaprobación, claramente, pero también era Sadie Shaw en estado puro: su sabor original, no su reciente sombra miserable.

Me animó lo suficiente para volver a intentar la jugada que no había funcionado el día anterior en la cola de seguridad del aeropuerto.

—Mañana por la tarde podemos ir a ver varias casas, si quieres —dije mientras sacaba mi teléfono y marcaba dos que sabía que no le iban a gustar nada antes de pasárselo—. Supongo que no tienes pensado usarme como almohada durante mucho más tiempo.

—Ja, ja, ja —dijo secamente mientras empezaba a deslizar la pantalla—. Eres la monda de gracioso.

Me recliné sobre la silla y sonreí contra el borde de la taza.

—Lo intento.

—No lo suficiente.

Ahí estaba ese tono áspero. Ahí estaba ella, la mujer que le había dicho «No te soporto» al Jonah adolescente y le picó el orgullo y el corazón hasta convertirlos en una pulpa sangrienta.

—Por favor, dime que es una broma. —Giró el teléfono para enseñarme una de las casas que había marcado.

Puse el pie en el siguiente escalón de la escalera que salía del pozo de culpa y me impulsé.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué le pasa? —Le empezó a subir un rubor por el pecho—. ¿Qué le pasa?

Esa discusión nos ocupó todo el desayuno y continuó mientras subíamos a la habitación para que se retocara el pintalabios.

—¿Qué parte de «espacio verde» te resulta ambigua, Fisher? —preguntó mientras asomaba la cabeza por la puerta del baño, con el lápiz de labios en una mano—. ¿Cómo voy a cultivar verduras para tu cocina *gourmet* en tres centímetros cuadrados de hormigón?

—Uno: en ningún momento te he exigido que hagas eso. Ahora vivimos en la puñetera alacena de Australia, no necesitas cultivar la tierra para mantenernos. Dos: si alguien puede conseguir exprimir una piedra, esa serías tú, Sadie.

Hizo el ruido que hacía siempre que estaba frustrada, pero le ardían los ojos. Estaba disfrutando.

Uno de los géneros menos conocidos del teatro jacobeo era la tragedia doméstica.[34] El ejemplo más famoso es la obra de teatro *A Woman Killed with Kidness*, escrita por Thomas Heywood en 1603, sobre la que escribí extensamente porque contaba la historia de un matrimonio.

No había mucho que aprender. Si reducías la trama a lo básico, hablaba de un hombre que supuestamente era demasiado bueno con su mujer porque la echó, en lugar de asesinarla por venganza,

cuando la pilló siéndole infiel (eso la condujo hasta una muerte más larga y agonizante por la culpa).

Aunque, quizá, había alguna lección en el título.

En el aeropuerto, Chess me agarró por el cuello de la camisa y me dejó muy muy claro lo que esperaba de mí.

«No voy a decirte que no le pongas una mano encima —me rugió —. Sadie es mayorcita. Puede hacer lo que le dé la gana. Follarse a quien le apetezca. Casarse con quien quiera».

Luego me acercó más.

«Pero te has aprovechado de ella para conseguir un trabajo que no te mereces —me dijo, metiéndome de cabeza en el pozo de culpa con unas botas de acero—. Y si haces lo más mínimo para arruinarla, si la retienes, por poco que sea, te arruinaré la vida».

Probé con la amabilidad. Funcionó un poco, pero no demasiado. Demasiado, quizá, podría asfixiar a Sadie en un momento en el que no podía permitirse asfixiarse.

Puede que lo que necesitara no fuera un cojín, sino un saco de boxeo, algún lugar donde soltar todos esos sentimientos acumulados.

Y por mucho que yo no quisiera volver a discutir, tenía que darle a mi mujer lo que necesitaba.

Se lo debía.



Al contrario que estar casado, sí que me había imaginado tener un trabajo académico fijo. Muchas veces.

Una de las cosas que me gustaba más hacer, si estaba con el agua al cuello con evaluaciones o necesitaba despejarme la cabeza de la espiral de ansiedad que me provocaba mi insegura situación laboral, era decorar el despacho de mis sueños, el que tendría un día cuando llegara a mi tierra prometida.

El despacho de mis sueños, como el de mi padre en la ESU, tendría las paredes llenas de estanterías tan repletas que parecería un poco peligroso. Sin embargo, al contrario que el suyo, el mío también sería cómodo, acogedor y apetecible. En lugar de la silla solitaria que tenía delante del escritorio para interrogar a la gente, yo tendría un par de sillones cómodos en una esquina, perfectos para una conversación. Puede que incluso un sofá, con una manta, por si yo o alguna otra persona necesitara echarse una siesta. Una botella de algún tipo de licor oscuro en el cajón del escritorio, también como mi padre, pero dos vasos en lugar de uno, para compartir un trago colegial o compasivo cuando fuera necesario.

—En fin —dijo Sadie sin ganas al mirar el armario en la sexta planta que aparentemente íbamos a compartir.

—En fin —repetí.

Pasé un dedo por la placa con el nombre. El resto de las placas del pasillo eran de metal gravado, pero la nuestra era de papel. «Doctora Sadie Shaw», impreso con una tipografía de palo seco; «Doctora Jonah Fisher», escrito a mano con bolígrafo azul.

Las demás puertas del pasillo de Estudios Literarios estaban cerradas. Habíamos seguido las indicaciones que nos comentaron en el correo electrónico de bienvenida que habíamos recibido los dos, y nos habíamos encontrado con mucha gente en las dos primeras horas de empleo remunerado en la Universidad de Lyons: la gente

de administración que nos había hecho las fotos para nuestras tarjetas de empleado, la gente del equipo informático que nos dieron los portátiles de trabajo que llevábamos los dos bajo el brazo, la gente de seguridad que nos dio los sobres con las llaves de nuestra oficina… pero no nos habíamos encontrado con ninguno de nuestros compañeros académicos.

Las luces del pasillo funcionaban con sensor de movimiento. Se encendieron en cuanto salimos del ascensor. Nos quedamos ahí de pie, observando el espacio diminuto que se supone que íbamos a compartir, y se apagaron.

—Esto es peor que la cama —dije.

Al mismo tiempo, Sadie dijo:

—Va a ser muy incómodo cuando nos divorciemos.

Nos miramos.

—El primer día y ya la estás cagando, Shaw —dije.

Ella arqueó una ceja.

—¿Yo la estoy cagando?

—Lo único que deberías decir en el trabajo que empiece por D —dije, dándole un pequeño codazo— es «Eres tan dulce»…

Ella puso los ojos en blanco.

Entramos en nuestro despacho, algo que deberíamos haber sentido como un enorme salto metafórico con un solo paso. Apenas había espacio para que estuviéramos los dos de pie.

La mayoría de los despachos académicos tenían el escritorio mirando hacia la puerta, para que quien lo ocupara pudiera levantar la vista de su trabajo y ver quién había entrado. Para orientar el escritorio de esa forma en este despacho, quien lo ocupara debería

saltar por encima para llegar a la silla, porque no habría sitio para rodearlo.

En nuestro despacho, los escritorios estaban contra las paredes perpendiculares, aunque «escritorio» y «contra» era una forma muy poco precisa de describirlo. Eran más bien planchas de aglomerado blancas, largas y estrechas, sujetas a la pared por unos marcos metálicos.

Sadie soltó su portátil y su bolso en la plancha de la izquierda, que tenía el ancho justo para las dos cosas, y empezó a tocar el sistema hidráulico del marco metálico.

—Al menos se sube y se baja —dijo, y me miró—. Algo es algo.

Le sostuve la mirada un segundo. Dos.

Luego ambos nos echamos a reír.

—Nunca pensé que sentiría nostalgia por compartir escritorio —dije mientras dejaba mi portátil y la cartera en la plancha de la derecha e intentaba acomodarme en mi silla—, pero al menos para eso necesitaríamos un escritorio.

Ella volvió a reírse, pero luego su expresión se tornó más seria cuando intentó sentarse y las ruedas de nuestras sillas se enredaron.

—¿Cómo vamos a trabajar en condiciones si prácticamente estamos sentados el uno encima del otro?

—No tengo ni idea —dije, obligando al Jonah adolescente, invocado por la frase «sentados el uno encima del otro», a que se calmara, no fuera que el Proyecto Control entrara en un nuevo nivel de fracaso estrepitoso—. ¿Y si alguno tiene que tener alguna reunión confidencial con un alumno? ¿Qué va a hacer, quedarse de pie en el quicio de la puerta mientras uno de nosotros se pone los auriculares y finge no oír nada?

Sadie exhaló.

—Vamos a tener que probar todas las cafeterías del campus antes de que empiece el semestre. Deberemos tener todas las tutorías ahí, así que, por lo menos, que sea en la que mejor café hace.

—¿Quieres que empecemos ya? —le pregunté, y me medio levanté de la silla—. No creo que nadie se vaya a dar cuenta de que hemos ido a tomar un café…

—¡Anda, por fin os encuentro!

Medio sentado, medio de pie y completamente sobresaltado por la sorpresa, se me quedó enganchado el pie en una de las ruedas de la silla y me tropecé. Se me cayeron las gafas a la moqueta y, como si fuera un personaje de alguna farsa de Molière, caí de lleno en el regazo de Sadie.

—¡Pero, bueno, menuda forma de volver a presentarse, doctor Fisher! —dijo alegremente la mujer que estaba de pie en nuestra puerta.

Luego nos señaló agitando el dedo.

—Ya sé que estáis casados, pero nada de ñiqui-ñiqui en el despacho.

Estaba bromeando, claro, pero se me debió de poner la cara como una remolacha mientras me incorporaba.

—Profesora Vargas —dijo Sadie con el rubor subiéndole por el pecho mientras me daba las gafas, que afortunadamente no se habían roto—. Me alegro de verla.

—Disculpe —dije—. Nos ha asustado. Creíamos que no había nadie.

La profesora Sofía Vargas era una mujer pequeña, de menos de metro y medio, pero tenía una voz muy potente. «¿Te acuerdas de

que Tolkien daba clases en Oxford y basó el personaje de Bárbol en C. S. Lewis, después de escuchar su voz resonar por los pasillos? —me había dicho Sadie después de la llamada con Recursos Humanos —. Vargas es del mismo palo».

—Ah, es que hoy estoy yo sola —dijo la profesora Vargas—. Últimamente, en Lyons, trabajamos mucho desde casa. El pasillo parece sacado de un apocalipsis zombi, ¿verdad?

Los dos nos reímos, nerviosos.

Al menos eso solucionaría nuestros problemas de espacio. Trabajando desde casa, seguramente también estaremos sentados uno encima del otro, pero no tanto.

—¡Pero ahora que ya habéis llegado, no estoy sola! —dijo la profesora Vargas, destrozando inmediatamente mis delirios—. Vamos a aprovechar que por fin tenemos personal fijo cuyas capacidades de enseñar no están completamente compradas por las becas de investigación. ¡Este semestre vais a tener un montón de clases!

Luego hizo una pausa y echó un vistazo por nuestro diminuto despacho por primera vez.

—Menos mal que sois una pareja casada. En un espacio tan pequeño, lo mejor es que te guste la persona con la que lo compartes, ¿no?

Los dos volvimos a reírnos, nerviosos.

—Sí, menos mal —repetí poco convincente.

—Acompañadme abajo, a mi despacho. Os comentaré cuáles son vuestras clases en un sitio algo más grande, ¿os parece?

El de Vargas se parecía mucho más al despacho de mis sueños. A lo mejor tenía menos estanterías llenas a rebosar, pero las ventanas contaban con unas vidrieras por los bordes, y la esquina con la

mesita de café y el sofá era mucho más cómoda de lo que se atrevía a soñar el diseñador de interiores que llevaba dentro.

—Esto os debe parecer increíblemente injusto, después de ver el armario en el que os hemos metido —dijo compungida mientras nos indicaba que nos sentáramos—, pero ser la directora del Departamento de Humanidades de la universidad tiene sus privilegios. —Nos puso una amplia sonrisa—. Con suerte, pronto me jubilaré y os podremos dar algún que otro metro cuadrado más, ¿no?

No sabíamos qué otra cosa responder, así que volvimos a reírnos nerviosos una vez más.

—Muy bien. —Vargas inició sesión en su ordenador y luego lo giró hacia nosotros—. Sé que vuestro contrato es de 40-4020, y mi intención era cumplir con ello.

Cuando te encontrabas en la precariedad, un contrato 40-4020 parecía tan mágico y tan fuera de tu alcance como un bote de oro al final de un arcoíris. Significaba que te pagaban el cuarenta por ciento de las horas de investigación, las clases eran el otro cuarenta por ciento, y los servicios como delegaciones o trabajos de administración suponían el veinte por ciento restante.

—Pero, como ya os he dicho —continuó Vargas—, el Departamento de Estudios Literarios tiene un pequeño embrollo de personal ahora mismo. Su nuevo director, Lachlan Petrovski, a quien conoceréis mañana, y yo hemos tenido que ponernos un poco creativos para organizar vuestro trabajo.

Sadie me miró. Reconocí la incomodidad en sus ojos. Era evidente que ella tampoco se había olvidado del nombre del viejo amigo de mi padre.

Pero entonces me fijé en lo que decía realmente la hoja de cálculo en el ordenador de Vargas, y todos los pensamientos de Petrovski desaparecieron de mi cabeza.

Un contrato 40-40-20 significaba, en teoría, que trabajabas mucho más que un académico normal; al fin y al cabo, era jornada completa, no un trabajo por horas. Sin embargo, siempre me había parecido que sería mucho menos trabajo, porque te pagaban por las horas de investigación, en lugar de hacerlas gratis con la esperanza de que un día te consiguiera uno de estos míticos contratos.

Probablemente, eso seguía siendo cierto, pero, me cago en Dios, la cantidad de clases que nos habían puesto para el semestre daba ganas de llorar.

Eran todo clases. Y todas juntos.

Lo que habían hecho, nos explicó Vargas, era manipular nuestro respectivo cuarenta por ciento de clases para darnos la mayor cantidad de asignaturas posibles. Sadie y yo daríamos dos unidades cada uno: ella una unidad de primero sobre literatura contemporánea y una de segundo sobre romanticismo; yo, una de literatura clásica de primero y una de literatura medieval en segundo; pero todas las clases y evaluaciones de grupos reducidos las harían los profesores interinos. Nosotros nos ocuparíamos de grupos grandes, impartiendo cuatro unidades juntos («Sabemos que ya habéis enseñado juntos en el pasado y os fue muy bien, ¡así que aprovechémoslo!»).

Los semestres en Lyons eran de trece semanas. Las clases eran de una hora a la semana.

Eso significaba que, entre los dos, Sadie y yo tendríamos que organizar cincuenta y dos clases.

Para una buena clase de una hora, el número de palabras estaba entre cinco y seis mil. Intenté hacer las cuentas del número total de palabras que se esperaba que sumáramos; por lo visto, según la calculadora de la carga de trabajo del Excel, con solo una hora de preparación por clase, y mi cerebro empezó a hacer ruidos estáticos como una televisión vieja.[35]

—Sé que es mucho —dijo Vargas con una sonrisa compungida—, pero es una buena inversión a largo plazo. Una vez que tengáis las clases escritas, podréis usarlas durante años.

—Oh. —Eso fue lo único que dijo mi rebelde esposa, que nunca en su vida se había retirado de una discusión, y que yo sabía, por estar presente en docenas de reuniones del sindicato con ella, que tenía opiniones muy firmes en contra de la explotación laboral.

—Imagino que quienes enseñaban anteriormente esas unidades no tendrán algunas notas que pudiéramos utilizar de apoyo, ¿verdad? —pregunté con cautela.

—Me temo que no. Antes esas clases las daban profesores interinos y hemos implementado una política sobre la reutilización de su trabajo.

En realidad, era una política bastante buena y sensata. Las universidades tenían la fea costumbre de pagar a los interinos por hacer un trabajo una vez, y luego o bien grabar las clases o bien coger sus materiales y reutilizarlos tantas veces como hiciera falta sin volverles a pagar. Sadie y yo defendíamos la implementación de una política de reutilización similar cuando estábamos en la precariedad.

Aunque ahora mismo no nos ayudaba especialmente. Tuve que aguantarme las ganas de cogerle la mano a Sadie.

—¡Pero no os preocupéis! ¡Aquí también hay cosas divertidas!

Ah, ¿que más había?

Vargas deslizó hacia abajo la hoja de cálculo en la pantalla.

—Hemos tenido que echarle imaginación a la contabilidad y poner algunas de estas cosas como servicios, pero hemos conseguido daros algunas horas de desarrollo, para que podáis hacer aunque sea un poco del trabajo para el que se os ha contratado en realidad. Queremos añadir algunas unidades nuevas para el próximo semestre: una de ficción popular y otra de Shakespeare. Y adivinad quién las va a crear.

Sonrió. Sadie parecía tener náuseas. Y yo también.

—La verdad es que el hecho de que seáis pareja nos ha venido de maravilla, qué queréis que os diga. —Vargas se reclinó en su silla con satisfacción—. Hemos conseguido endosarle a otro profesor la nueva unidad sobre la era moderna, pero quién sabe quién habría escrito la unidad de Shakespeare si no hubierais sido un paquete.[36]

Nos señaló a Sadie y a mí. Los dos forzamos otra risa nerviosa.

Recorrimos el pasillo hacia nuestro armario en silencio y la profesora Vargas pasó por nuestro lado al salir («¡Se acabó por hoy!»), y nos prometió que nos veríamos en la reunión del Departamento de Humanidades al día siguiente. («¡Deberíais tener la invitación en el correo electrónico!»).

Abrí la puerta de nuestro despacho. Sadie y yo nos quedamos otra vez de pie en el quicio, observando el espacio diminuto, la celda en la que tendríamos que pasar tanto tiempo, mucho más íntima y permanente que la cama que compartíamos temporalmente.

—¿Vamos a por algo de comer? —dijo Sadie.

Estaba bastante seguro de que, si intentaba comer algo, vomitaría, pero acepté.

Encontramos una mesa en una esquina de una cafetería en el edificio de al lado. Como el semestre todavía no había empezado, estaba tranquila y nos sentamos con un aspecto miserable, en un silencio conmocionado durante varios minutos, con un wrap de pollo mediocre entre los dedos.

—Mierda —dijo por fin Sadie.

—Mierda —acordé pesadamente.

—¿Qué cojones? ¿Cómo coño…? Es que… mierda.

Soltó el wrap en el recipiente de cartón y se apretó los dedos entre las cejas.

—Y yo que pensaba que esta semana no podía ir peor.

—¡Oye! —exclamé, intentando asimilar el golpe; aunque yo estaba igual de acojonado que ella, tenía trabajo que hacer como saco de boxeo—. Esta semana has conseguido toda una joya, Sadie, ¿cómo te atreves?

Le hice una peineta, como me había hecho ella a mí en el aeropuerto. Mi mujer soltó algo parecido a entre un resoplido y una carcajada; me estaba felicitando por ser un marido increíble cuando ella suspiró.

—Voy a decir algo que pensaba que jamás diría —dijo—: Jonah, eres, de lejos, lo mejor que me ha pasado esta semana.

Oh.

Hala.

«Ha tenido una semana de mierda —me dije, intentando reprimir el calor creciente en mis mejillas—. Tampoco era muy difícil».

Sadie volvió a coger el wrap y le pegó un mordisco.

—Imagínate la cantidad de trabajo que me habrían intentado colar si no hubiera insistido en lo del contrato conyugal —dijo. No sé cómo, pero incluso con la boca llena de pollo y aguacate seguía siendo la mujer más guapa del mundo—. Me habría ahogado.

—Eso sí que habría sido todo un logro —dije—. La primera persona del mundo que se ahoga en un armario.

Esta vez sí que se río, pero luego volvió a suspirar.

—Todavía puede pasar. Joder, Jonah.

—Joder —concordé.

—¡Y encima nos han puesto a hacerlo todo juntos! —Le dio otro bocado al wrap y se le cayeron unas cuantas migas de la boca—. ¿A qué coño viene eso? Sé que estamos… —Me enseñó el dedo otra vez —. Pero venga ya. ¡Todo el mundo sabe que una colaboración da más trabajo que hacerlo solo!

—A lo mejor es una estrategia. —Le di un bocado a mi wrap—. Esperan que nos saquemos de quicio y nos separemos para poder despedirme.

Ella se quedó pensativa un momento.

—Eso explicaría lo del armario.

Ahora me tocó a mí reírme.

Cuando terminamos de comer, pedimos unos cafés y nos los llevamos al despacho para empezar a trazar nuestro plan de ataque. Giré la silla para ponerla de cara a la plancha-escritorio de Sadie para trabajar juntos: yo escribía mientras los dos trabajábamos con mi portátil en un documento en el nuevo drive compartido que acabamos de instalar, pero, después de que nuestras sillas se enredaran por quinta vez, decidimos que era mejor dejarlo y, como el resto de nuestro compañeros, seguir desde casa.

De vuelta en el apartamento provisional, nos pusimos primero en la mesa de la cocina, probamos los sillones incómodos y terminamos pasando la tarde trabajando juntos en la cama.

—Se acabó lo de dejar de discutir —dijo Sadie, decepcionada, y un mechón de pelo suelto se enganchó en la manga de mi camisa mientras ella se inclinaba para mirar la pantalla de mi ordenador—. Es lo único que vamos a hacer.

Nuestra única forma de dar clases juntos era fingir estar en desacuerdo. El documento de la planificación era una tabla de semanas, textos y posibles discusiones que pudiéramos tener sobre ellos; discusiones que, a lo largo de la tarde, habían provocado varias discusiones más;[37] intercambiábamos clases como habíamos hecho los últimos años en Bass.

—Pero solo en el trabajo —dijo la parte de mí que se había quedado atascada en la frase «Jonah, eres, de lejos, lo mejor que me ha pasado esta semana»—. En casa podemos ser un equipo.

—Gracias, Fisher.

Me miró. Yo la miré. Durante un instante, me sentí exactamente igual que en la graduación del doctorado, cuando vi que se le había enredado en el pelo la borla del gorro. ¿Qué pasaría si, con cuidado, con mucho cuidado, le colocara ese mechón suelto detrás de la oreja?

Luego me rugió el estómago, estalló la burbuja y los dos nos reímos.

—¿Cenamos? —le pregunté.

Sadie asintió, cogió el teléfono y abrió una aplicación de comida a domicilio.

—A ver qué hay abierto por aquí a las… mierda, once y media. No me había dado cuenta de que era tan tarde.

—Dos horas y media extra, y solo es el primer día. Qué buena forma de empezar.

Pasó despacio y colocó el pie en la escalera que salía del pozo de angustia, como si fuera una secuencia en *slow motion* de una de las películas de acción que me había obligado a ver mi ex, la que estudiaba Comunicación Audiovisual.

—Ojalá pudiera hablar con Chess de esto —suspiró la sombra grisácea de Sadie—. Ella sabría cómo solucionarlo.

Me arriesgué.

—¿Por qué no la llamas?

Ella me miró como si me hubiera salido otra cabeza.

—Lo digo en serio. Sé que habéis discutido, pero una de las dos tendrá que llamar en algún momento, ¿no?

Sadie se mordió el labio, llevándose los últimos vestigios del pintalabios.

—Vale.

Lo hizo. «Llamando: chess» apareció en la pantalla de su teléfono.

Chess no lo cogió.

Y Sadie se quedó hecha polvo.

De pronto, me inundó una abrumadora ola de ira. ¿Cómo se atrevía a hacer sentir así a Sadie? ¿No era su mantra decir que haría cualquier cosa por ella? ¿No era esta la relación que me había dado tanta envidia, con la que comparaba constantemente la mía con Fiona y Elias?

Anoche estuve muy seguro cuando le dije a Sadie que, por supuesto, que debía arreglar las cosas con Chess. Sí, su hermana no

había venido a nuestra boda, pero apareció en el aeropuerto para amenazarme a gritos. Nadie hacía eso si no le importaba. Estaría un tiempo enfadada, pero se le pasaría. Quería demasiado a Sadie como para no hacerlo.

Pero, en realidad, no conocía de nada a esa mujer, y quizá su vínculo con Sadie no era tan fuerte y perfecto como siempre me había parecido, a mí, que me había pasado tantos años siendo un mal hermano. Y, a lo mejor, una parte de Sadie, en el fondo, ya lo sabía: al fin y al cabo, tenía tanto miedo de algo que no le había dicho nada de la boda a su hermana hasta que, prácticamente, habíamos estado delante del altar.

«¿Cómo de incondicional es tu amor?», debería haberle gritado a Chess a la cara cuando me retorció el cuello de la camisa en el aeropuerto.

A lo mejor entonces habría sido ella la que se hubiera tambaleado hacia atrás. A lo mejor habría sido ella la que le rogara a Sadie que la perdonara, en lugar de al revés. A lo mejor no habría tenido que pasar tanto tiempo provocando discusiones para que Sadie tuviera otra cosa en la que pensar, y es que, de pronto, me había convertido en un defensor devoto de la filosofía de «esposa contenta, vida feliz»: «esposa que no llora enérgicamente, Jonah que no cree morir trágicamente».

A lo mejor entonces podría acariciarle la larga línea de pelo naranja. Y a lo mejor entonces podría arrastrar a Sadie hacia mí, acunarle la cabeza en el hueco de mi cuello y podría decirle… podría decirle…

Paré.

Cogí de nuevo el teléfono y abrí la aplicación de comida para llevar.

—¿Te apetece pasta? —dije.

Luego le quité a Sadie el teléfono de sus débiles dedos y le di el mío.

—Pasta es la peor comida para llevar, Fisher. —Volvió a su voz una pequeña parte de ese familiar tono ácido—. Lo sabes perfectamente.

Sí que lo sabía.

Y sabía, observándola mientras deslizaba la pantalla («Si quieres algo de tallarines, vamos a pedir tailandés»), que no podía seguir ignorando lo que sentía por ella, lo que llevaba sintiendo por esa mujer desde nuestro primer debate en clase, hacía quince años, y relegarlo a una nota al pie, algo que rozar, como mucho. No podía pasarlo por alto.

Daba igual cuánto me esforzara en racionalizarlo, esto no era un encaprichamiento adolescente que nunca había conseguido olvidar. No era mera atracción física, nada que pudiera resumirse en «es tu polla, Jonah, no lo romantices»; tampoco era una simple fascinación intelectual que pudiera explicarse porque Sadie era la mejor compañera de discusiones que había tenido. Ahora que me había casado con ella, no podía disimularlo más ni discutir conmigo mismo algo que siempre había sabido perfectamente que era la verdad.

Estaba enamorado de mi mujer.

Quería a Sadie Shaw más de lo que las palabras podían expresar, la quería más que a cualquier cosa que pudiera ver, que el espacio o la libertad.[38]



Capítulo 13

Sadie

Jonah empezaba discusiones conmigo a propósito.

Se creía que estaba siendo muy sutil.

—No me puedo creer que estés tomando té sin teína antes de ir a dormir —dijo mientras abría su lado de la cama—. No vas a dormir nada, no sé si te has dado cuenta, pero mañana tenemos un montón de trabajo.

—No todos somos unos blandengues que, pasadas las diez, solo toleran la mierda de infusión de jengibre esa que tú bebes —le respondí, y empezó la discusión, como si ambos no supiéramos perfectamente cuántos litros de té era capaz de beber, y como si no supiéramos perfectamente exactamente lo que iba a decir el otro.

Se había pasado todo el día haciéndolo, encontrando lo más mínimo con lo que objetar, pero fueron las cosas en las que no insistía lo que le delataron.

—Buenas noches, Shaw. —Fue lo único que me dijo cuando construí un muro de cojines entre nosotros en la cama.

—Buenas noches, Fisher —respondí; apagué la luz y me tumbé en el otro lado de la barricada que me separaba de la versión de Jonah más cárdigan que jamás había visto la luz.

El Jonah de *tweed* no tenía miedo de hincar los dientes en mis debilidades. De hecho, se deleitaba con ello. Lo había hecho la noche anterior, destruyendo por completo mi argumento sobre que había jodido para siempre las cosas con Chess.

Aquel día, sin embargo, había estado empezando peleas para demostrarme que todo era normal. Que los anillos que llevábamos no tenían por qué cambiar nada y, oh, ¿el hecho de que me acurrucara contra él en mitad de la noche y me pegara tanto a su cuerpo que debía de sentir que estaba intentando meterme dentro de su piel? «Ya lo he olvidado, Shaw, y es ridículo que algo tan insignificante te dé tanta vergüenza».

Podía intentarlo todo lo que quisiera, pero yo era más lista. El Jonah de cárdigan disfrazado del Jonah de *tweed* seguía siendo el Jonah de cárdigan.

Me di la vuelta en la cama y exhalé. «¿Es posible que te guste que te cuiden y ofenderte por ello al mismo tiempo?». Esa era una pregunta que debería apuntarme para hablar de ella con mi terapeuta.

Aunque sabía perfectamente lo que me diría: «Claro que es posible, Sadie. ¿Por qué te crees que le dijiste a Chess lo que le dijiste?».

Volví a mirar mi teléfono, pero ya sabía que no iba a encontrar nada.

«El primer día ha sido intenso —le escribí—. Sé que necesitas espacio, pero me encantaría contártelo cuando te sientas preparada.

Te quiero mucho, besos».

Al otro lado de la barricada, Jonah empezó a roncar; no muy fuerte, al contrario, de forma agradable, un rugido tranquilizador. Coloqué el teléfono en la mesita de noche y dejé que me arrullara hasta dormirme.

El Jonah de *tweed* falso volvió al día siguiente, y durante el desayuno no paró de enseñarme casas para alquilar que sabía que no me iban a gustar, y se puso deliberadamente cabezón sobre el edificio del campus al que teníamos que ir para la reunión, y no mencionó que me había despertado despatarrada por encima de la barricada de cojines con las manos sobre su culo.

Yo le dejé hacer, mordiendo el anzuelo que él iba soltando. Era una buena distracción de la aterradora carga de trabajo, de que Chess no me hubiera respondido y de que no podía evitar darme cuenta de que tenía un culo magnífico, algo que no me incumbía en absoluto.

Sin embargo, empezó a cansarme después de que, al no ser capaces de soportar seguir en el armario, nos pasáramos dos horas sentados en una cafetería del campus trabajando en el plan pedagógico de las cuatro (¡cuatro!) unidades que impartiríamos juntos. Algunos de sus argumentos sobre cómo afrontar la unidad del romanticismo eran válidos (tenía razón, por ejemplo, en que estar una semana con el escándalo de los abusos del actor del siglo xix Edmun Kean sería una buena idea, aunque fuera más conocido por representar Shakespeare), pero otros no tenían el más mínimo sentido.

—No hace falta que hablemos más de Wordsworth —le solté mientras recogíamos para ir a la reunión del departamento—. Ya

tenemos el prólogo de *Baladas líricas*, además de *Amonestación y réplica* y *Las mesas invertidas*. Es más que suficiente.

—Uno, no lo es, ¿cómo vas a enseñar a Wordsworth sin enseñar *Tintern Abbey*? —Jonah me sujetó la puerta de la cafetería—. Dos, ¿por qué insististe en meter sus dos poemas más coñazo?

—¡Porque él es un coñazo! Y porque expresan perfectamente la tontería esa de «los libros son una mierda, mejor aprende de la naturaleza, gilipollas» en la que se basa todo su trabajo.

—No es…

—No empieces, Fisher. Han pasado quince años. No estoy preparada para volver a discutir contigo «Para Joanna».

Eso debería de haber sido una señal para que dejara el tema, pero no lo hizo.

—Me parece increíble que te resistas a la oportunidad de meter el origen de nuestra historia en la programación.

«Para Joanna» fue el tema de nuestra primera pelea, cuando estábamos en el primer año de carrera. Jonah argumentó que era un poema profundamente romántico sobre un hombre que intentaba inmortalizar a su amada mortal tallando su nombre en una roca, un tributo más duradero que cualquiera que se pudiera capturar con una imprenta. Yo le rebatí diciéndole que era una reflexión *machirula* de un hombre incapaz de gestionar el hecho de que una mujer se hubiera reído de él cuando se la llevó a dar un paseo y básicamente tuvo un orgasmo al ver unos árboles.

Ninguno de los dos cedió. Los siguientes años de estudio me volvieron ligeramente más empática con la lectura del poema de Jonah (N. B.: «ligeramente»), pero en aquella época él había estado un poco como Wordsworth, algo que había acabado con el

pensamiento inicial que tuve la primera vez que le puse un ojo encima.

«Qué mono».

Aceleré el paso. De pronto, empecé a pensar otra vez en su culo, con el vello de mis brazos de punta, y quería llegar a la reunión antes de que el rubor que empezaba a subirme por el cuerpo alcanzara alguna zona visible.

Me escapé al baño en cuanto encontramos uno de camino a la sala de juntas, donde se celebraba la reunión presemestre de la Facultad de Humanidades, me eché agua en la cara y me miré en el espejo.

—Compórtate, Shaw —le susurré a mi reflejo.

Alguien tiró de la cadena de un váter. Me ajusté las horquillas y sonreí con educación y con lo que esperaba que fuera profesionalidad a la pequeña mujer de pelo negro que salió del cubículo.

—Hola —dijo, y me devolvió la sonrisa en el espejo mientras se lavaba las manos.

Luego parpadeó.

—¿Sadie Shaw?

Mierda. ¿Debería reconocerla?

—Sí. Eh, hola…

—No me conoces, tranquila. Te he reconocido por la foto que enviaron cuando anunciaron que te contrataron. He leído alguno de tus artículos.

Se secó las manos con papel y me extendió una.

—Julia Scott-O'Connell. Del Departamento de Historia.

—Sadie, de Estudios Literarios, pero, evidentemente, eso ya lo sabes. —Le di un apretón de manos—. Gracias por leerme. No sabía que mi trabajo pudiera atraer a una historiadora.

—Trabajo mucho con historias de amor, historias de sexo, cosas así; así que me interesa mucho tu trabajo romántico. —Julia hizo una pausa para retocarse el pintalabios en el espejo, un tono burdeos oscuro—. Me hizo mucha ilusión cuando me enteré de que te habían contratado. Soy una de las codirectoras de la red de investigación interdisciplinar de los estudios de amor que tenemos aquí. Deberías apuntarte.

—Me encantaría —dije con una ligera sorpresa—. Gracias.

Julia volvió a sonreírme. Era una de esas personas con una calidez innata en la sonrisa, y ese brillo en los ojos que se traducía en carisma.

—De nada. ¿Vamos? Si te sientas conmigo, te echaré un cable.

Y, sin saber cómo, yo, la reina regente del amor líquido, de los vínculos sueltos, parecía haber hecho una amiga.

La reunión de la facultad era en la sala de juntas y las sillas estaban colocadas en filas frente a un atril.

—Conoces a Sofia, ¿verdad? —Julia señaló con la cabeza a la profesora Vargas, que estaba hablando con dos hombres trajeados —. La directora de la facultad.

—Sí —respondí mientras nos sentábamos casi al fondo del todo—. Fue la que me contrató. Y luego me asignó una aterradora cantidad de clases.

—No me sorprende. —Julia dejó su bolso en el suelo, sacó una caja de caramelos y me ofreció uno—. En los últimos dos años se han puesto bastante creativos con la contabilidad. Los trajeados con

los que habla son gerentes intermedios del equipo ejecutivo de la facultad. Les importa una mierda la experiencia de los trabajadores académicos y la de los estudiantes. Lo único que les importa es recortar el máximo posible el presupuesto.

—Me suena. —Eso era precisamente lo que me habría obligado a dejar el mundo académico de forma permanente si no hubiera conseguido este trabajo.

—Pero Sofia es buena gente. Todos la subestiman, pero tiene una voluntad de acero y se ha mantenido firme en muchos frentes. Que haya conseguido un par de empleados fijos nuevos —Julia me dio un codazo— lo demuestra. Aunque tampoco puede hacer mucho cuando las órdenes vienen de arriba. Si empiezan a hablar de la «Nuevarsidad» —hizo unas comillas con los dedos con una mueca en la cara— o «fase tres» en esta reunión, quiere decir que se avecinan problemas.

—¿Qué es «fase tres»?

—Los trajeados tienen un plan de tres fases, el plan de la Nuevarsidad, para reducir gastos, pero, teniendo en cuenta que las fases uno y dos fueron rondas de despidos, no creo que sea un plan demasiado complicado.

Uf. Tomé nota mental de contarle a Jonah que teníamos que hacer el traslado de la afiliación del sindicato a la sucursal de Lyons cuanto antes.

Mis ojos lo buscaron. Estaba de pie hablando con un hombre que vestía camisa de manga corta y pajarita y que reconocía del comité de contratación. Me pilló mirándolo y me saludó un poco avergonzado, ¿y a lo mejor algo compungido?

Julia siguió mi mirada.

—¿Es tu amigo?

—Podría decirse, sí —dije—. Es mi marido.

Era la primera vez que decía esas palabras desde la boda. «Mi marido».

Se me vino a la cabeza una frase de los libros de *Ana*. No recuerdo las palabras exactas, pero era justo después de que Ana y Gilbert se casaran por fin. Gilbert presentó a Ana a alguien como «mi mujer» por primera vez, y casi estalla de orgullo al decirlo.

No era exactamente la misma respuesta emocional que yo estaba teniendo, pero…

Bueno, no me avergonzaba poder señalar a Jonah Fisher en una habitación y decir: «¿Ves a ese chico? Estoy casada con él».

Jonah volvió a su conversación y, oh, no, el corte de la chaqueta le quedaba muy bien, y «¿desde cuándo tiene ese culazo?».

Afortunadamente, Julia me distrajo antes de que me hundiera demasiado en mis pensamientos.

—¿Has conseguido un contrato conyugal? ¿Aquí? ¿Con la situación como está? ¿Has tenido que prometer entregar a tu primogénito como sacrificio en el sagrado altar del presupuesto de la facultad?

Me reí, negándome por completo a pensar que la gente fuera a dar por hecho que Jonah y yo querríamos tener un «primogénito».

—Teniendo en cuenta la cantidad de trabajo que nos han endosado, deberían haber contratado a unas, no sé, doce personas.

—Me sigue pareciendo sorprendente —dijo Julia—. Enhorabuena por solucionar el problema de los dos cuerpos. Es algo increíblemente complicado. Literalmente, lo primero que yo sufrí cuando me contrataron aquí fue un divorcio.

Sin que me diera tiempo a preguntar más, Vargas se subió al atril.

—¡Hola a todos! —dijo con un tono alegre, a pesar de los gestores que estaban amenazantes detrás de ella—. Vamos a empezar con el espectáculo, ¿no?

Julia me fue explicando a lo largo de las tres horas que duró la reunión, inclinándose hacia mí y susurrándome, quiénes eran cada una de las personas que hablaban. La directora asociada del centro de investigación era, por lo visto, alguien a quien interesaba conocer («no paran de decirnos que no hay fondos internos para investigación, pero a ella se le da bien encontrarlos»). La directora asociada de la experiencia de los alumnos tenía buenas intenciones, pero era muy ineficaz («quizá la gente le prestaría más atención si fueran a clase»). El decano de la Facultad de Artes, que apareció durante veinte minutos para arremeter contra todo el mundo por los pobres resultados de una reciente encuesta de satisfacción de personal, era una serpiente («prepárate para unos correos graciosísimos sobre lo maravilloso que es por apoyar a "nuestra gente" y "nuestro bienestar"; a mí me gusta jugar a un juego de chupitos cada vez que leo uno»).

Jonah, que estaba sentado un par de filas delante de mí junto a otro hombre con chaqueta de *tweed*, sacó el teléfono durante este discurso en concreto. «Sé que tenemos un montón de trabajo —me escribió—. Pero vamos a pasar la transferencia de la afiliación del sindicato a lo primero de la lista».

Algo que siempre me había gustado de Jonah, incluso durante los años en los que más peleábamos, era que, pese a sus niveles cósmicos de privilegio, siembre había sido acérrimo al sindicato. «Las grandes mentes, bla, bla, bla», le respondí.

«No sabía que tenías tanto aprecio por mi mente, Shaw».

Le respondí con el emoji de los ojos en blanco.

El último tema a tratar en la reunión era una actualización de todos los directores de departamento: dos de ellos, por lo visto, con los que Jonah se había sentado inconscientemente. Tendría que reírme de él más tarde por sentirse atraído por otros dos *bros* de *tweed* como si fueran un banco de salmones.

—Ese de ahí es Tom Carmichael, el jefe de mi departamento —me susurró Julia mientras uno de ellos se levantaba—. Es un cabronazo. Hagas lo que hagas, no te quedes a solas con él en una habitación.

Joder. Tendría que tener otro tipo de conversación con Jonah.

La última persona en subir al atril fue el otro *bro* de *tweed* de Jonah.

—Es un honor daros mi primer discurso como director del Departamento de Estudios Literarios —dijo, y dio una palmada y se frotó las manos—. No será el último, desde luego.

—Lachlan Patrovski —dijo Julia en voz baja—. Solo lleva aquí seis meses, pero ya ha destronado a vuestro antiguo jefe de departamento. Una raza diferente de la misma mierda que Carmichael: más misógino y hambriento de poder que depredador, pero también un cabronazo, al fin y al cabo.

Me pasé la lengua por los dientes con inquietud. De toda la gente que había en la sala, Jonah había gravitado inmediatamente hacia el cabrón con poder amigo de su padre.

—Vamos a terminar la reunión con alegría, ¿no? —dijo Petrovski—. Me congratula anunciaros que hemos contratado, no a uno, sino a dos expertos en Estudios Literarios esta semana. Jonah, Sadie, subid aquí, por favor.

Llevaba tanto rato sentada que me dolieron las rodillas al levantarme. Jonah me puso una medio sonrisa incómoda mientras íbamos al frente. Yo no se la devolví.

—La mayoría de vosotros ya conoceréis a Sadie Shaw por el correo electrónico que se envió hace unas semanas —dijo Petrovski —. Pero es un honor para mí anunciar que, con un poco de esfuerzo y tras rogar a los dioses de los presupuestos, también hemos conseguido contratar a su marido.

Le dio una palmada a Jonah en el hombro.

—No sabéis lo feliz que me hace tener al doctor Jonah Fisher en nuestro departamento. Es, sin duda, uno de los grandes expertos en Shakespeare del mundo académico: los más veteranos del lugar conocerán a su padre, el profesor Christian Fisher, un gigante entre los académicos de los estudios literarios de este país.

No me jodas.

Busqué a Julia entre el público, estaba segura de que opinaría que todo esto era una mierda, pero estaba mirando fijamente a Jonah, ojiplática, boquiabierta y ligeramente aturdida.

Eso no hizo que sintiera una mezcla de celos y desazón, y no me recordé lo que le dije a Jonah cuando le comenté la idea de casarnos: «Podríamos ser los Sartre y Beauvoir de los Estudios Literarios».



Jonah y yo no tuvimos opción de hablar después de la reunión. Cuando terminó, nadie parecía tener ganas de volver al trabajo; todo el mundo se quedó alrededor de las mesas de té, café y sándwiches

blandurrios. Un montón de gente vino a presentarse a nosotros, un mar de nombres y caras que no iba a recordar, y que tiraban de nosotros en diferentes direcciones.

Tampoco conseguí hablar con Julia.

—Tengo que irme —me dijo en cuanto terminó la reunión—, pero te enviaré un correo con los datos de la red de investigación de estudios de amor, ¿vale?

Se fue antes de que me diera tiempo a decirle que se lo enviara también a Jonah; teniendo en cuenta que su trabajo se centraba en las relaciones, seguramente le interesara, aunque probablemente no fuera algo grave.

Eran casi las cinco cuando Jonah y yo conseguimos liberarnos de una larga conversación con Petrovski, una conversación de la que yo solo había formado parte técnicamente, ya que todo lo que decía iba dirigido a Jonah.

—Tenemos la visita de una casa a las cinco —dijo Jonah cuando por fin estuvimos solos—. ¿Nos vamos?

Asentí.

Se colgó la bolsa al hombro. Yo cogí mi bolso. Cuando empezamos a andar, inicié una cuenta atrás mental. Se acercaba la próxima discusión estúpida en cinco, cuatro, tres, dos…

Pero no dijo nada.

Jonah Fisher no era, según mi experiencia, alguien que pensara demasiado las cosas. Era una de las pocas formas en las que se desviaba del lado oscuro de la estética académica a la que tan ligado estaba. Podía estar tranquilo, sí; era incapaz de contar la cantidad de veces que lo había visto en una esquina del sofá en la casa que

habíamos compartido leyendo, ajeno a todo lo que le rodeaba, pero nunca le daba demasiadas vueltas a nada.

Aunque a lo mejor no lo conocía tan bien, porque era evidente que el hombre que estaba viendo esas casas conmigo le estaba dando muchísimas vueltas a algo más importante.

Pronunció aproximadamente cuatro sílabas durante las dos primeras visitas. Dos de ellas fueron un par de contundentes: «No». A mí tampoco me gustaban las casas, así que no discutí con él; sin embargo, cuando llegamos a la tercera y última visita de la tarde, intenté usar su táctica contra él.

—Esta tiene potencial —le dije, de pie delante de la horrible cocina de una casa horrorosa que estaba prácticamente en ruinas.

—Querías un espacio verde para poner un huerto. Aquí no hay.

—Podría apañar algo. A lo mejor hay un huerto comunitario cerca.

Él suspiró.

—Si la quieres, pues nada. Vamos a rellenar la solicitud.

Como ya había decidido que preferiría vivir en nuestro despacho del tamaño de una celda, tuve que darme prisa en dar marcha atrás.

—Vale, pues nada —solté en mi segundo intento de iniciar una discusión: sugerir que pidiéramos un Uber a casa de Fiona en Bellerive, que estaba a cinco minutos andando, solo provocó que Jonah sacara su teléfono—. ¿Te han metido un palo por el culo, Fisher?

Él simplemente me miró.

—Te has pasado el último día y medio haciéndome rabiar con las cosas más absurdas, y ahora pareces un puñetero fideo lacio. —¿Por qué he tenido que mencionar su culo? Su culo es lo último en lo que tengo que pensar ahora mismo—. Venga, di. ¿Por qué estás mustio?

Le cambió la cara y se transformó en la clásica expresión del Jonah de *tweed*: «Qué idiota eres, Sadie Shaw, no me puedo creer que no veas el error gigante en las discusiones que intentas iniciar».

—¿Tú qué crees? Tú también has estado en la reunión.

—¿En la que se han comportado en plan: «Sí, hemos contratado a esta mujer, pero hablemos de lo realmente importante: ¡hemos contratado a este hombre!»? Sí, efectivamente, he estado allí y he visto cómo te has sentado codo con codo con todos los machos alfa fuertes de la sala.

—¡Se sentaron ellos a mi lado! ¡Por mi padre, joder!

Se pasó una mano por el pelo y tiró de las puntas.

—Durante toda mi vida, los demás me han visto siempre como un accesorio de otro puto académico mejor que yo. El padre de Christian Fisher. El hermano de Elias Fisher. El marido de Sadie Shaw.

Puse los ojos en blanco.

—¡Y no puedo evitarlo! —Se volvió a tirar del pelo—. Da igual lo que haga, ¡no puedo huir de eso! Nunca soy simplemente Jonah Fisher, académico. Estoy atascado de forma permanente en la órbita de los demás.

—Madura.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Madura. Toda esta verborrea es uno de los discursos de pobre niño rico más absurdos que me has dado en tu vida. —Puse un tono burlón—. Oh, no, los amigos de mi papá me van a favorecer haga lo que haga.

—¡No sabes cómo es eso, Sadie!

—¡Efectivamente, no lo sé! ¡Porque a mí nunca me han tratado así en la vida! ¡Ni siquiera hoy!

—¿Acaso te has perdido la parte en la que han dicho: «Aquí está Sadie Shaw y aquí el hombre al que solo hemos contratado porque está casado con ella»?

—¿Y tú te has perdido la parte en la que Petrovski estaba tan emocionado de decir que te habías unido al departamento que casi estalla?

—¡Por mi padre!

—Oh, vaya, pobrecito. Tiene que ser superduro para ti que te pongan en bandeja de plata tantas ventajas. ¿Cómo puedes soportarlo?

—¿Y cómo soportas tú saber que de verdad te has ganado todos tus logros? ¿Te haces una idea de lo que es cuestionarte continuamente tus capacidades?

—¡Que ni se te ocurra hacerme sentir mal por tus privilegios!

—¡Sé que me salen los privilegios por las orejas! ¿Crees que eso hace que sea más fácil tener una carrera que se basa en aprovechar continuamente el éxito ajeno?

—¿Cómo te las apañaste para sacarte un máster en autocompasión mientras llevabas a cabo el resto de tus investigaciones? Por favor, dame algún consejo para gestionar mejor el tiempo.

—Si quisiera un máster, seguramente no tendría que mover ni un dedo para conseguirlo. ¡Me lo darían y ya está!

—¡Oh, no, qué tragedia!

—¡Ey! —ladró Fiona—. ¡Tiempo muerto!

La discusión nos había llevado, sin que ninguno de los dos se diera cuenta, hasta su casa. Estaba de pie en el jardín, con una manguera en la mano, regando mientras las gemelas jugaban en el césped.

—No me hagáis rociaros con esto —dijo, y apuntó el agua a nuestros pies.

A Jonah se le hundieron los hombros.

—Perdona, Fi. Estábamos…

—¿Discutiendo? —Fiona arqueó una ceja.

Jonah suspiró. Yo me crucé de brazos.

Complicaba mucho la credibilidad de nuestra argucia, pero Fiona simplemente sacudió la cabeza.

—Niñas.

Rosie y Georgia levantaron la mirada.

—¿Qué? —preguntó una de ellas.

—¿Os gustaría ser agentes secretas?

Se les iluminaron los ojos.

Fiona se agachó.

—Vuestra misión, en caso de que aceptéis, es ayudar al tío Jonah a relajarse. Ha tenido una semana muy dura y está cansado.

—¿Como papá después de un día largo en la oficina?

—Exactamente igual. —Fiona no dudó ni un momento—. Necesita que un par de agentes secretas lo lleven dentro, lo sienten en el sofá, le pongan el mando de la tele en la mano y se pongan a jugar donde él pueda verlas, en silencio. —Bajó la voz hasta un susurro—. Estamos ante una misión secreta. Y tiene que llevarse a cabo sin la supervisión del comando, porque el comando tiene que llevar a la tita Sadie a que se tome un vino.

¿Qué? ¡No!

El agotamiento de toda la semana me cayó encima como un saco de ladrillos. Lo último que quería era tomarme un vino con la hermana megaamable de Jonah y mentirle diciéndole que era la luz de mi puta vida y que qué suerte tenía de que volviera a formar parte de la suya. Tenía la energía justa para agarrarle del pelo, estamparle la cabeza contra una pared y patearle ese maldito culo perfecto. Ya está.

Joder. Joder, joder, joder, joder.

Fiona extendió una mano a las niñas.

—Agentes, ¿aceptan la misión?

Rosie y Georgia deliberaron.

—¡Aceptamos!

—Fantástico. —Fiona les estrechó las manos—. Comando confía plenamente en vosotras, agentes. No me decepcionéis.

—¡Somos las mejores agentes! ¡Vamos, tío Jonah!

Agarraron a Jonah de una mano cada una y se lo llevaron hasta la casa. Me lanzó una mirada aterrorizada por encima del hombro.

Seguramente fuera porque la expresión que tenía yo estaba entre «Si te vas, te mataré» y una más simple «Te voy a matar», pero Fiona la interpretó como miedo por sus hijas, porque simplemente se rio.

—¡Lex!

—¿Qué? —Se escuchó desde dentro de la casa.

—¡Ven un momento, por favor!

Lex apareció en los escalones de la entrada poco después.

—¿Qué pasa?

—Abramos las negociaciones —dijo Fiona—. Si trajera a casa, digamos, un par de libros para ti, ¿te parecería bien pasarte la

próxima hora o así leyendo en el salón para comprobar que las niñas no hacen que el tío Jonah quiera huir despavorido en mitad de la noche?

Lex se quedó pensando un momento.

—Tres libros —dijo—, y acepto el trato.

—Trato hecho.

Fiona y Lex cerraron el pacto con un gesto y luego se volvió hacia mí.

—Vamos, mi reluciente cuñada —dijo con una sonrisa—. Vamos a hablar un poco mientras nos tomamos un vino.

Yo apreté los dientes y me obligué a devolverle la sonrisa.

—Me parece genial.



Al menos una cosa salió como yo quería: Fiona fue la que habló. El bar al que me llevó estaba en la calle principal de Bellerive, a unos diez minutos andando colina abajo desde su casa («bajar la colina es mucho más fácil que subirla, desde luego»), y mantuvo un flujo firme de conversación durante el camino, señalándome puntos de interés locales y lugares a los que Jonah y a mí podría gustarnos ir a tomar un café, a comer o a disfrutar de una velada romántica.

—Hay un montón de sitios cuquis por aquí, pero este es el mejor de todos —dijo mientras abría la puerta del bar—. La mayoría de la gente cree que tienes que cruzar al otro lado del río para ir a los mejores bares, pero este sitio tiene muy buen rollo.

Aunque el buen rollo no duraría demasiado si Jonah y yo estuviéramos intentando algo tan absurdo como tener una velada

romántica: las discusiones a gritos tendían a fastidiar el ambiente, pero asentí con educación.

Desde fuera, el bar tampoco parecía gran cosa: una ventana de cristal tintado en la calle de los restaurantes, con el nombre «*tsundoku*» grabado encima, en cursiva.

Sin embargo, por dentro era otro rollo. Un espacio estrecho, pero profundo, con la barra a un lado y una sola hilera de mesas de madera oscura en el otro. Cada una de ellas tenía una lamparita que le daba al establecimiento un ambiente tenue y acogedor. Las sillas eran cada una de un estilo, de cuero y de terciopelo, en tonos marrones y rojos y verdes y ámbares, y las paredes estaban cubiertas por baldas abarrotadas de cosas con un orden caótico, de esas que parecen contener un manuscrito raro, seguramente maldito, de hace cientos de años, enterrado hasta que un intrépido lector se atrevió a sacarlo.

Era como un sueño húmedo del lado oscuro de la academia. A Jonah le encantaría.

—¿Qué te parece? —preguntó Fiona.

—Parece la casa de tus padres.

—¡Por Dios, no digas eso! Me encanta este sitio demasiado como para que ellos lo mancillen.

Pues empezábamos bien.

Llevé la yema del dedo hasta el anillo de compromiso y me concentré en calmarme. Puede que aquella fuera la copa más inoportuna de la historia del mundo, pero Fiona no iba a saberlo. Después de toda la mierda que había vivido, lo menos que podía hacer era no fastidiarle su bar favorito.

—Perdona —dije.

Pero ella no me estaba escuchando.

—¡Satoshi!

El hombre detrás de la barra se dio la vuelta y apareció una enorme sonrisa en su cara de forma instantánea.

—¡No! —Se bajó las gafas hasta la nariz para poder mirar de forma exagerada por encima de la ancha montura verde lima—. ¡No puede ser! ¿Acaba de entrar en mi bar la desaparecida Fiona Fisher?

Fiona sonrió mientras él salía de la barra para abrazarla.

—Perdona que lleve tanto sin venir —dijo riéndose, mientras él la levantaba del suelo—. Es que ha sido imposible escaparme un rato, con les niñes y tal.

—No pasa nada. Ahora estás aquí. —La soltó y me miró—. ¡Y has traído a una nueva amiga!

—Sadie, este es Satoshi, la mitad de…

—La mejor y más guapa mitad.

—… de los hermanos Tsukamoto, los genios que están detrás de este sitio. Satoshi, esta es Sadie, la mujer de mi hermano pequeño, Jonah. Acaban de mudarse a la ciudad por trabajo.

Satoshi era alto y desgarbado, de veintitantos años, con el pelo negro decolorado en un rubio ceniza. Llevaba un chaleco hecho a medida sobre una impoluta camisa blanca, que podría haber sido una apariencia bastante conservadora si no estuviera lleno de pines de todos los colores: pequeñas copas de vino, montones de libros, un mapa de Tasmania, la bandera de Japón, la bandera del orgullo y otra que estaba bastante segura de que era la bandera pansexual.

—Encantado de conocerte, Sadie. —Me dio un apretón de manos —. De verdad. Fiona necesita niñeras en las que pueda confiar. ¡Mi bar está al borde del colapso desde que no viene!

—¡Satoshi! —exclamó Fiona con una risa.

—Bienvenida a Tsundoku —dijo Satoshi, dirigiéndose a mí, pero mirándola a ella con la nariz arrugada de forma cariñosa—. Vamos a sentaros. ¿Dentro o fuera?

—Dentro, creo —dijo Fiona—. En otro momento te llevo al patio de atrás, Sadie. Da al agua, es precioso. Pero esta parte me gusta más, con todos los libros.

Satoshi nos condujo a una mesa bajo una pizarra en la que estaban escritos los especiales del día con la misma fuente cursiva que el grabado del escaparate.

—¿Vais a querer una botella o una copa?

—Por muy tentadora que sea la botella, solo una copa —dijo Fiona —. He dejado a Jonah solo con les niñes, y si le expongo a las gemelas demasiado tiempo, cogerá a su maravillosa mujer y volverán a Sídney en un abrir y cerrar de ojos.

El plomizo peso del agotamiento sobre mis huesos fue lo único que me detuvo de decir: «A la mierda, tráenos una botella». La idea de Jonah tan abrumado por hacer de niñero como para hacer las maletas y desaparecer de mi vista no me parecía tan mala.

Últimamente se me había olvidado, con toda esa amabilidad típica del Jonah de cárdigan, pero había un motivo por el que ese hombre había sido la cara de la clase dirigente para mí durante tanto tiempo: daba igual lo cálida que fuera su ropa de punto, cuando se la quitaba, aparecía un *bro* de *tweed* que lloriqueaba por lo difícil que era tener un padre rico con muchos contactos.

Esa era la persona por la que había jodido mi relación con Chess. Ese… ¿cómo lo había llamado ella? «Un imbécil privilegiado que venía de una familia de imbéciles privilegiados».

—Aunque igual nos llevamos una botella para la cena —le dijo Fiona a Satoshi, ajena al hecho de que, al otro lado de la mesa, yo estaba imaginando cómo sería hundir la cabeza de su hermano en el retrete—. Ah, y necesito también unos libros, si no te importa. He tenido que sobornar a Lex para que interviniera si les niñes se ponen demasiado… como son ellas.

—Puedo proporcionarte todas esas cosas —dijo Satoshi—. Enseguida vuelvo. Voy a poneros una copa de algo especial.

Desapareció. Fiona me sonrió. Yo me tensé, preparándome para alguna pregunta horrible como: «A ver, ¿exactamente cuándo te enamoraste de mi hermano?».

Pero lo único que dijo fue:

—Espero que no te haya importado que te haya secuestrado para tomar algo. Quiero mucho a mis hijes, pero, joder, necesito un descanso.

Sencillamente, no había nada que pudiera decir ante eso. No había una respuesta ni siquiera mínimamente veraz que no fuera a hacerme quedar como un auténtico monstruo.

—Claro que no me importa —dije—. Yo también necesitaba un descanso. Como supongo que habrás deducido.

Fiona se rio.

—Uno de los superpoderes que he desarrollado tanto por Fisher como por madre es saber cuándo dos personas que se quieren mucho necesitan un respiro.

Al menos todavía se creía todo el plan.

Satoshi reapareció y puso dos copas de vino en la mesa.

—Isamu ha terminado su proyecto especial —le dijo a Fiona—. ¿Qué os parece ser las primeras clientas de Tsundoku en probar los

frutos de su arduo trabajo?

—¡Madre mía, qué honor!

—¿Te ha contado Fiona algo de lo que hacemos aquí, Sadie?

Sacudí la cabeza y me preparé para formular muchas preguntas. Pasar tanto tiempo con Chess me había dado un vocabulario vitícola bastante decente, y cada segundo que pasáramos hablando de este bar era un segundo más que no tendría que mentir a Fiona.

—Tsundoku es una de las ramas de un negocio que dirigimos mi hermano Isamu y yo. —Satoshi nos sirvió el vino en las copas con mano diestra—. Somos un bar de vinos y servimos caldos de muchos viñedos, además de vender libros de segunda mano, pero también tenemos un viñedo propio, así que nos gusta dar a probar nuestros vinos aquí; los hace Isamu.

—Es un enólogo increíble —dijo Fiona—. En serio.

—Shhh —dijo Satoshi—. Que no te escuche. Ya sabes lo entregado que está a no sonreír nunca. En fin, esta es su última creación, un vino que lleva criando desde hace un tiempo y que por fin he conseguido que me deje servirlo. Os presento al nuevo kyoho akai de Bibliophile, uno de los primeros vinos de Australia producido con uva japonesa.

Fiona levantó la copa y me volvió a sonreír.

—Salud.

—Salud.

Choqué la copa contra la suya. Bebimos.

Sabía a… vino. Buen vino, pero vino. Creo que debía de haber escuchado a Chess tener cientos de discusiones intensas en bares de vinos sobre racimos y taninos y «la nariz», pero, pese a mi competencia lingüística, solo era capaz de distinguir entre tres tipos

de vino: el vino que me gustaba, el vino que no estaba mal para beber… y disolvente de pintura.

—Guau —dijo Fiona.

Había metido prácticamente toda la cara en la copa, y alternaba entre olfatear y dar un sorbo.

—Es increíble. Notas de cereza, notas de chocolate… Me recuerda a una tarta Selva Negra.

—¡Oh, me gusta! —dijo Satoshi—. Te lo voy a robar para las catas.

—Aunque no está muy dulce. Creo que, en las manos equivocadas, podría volcar, pero tiene un equilibrio perfecto.

Fiona y Satoshi empezaron a hablar sobre pieles y azúcares residuales, pero yo dejé de escucharlos. Tenía un recuerdo que no terminaba de formarse.

Luego caí.

—¿Bibliophile?

—Es el nombre de nuestra marca de vinos —dijo Satoshi—. Tsundoku es el bar. Bibliophile, el vino.

Me enseñó la botella. En la etiqueta estaba escrito «bibliophile» con la misma escritura elegante que el grabado en el escaparate y la pizarra, y debajo había un dibujo de un caótico montón de libros.

—¿Te suena? —preguntó.

—Un poco. —Pasé el dedo por el montón de libros, el mismo que Chess dijo que le recordaba a mí—. A mi hermana le gusta mucho. Está en vuestro club de vinos.

Quería reírme y llorar al mismo tiempo. ¿Qué probabilidades había?

Yo no era una persona supersticiosa: dedicar mi vida a estudiar historias me había enseñado cuánto las utilizaba la gente para darle

sentido a su vida. Había una tendencia innata en los humanos que nos hacía leer nuestras vidas como si fueran libros guionizados por algún poder superior. «Un desconocido alto, oscuro y guapo entrará en tu vida», podíamos escuchar, y allá que íbamos, dándole demasiada importancia a una conversación inocente con el hombre que estaba detrás de nosotros en la cola para pedir un café.

Intelectualmente, sabía que no era más que una botella de vino. Ningún poder superior me había traído hasta aquí. Era una mera coincidencia. Lo sabía.

Pero, aun así, solo podía percibirlo como una señal. Un recuerdo de la hermana que me quiso tanto y a la que le eché en cara ese amor como si fuera basura.

—¿Sadie? —preguntó Fiona—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. —No podía desmoronarme aquí. No podía. Si había algo que le debía a esta mujer, no era tirarle encima más trabajo emocional—. Estoy bien. Es que… mi hermana es la única familia que tengo, y la echo de menos.

—¡Claro! —Fiona se llevó la mano al corazón—. ¡Tendrá que venir a verte! ¡Y puedes traerla aquí!

—Dime una fecha y os reservo la experiencia Tsundoku al completo —dijo Satoshi—. Incluso podría conseguir que Isamu viniera para una de nuestras noches de «conoce al enólogo», si le gusta tanto el vino. O podríais pasar un fin de semana en el viñedo. Tenemos un restaurante y una bodega, y nuestra madre lleva un pequeño hostal.

—Puede —dije sin ganas.

Apoyó los nudillos contra la mesa.

—En fin, señoritas, os dejo. Disfrutad.

—Gracias, Satoshi —dijo Fiona—. Cuánto me alegro de volver por aquí.

Él le sonrió con cariño.

—¡Y yo de que hayas vuelto!

Luego se fue y me quedé a solas Fiona, que volvía a sonreírme desde el otro lado de la mesa.

—Es un sitio muy agradable —dije, antes de que empezara a hacerme preguntas sobre Chess con las que me pondría a llorar, o sobre Jonah, con las que podría convertirme en Hulk—. ¿Cómo lo encontraste?

—No es una historia demasiado interesante. —Hizo un movimiento despreocupado con una mano—. Hobart es una ciudad pequeña. La orilla este es aún más pequeña. Habría sido mucho más difícil no descubrirlo. Ni siquiera me acuerdo de la primera vez que vine, la verdad. Matt y yo venimos mucho a cenar aquí… bueno, veníamos, antes de que… en fin, ya sabes.

Bien hecho, Shaw: recordarle al marido gilipollas que la abandonó. Diez de diez, perfecto, nada que añadir.

—Perdona.

—No, tranquila. —Fiona volvió a hacer ese gesto despreocupado con la mano—. Matt no me lo ha fastidiado, y eso es lo importante. Se puede haber llevado todo lo demás, pero Tsundoku sigue siendo mío.

Madre mía, qué desolador.

—Brindemos por eso —dije mientras levantaba mi copa.

Ella se rio.

—Salud.

Chocamos las copas y volvimos a beber, luego Fiona se puso seria.

—¿Te puedo contar el verdadero motivo por el que te he traído aquí?

Ay, Dios.

Me apreté el pulgar contra el anillo de compromiso otra vez, y puse rectos los hombros. Esto era un examen. Se me daban bien los exámenes. Nunca en mi vida había suspendido uno. Si era capaz de soportar interrogatorios académicos del profesor Christian Fisher sin ceder ni un centímetro, estaba claro, clarísimo, que podría soportar una conversación con esta hija suya bastante menos intimidante sin sufrir una fusión nuclear.

—Claro.

—Bueno, hay varios motivos —dijo Fiona—. Estaba deseando salir de casa. Pero también quería pedirte disculpas.

Parpadeé.

—¿Por qué?

—Por aparecer en el aeropuerto la otra noche. —Su expresión avergonzada era parecida a la de Jonah—. En cuanto te vi, me di cuenta de que había cometido un terrible error de cálculo. ¡Estabais agotados después del viaje! Pero tengo la mala costumbre de actuar sin pensar, y estaba muy contenta de que tú y Jonah estuvierais aquí, y me moría de ganas de veros, y les niñes estaban muy emocionades y… en fin, que lo siento. Te prometo que en el futuro me preocuparé de ser más consciente de la situación.

—Fiona, de verdad, no te preocupes por eso —dije, profundamente aliviada por salir tan fácilmente de esta conversación —. En serio. Nunca voy a interponerme entre tú y Jonah. Jamás. Por muy cansada que esté. De hecho, creo que deberías haberlo traído a él ahora. Sé que tenéis que recuperar un montón de tiempo perdido.

—No, no, tenía que traerte a ti. Porque te tengo que decir otra cosa, y esta es gorda.

Mierda. No quedaría muy bien que me bebiera de un trago lo que me queda en la copa de vino, ¿verdad?

—Me hizo mucha ilusión cuando me dijisteis que os ibais a casar y a mudaros aquí —dijo—. Pero también me preocupó un poco, porque el matrimonio es un gran paso y lo habéis dado muy rápido.

—No ha sido para tanto. —Para esto, al menos, tenía un guion—. ¿Lo habríamos hecho de no haber tenido la opción del contrato conyugal? Tan pronto, no, claro. Pero, dadas las circunstancias, tenía sentido.

—Ya lo sé, pero es muy importante. Créeme, estoy en mitad de un divorcio bastante feo, casarse sí es para tanto.

Me clavé aún más el pulgar en el anillo de compromiso y apreté los dientes. Ahora mismo no era lo que más me apetecía que me recordaran.

—No tenías por qué haberte casado con Jonah, pero lo has hecho —dijo Fiona—. Sé que, en gran parte, ha sido para poder seguir juntos, pero no soy tonta. Sé que también ha sido para poder traértelo a Hobart, donde vivo.

Estiró el brazo sobre la mesa y puso la mano sobre la mía.

—Has dado un paso importantísimo de compromiso para ayudar a una mujer a la que ni siquiera conocías. Y por eso quería que estuviéramos a solas, para poder decirte, desde lo más profundo de mi corazón: gracias. Gracias por querer a mi hermano tanto como para hacer una cosa así.

Actualmente, existen unas noventa y tres mil palabras. Son muchísimas palabras, más de las que la mayoría de nosotros

usaremos a lo largo de nuestra vida. Sin embargo, la única que se me ocurrió fue:

—Oh. Oh… Fiona. Oh… Yo…

—No solo por mí. Por él también, claro. ¿Sabes que todavía recuerdo la primera vez que habló de ti?

Fiona se reclinó en la silla e hizo girar la copa de vino con la mano.

—Fue como un año antes de que me casara con Matt. Elias ya se había ido de casa, pero yo seguía viviendo allí. Debía de tener unos veintiún años. Jonah tenía dieciocho, acababa de empezar la universidad. Se sentó a la mesa para cenar una noche y empezó a hablar de un debate que había tenido con una chica en clase sobre… no sé, un poeta, creo.

El puto Wordsworth.

—Mi padre se puso en plan… Bueno, ya lo conoces. Empezó a hacerle un interrogatorio. «¿Cómo leíste el poema? ¿Cómo lo leyó ella? ¿Tuviste en cuenta este verso? ¿Cómo respondió ella a esto? ¿Por qué no respondiste con este argumento, idiota? ¡Podrías haber destruido toda su argumentación simplemente con sacar este punto!». Un clásico sinsentido de Christian Fisher. Estoy segura de que te suena.

Asentí y me mordí ligeramente el labio.

—Pero nunca me olvidaré de lo que respondió Jonah.

Llenó hasta arriba los vasos de agua.

—Miró a papá directamente a los ojos y dijo: «La cuestión no era ganar. Su lectura ha sido muy interesante. Mi intención era, simplemente, escuchar qué tenía que decir».

Parpadeé.

—Eso es lo más parecido a la traición en la familia Fisher —dijo Fiona como si nada, como si el suelo no se hubiera convertido en agua bajo las sillas—. Seguro que ya te sabes todas las historias sobre cómo nos educaron. Ganar discusiones era básicamente nuestra religión. Yo me radicalicé a los diez años, cuando papá le quitó a Jonah su oso de peluche y le dijo que se lo devolvería cuando tuviera un argumento suficientemente persuasivo.

No pude evitar imaginármelo: al pequeño y serio Jonah intentando encontrar la forma de racionalizar su necesidad de un consuelo básico infantil, y encontrarse con el antipático muro de ladrillo del profesor Christian Fisher. Se me cerró un puño involuntariamente.

—No… —bebí un poco de agua para intentar calmarme la garganta repentinamente seca—, no me había contado eso. Lo del osito de peluche.

—No me extraña. Puede que ahora sea un adulto, pero sigue siendo un crío. Tiene su orgullo.

… Y yo me había negado por completo a escucharlo cuando había intentado decirme lo difícil que era que la gente solo le percibiera a través de la lente de su padre.

Desde nuestra boda, Jonah se había estado esforzando por cuidarme. Algunas de sus tácticas habían sido profundamente irritantes, pero lo había estado haciendo lo mejor que había podido; y, en cuanto él había necesitado que lo cuidaran un poco, lo único que había recibido habían sido mis dientes en un gruñido. Era igual de horrible que su padre.

—Y luego —continuó Fiona, ajena a mi crisis—, hizo algo que tampoco voy a olvidar, porque me pareció adorable: se colocó la

mano bajo la barbilla y dijo: «Si la universidad va a ser así, creo que me he enamorado».

Oh.

Joder.

No sabía qué hacer con esa información. Mi cabeza se había convertido en un vaso lleno de agua y, esta semana, la gente no había parado de meter piedras, subiendo el nivel cada vez más. La pelea con Chess era una piedra. La boda era una piedra. La mudanza era una piedra. Empezar a trabajar era una piedra. Todas las clases que nos habían encasquetado, cincuenta y dos piedras, de una vez.

Fiona acababa de tirar otro montón y el vaso de agua se estaba desbordando. ¿Cuántas crisis simultáneas podía sufrir una persona?

—Últimamente, hace bastante tiempo, Jonah y yo nos hemos distanciado —dijo Fiona, y le dio un sorbo al vino con los ojos arrugados al sonreír—, pero siempre he prestado atención cada vez que te mencionaba, porque albergaba la sospecha de que algún día se casaría contigo.

Bueno, al menos no teníamos que preocuparnos por venderle a ella nuestra historia. Fiona ya la había escrito por nosotros.

Podría haberlo dejado ahí. Debería haberlo dejado ahí. Habría sido muy fácil. Tendría que haber cogido mi copa, beberme el vino de un trago y decir algo como: «Hablando de Jonah, creo que deberíamos ir volviendo con él, se muere de ganas por pasar tiempo contigo», y se habría zanjado el tema.

Pero, no sé cómo, sin que yo ni siquiera lo decidiera, salieron de mi boca las palabras: «Jonah también es, más o menos, el motivo por el que me enamoré de la universidad».

—¿Quéééééééé? —Fiona se reclinó en la silla con una sonrisa—. Ahora me lo tienes que contar.

Me pasé una mano por la frente. La temperatura de Tsundoku era perfecta, pero yo tenía escalofríos y, al mismo tiempo, notaba que estaba sudando.

Nunca le había contado esa historia a nadie. Ni siquiera a Chess, que ya se había formado una opinión muy negativa de Jonah cuando ocurrió, en gran parte por culpa «del incidente» en la graduación de la carrera.

—Yo no seguí el mismo camino académico que Jonah —le dije—. Me tomé un tiempo de descanso entre el trabajo de fin de carrera y el doctorado. Crecí en una familia pobre, y quería tener una red de seguridad financiera antes de comprometerme por completo a volver a estar arruinada, así que empecé a trabajar en una oficina y me convencí de que pasaría allí cinco años y de que luego volvería a la universidad.

Empecé a girar los anillos alrededor del dedo.

—Me aburría como una ostra. La oficina estaba cerca del campus; a veces iba a la facultad, en los descansos, para comer. O para visitar los que fueron mis lugares favoritos. Recordarme para lo que estaba trabajando, por qué sacrificaba mi tiempo en un trabajo como ese. A veces iba a la biblioteca y deambulaba entre los montones de libros y olía ese olor a libro viejo.

—Madre mía, Jonah y tú estáis hechos el uno para el otro.

Estaba bastante segura de que el olor a libros viejos era algo que atraía universalmente, pero no iba a contradecirla.

—Un día, se me hizo tarde después de comer y pillé un atajo por el edificio de Estudios Literarios. Iba andando muy deprisa,

normalmente no me arriesgaba a atajar cruzando el edificio porque no quería encontrarme con tu padre; pero entonces, de pronto, me paré en seco porque escuché la voz de Jonah.

Fiona se llevó una mano al corazón.

—Estaba dando una clase. —Esperaba que la luz tenue del establecimiento hiciera que no pudiera ver lo roja que me estaba poniendo—. Estaba de pie delante de una pizarra blanca, liderando un debate sobre *Norte y sur*, y llevaba… la misma chaqueta que se ha puesto hoy, de hecho. Hace años que la tiene. Espero que la lleve a la lavandería de vez en cuando.

Fiona se rio.

—Tenía esa chaqueta —dije—, con el pelo y la barba despeinados, y se le caían las gafas por la nariz; era el académico estereotipo por excelencia, y tuve un momento de lucidez. Lo único que quería era estar en esa aula. Lo único que quería era estar en su situación. Lo único que quería era lo que él tenía. Quería ser él.

Fue una nimiedad, pero lo sentí como un momento eucatastrófico: como un *deus ex machina* en mi propia vida, estrellas que se habían estado cruzando y que se alineaban de repente, un Jonah salvaje apareciendo como una señal de: dirección contraria, da marcha atrás en la autovía para ir por el camino correcto.

—Y no quería seguir esperando ni un segundo más —dije—. Así que le escribí un mensaje a mi jefe para decirle que me encontraba mal y me había ido a casa. Pero fui al despacho de mi tutor del trabajo de fin de carrera para comentarle que quería matricularme en el doctorado.

Luego me fui a casa y le conté a Chess lo que había decidido, omitiendo las partes de Jonah, y ella me dio un abrazo tan fuerte

que pensaba que se me iban a romper las costillas. «Lo único que quiero —me susurró al oído— es que consigas lo que quieras, corazón».

—En fin, que ahora no se puede deshacer de mí. —Terminé de contar, con lo que esperaba que fuera una risa despreocupada—. Si no lo hubiera visto dando esa clase, habría ido con muchos años de retraso con respecto a él, académicamente hablando. Él habría conseguido el trabajo de Lyons directamente, sin la necesidad de tener que casarse conmigo.

—No sé por qué —dijo Fiona—, pero no creo que le importe.

En eso estaba profundamente equivocada, pero tampoco se lo iba a decir.

Afortunadamente, Satoshi eligió ese momento para acercarse a la mesa con un montón de libros *queer* para adolescentes; ideales para Lex. Mientras Fiona y él hablaban sobre qué vino maridaría mejor con lo que ella estaba pensando preparar para cenar, me escapé con el pretexto de rebuscar en las estanterías; así podría tomarme un respiro y tranquilizarme.

No dejaba pensar en esa historia, aunque llevara años sin pensar en ella. Cada vez que Jonah se ponía esa chaqueta de *tweed*, me lo recordaba: ese sentimiento de querer lo que él tenía desesperadamente, pero no lo había considerado en un contexto más amplio en mucho tiempo. Desde luego, no desde que me había casado con el propietario de esa chaqueta.

Decía en serio todo lo que le había gritado antes. Ver a los académicos más influyentes gravitar hacia él, de la forma en la que siempre lo hacían, me había puesto de los nervios.

Pero ¿no fue precisamente eso lo que intenté decirle a Chess respecto a nuestra relación? Y me había cabreado muchísimo que no se molestara en escucharlo. Debajo de esa chaqueta, Jonah era una persona. Puede que incluso fuera una buena persona.

Recordé otra vez la historia de cuando su padre le quitó el osito de peluche y le dijo que se lo devolvería cuando tuviera un argumento lo suficientemente convincente. Por muy agradable que debiera ser que el mundo se pusiera a tus pies para hacerte todo tipo de favores, que lo hiciera por tu relación con un hombre así, por algo que tú nunca pediste y que no podías cambiar, debía de ser muy molesto.

Lo que yo había dicho era cierto, pero, aun así, le debía una disculpa.

Ya había elegido un par de novelas románticas para enviarle a Chess, pero pasé el dedo por el lomo de los libros en busca de algo que pudiera interesarle a Jonah.

Tardé un rato, pero al final encontré un tomo viejo y polvoriento titulado *Specimens of the Elizabethan Drama*. Estaba casi segura de que Jonah ya tenía todas las obras que contenía ese volumen, algunos títulos me sonaban mucho y solo había podido aprenderlos gracias a él, pero quien quiera que tuviera esta copia antes la había llenado de comentarios en los márgenes. Jonah anotaba sus libros como una chica de *BookTok*, así que a lo mejor le gustaba.

Le llevé la selección de libros a Satoshi, que había vuelto detrás de la barra.

—¿Te puedo pedir también una botella de vuestro pinot noir reserva? —pregunté—. Es el favorito de mi hermana. Quiero enviarle un regalo.

—¡Ah, el Noriko! Tu hermana tiene un gusto excelente, sin duda.

Satoshi se agachó y extrajo una botella. Yo saqué mi cartera, poniendo una mueca para mí. Pagaría lo que fuera si eso suponía que Chess volviera a hablarme, pero esto iba a darle un buen mordisco a mi cuenta corriente que aún no sabía nada de mi nuevo trabajo.

Sin embargo, él hizo un gesto con la mano.

—Invita la casa.

—¡No! —Simplemente, ignoré la necesidad de guardar la cartera de inmediato—. Es caro, no puedes ir por ahí regalándolo.

—La próxima vez que vengas, te cobraré encantado el precio completo y te señalaré de forma agresiva el bote de las propinas, pero esta noche, aquí, tu dinero carece de valor.

Satoshi movió la cabeza hacia donde estaba sentada Fiona revisando los libros que le había dado para Lex.

—Es muy buena persona. No hay muchas personas así en el mundo, pero ella es una de ellas. Cuida mucho de los demás.

Su voz sonaba casual; aun así, una ola de culpa me arrolló como si un camión me hubiera pasado por encima.

Fiona era una buena persona. Es más, era una buena persona a la que el mundo había triturado, y mi primera reacción cuando me invitó a tomar algo fue irritarme.

Jonah también era una buena persona. Puede que no siempre lo demostrara, y quizá no siempre acertaba con las tácticas, pero solo una persona intrínsecamente buena, intrínsecamente amable, me trataría como él me había estado tratando.

Habían crecido junto al peor hombre del mundo y seguían siendo buenas personas. Puede que se hubieran distanciado, pero, cuando

Fiona había tenido un problema, el primer instinto de Jonah había sido correr hacia ella, protegerla, cuidarla.

Y yo, ¿una persona a la que había criado alguien ferozmente protector, alguien que haría y que había hecho cualquier cosa por mí?

Tenía que haber algo profunda y fundamentalmente erróneo dentro de mí como para haberle gritado: «¡Me quieres demasiado!», como si aquello pudiera ser algo malo. Para enfadarme con una mujer que solo quería tomarse algo conmigo. Para ser completamente incapaz de escuchar a Jonah cuando intentó contarme cómo le hacía sentir que todo el mundo le viera a través de la lente de su padre.

Los hermanos Fisher eran buenas personas, pero yo no.

No me extraña que siempre terminaran rompiendo el vínculo conmigo.

—Lo menos que puedo hacer —dijo Satoshi sin apartar la mirada de Fiona, con los ojos tiernos detrás de las gafas de montura verde, sin ser consciente de que yo estaba teniendo otra crisis—, es darle una botella de buen vino a alguien que va a cuidar de ella, para variar.

—Es un detalle por tu parte —dije, con las palabras saliéndome casi a borbotones desde la garganta; si no hablaba, o me ponía a llorar, o salía corriendo—. Aunque no sé si Jonah y yo la estamos cuidando muy bien ahora mismo. Esta tarde, hemos estado visitando varias casas para alquilar, antes de acercarnos a verla. Además, al llegar hemos empezado a discutir a gritos. Nos ha tenido que apuntar con la manguera.

—¿Estáis buscando casa? —Satoshi me miró—. ¿Sabes?, igual os puedo echar un cable.



Capítulo 14

Jonah

Nuestro nuevo piso estaba en Bellerive, el mismo barrio a las afueras con aspecto de pueblo antiguo en el que vivía Fiona, a tan solo unos minutos en autobús del campus y, se mire como se mire, en comparación con las otras casas que habíamos visto, era un milagro. Las habitaciones eran lo bastante grandes para nuestros escritorios y estanterías. La cocina me hacía salivar: encimeras de piedra negra, armarios oscuros, completo con grifería e iluminación industrial por toda la estancia. Había un balcón grande con vistas al río y el estadio de críquet que el excéntrico propietario, Isamu Tsukamoto, nuestro nuevo casero, tenía cubierto de plantas. No había duda de que íbamos a quedárnoslo, teniendo en cuenta cómo estaban los alquileres en Hobart, pero cuando Isamu mencionó que el patio interior del complejo también era un huerto comunitario, fue más que evidente que habíamos tenido mucha mucha suerte.

Por no hablar de que nos dejaban el alquiler ridículamente barato.

—Me estáis haciendo un favor —nos dijo Isamu cuando quedamos con él para verlo—. Quiero alquilarlo para poder mudarme

permanentemente al viñedo. Si tuviera que sacarlo al mercado e interrogar a posibles inquilinos, tendría que quedarme más tiempo en Hobart.

—Pero si prácticamente ni siquiera nos conoces —me sentí obligado a decir.

—Conozco a tu hermana. Ella pone la mano en el fuego por ti, y yo confío en ella.

Aparentemente, Fiona no le había contado lo mal que había estado nuestra relación hasta hace muy poco.

—Y si la Francesca Shaw a la que llevo tres años enviándole vino es tu hermana —le dijo a Sadie—, tengo una garantía. Si me destrozáis el piso, suspendo su suscripción.

Sadie se rio, pero tenía el gesto abatido.

—Si hubiera tenido la más mínima intención de destrozar el piso, esa amenaza me habría disuadido.

Si yo hubiera tenido la más mínima intención de destrozar el piso, solo ver a Isamu, un hombre serio con el pelo oscuro recogido en un moño muy tenso y un bíceps que podría romper nueces, me habría disuadido, sin necesidad de ninguna amenaza, pero no dije nada. Simplemente, le puse la mano a Sadie sobre la espalda, de una forma que esperaba que ella interpretara como un apoyo. «Sé que tu hermana no te habla, pero yo estoy contigo, Shaw».

Habíamos vuelto a encontrar el ritmo después de aquella horrible pelea de camino a casa de Fiona el viernes por la noche. Me pasé noventa minutos sentado en el sofá de Fi, sin apenas ser consciente de que las gemelas habían puesto *Bluey* en la tele y las tenía acurrucadas a cada una en un costado,[39] regocijándome en mi pozo de culpa. Una mención a mi padre fue lo único que hizo falta para

que me pusiera en plan: «A ver, realmente creo que te parecería extremadamente complicado ser un hombre blanco con muchas conexiones».

Había pensado tirarme a los pies de Sadie y disculparme, pero, para mi sorpresa, ella se me adelantó.

—Siento haberme puesto así contigo —me murmuró al oído bajo el pretexto de darme un beso en la mejilla cuando ella y Fiona volvieron del bar—. No ha sido justo.

Antes de que me diera tiempo a protestar, metió la mano en el bolso.

—Te he traído una cosa.

Era un libro de fragmentos de varias obras isabelinas, garabateado y marcado por algún académico que lo había tenido anteriormente.

—Seguramente, ya los tengas todos —me dijo—, pero sé que te encantan las notas a los márgenes.

Por suerte, el chillido entusiasmado de Lex por los libros que Fiona le había llevado la distrajeron, si no habría visto cómo se me ponía la cara en un brillante color carmesí. Si Sadie descubría la cantidad de veces que escribía «sí» o «esto» o «representado» junto a los pasajes sobre el anhelo…

Aquella noche, más tarde, de vuelta en el piso provisional, me sentó en la cama, se volvió a disculpar por la discusión y, después de que yo también me disculpara, me dijo que dejara de empezar discusiones estúpidas con ella.

—Sé que lo has estado haciendo para distraerme, y te agradezco la intención —dijo—, pero, por favor, déjalo ya.

—Perdona —respondí, entre horrorizado y aterrado por que tuviera esa facilidad para leerme. Si había notado que había estado

haciendo eso, ¿de qué más podría darse cuenta?

—Lo que dije aquella noche también iba en serio —dijo—. No quiero que discutamos más.

Yo asentí. Ella puso una sonrisa a medias. Me preparé para lo que vendría después, seguramente que ella dijera algo frívolo (casi con total seguridad, un insulto) para terminar la conversación.

Pero entonces, para mi sorpresa, se puso de rodillas y me pasó los brazos por el cuello.

—Eres un buen marido, Jonah —dijo—. Siento que hayas terminado con una mujer tan horrible.

—No estás tan mal, Shaw. —Me permití acariciarle el pelo solo una vez—. No te subestimes.

Luego la solté; si me acostumbraba a la sensación de tenerla tan cerca, iba a decir alguna estupidez como «quédate así», o «no te muevas», o «¿puedo darte un beso?», o «te quiero», y esta cosa tierna y floreciente entre nosotros, aquella última y auténtica tregua, acabaría.

Porque daba igual las ganas que tuviera de decirle esas cosas, no podía. Sería desconsiderado y egoísta. Si había una lección que había aprendido de nuestra primera tregua, era que Sadie Shaw no sentía por mí lo que yo sentía por ella. Nunca lo había hecho. La había adorado durante quince años; los mismos que ella me había aborrecido.

Le debía muchísimo. Si alguna vez iba a devolverle todo lo que había hecho por mí al casarse conmigo, el mejor regalo que podía hacerle no era mi amor, sino mi silencio. Ya era completamente infeliz. ¿Qué necesidad tenía de incomodarla aún más?

Así que le di las buenas noches y coloqué tres almohadas entre nosotros.

No sirvió de nada. Todos los días, por muy alta que construyéramos la barricada y por muy claros que dejáramos los límites, me despertaba con ella despatarrada por mi espalda.

Cada vez era más duro[40] pasar cada segundo de cada día con ella. Estar a su lado en una cafetería o en nuestro despacho-armario, o en la mesa de Fiona o en la cama en el piso provisional. Me costaba la vida no agarrarle un mechón de pelo y decirle: «Eres la mujer más bonita que he visto en mi vida». Verle el abatimiento en la cara cada vez que comprobaba el teléfono y no había noticias de Chess y no pasarle el brazo por los hombros y decirle «Grítame todo lo que quieras, te seguiré queriendo igual» era doloroso. Y todas esas mañanas, cuando me despertaba con su cuerpo contra el mío… Dios, me era casi imposible no darme la vuelta, estrecharla entre mis brazos y soltarle un discurso apasionado sobre la idea de consumar de verdad nuestro matrimonio.

Afortunadamente, nos esperaba nuestro nuevo pisito de alquiler. Había sobrevivido a la prueba más difícil de mi carrera académica, pero nada nada había sido tan difícil como compartir cama con mi mujer.



Nos mudamos aproximadamente una semana y media después, el día de San Valentín, como si no hubiera días. Pese a la interminable torre de trabajo, ya que todavía teníamos que escribir esas cincuenta

y dos clases, nos tomamos medio día libre y quedamos con Isamu a la hora de la comida para recoger las llaves.

—Como ya hablamos, os he dejado todos los electrodomésticos y ropa de cama —dijo mientras nos sujetaba la puerta abierta—. También he dejado…

—El huerto.

El apartamento estaba vacío, con suelos fríos de hormigón y las tiras negras de iluminación pegadas en los techos y paredes blancos, pero el balcón seguía de un verde vivo. Había una tensión increíble entre el orden y el caos, con las hojas que salían salvajes de las macetas organizadas en gradas con una precisión militar.

Sadie miró a Isamu con la cara iluminada.

—Es increíble.

Se le levantó ligeramente una comisura de los labios.

—Me fijé en cómo admiraste las plantas cuando vinisteis a ver el piso, y yo tengo un huerto bastante completo en la cocina del viñedo —dijo—. También hay algún mueble que nos sobró de Tsundoku, por si os hiciera falta. Ahora mismo solo están ocupando espacio en el trastero de Satoshi, así que nos haríais un favor.

—Muchas gracias.

No tenía ningún motivo para que me cayera mal este hombre, que no había sido nada más que extremada e innecesariamente generoso con nosotros. Pero en cuanto vi cómo lo miraba Sadie, con los ojos brillantes, y al fijarme en él después, con los bíceps marcados al subir unas mesas y unas sillas sin apenas esfuerzo, un monstruo de ojos verdes empezó a vivir en mi corazón.

¿Qué le diría, si ella se acercara a mí y me dijera: «¿Recuerdas que íbamos a ser los Sartre y Beauvoir de los Estudios Literarios?

Prefiero ser Beauvoir con nuestro casero el enólogo cachas»? ¿Cómo me sentaría vivir en este piso mientras él no le quita la mano de encima a mi mujer?

—Jonah, ¿estás bien? —preguntó Fiona, apoyada en el marco de la puerta abierta—. Parece que vas a vomitar.

—Estoy bien. Estaba pensando en cosas del curro.

Eso, al menos, era una excusa plausible en cualquier ocasión, y Fiona se la tragó enseguida.

—Los de la mudanza están abajo. Han aparcado el camión en el jardín, así que la gente va a empezar a gritarles en cuestión de minutos; será mejor que bajéis a echarles un cable.

Era otro día inusualmente caluroso,[41] y Sadie y yo íbamos quitándonos prendas de ropa conforme ayudábamos a los de la mudanza a subir todas las cosas que habíamos enviado de la casa compartida hasta nuestro piso.

—¿Por qué nos dedicamos a una carrera para la que… cuidado con la esquina… necesitamos tantos libros? —Señaló Sadie mientras maniobrábamos una de sus estanterías para colocarla en su habitación.

Se pasó el dorso de la mano por la frente y se dejó una mancha de polvo. Sentí un cosquilleo en los dedos, un deseo casi incontrolable de limpiarle aquella mancha con cuidado.

—¿Jonah?

—Perdona —contesté, intentando recomponerme—. Creía que era una pregunta retórica.

Por supuesto, Isamu, que, por lo visto, aún pensaba que todavía no había hecho suficiente por nosotros, eligió ese momento para

entrar cargado con una caja especialmente pesada de mis libros, como si no pesara nada.[42]

Sadie y yo habíamos discutido sobre quién debía quedarse con la habitación ligeramente más grande, pero al final yo me hice con la victoria, después de haber insistido en que ella, que era la persona que realmente había conseguido el trabajo que nos había traído hasta aquí, era la que debía quedársela. Por suerte, los tipos de la mudanza eran de esos que te desmontaban y montaban muebles,[43] y habían armado la cama de Sadie y estaban casi terminando con la mía cuando Fiona volvió de su misión doble de placar a los vecinos y comprar café.

—¿Por qué habéis mandado dos camas? —preguntó mientras soltaba la bandeja de cartón en la encimera de piedra negra de la cocina.

—Por si tenemos invitados —dije, al mismo tiempo que Sadie dijo —: Airbnb.

Fiona nos miró inquisitivamente a los dos.

—Queremos tener todas las opciones —dijo Sadie.

—Exacto —improvisé—. Si alguien quiere venir a vernos, tenemos una habitación libre. Si necesitamos un poco de dinero extra de vez en cuando, la podemos publicar en Airbnb. ¿Cuál es mi café?

Fi me pasó uno en el que ponía «descafeinado», aparentemente satisfecha con lo cómicamente mal que habíamos gestionado una pregunta tan simple.

—Tengo un regalo para vosotros. Dos, de hecho.

El primero era del hermano de Isamu, Satoshi.

—Quería daros la bienvenida a Bellerive —explicó Fiona mientras le daba a Sadie una caja regalo preciosa con el logo de Tsundoku

con queso, condimentos, galletas saladas y una botella de riesling—. Y también quiere daros las gracias por alquilar el piso, porque, citándolo literalmente: «A Isamu le va a costar mucho más interferir en mi bar desde el viñedo que desde el piso de al lado».

Luego me dio un objeto rectangular envuelto con un papel rosa brillante con unicornios.

—Este es de mi parte. Perdón por el envoltorio, no me ha dado tiempo de comprar algo más adulto.

Lo abrí con cuidado para no romperlo.

—Ay, Fi.

Había mandado enmarcar tres de las fotos de nuestra boda. Dos de ellas, una con las frentes juntas y otra mía dándole un beso en la mano a Sadie, estaban en unos marcos pequeños. La tercera, en la que salgo colocándole mi chaqueta por los hombros, estaba ampliada.

—Se me ha ocurrido que estas las podéis poner en las mesas de vuestro despacho —dijo Fiona señalando las más pequeñas—, y esta la podéis colgar de… —me quitó el marco más grande— aquí.

Había tres ganchos en la pared del salón. Fi colgó la foto en el del medio, ajustándola con cuidado hasta que quedó recta.

—Sé que celebrasteis una boda barata, pero el fotógrafo hizo un trabajo increíble.

—La verdad es que sí —dije vagamente.

Iba a tener que dejar una muy buena reseña en Google para Gretna Green.

Fi había elegido mi foto favorita. En ella, yo agarraba con fuerza las solapas de la chaqueta y creaba la ilusión de que la estaba usando para acercar a Sadie hacia mí. Ella me miraba con una

emoción en los ojos que yo sabía que era agradecimiento, pero que el fotógrafo había traducido en… otra cosa.

Noté un movimiento a mi lado. Sadie. No me dio la mano, pero me rozó con los dedos la piel desnuda del antebrazo, como si estuviéramos a punto de ponernos a bailar un vals. Dejé de respirar.

—Me gusta mucho —dijo.

—A mí también, amor —murmuré.

—Es preciosa, ¿a que sí? —dijo Fi—. Se ve que os queréis mucho… ay, joder, perdón.

Tuve que sacrificar la sensación de los dedos de Sadie sobre mi piel, porque Fiona había empezado a llorar.

—No llores —dije, haciendo una pausa incómoda durante un instante antes de darle un abrazo—. No pasa nada.

—Sí, ya lo sé. —Sollozó—. Es una tontería.

—No. —La abracé más fuerte—. No es una tontería, Fiona.

Las lágrimas me estaban empapando la camiseta. Notaba cómo empezaban a acumularse también en mis ojos, pero me esforcé por contenerlas. Ella lo había hecho conmigo lo mejor que había podido cuando era joven, y ahora me tocaba a mí.

—No es una tontería —le dije con firmeza—. Sé que alguna vez te he hecho sentir tontamente, y lo siento mucho. Lo hice mal.

—¡No me enteré, Jonah! —exclamó de pronto—. Lo hizo durante años. ¡Años! ¡Y yo no tenía ni idea! ¿Qué clase de estúpida no ve algo así?

—No hay nada de estúpido en eso —insistí—. En creer a alguien cuando te dice que te quiere.

Fiona me miró durante un momento largo, como si buscara algo, y luego volvió a apoyar la frente sobre mi hombro.

—A veces me… golpea todo de golpe, ¿sabes? —dijo, con la voz amortiguada en mi camiseta—. Pienso en cuánto quise a Matt. Y en lo poco que él me quería a mí.

No sabía cómo responder a eso. Pero la abracé más fuerte.

Ella me dejó que la abrazara durante varios minutos, luego se apartó, liberándose de mis brazos y frotándose los ojos con las muñecas.

—Si estuviera yo sola, posiblemente me habría importado menos —dijo—. Tal vez habría podido vivir con ello. Pero tiene otros hijos en Melbourne, y se preocupa más por ellos que por nuestres hijes. Ni siquiera me paga la manutención, joder, y no ha mostrado ningún tipo de interés en estar con elles desde que se fue… y… ¿cómo les explico yo eso?

—No lo sé. —Joder, ¿qué se supone que tenía que decir? Mi primera prueba real para ser un buen hermano y no la iba a superar —. Lo siento, pero…

—No tienes que explicarles nada —dijo Sadie.

Fiona y yo la miramos.

—Mi padre era un desgraciado. —Sadie se encogió de hombros y se apoyó contra la encimera de la cocina, pero agarraba el borde con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. No hizo falta que nadie me lo explicara. Es un cliché, pero las acciones dicen más que las palabras. Tus hijes serán capaces de interpretar las acciones de Matt sin problema.

Hizo una pausa y se mordió el labio.

—Pero también serán capaces de interpretar las tuyas, Fiona. Y las de Jonah, y las de todas las demás personas de su vida que están

ahí para elles, y que siempre van a estarlo. Nunca van a tener la más remota duda de que… —se le quebró la voz— los quieren.

—Joder, Sadie —dijo Fiona volviendo a llorar de nuevo.

Y ahí estaban las dos mujeres más importantes de mi vida, en mitad de nuestra nueva cocina, dándose un abrazo largo mientras yo necesitaba desesperadamente hacer algo, lo que fuera, para que ninguna de las dos volviera a sentirse así.



Me ofrecí a acompañar a Fiona cuando fue a recoger a les niñes. Dejarla sola después de romperse así no me parecía una buena idea, pero se negó.

—No es la primera vez que he llorado por Matt, y no será la última —dijo—. De verdad, os voy a hacer venir a casa continuamente, pero ni de coña os voy a quitar vuestra primera noche en vuestro nuevo piso. Y menos el día de San Valentín.

Me dio un abrazo de despedida.

—Disfrutad del vino y el queso. Y de la cama que elijáis.

—¡Fiona!

Me sonrió.

—Y gracias —dijo, y le dio otro abrazo a Sadie—. Por estar aquí. Por traerlo contigo. Por todo.

—No me des las gracias —dijo Sadie—, en serio.

Me miró a los ojos por encima del hombro de Fiona. Me hizo sentir tantas cosas que casi tuve que darme la vuelta.

Casi.

En los quince años de estudios extenuantes, no había aprendido a apartar la mirada de Sadie Shaw.

Lo que era ligeramente más inusual era que, esta vez, ella no había apartado la mirada de mí.

Para cuando Fiona se fue, todavía nos mirábamos. Se hizo un silencio largo, extendido y agonizante.

Sadie se mordió el labio.

Y yo casi me rompo. Casi me rompo como un estudiante de primero que no podía soportar el silencio después de una pregunta. Casi me tiro a sus pies y la agarro por la cintura y le digo: «Te quiero, te quiero, te quiero, las palabras son muy repetitivas para expresar lo que siento por ti, pero tal vez si las digo lo suficiente adquieran un significado, y si sigo diciéndolas no podrás decirme "no me casé contigo por eso, Fisher, suéltame, no seas patético"».

Sadie se tapó la cara con las manos.

—Dios, no me puedo creer que lo primero que se me haya ocurrido cuando ha preguntado por las dos camas haya sido «Airbnb». ¿En qué coño estaba pensando?

—He de admitir —dije, esforzándome sin mucho éxito en poner un tono jocoso— que te he escuchado argumentos más convincentes.

—Ríete de mí y termina ya con esto. —Gruñó contra sus manos—. Le podía haber dicho también que la habitación extra era para nuestro gran amigo Bunbury.

—Estoy seguro de que podrás usar esa frase con otra gente. A lo mejor podemos hacer un juego, a ver cuánto tarda alguien en decir: «Un momento, ¿ese no es el amigo imaginario de Algernon en *La importancia de llamarse Ernesto*?».

Ella me lanzó una mirada entre los dedos.

—No seas condescendiente.

—No lo soy. Solo me estoy negando a reírme de ti. Ya no discutimos, ¿te acuerdas?

Dejó caer las manos y exhaló.

—Sí que dije eso, ¿verdad?

—Así es. Y ya no hay marcha atrás, Shaw.

No sé de dónde saqué el valor[44] para tocarle cariñosamente la punta de la nariz, pero le hizo sonreír y la cuerda de arpa de mi interior vibró con delicadeza.

—Venga —dije con contundencia—. Voy a ayudarte a colgar las lucecitas.

El sol de verano se estaba poniendo para cuando por fin terminamos de desempaquetarlo todo y nos dejó con dos dormitorios completamente equipados, con escritorios delante de las ventanas y los libros cuidadosamente organizados en montones peligrosos en las estanterías, y un salón completamente vacío, excepto por la foto de nuestra boda en la pared.

—Creo que tenemos que comprar algunas cosas —dije apoyándome contra la encimera de la cocina y mirando el espacio vacío—. Un sofá, para empezar.

Sadie asintió, se soltó el pelo, lo sacudió y supongo que se lo volvió a recoger, aunque para ese momento yo ya había apartado los ojos.

—¿Quieres que vayamos a comprar muebles el finde que viene, cuando nos den el primer cheque?

—Podemos echar un vistazo en Facebook Marketplace. Igual conseguimos algo barato.

Ella sacudió la cabeza con el pelo atado en un moño.

—Me encanta lo barato, no me malinterpretes, pero ya me la han pegado otras veces con sofás de segunda mano. Alguien le dio uno a mi madre después de que se fuera mi padre. Sospecho que querían meter bien el dedo en la llaga, porque estaba plagado de chinches.

—Joder, Sadie.

—No me interesa tu lástima. —La nota ácida en su voz me resultaba profundamente familiar—. Pero tampoco me interesan las chinches. Además…

—¿Además qué? —dije de forma repentina, después de dejar una pausa.

—Sería una buena prueba, ¿no te parece? —La expresión de su cara era casi tímida, y también me resultaba profundamente poco familiar—. A ver si conseguimos comprar un sofá sin terminar discutiendo por alguna estupidez.

—Acepto el reto —dije, convenciéndome allí y en ese momento de que íbamos a pasar la prueba con creces. Podíamos comprar el sofá que ella quisiera, aunque fuera rosa neón y costara un millón de dólares—. Vamos de compras.

—Pues es una cita.

Casi me derrito en un charco a sus pies.

Luego algo se le iluminó en los ojos, y la necesidad de ponerme de rodillas delante de ella fue cada vez más fuerte.

—Tengo una idea. Coge tu doctorado.

—¿Mi doctorado?

—El papel que te dieron en ESU el día que a mí me dieron el mío… Fisher, espabila. —Chasqueó los dedos.

Obedecí, porque mi cerebro no estaba funcionando lo suficientemente rápido como para discutir. Ella también fue a por el suyo. Los colgó en la pared del salón, cada uno a un lado de la foto de nuestra boda.

—El auténtico día más importante de nuestra vida también se merece una conmemoración —dijo mientras daba unos pasos atrás mirando la pared.

—Buena idea —dije—. Queda bien.

No iba a permitir que eso me escociera. Para nada. Sabía, igual que ella, que ahora mismo en nuestra pared había dos verdades y una mentira.

Sadie entrelazó los dedos y estiró los brazos por encima de la cabeza. Tuve que apartar la vista de nuevo.

—¿Nos comemos el queso? Me muero de hambre.

—Claro —dije mirando hacia la tira de luz industrial del techo.

No teníamos copas; al igual que el sofá, las copas de vino de la casa compartida eran de otra persona, así que terminamos bebiendo el vino blanco en tazas: ella en su taza ridículamente grande con la cita de C. S. Lewis, yo en una taza negra de tamaño normal con el logo de la Asociación de Australia y Nueva Zelanda de Estudios Medievales y Modernos. Lo llevamos todo al balcón y colocamos la bandeja de queso en la mesa que Isamu había subido con sus brazos increíbles; nos sentamos cada uno a un lado, con las sillas muy pegadas a la mesa para no aplastar el huerto.

Sadie se cortó un trozo de brie y se lo comió con una galleta salada, con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el cielo.

—Qué agradable.

El sol se estaba poniendo sobre el río. La luz era de un naranja Aperol Spritz. Le capturaba las pecas en la cara y le convertía el pelo en una hoguera contra el fondo verde de las plantas.

—Sí —dije, sin poder quitarle los ojos de encima—. Mucho.

—Lo de antes también ha sido agradable —dijo, mirándome a los ojos—. Con Fiona. Has… Tiene suerte de tenerte, Jonah.

—Gracias —respondí—. Por decirlo, y por decirle a ella lo que le has dicho.

Jamás le diría a Sadie lo que sentía por ella. Ella no sentía lo mismo y sería muy injusto que cargara con el peso de mis sentimientos. Pero allí, sentado a su lado bajo la suave brisa de la tarde, bebiendo vino y mirando el río desde el balcón de nuestra casa, tomé una decisión.

Si yo podía tener esto, tener a Sadie como amiga de verdad, como aliada y compañera, incluso aunque nuestro matrimonio fuera de conveniencia, quizá, solo quizá, podría ser feliz.

Marzo



Capítulo 15

Sadie

El tiempo pasaba.

Había un famoso teórico de narrativa, Paul Ricœur, que distinguía entre el «tiempo de reloj» y el «tiempo humano». El tiempo de reloj se medía en segundos, minutos, horas, días: lo que pensamos como los bloques básicos de tiempo. Sin embargo, el tiempo humano se medía en eventos: los bloques básicos de la historia y, por lo tanto, como a los humanos nada les gusta más que narrativizar sus propias experiencias, de nuestra vida.

El primer par de semanas de nuestro matrimonio habían estado llenas de hitos, repletas de intensa actividad de tiempo humano, pero mientras nos adaptábamos a nuestro nuevo piso, nuestro nuevo trabajo, nuestra nueva —a falta de una palabra mejor— relación, nuestras rutinas se terminaron de asentar y empezó a pasar el tiempo de reloj.

—La diferencia entre el tiempo de reloj y el tiempo humano es, en realidad, la idea fundamental que está detrás de programas de citas

como este —le expliqué a Jonah una noche, sentada con las piernas cruzadas en el sofá que habíamos comprado unas semanas antes, mientras lo obligaba a ver el primer episodio de la nueva temporada de *¿Dónde estás, Romeo*? conmigo—. Son experimentos en los que se prioriza el tiempo humano al tiempo del reloj. La cuestión central es, básicamente: «¿Qué pasaría si repasamos todos los hitos románticos del tiempo humano: cuando dos personas se conocen, se gustan, empiezan a salir, se besan, a veces follan, se comprometen… en una cantidad de tiempo de reloj estrictamente limitada?».

Jonah tenía la boca llena de pasta, había hecho unos deliciosos fetuccini con salsa verde preparada con las hierbas de Isamu que yo había estado alimentando pacientemente en el balcón, pero con los ojos me dijo todo lo que su boca no podía rebatir: la propuesta de que los programas de citas eran, en realidad, un experimento ricœuriano.

—¡Y funciona! —insistí—. Algunas veces, al menos. De la última temporada de la franquicia salieron tres parejas. ¡Tres! Sé que eres muy esnob con la telerrealidad, pero no puedes negarme que, aunque solo sea en un nivel básico de narrativa, te parece interesante.

Tragó.

—Solo por ti, Shaw, permitiría tal malinterpretación. Sabes perfectamente que la cita original no dice *dónde*…

—Sí, es *por qué*, no *dónde*, ya lo sé. —Enrollé unos fetuccini con el tenedor—. Te escucho cuando hablas, Fisher.

—Entonces deberías saber que no soy tan esnob con la telerrealidad. —Me dio un golpecito en la pierna con el pie cubierto

por un calcetín—. Si quieres que vea esto contigo, tú tendrás que ver la próxima temporada de *Superchef* conmigo.

Fingí considerar la propuesta.

—Vale, vale, me parece justo.

—Genial. —Me señaló con el tenedor—. Y espero el mismo nivel de análisis narrativo. Presentarme a *Superchef* es mi único plan alternativo si te divorcias de mí y me despiden, así que necesito todos los comentarios posibles sobre el formato del concurso para poder ganar.

El programa había empezado. En la pantalla, la nueva protagonista estaba teniendo una conversación muy seria con el presentador sobre lo que buscaba en una pareja. («Simplemente, quiero una persona con la que poder mantener una conversación inteligente, ¿entiendes?»).

Pero aparté la mirada hacia Jonah.

—Sabes que no tengo la intención de divorciarme de ti en un futuro próximo, ¿verdad?

Él tenía la mirada fija en su plato de pasta, negociando con un fideo especialmente problemático.

—Sé que no tienes la intención —dijo—, pero nunca se sabe cuándo voy a volver a cabrearte.

—¿Es una amenaza?

Lo dije como una broma, pero, cuando me miró, su mirada era muy seria.

—Claro que no. Pero no tengo precisamente un buen historial en lo que respecta a no molestarte.

Dudé un segundo y luego le puse la mano en la rodilla. Debajo de los pantalones del pijama noté su cálida piel.

—Fisher —dije, y mi propia piel empezó a calentarse como respuesta—, a no ser que hagas algo verdaderamente horrible, algo como para que, yo qué sé, tenga que denunciarte a La Haya, no pienso divorciarme de ti antes de que acabe el periodo de prueba, ¿de acuerdo?

—Nada de crímenes de guerra durante los próximos tres años —dijo con una ligera sonrisa—. Entendido.

En la tele, el presentador y la protagonista seguían hablando.

«Dime, ¿cómo sería tu cita ideal?», preguntó el presentador. «En una primera cita quiero emoción, escenografía, una chispa —respondió la mujer—. Una aventura y después una cena maravillosa en un restaurante precioso. Pero una vez que conoces a una persona de verdad, cuando se llega a cierto nivel de intimidad… Solo quiero una cena en el sofá viendo algún programa de mierda en la tele».

Aparté la mano de la rodilla de Jonah y empecé a enrollar más pasta con el tenedor.

—Además, si nos divorciamos antes de acabar el periodo de prueba, seguramente me despidan a mí, no a ti, teniendo en cuenta la pasión con la que me odia Petrovski —dije intentando sonar despreocupada—. Por cierto, esto está buenísimo. Felicidades al chef.

—Gracias —dijo Jonah.

Se recostó en su esquina del sofá.

—A ver, explícame quiénes son estas personas, Shaw. —Señaló la tele—. ¿Qué tengo que saber?

—Vale, a ver…

Me lancé a una explicación pormenorizada. La interrupción de la tele había sido incómoda, pero la agradecí. Si no, tal vez le hubiera

contado la verdad.

«No me voy a divorciar de ti, Jonah. Eres todo lo que tengo».



Tras esas dos primeras semanas en Hobart, y después de una avalancha de mensajes y llamadas sin contestar, dejé de intentar contactar con Chess. Me había pedido espacio y, a cambio, yo la había bombardeado con mensajes. Si quería recuperarla pronto, tenía que demostrarle que respetaba sus deseos.

Sin embargo, desaparecer por completo era inconcebible. No hablar con mi hermana, aunque ella no me hablara a mí, era algo que no era capaz de hacer. ¿Cómo iba a saber cuánto sentía las cosas que había dicho si no se lo decía?

Todos los miércoles por la noche, Jonah y yo llevábamos a Veronica y a Lin, las dos profesoras interinas que trabajaban en nuestros cursos, a tomar una copa de vino con queso en Tsundoku para organizar un poco el trabajo de la semana siguiente (después de tantos años siendo interinos, estábamos determinados a tratar al personal de la mejor manera posible). Y siempre elegía un par de libros para Chess de las estanterías de novela romántica tan bien abastecidas de Satoshi. Luego, Jonah y yo nos íbamos a casa, cenábamos y veíamos *¿Dónde estás, Romeo*? Luego él se iba a su habitación para su videollamada semanal con Elias, y yo me iba a la mía a escribirle una carta a Chess.

Querida Chessie:

¿Recuerdas el primer huertito que cultivamos cuando yo tenía siete años, detrás de nuestra antigua casa? Era un desastre y lo teníamos descuidado, pero yo estaba superorgullosa, y tú me dijiste que era el mejor huerto del mundo.

Hoy me he quedado cuidando a Rosie y Georgia, que también tienen siete años, mientras Jonah se tomaba algo con Fiona, y me han ayudado a preparar mi trocito en el huerto comunitario de cara al otoño. ¡y MADRE MÍA, Chess, ¿yo era tan torpe? Recuerdo que nos pasábamos horas cuidando el huerto y pasándolo en grande, pero ellas se han aburrido a los cinco minutos y han empezado a tirarse tierra la una a la otra (y a mí también). Te mando una foto por si quieres ver cómo estoy con el pelo lleno de fango.

Todavía me queda muchísimo que mejorar como niñera. También estuve cuidando a Lex, le hije mayor de Fiona, acaba de cumplir doce, y me he olvidado por completo de elle porque las gemelas me tenían acaparada. Menos mal que se quedó tranquilamente leyendo en el balcón, pero me he sentido fatal. Fiona se ha reído de mí cuando le he pedido perdón, pero... uf. La culpa.

La diferencia de edad entre Lex y las niñas es la misma que tenemos nosotras. Creo que nunca he sido consciente de verdad de lo complicado que debió de ser para ti cuidarme cuando tú no eras más que una niña.

Te echo de menos. Te quiero. Y siento muchísimo las cosas que te dije.

Con todo mi amor,

Sadie

Querida Chessie:

Ayer llevé a mi amiga Julia a Tsundoku. Vive en la otra orilla del río, aquí la gente es muy intensa con eso de la orilla este y la orilla oeste, es como una marca de identidad, así que nunca había oído hablar del local.

Solo diré que le ha encantado. ¡Otra adepta de Bibliophile! Estoy deseando llevarte algún día.

Julia te caería bien. Es del tipo que no soportan los sinsentidos ni las tonterías. Es la codirectora de una red de investigación interdisciplinar a la que me he unido, y el otro día, en la reunión, un tío de la Facultad de Ciencias de la Salud intentó hablar por encima de ella. Nunca había visto a nadie ser tan educada y a la vez tan visceral. Fue precioso. Voy a tener que pedirle que me enseñe a hacerlo porque mi jefe... ¡arrrrrrrrrgh!

En fin, tomándome algo con Julia he descubierto que conoce a Elías, el hermano de Jonah. Más que conocerlo, si estoy leyendo bien entre líneas. «¿Te acuerdas de que te dije que lo primero que me pasó cuando conseguí mi primer trabajo fijo fue un divorcio? Ç—me dijo—. No fue solo culpa del trabajo».

No sé lo que pasó, pero odia con toda su alma a Elías. Al principio, tampoco le gustaba demasiado Jonah, pero cuando rechazó unirse a su red de investigación porque, cito textualmente, «Ya era hora de que mis conexiones familiares me perjudicaran, para variar», decidió que seguramente no fuera mala gente.

«A ver, tú me caes bien y a ti él te gustó tanto como para casarte —me dijo—. Tan malo no debe de ser».

Sé que a ti tampoco te gusta Jonah, Chess, pero te prometo, de verdad, que está bien. Somos... no sé, ¿imagino que ahora somos amigos, más o menos? Nos estamos llevando bien, vaya.

Ojalá estuvieras aquí para verlo. Te quiero muchísimo y siempre siempre lo haré.

Sadie



Querida Chessie:

Arrrrrrgggghh, ojalá siguiéramos cenando juntas dos veces a la semana para poder desahogarme. Necesito tu consejo para lidiar con mi jefe.

A ver, siempre ha quedado muy claro que no le caigo bien a Petrovski, ¿no? O sea, desde la primera vez que lo vi, él ya pensaba que yo era una auténtica basura. Julia me dijo que seguramente fuera porque me contrató Vargas (su jefa), a la que odia. Él y Carmichael (el depredador sexual director del Departamento de Historia) van a por ella y se esfuerzan mucho en desautorizarla en cuanto tienen la oportunidad. Pero creo que también tiene una buena dosis de misoginia pura y dura (además del pijerío clásico de los bros de tweed en contra de la ficción popular). Nunca lo he visto mirar a una compañera sin desprecio en los ojos.

En fin, el odio de Petrovski hacia mí ha estado llegando en pequeñas cantidades, por ejemplo: siempre me ordena tomar notas en las reuniones del departamento, como si fuera su secretaria (y Jonah se ha portado genial con esto, la verdad, porque siempre se ofrece voluntario para hacerlo él). Pero hoy se ha llevado la palma.

Ha aparecido en nuestra clase de Romanticismo (cuando hacía unos veinte minutos que había empezado, para ser aún más maleducado). Le tocaba darla a Jonah, pero nosotros lo que hacemos es interrumpirnos mutuamente para añadir algo o aclarar lo que dice la otra persona. Cuando dábamos clase en Bass, unas de las evaluaciones de los estudiantes decía que siempre esperaba que empezara a sonar música cuando uno de los dos llegaba mientras el otro daba la clase, como si estuvieran a punto de asistir a un combate de lucha libre, así que hemos estado experimentando con las interrupciones (sin música) y con enseñar a través del debate.

Así que me levanté e interrumpí a Jonah, como habíamos planeado, y tuvimos un debate (totalmente guionizado) sobre la reseña mordaz de Coleridge a Bertram, la obra de Charles Maturin. A los alumnos les encantó (Bertram es una obra ridícula y la reseña de Coleridge es graciosísima, así que fue bastante divertido). Pero luego, mientras los alumnos se iban (¡se iban!, ¡no se habían ido!, ¡todavía quedaba alguno en clase!), Petrovski me agarró por el codo, me apartó a un lado y me metió una chapa increíble sobre faltarle al respeto a otro académico.

Jonah intervino de inmediato e intentó explicarle nuestra estrategia. Las interinas, Lin y Veronica, también estaban allí y lo apoyaron, pero Petrovski no hizo ni caso. Las ignoró por completo como si ni siquiera estuvieran allí, y dijo: «Jonah, dice mucho de ti que defiendas así a tu mujer, pero, Sadie, esto es inaceptable».

Luego (oh, sí, ¡hay más!), tuvo los huevos de preguntarme cuándo iba a entregarle los próximos resultados de mi investigación, porque, a no ser que cumpla con los puntos de investigación que se me exigen al año, no pasaré el período de prueba.

¡Como si tuviera tiempo para investigar ahora mismo! ¡Jonah y yo nos pasamos básicamente cada segundo de cada día escribiendo las putas clases!

(Jonah también tiene que cumplir con los puntos de investigación; hacemos exactamente el mismo trabajo con exactamente las mismas condiciones; pero ¿crees que Petrovski le preguntó a él cuándo iba a entregar los siguientes resultados?).

Pero a Jonah y a mí se nos ha ocurrido una buena idea: Vamos a coescribir un artículo sobre nuestra pedagogía al estilo de la lucha libre profesional para una de las revistas sobre enseñanza y aprendizaje (más trabajo; sí; pero ¿qué son otras ocho mil palabras cuando ya tenemos que coescribir unas trescientas mil?). Así, al menos, si Petrovski intenta amonestarme formalmente por ser una zorra con Jonah en las clases, tendremos una publicación que diga que estaba siendo una zorra por motivos serios y académicos.

Voy a hablar con Julia para ver si se nos ocurren ideas para lidiar con Petrovski, porque también es representante del sindicato—qué hacer; pero, joder, te echo de menos, Chessie. Cada vez que le veo la cara de mierda que tiene, pienso: «Chess sabría cómo gestionarlo. Chess sabría qué hacer».

Sé que necesitas tiempo y espacio, y lo respeto (sé que puede parecer que no, teniendo en cuenta todas estas cartas, pero te prometo que sí lo hago). Pero cuando estés lista... significaría mucho para mí aunque sea solo escuchar tu voz. ¿Me llamarás, por favor?

Con todo mi amor, hasta el final del universo y de vuelta.

Sadie

Cada semana, guardaba la carta dentro de una de las novelas románticas que le compraba: *Honey & Spice*, de Bolu Babalola; *Segundas primeras impresiones*, de Sally Thorne; *Iris After the Incident*, de Mina V. Esguerra… Y se lo enviaba todo.

Pero Chess nunca respondió.

Y con cada semana de silencio me convencía más y más de que había perdido a la única persona que creía que me querría para siempre.

Abril



Capítulo 16

Jonah

Una fresca mañana de jueves, aproximadamente una semana después de Pascua, le bajé un café a Sadie al huerto comunitario y me la encontré de pie, con los brazos cruzados y mirando con el ceño fruncido a su parcela de verduras.

Se pasaba como una hora todas las mañanas en el jardín antes de sentarnos a preparar las próximas cincuenta y dos clases,[45] y le bajaba el café todos los días. Normalmente, ella apenas levantaba la mirada. Me decía un: «Gracias, Fisher, te lo agradezco», y quizá me regalaba un par de segundos de su atención mientras averiguaba cuál era el mejor lugar para colocar su taza enorme sin que se cayera, y luego volvía a lo que estaba haciendo mientras yo huía apresuradamente por temor a pensar demasiado en la imagen de ella de rodillas.

Pero esta vez no fue así.

—¿Pasa algo? —le pregunté mientras le daba la taza.

—No exactamente. —Le salía la respiración en pequeños soplos—. Solo es que no tengo espacio suficiente para todo lo que quiero

hacer, nada más. Me temo que la parcela es demasiado pequeña.

Sadie envolvió la taza con las dos manos y a continuación dio un sorbo.

—Tengo muchas ideas para esta parte… —señaló la última zona vacía que quedaba en la parcela—, y se está amontonando todo. Tengo parálisis por análisis y tengo que superarla antes de que el terreno se hiele demasiado.

Sacudió la cabeza para quitarse un mechón de pelo de los ojos porque era evidente que no quería soltar la taza de café bajo el aire frío de la mañana. Me contuve durante unos segundos, y luego dije:

—¿Puedo?

—¿Puedes qué? Ah, claro.

Intentando estar lo más serio posible, le coloqué el mechón suelto detrás de la oreja.

—¿Te apetece que vayamos a comprar plantas después de trabajar? No tengo ni puta idea de plantas, pero sí que sé bastante de verduras, así que igual puedo ayudarte a solucionarlo. Le preguntaré a Fi si nos deja su coche.

Sadie se lo pensó, luego asintió.

—Vale.

—Genial. El desayuno estará dentro de unos quince minutos, por cierto. Voy a hacer los buñuelos que te gustan, así que no te entretengas mucho, que se enfrían.

Dio otro sorbo al café.

—Sí, sí.

—Y, hablando de frío…

Me quité el cárdigan y se lo coloqué sobre los hombros. Tenía la piel de los brazos de gallina.

—A ver si te va a dar hipotermia, Shaw —le dije con firmeza—. No hay tantos clichés buenos sobre viudos misteriosos que resuelven asesinatos en trenes como los que hay sobre viudas. Necesito que sigas viva.

Medio esperaba que protestara, pero no lo hizo.

—Gracias. —No dijo nada más. Tenía las mejillas y la punta de la nariz rosas de frío—. Intentaré no mancharla de tierra.

Hice un gesto despreocupado con la mano.

—Se puede lavar. Quince minutos.

—Quince minutos.

De vuelta al piso, esperaba tener todos los ingredientes para los buñuelos que tanto le gustaban. Había pensado preparar un desayuno rápido con muesli, que había dejado hecho la noche anterior, pero aguantaría hasta el día siguiente.



Fi nos dejó el coche, así que Sadie y yo fuimos directos a su casa después de nuestra última clase.

—Menos mal que Petrovski no ha elegido hacer una de sus apariciones sorpresas hoy —dijo mientras nos sentamos juntos en el autobús de vuelta del campus—. ¿Te imaginas de qué color se habría puesto si me hubiera pillado enseñando *Rojo, blanco y sangre azul* a los influenciables alumnos de primero?

—Si nos hubiera pillado —dije, dándole un codazo—. Yo también estaba ahí. Y supongo que de un verde amarillento.

—No, así se pondría antes de vomitar. Creo que habría sido algo más tirando a rojo, morado… un color de esos que parece que te va

a estallar la cabeza. Y sabes perfectamente a quién de los dos echaría la culpa.

Suspiré. No hacía falta estar muy atento para darse cuenta de cuánto menospreciaba Petrovski a Sadie. Ella no era el único objeto de su ira, ambos habíamos ido a suficientes reuniones de departamento como para poder hacer una lista confidencial de quién le caía bien y quién no, pero la diferencia en la forma en la que nos trataba era tan descarada que sería hasta cómico si no fuera tan horrible.

—Esperemos que no empiece a asomar la cabeza también en los seminarios —añadió Sadie—. Al menos tenemos seguridad laborar suficiente para defendernos. Veronica y Lin no.

El autobús tomó la curva cerrada hacia Bellerive demasiado rápido. Durante un segundo, todo el peso de cuerpo de Sadie se apretó contra mí antes de que pudiera incorporarse.

—Perdona.

—Tranquila. —La sensación de su cuerpo contra el mío alimentaría mis fantasías, seguro, durante muchas noches—. Mira, a mí también me preocupan Veronica y Lin. De hecho, es muy fuerte que vaya a decir esto, pero… ¿crees que debería hablar con mi padre? Para ver si consigo que Petrovski se corte un poco.

Ella sacudió la cabeza con decisión.

—Los dos sabemos que no nos haría ningún favor.

Suspiré otra vez. Me habría encantado poder rebatírselo, pero tenía razón.

—Julia me dijo que empezara a documentar todo lo que hace Petrovski, pero ya lo estaba haciendo —continuó—. Es lo primero que Chess me habría dicho que hiciera.

Como siempre que mencionaba a su hermana, le cambió la cara de inmediato con una sombra de tristeza. Y como siempre que eso pasaba, me golpearon tres emociones en un orden preciso y rítmico: primero, un destello de ira; segundo, una necesidad de protección; tercero, una culpa profunda, insidiosa y prolongada.

—Muy bien —dije con un tono serio—. Y ya sabes que yo te apoyaré.

—Gracias, pero no sé si ayudaría mucho. Eres mi marido. Seguramente den por hecho que… yo qué sé, te he dicho que no vamos a follar hasta que aceptes hacer lo que yo quiera.

¿Era necesario que mencionara el sexo? ¿No podía respetar el hecho de que a veces la deseaba tanto que me provocaba dolor físico? Albergaba la esperanza de que, ahora que teníamos nuestro piso y dormíamos en habitaciones separadas, el Proyecto Control sería más fácil, pero todo lo contrario: cada vez era más duro.[46]

—Hablando de matrimonio —dije, alejando con cuidado mi cuerpo del suyo mientras nos levantábamos para bajar del autobús—. Se me ha ocurrido un título para nuestro artículo. ¿Qué te parece: «Discutir como un viejo matrimonio: el desacuerdo productivo como pedagogía»?



Fi parecía agobiada cuando llegamos a su casa, y nos ofrecimos a llevarnos a les niñes a comprar plantas con nosotros para que descansara, pero se negó.

—Lex está leyendo y las niñas están en casa de una amiga esta tarde —explicó mientras me ponía las llaves de su coche en la mano

—. Convencerlas para conseguir llevarlas a casa de su amiga ha sido tremendo. Pensaba que lo había escondido bien, pero han encontrado el chocolate de Pascua… —Se pasó una mano por el pelo —. En fin, la tarde ha sido movidita, pero ahora estoy sola con Lex y la casa estará tranquila durante unas horas.

Sadie se mordió el labio mientras subíamos al coche.

—¿Y si le decimos que nos quedamos con les niñes alguna noche la semana que viene?

Se me resbaló la mano al ir a meter la llave en la ranura.

—¿Toda la noche?

—Ya sé que las cuidamos bastantes veces… —Se quedó callada un momento—. Te casaste conmigo porque querías ayudar a Fiona, ¿no?

—No solo por ayudar a Fiona. —Se me escapó antes de me diera tiempo a impedirlo.

—Sí, ya, un trabajo bien remunerado, lo que sea —dijo Sadie como si nada—. Pero es evidente que necesita ayuda. Más ayuda. Así que vamos a echarle una mano. ¿Y si nos quedáramos con elles una noche a la semana? Y así Fiona puede tener una noche entera para ella sola.

Solté una respiración larga con la esperanza de que ella diera por hecho que estaba pensando.

—Lex podría dormir en el sofá, pero las niñas tendrían que dormir en mi habitación.

—O en la mía. —Se encogió de hombros—. Seguramente, les gusten las lucecitas.

Dios.

—Pero… ¿te parecería bien? —pregunté con cuidado—. ¿Volver a compartir cama conmigo?

—Debería ser yo la que te pregunta eso. Al fin y al cabo, me pasé quince días básicamente durmiendo encima de ti.

No ayuda, no ayuda, no ayuda.

Arranqué el coche y lo saqué de la entrada, más para tener algo en lo que concentrarme que por otra cosa. No me hacía falta mirar por el retrovisor para saber que me había puesto de un rojo escarlata.

—Por lo que te pido perdón, por cierto. —Apoyó la cabeza en la ventanilla—. Esta vez podría atarme las manos a la estructura de la cama o algo.

Menos mal que ya me había sonrojado. La imagen de Sadie en mi cama, con las manos atadas a la estructura, fue como si alguien me estuviera dando descargas eléctricas en el cerebro una y otra vez.

—Supongo que eso nos ayudaría a explicar por qué tenemos una Bunbury Suit. —Me atraganté.

En un arrebato de idiotez, la miré durante un segundo. Todavía estaba mordisqueándose el labio y fue un auténtico consuelo tener toda la sangre en la cara.

—No sé, me parece que estaría bien hacer algo bueno.

Mi mente con pensamientos sucios, y ahí estaba mi mujer, mirando a las estrellas.

—Fiona se merece tiempo para ella sola —continuó mientras entrábamos en el puente Tasmania—. Y…

—¿Y qué? —dije rápidamente cuando el silencio se extendió demasiado.

—Nada, nada. —Sadie se pasó una mano por la cara—. Es que últimamente he estado pensando. En mi madre. En que, si a lo mejor hubiera tenido otros adultos en su vida que hubieran estado dispuestos a cuidarme, quizá Chess no habría tenido que hacerlo.

Ahí estaban otra vez, predecibles como el amanecer. El destello de ira. La necesidad de protección. La ola de culpa.

Exhaló una respiración larga.

—Debió de ser agotador para ella —dijo—. Yo debí de ser agotadora para ella. Era una cría y tuvo que hacerse adulta de repente porque alguien tenía que cuidarme, y… es imposible que yo pueda equilibrar la balanza entre nosotras. Imposible.

No podía decir ni una milésima parte de las cosas que quería decir. Sadie no reaccionaría bien si le decía lo cruel e injusta que pensaba que Chess estaba siendo con ella, aunque fuera la verdad.

—Rosie y Georgia son las dos personas más agotadoras del planeta —dije—, y, aun así, daría mi vida por ellas sin dudarlo.

Ella suspiró otra vez.

—No sé por qué te llegaste a convencer tanto de que eras un mal hermano, Jonah. Se te da genial.

—He estado estudiando. —Levanté la mano del volante durante un segundo y le pasé un dedo entre dos de sus nudillos—. Ayuda estar casado con una experta.

El halago no caló como pretendía. A Sadie se le hundieron los hombros.

Apreté los dientes contra todas las cosas que quería decir. Era totalmente hipócrita de mi parte: unos meses de hermandad decente no compensaban mi trayectoria, pero es que no conseguía entenderlo. Si Fiona podía perdonar con tanta facilidad, sin reparos y

con tanta generosidad lo mal que yo me había portado con ella, ¿por qué Chess no podía hacer lo mismo con Sadie? ¿Cómo era capaz de abandonar a Sadie de esta forma, cuando sabía perfectamente los problemas de abandono que tenía?

En el teatro de principios de la era moderna se utilizaba un recurso llamado «truco de cama». Alguien pensaba que se iba a la cama con una persona, pero, sin saberlo, terminaba acostándose con otra persona.

El teatro de esta época estaba repleto de sinsentidos increíbles, pero el truco de la cama siempre me llamó la atención como la cima de todos ellos. Aunque estuviera completamente oscuro, ¿cómo no ibas a darte cuenta de que la persona con que te estabas acostando no era con la que pensabas hacerlo?

Estos meses casado con Sadie reforzaron aún más mi convicción. Yo ni siquiera me iba a la cama con ella, pero, cuando se ponía de este humor, no me haría falta tocarla o tumbarme a su lado para darme cuenta de que me habían hecho el truco de la cama. La quería en todas las estaciones: en los picos de alegría, en las profundidades de la miseria, mejor, peor, más rica, más pobre, enferma, sana, en todas; pero me destrozaba verla así, tan lejos de la mujer que solía ser, la que sería mi esposa.

Porque Sadie Shaw no era una persona apagada. Sadie Shaw no era esa sombra nublada. Sadie Shaw era un torrente de pensamiento y de intelecto y seguridad, una mujer hoguera que iluminaba con alegría a quien quisiera, generalmente a mí, que se pusiera en su camino.

Sin embargo, cuando se ponía así, me daba la sensación de que a mi mujer hoguera le habían echado un cubo de agua encima, y lo

único que quedaba eran hilos de humo emanando de algunas brasas ardientes.

Y me cabreaba muchísimo.

Me cabreaba con Chess, por echarle el agua. Me cabreaba con Sadie, por seguir culpándose de su propio apagado.

Pero, sobre todo, me cabreaba conmigo mismo por mi incapacidad de conseguir que se sintiera aunque fuera un poco mejor. Me sentía profundamente culpable.

Sadie podía insistir en que la riña con Chess era culpa suya todo lo que quisiera, pero era un argumento tan débil y engañoso como cualquiera que pudiera hacer Rory Worland. Es imposible que fuera tan infeliz si no se hubiera casado conmigo.

Y ahí estaba, insistiendo en cuidar de mi hermana cuando la relación con la suya estaba hecha añicos, y lo único que yo podía hacer era fantasear con enterrar la cara en su pelo y los dedos en las deliciosas curvas de su piel, y con arrancarme el corazón y dejarlo a sus pies.

Seguía callada cuando llegamos, y tuve que contener la necesidad de cogerle la mano o pasarle el brazo por los hombros al entrar en la gigantesca tienda de jardinería y ferretería. Encajado entre la ira y la culpa estaba el proteccionismo y, a veces, podía salirme con la mía utilizando la trampa del matrimonio para ofrecerle consuelo físico. Normalmente, lo aceptaba si podía leerse como: «Mira, todos nos observan como si fuéramos una pareja completamente real», aunque, en verdad, yo estaba diciendo: «Lo eres todo para mí y no quiero que te desmorones».

Tuve que conformarme con empujar del carrito y con hacer alguna actuación de comportamiento masculino: «Mujer, aparta, ¿para qué

te casaste conmigo si no para que te levante cosas pesadas?», cada vez que intentaba coger una bolsa gigante de fertilizante, en un esfuerzo barato de hacerla reír.[47]

—A ver, cuéntame tus ideas para el jardín —le dije mientras íbamos a la sección de exteriores—. Dime los puntos más importantes. A ver qué podemos hacer.

Ella exhaló. Había escrito suficientes clases con ella para reconocer que estaba intentando reconcentrar su atención en la tarea que nos ocupaba.

—En realidad, se reduce a un dilema entre plantar o sembrar. ¿Quiero plantar allium o prefiero sembrar una cosecha de tubérculos?

—Cuéntame más. ¿Qué tipo de allium? ¿Qué tipo de tubérculos?

—Pues, de allium, había pensado en puerros. Me encantan los puerros. De tubérculos, pues zanahorias heirloom, chirivías, remolacha, a lo mejor.

—¿Y no puedes hacer las dos cosas?

—No hay espacio suficiente.

—Vale. —Giré el carrito hacia el pasillo que nos interesaba y empecé a cargarlo con plantas de puerro—. Las de semillero van bien, ¿no? ¿O buscamos algunas más crecidas?

—¡Pero si no lo hemos decidido! —protestó detrás de mí.

—Claro que sí. —Metí otro puerro en el carrito—. Has dicho que te encantan los puerros. No te he escuchado decir: «Me encantan las chirivías», ni «Me encanta la remolacha».

—¡Pero sí que me gustan!

—Ya, pero ¿te encantan?

Nos sostuvimos la mirada durante unos segundos, hasta que ella cedió.

—No tanto como los puerros —refunfuñó—. Pero esa planta no, Jonah, no tiene buen aspecto. Esta, mejor.

—Haberme dicho que te encantaban —dije mientras quitaba el polvo de las plantas—. Los habría cocinado más a menudo.

—Ya te encargas de hacer toda la comida. No quiero empezar a tratarte como si fueras un restaurante en el que levanto la mano y pido lo que quiera.

—Shaw, por favor, pide lo que quieras. De verdad que me encanta cocinar. Me has hecho un regalo. Experimentar con nuevos platos de puerros va a ser un experimento muy divertido para mí.

Ella se me quedó mirando un momento.

—¿De dónde te viene? —preguntó—. Lo de cocinar.

—¿A qué te refieres?

—Corrígeme si me equivoco, pero he estado en casa de tus padres, y dudo mucho que «enseñemos a nuestro hijo a cocinar» fuera una de sus prioridades.

Resoplé.

—No te equivocas. —Sadie me señaló un par de puerros más y los metí en el carro—. Me fui de casa después de la graduación. De la primera, quiero decir. En la que…

—Se lio. —Terminó ella—. Me acuerdo.

Pensaba que había cometido un error fatal al recordarle a Chess otra vez, pero parecía involucrada en la conversación.

—Me mudé a una casa con una chica con la que estaba saliendo. No sé si llegaste a conocerla, pero…

—Ah, sí, ¿la mujer a la que le rompiste el corazón? —Sadie se llevó la mano al pecho de forma dramática—. ¡No puedo permitir que te quedes en esta casa compartida, Shaw, soy demasiado rompecorazones para encontrar otra!

—¿Has terminado?

Ella sonrió.

—Probablemente, no, pero continúa.

—En fin, me fui a vivir con ella, y yo era un inútil —dije—. No sabía cocinar, no sabía limpiar, no sabía hacer nada. Me di cuenta rápido de que necesitaba esas habilidades si alguna vez quería ser un adulto funcional, así que me puse a estudiar.

Ella parpadeó.

—¿A estudiar?

—Eso sí que sabía hacerlo. Querías también unos postes, ¿no? —Ella asintió, así que empujé el carrito hacia la sección de cuidados de jardín—. Me enteré de que los posgraduados tienen grados relacionados con la limpieza. Eso solo tenía que estar pasable. Pero cuanto más mejoraba con la cocina, más contenta estaba mi novia, y…

—Fisher —dijo Sadie—, ¿en serio aprendiste a cocinar para que tu novia se acostara contigo?

—¡No! —Me puse muy rojo—. No piensas en otra cosa, Shaw. Aprendí a cocinar para que me quisiera.

—Y funcionó.

Me paré y la miré de reojo. Lo había dicho como una afirmación, no una pregunta, y yo escuchaba la sangre palpitarme en los oídos mientras todo a nuestro alrededor se desenfocaba.

—Le rompiste el corazón —aclaró—. Cuando… doy por hecho que fuiste tú quien lo dejó.

—Oh. Sí. Fui yo.

Me volví para mirarla con los codos ligeramente apoyados en el manillar del carrito.

—Al cabo de un tiempo, me di cuenta de que, con cada plato extravagante que le cocinaba, ella pensaba que le estaba diciendo «Te quiero». Pero lo que estaba haciendo, en realidad, era cocinar platos extravagantes como forma de evitar decírselo. Porque no la quería.

Tenía la respuesta en bandeja delante de ella si quería unir las piezas. «No la quería. Nunca podría haberlo hecho, porque llevo enamorado de ti desde el día que nos conocimos, Shaw».

Sadie se quedó pensativa. Durante un instante, me acojonó que lo pudiera averiguar.

—La verdad es que eso demuestra mucha inteligencia emocional —dijo—. Para… ¿cuántos años tenías? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco?

—Más o menos.

—Perdona —dijo—. Por burlarme de ti por romperle el corazón. He sido una imbécil.

—No pasa nada —dije, aliviado y decepcionado al mismo tiempo —. Es agua pasada, fue hace mucho. Gracias a esa relación, descubrí mi auténtico gran amor. La cocina y yo seguimos teniendo una… ¡Cuidado!

La agarré por la muñeca y tiré de ella hacia mí. Me caí de espaldas en un montón de celosías y Sadie cayó encima de mi pecho, justo a tiempo de evitar quedar completamente arrollada por un hombre

rodando un carrito a toda velocidad, con un montón de materiales de jardinería apilados que le tapaban la vista.

El señor continuó, sin darse cuenta o sin importarle que casi atropella a alguien. Las celosías debajo de mi peso temblaron fatídicamente, y lo único que me mantenía anclado a la realidad era el borde de una de ellas clavándose en mi espalda.

Cada curva del cuerpo de Sadie estaba apretada contra mí.

—Joder —susurró.

No se había movido. Noté las palabras cálidas contra la piel, con su suave aliento haciéndome cosquillas en los pelos cortos de la barba.

—¿Estás bien? —Me salió la voz ronca, como si alguien le hubiera pasado una lija.

Ella asintió y su pelo me rozó la nariz.

—Sí. Gracias.

Me agarró por el cuello de la camiseta, tensándolo por la parte de la nuca.

Y volvió a ser el día de nuestra boda. Sadie Shaw estaba agarrada a mí, y había algo desesperado en sus ojos, y la única respuesta que yo tenía era besarla.

Mi cabeza bajó…

… justo cuando ella exhaló, acercando la frente para apoyarla contra mi hombro.

—Creo que me has salvado la vida —dijo contra mi clavícula.

Presioné los labios sobre su pelo, usando todas mis fuerzas para fingir que era lo que pensaba hacer desde un principio.

—A mí también me gustan mucho los postes para el jardín, Shaw, pero no es como para morir por ellos. Compórtate.

Eso lo dije tanto para ella tanto como para mí.

—Venga —dije, cogiéndola por el hombro y apartándola delicadamente de mí—. Vámonos.

Afortunadamente, para meter todo en el maletero del coche de Fi tuvimos que darle muchas vueltas y usar el ingenio, y luego nos distrajimos por un repentino arrebato de inspiración para una de nuestras próximas clases, así que cuando Sadie volvió a sacar el tema, mientras descargábamos la compra en el garaje de casa, me pilló por sorpresa.

—¿Sabes?, creo que yo me aficioné a la jardinería por el mismo motivo que tú te aficionaste a la cocina, Fisher —dijo con un tono casual mientras colocaba la última planta de puerro en el carro que utilizaba para mover las plantas por el huerto comunitario, listo para la mañana siguiente.

—¿También eras una adulta que se dio cuenta de que no tenía ninguna habilidad práctica? —Cerré el maletero y la miré de manera inquisitiva—. ¿No me dijiste hace un par de semanas en Tsundoku que empezaste con la jardinería con seis años?

—Siete. Pensaba que, si contribuía en casa y ayudaba, mi padre dejaría de gritarle a mi madre, a Chess y a mí que éramos un desperdicio de espacio.

Me paré en seco.

Ella sorbió la nariz, tragó una vez, dos.

—Pensaba que podía conseguir que nos quisiera.

—Joder —dije cuando se le empezaron a derramar las lágrimas—. Mierda, Sadie.

—Perdona. —Se las secó rápidamente—. No quería contarte mis traumas. Mis problemas de abandono son para que se preocupe mi

psicóloga, no tú. Estoy bien. En serio. Es solo…

No hizo falta que terminara la frase, y yo no iba a obligarla.

—Tengo que devolverle el coche a Fi —dije—. Pero puede esperar un poco. Podemos subir y te preparo un té. Si quieres, puedo… No quería decírtelo hasta que no la hubiera perfeccionado, pero he estado probando una receta de una tarta a la taza. Tengo alguna que otra idea de sabores bastante atrevidos. Puedes probarlas y me dices.

—Ay, Jonah, qué majo eres.

El corazón me dio un vuelco.

Pero entonces ella sacudió la cabeza.

—Llévale el coche a Fiona. Creo que… me vendrá bien estar sola un rato.

—¿Seguro?

—Seguro.

Entonces, para mi sorpresa, me pasó los brazos alrededor del cuello.

—Pero gracias —dijo—. Ha sido un detalle.

Me dio un beso en la mejilla, y quizá por eso permití que saliera de mi boca lo que dije después:

—Para eso estoy, amor —le susurré contra el pelo.



Me fustigué por ello durante el corto trayecto hasta casa de Fi. Tarta a la taza. Una puta tarta a la taza. ¿Por qué cojones me había ofrecido a hacerle una tarta a la taza? ¿Lo que me dijo

específicamente, la noche de la sexta tregua, que era lo que Chess le solía preparar?

Y había intentado besarla. La había llamado «amor», a pesar de que la única persona que podía escucharme era ella. ¿Qué mierda estaba pensando?

Le di un golpe al volante. Sí, nos estábamos llevando bien. Sí, habíamos empezado a tocarnos más últimamente. Sí, ahora estábamos incluso en el punto en el que era… normal que me abrazara como me acababa de abrazar.

Sin embargo, cada vez que Sadie se acercaba a mí, ya fuera para ponerme una mano en el brazo, o los brazos alrededor del cuello, o incluso para estirarse encima de mí mientras dormía, como seguramente volverá a hacer si empezamos a quedarnos con mis sobrines una noche a la semana, tenía que recordarme que no era porque estuviera de verdad emocionalmente unida a mí. No era porque yo fuera Jonah Fisher, la persona con la que le encantaba estar.

Era porque se sentía sola, y yo estaba ahí. El principio dominante básico de la narrativa era la causalidad. No era: «Pasó X y luego pasó Y», era «Pasó Y porque pasó X».

Sadie no había empezado a acercarse porque, de la nada, hubiera empezado a sentir por mí lo que yo siempre había sentido por ella. Lo estaba haciendo porque tenía un desacuerdo con Chess, y yo era el único sustituto posible.

Lo podía disfrutar, claro. Pero no podía leer nada entre líneas. Y, desde luego, no podía aprovecharme de ello.

Suspiré y aparqué el coche en la entrada de casa de Fiona. Tenía la leve sospecha de que sabía qué era lo que tenía que hacer, pero

eso no quería decir que quisiera hacerlo. Me había estado resistiendo durante los últimos meses; si había algo que sabía de Sadie, era que podía decir siempre lo que pensaba, pero resultaba evidente que no iba a cambiar nada a no ser que yo hiciera algo por cambiarlo.

Solo tardé tres segundos en encontrar la dirección de correo de Chess bajo una foto suya seria y sin sonreír en la página web de su bufete. Escribí:

De: Jonah
Para: Francesca

Estimada Francesca:

Estoy convencido de que no tienes ningún interés en recibir noticias mías, y lo entiendo. Ni yo ni mi familia te hemos dado nunca ningún motivo para caerte bien, y tenías toda la razón cuando me dijiste que me había aprovechado del éxito de Sadie para conseguir un trabajo que no me merezco.

Por lo que sí que te culpo, sin embargo, es por hacerla sentir miserable.

Pese a lo que puedas pensar, tu hermana me importa muchísimo. Puede que te cueste creerlo, teniendo en cuenta nuestra historia y las numerosas formas en las que nuestro matrimonio me ha beneficiado, pero no me habría casado con ella si no fuera así. Sadie es extremadamente importante para mí, y el hecho de que te niegues a hablar con ella la está destrozando.

Sé que discutisteis justo antes de nuestra boda. Sé que probablemente ambas dijisteis cosas, pero, francamente, me da igual. ¿De verdad vas a permitir que yo, alguien a quien no le tienes ningún respeto, se interponga entre vosotras?

Tu silencio le está rompiendo el corazón a tu hermana. Si Sadie te importa lo más mínimo, deja de hacerle tanto daño. Llámala.

Por favor.

Un saludo, Jonah

—Has estado ahí sentado mucho tiempo —me dijo Fi cuando entré a devolverle las llaves del coche—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Es que… —Moví el teléfono—. Un correo electrónico. Oye, a Sadie y a mí se nos ha ocurrido una idea.

Me costó un poco venderle el concepto de que les niñes vinieran a pasar la noche («¿Seguro? ¿Todes? ¿De verdad? ¿No queréis quedaros con Lex e ir aumentando poco a poco?»), pero al final Fiona aceptó que se quedaran con nosotros el jueves siguiente, cuando acabáramos las clases de la semana.

—Y, como agradecimiento —dijo mientras rebuscaba en la nevera y me daba una botella de Bibliophile fumé blanc—, llévale esto a tu querida esposa.

—No hace falta, Fi.

Me hizo un gesto con la mano.

—Tengo más. Lex y yo nos pasamos por Tsundoku el otro día para que cogiera algún libro más. Satoshi me dio una caja entera.

Acepté la bolsa refrigerada para vino que me dio.

—Te quieren mucho, ¿eh?

—Bueno, me he gastado allí muchísimo dinero en todos estos años. —Le dio un sorbo a una taza de té—. Pero los hermanos Tsukamoto son encantadores, la verdad. ¿Sabes que Satoshi fue la

primera persona a la que le conté que Matt me había confesado lo de su otra familia? Justo después de que me lo contara y yo experimentara una especie de experiencia extracorporal. Me imagino que salí directamente de casa, porque lo siguiente que recuerdo es que estaba en Tsundoku y que Satoshi me estaba calmando en su oficina mientras me servía una copa de vino y me escuchaba desahogarme.

Se me tensaron los dedos alrededor de la bolsa.

—Siento que no pensaras que me lo podías contar, Fi.

—Ay, Jonah.

Fiona me dio un abrazo. Vacilante, con cuidado de no darle un golpe con el vino, se lo devolví.

—Fue culpa de los dos —dijo—. Más mía, en realidad.

—Venga ya, Fi. Sabes que no es verdad.

Fiona se apartó y me miró con las cejas arqueadas.

Suspiré.

—Perdón. Es ese instinto de discutir… lo tengo bastante tan dentro de mí…

—A mí qué me vas a contar. —Hizo un sonido que casi pareció una risilla—. Siempre había pensado que me había liberado de la programación tóxica de papá, pero… cuando Matt se marchó, volvió a aparecer. Orgullo, un orgullo muy herido, y esta vergüenza increíblemente profunda por cuánto me había equivocado.

—Sé que probablemente no signifique gran cosa —dije—, pero odio que tuviéramos razón. Odio lo que te dije aquella noche que nos anunciaste que te casabas. Siempre me cuidaste y, cuando tú necesitaste a alguien a tu lado, me comporté como un auténtico cretino contigo. Lo siento mucho.

—Estás aquí ahora, Jonah —dijo Fiona suavemente—. Y eso es lo más importante para mí.

—Te he echado mucho de menos todos estos años —dije—. Y… sé que nunca se me ha dado bien decir esto, pero te quiero.

Ella sonrió.

—Yo también te quiero, hermanito.

Luego me dio un golpe cariñosos en el hombro. Afortunadamente, porque si hubiéramos seguido por este camino de sinceridad, uno de los dos habría terminado llorando y seguramente hubiera sido yo.

—Pero, de todos modos, no lo digas tan rápido. Vamos a ver si todavía me quieres después de pasar una noche con mis criaturas.

Me vibró el teléfono en el bolsillo mientras caminaba de vuelta a casa con el crujido de las hojas bajo mis pies. «Sé que este es tu territorio, pero he intentado preparar la cena —me había escrito Sadie—. Dejémoslo en que… ¿no ha salido bien? Así que… espero que te gusten las tostadas».

«Estás de suerte —le respondí—. Me flipan las tostadas».

«Menos mal. Temía que me pidieras el divorcio por faltarle al respeto a tu cocina».

Le respondí con un emoji riéndose.

Estaba a punto de volver a meterme el teléfono en el bolsillo cuando vi otra notificación, de email esta vez. «De: Francesca Shaw».

Me paré en seco. A lo mejor no debería haberme apresurado tanto en decir cuánto me gustaban las tostadas. Había una posibilidad bastante importante de que vomitara.

Pero solo era una respuesta automática: «Estoy de vacaciones», y una larga lista de personas con las que contactar según qué

circunstancia.

Solté una respiración larga a través de los dientes. ¿Por eso Chess no había contestado a Sadie? ¿Por qué no recibía los mensajes?

No. Seguro que no. Chess no estaría mirando el correo electrónico de trabajo, pero era ridículo dar por hecho que no había recibido la cantidad de mensajes y llamadas desde que nos vinimos aquí. Y, además, si no estuviera recibiendo los libros que Sadie le estaba enviando, al menos alguno de ellos lo habrían mandado de vuelta.

Cuando volví a empezar a andar otra vez, pensé en si contarle o no a Sadie lo del correo que había mandado, pero decidí que no se lo iba a decir. El silencio de Chess no le diría nada con lo que ella no estuviera lidiando ya. Además, probablemente se pondría furiosa porque lo hubiera hecho sin consultárselo, y no podía ser yo quien la molestara.

Sadie me sonrió cuando llegué a casa; las líneas de su risa se le hundían por los rabillos de los ojos.

—Siento lo de la cena.

—Cenar tostadas está bien. Es el vehículo perfecto para la mermelada, y compré una Bruny Island exquisita en el mercado Salamanca el finde pasado. Pera, limón y cardamomo. Sabe a rayos de sol. —Levanté la bolsa que tenía en la mano—. ¿Un vino?

—Por favor.

No, definitivamente no se lo iba a decir. Ya se enteraría cuando Chess por fin se tragara el orgullo y volviera a hablarle. Sadie se enfadaría conmigo por entrometerme, pero eso sería cuando su hermana por fin recuperara su posición como la persona en la que más confiaba en su vida.

Mientras tanto, me tenía a mí, y haría de cualquier rasguño que se dignara a hacerme mi mayor tesoro.

Mayo



Capítulo 17

Sadie

—Hnnnnnrrrrggghh —gruñó Jonah cuando saltó la alarma.

Yo me quedé quieta mientras me incorporaba. Normalmente, los viernes por la mañana, cuando compartíamos cama en la suite Bunbury para que Rosie y Georgia durmieran en la mía, ni siquiera se daba cuenta de cuándo saltaba mi alarma al amanecer. Se quedaba durmiendo mientras yo me lavaba la cara y salía de puntillas a trabajar un rato en el huerto antes de que les niñes se despertaran, lo que suponía, convenientemente, no tener que hablar de que yo siempre terminaba durmiendo medio encima de él.

—Frío —farfulló—. Estás muy calentita, Shaw. Como una bolsa de agua caliente.

Le arropé con la manta sobre los hombros. Hizo un ruidito de satisfacción y se acurrucó debajo. Como siempre, estaba durmiendo bocarriba, medio despatarrado, medio abrazando la almohada; y, como siempre, me hizo pensar en tres cosas: la historia que me contó Fiona de cuando su padre le escondió el osito de peluche; qué

sentiría si su brazo estuviera abrazándome a mí en lugar de a la almohada; y otra vez en el osito de peluche, porque no debería estar pensando en la segunda cosa.

—Duérmete, Jonah —susurré mientras me ponía la bata. No se equivocaba con lo del frío: a medida que se acercaba el invierno, las mañanas eran cada vez más frescas.

—No te entretengas mucho hoy —murmuró—. Tenemos que ir al campus cuando dejemos a les niñes en el cole, te acuerdas, ¿no?

Suprimí un gruñido. Los viernes eran normalmente lo que llamábamos optimista y eufemísticamente «el día para investigar». No teníamos ninguna clase que dar, y llevar a Lex y a las niñas al colegio no era una tarea para la que necesitáramos estar particularmente presentables, por lo que solíamos pasarnos el día trabajando desde casa con la ropa más cómoda que tuviéramos.

Aquel era el primer viernes en el que, quizá, por fin pudiéramos meterle mano a nuestras investigaciones. Habíamos terminado de escribir las nuevas unidades que nos habían endosado y le habíamos dado los últimos retoques a la clase cincuenta y dos el día anterior, una semana y media antes de que tuviéramos que entregarla. Así que, cómo no, hoy era el día que Petrovski había insistido en reunirse con nosotros en el campus para hablar de la carga de trabajo del segundo semestre, que seguramente supusiera encasquetarnos aún más clases.

—Ayer llegó un paquete para ti —añadió justo cuando yo estaba a punto de escabullirme de la habitación—. Se me olvidó decírtelo, con todo el lío. Lo dejé encima de la nevera.

Seguramente, fueran unos libros que había comprado para la investigación que probablemente fuera a tener que volver a

posponer de inmediato.

—Gracias. ¿Necesitas algo del huerto para el desayuno?

—Corta unas cebolletas y un poco de perifollo. —Todavía no había abierto los ojos y su voz sonaba medio amortiguada contra la almohada—. Voy a hacer tortillas. A las gemelas les encantan.

Algo empezó a dolerme en el pecho. Me lo froté con el dorso de la mano.

—Vale —dije—. Ahora lo subo.

Un poco después, Jonah le dijo a Lex que bajara a llevarme el café. Me gustaba mucho pasar tiempo con Lex, ahora que se había dado cuenta de que conocía muchos de los libros que le gustaban; charlábamos de lectura. No obstante, echaba de menos a Jonah en esas mañanas de viernes. Los pequeños rituales que habíamos establecido, los patrones, las rutinas…

Tenía sentido. No necesitaba todos mis años de terapia para saber que necesitaba estabilidad, y tampoco hacía falta ser un genio para darse cuenta de que Jonah era la única persona que me la estaba dando en este momento.

Pero aun así. No debería echarlo de menos cuando estaba, literalmente, arriba. Que me pidiera unas hierbas para tener contentas a sus sobrinas no debería haberme dado ganas de llorar. No podía encariñarme con nuestro acuerdo de convivencia, por muy sorprendentemente agradable que se hubiera hecho. Porque, aunque todavía tuviéramos por delante más de dos años y medio, llegaría el momento en el que terminara, y si me ataba demasiado fuerte…

Después de decirle a Lex que volviera al piso, me volví a frotar el dorso de la mano contra el pecho, bajo el aire fresco de la mañana,

observando la nieve que había caído durante la noche en la montaña.

A veces, normalmente cuando Jonah y yo discutíamos sobre alguna de nuestras clases, recordaba la historia que Fiona me contó aquella primera noche en Tsundoku. «Si la universidad va a ser así, creo que me he enamorado».

A veces, como por ejemplo cuando me ponía un plato nuevo delante, hecho única y exclusivamente según mis gustos, me costaba entender cómo podía haberlo odiado. A este hombre lo habían educado con una frialdad y en una competitividad fortísimas; aun así, cada día de nuestro matrimonio, me trataba con muchísimo cuidado, a mí y a Fiona, y a les niñes. «Eres un buen marido, Jonah».

A veces, como cuando lo veía de reojo salir del baño con una toalla atada baja en la cadera, o cuando estaba tan concentrado preparando la cena, moviendo las muñecas para darle la vuelta a algo en una sartén, o en las mañanas como esta, cuando me despertaba antes que mi despertador en la suite Bunbury, pero fingía seguir dormida para poder quedarme un ratito más estirada encima de él, recordaba lo que Chess me había dicho aquella última y horrible noche. «Sadie, si te lo quieres follar, fóllatelo».

Durante el último mes, había habido algún que otro momento en el que me lo planteé seriamente. Cuando me llevó a comprar plantas y tiró de mí para apartarme del camino de un carro y caí sobre su pecho, se le oscurecieron los ojos detrás de las gafas, se le entreabrieron los labios y se le entrecortó la respiración, cálida contra mi piel… En ese momento, estuve a punto de decir: «A la mierda», y saltar encima de él.

Pero no podía arriesgarme.

Él era lo único que tenía en el mundo ahora mismo, y si me permitía hacerlo, si me permitía acortar aún más la distancia entre nosotros, dejarme encariñarme de verdad, auténticamente y en condiciones, me destrozaría cuando todo acabara.



Petrovski llegaba tarde a la reunión, algo no especialmente sorprendente, teniendo en cuenta que respetaba el tiempo de los demás casi tanto como a las mujeres, así que Jonah y yo nos metimos en nuestro despacho-armario a esperarlo.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Te veo muy callada esta mañana.

—Sí, sí. —Le hice un gesto despreocupado con la mano—. Solo un poco preocupada por la pesadilla que nos espera para el próximo semestre.

Jonah giró la silla para mirarme a la cara, todo lo que pudo sin que se enganchara con la mía.

—Pero, independientemente de eso, vamos a terminar el artículo sobre la pareja de viejos casados, ¿no? Tenemos que conseguir los puntos para la investigación.

—Tranquilo, lo sé perfectamente.

—Perdona. Sé que no necesitas que un señor te explique la importancia que tienen los puntos para la investigación. Es que… —Se pasó una mano por el pelo—. Tengo pesadillas sobre lo que podría suceder si, después de tener que pasar por todo esto, terminamos por no superar el periodo de prueba.

—Ya, me lo imagino —dije, esforzándome por ignorar el cosquilleo incómodo que sentía siempre que me recordaban nuestra fecha de caducidad—. Tener que sufrir estar casado conmigo sin ninguna recompensa.

Él puso una mirada extraña.

—Shaw, eso no es lo que…

Sonó la campana del ascensor.

—Buenos días, Jonah, Sadie —dijo Petrovski sin mencionar que era casi la hora de comer—. ¿Charlamos?

Era la primera vez que Petrovski se había dignado a invitarnos a su santuario. Su despacho no era tan grande como el de Vargas, pero seguía siendo unas diez veces más grande que el nuestro.

—Sentaos. —Señaló dos sillas delante de su escritorio—. Tengo buenas y malas noticias.

La buena noticia, por lo visto, era que nuestras clases conjuntas este trimestre habían tenido tal éxito —pese a todas las veces que Petrovski interrumpió y se opuso a nuestros métodos, algo que se negó intencionadamente a mencionar— que quería que lo repitiéramos.

—Haremos exactamente lo mismo para las dos asignaturas obligatorias de primero el próximo semestre —dijo—. Cada uno de vosotros dirigiréis una, pero las enseñaréis juntos. Estableceremos esas bases para los próximos años.

Veintiséis clases más que escribir. Fantástico. Simplemente, fantástico.

—Sin embargo —continuó Petrovski con una cara extremadamente condescendiente cuando me miró—, ahora viene la mala noticia:

vamos a dejar en pausa la nueva unidad de ficción popular, indefinidamente.

La mandíbula, más apretada que nunca porque todavía no había buscado un nuevo mioterapista, se me cayó literalmente al suelo.

—¿En serio me está diciendo —pregunté—, que me he pasado tantísimo tiempo escribiendo la unidad nueva, que es exactamente el motivo por el que me contrataron, para que se quede guardada en un cajón?

—Sé que es un fastidio, Sadie. —Me estaba hablando como si tuviera cinco años—. Pero el presupuesto está muy ajustado y, a veces, no podemos permitirnos seguir adelante con todas las unidades que nos gustaría.

—Pues pausen la mía —dijo Jonah—. Shakespeare aparece en muchas otras unidades. No hacen falta más.

—La decisión ya está tomada —dijo Petrovski—. En estos tiempos complicados para la facultad, es importante centrarse en el principal objetivo: proporcionar a los estudiantes los estudios literarios de gran calidad por los que acuden a Lyons. Y, con todo el respeto, Sadie, el tipo de trabajo que tú haces no entra necesariamente en esa área.

Tenía ganas de darle un puñetazo. Estaba a punto de darle un puñetazo en esa cara de *bro* de *tweed* engreído.

—¿Quiere datos comparativos sobre las unidades de ficción popular en otras instituciones? Porque se los puedo dar. Son unas unidades que reciben un alto número de matriculaciones, extremadamente populares.

—Ya veo. —Ahora me hablaba como si tuviera tres años—. Pero la universidad tiene una reputación que mantener.

—¡Y Sadie es un valor increíble para ello! —dijo Jonah—. ¡Por eso la contrataron!

—Jonah, entiendo que quieras defender a tu mujer. —Ah, ahora estaba hablando como si ni siquiera estuviera delante. Qué bien. Genial, sí, fantástico—. Pero esta pequeña incursión en lo popular fue una de las iniciativas de Sofia y, con su salida de la dirección de la facultad, seguro que estás de acuerdo en que tenemos que reorganizar nuestras prioridades.

—¿Cómo? —dije—. ¿Adónde se va Vargas?

La sonrisa malvada de Petrovski me dijo todo lo que necesitaba saber, incluso antes de que abriera la boca.

—Ella y el equipo de liderazgo han acordado que sería mejor que explorara otras oportunidades.

Mierda.

—El profesor Carmichael será el nuevo director de la facultad. —Doble mierda. Julia iba a ponerse furiosa—. Yo seré su suplente, además de continuar con mi puesto de director del Departamento de Estudios Literarios.

¿Alguna vez alguien había tenido una sonrisa tan irritante?

—Para concluir con esta conversación —continuó Petrovski—, el próximo semestre, además de las dos unidades de primero, también os encargaréis de enseñar juntos las dos unidades nuevas de segundo: la del modernismo que ha preparado el doctor Henshaw y la que has preparado tú sobre Shakespeare, Jonah.

Veintiséis clases más, además de las veintiséis que ya nos había asignado. Otra vez.

—¿Por qué? —dije—. El experto en el teatro de principios de la era moderna es Jonah, no yo. No tiene sentido que enseñe con él esa

unidad.

—Y si el doctor Henshaw se ha preparado esa unidad, quien debería enseñarla es el doctor Henshaw —dijo Jonah—. Ninguno de los dos tenemos experiencia en ese periodo.

—El doctor Henshaw ya tiene demasiado trabajo. —Petrovski estaba poniéndose tocapelotas—. Y, a veces, tenemos que enseñar unidades que no nos apetece. Todos tenemos que poner de nuestra parte.

Niveló la mirada con la de Jonah.

—Como hijo de un académico tan experto y celebrado, espero que lo entiendas.

Jonah se tensó.

—Christian Fisher lleva ya casi una década sin pisar un aula —dije secamente—. Y, aunque lo hubiera hecho, jamás se dignaría a enseñar una unidad con otro profesor.

Petrovski se levantó, una señal clara de que quería que nos fuéramos.

—Si tienes alguna esperanza de pasar el periodo de prueba, Sadie —dijo—, te sugiero que cuides el tono.

—No le hable así.

—Jonah —dijo Petrovski—, aunque…

—Que ni se le ocurra terminar esa frase con algo así como «dice mucho de ti que defiendas a tu mujer». —Jonah también se levantó y taladró con la mirada a Petrovski—. No es porque esté casado con ella. Es por su completa falta de respeto hacia ella como académica.

—Como iba diciendo —dijo Petrovski, mirando a Jonah a los ojos —, aunque entiendo que estés molesto, también te sugiero que

cuides el tono. No creas que me he olvidado de que tú también estás en periodo de prueba.



En el bus de vuelta a casa estuvimos en silencio. No parecía que hubiera mucho que decir.

Jonah se bajó dos paradas antes.

—Voy a comprar —dijo, y señaló el pequeño supermercado por la ventana—. Me faltan algunas cosas para la cena.

—¿Necesitas algo del huerto?

—No. —Tenía la mandíbula apretada—. Lo tengo todo.

Cuando llegué a casa, el piso, que esa mañana había sido un remolino de actividad mientras Jonah y yo nos preparábamos para ir al campus al mismo tiempo que preparábamos a les niñes para el cole—, estaba en silencio. Y yo estaba completamente sola.

Dejé el bolso en mi habitación y fui a la cocina, me serví un vaso grande de agua y me lo bebí despacio. Tenía que parar. Pensar. No entrar en pánico. Ser honesta.

Le envié un mensaje a Julia para contarle lo que había pasado en la reunión; por lo visto, habían obligado a Vargas a dejar la universidad. Actualicé el documento que tenía en el móvil con todas las formas en la que Petrovski iba a por mí injustamente. Les envié un correo a Lin y a Veronica para ver si les interesaría aceptar algún seminario más por nosotros el próximo semestre. Envié otro mensaje corto a Henshaw para preguntarle si podíamos reunirnos para que nos hablara de su unidad sobre el modernismo. Si tenía

mucha mucha suerte, quizá tuviera algunas notas preliminares que Jonah y yo pudiéramos usar como punto de partida.

Mierda. Jonah.

«No creas que me he olvidado de que tú también estás en periodo de prueba». Me había puesto a la defensiva con Petrovski, y Jonah me había defendido porque es una buena persona, y ahora él estaba en la mierda conmigo.

Me serví otro vaso de agua y me di la vuelta para apoyarme sobre la encimera de la cocina, respirando hondo para calmarme. La diferencia con la que Petrovski nos trataba a Jonah y a mí nunca había sido justa, pero, aun así, si él perdía este trabajo por mi culpa…

Cerré los ojos. Ponerme catastrofista no iba a ayudarnos a ninguno de los dos.

Cuando volví a abrirlos, vi el paquete encima de la nevera. Jonah me lo había comentado esta mañana, pero se me había olvidado por completo.

Me puse de puntillas y lo bajé. Su peso me resultaba familiar. Libros.

Cogí un cuchillo de la cocina (uno mío, no de Jonah, porque una de las pocas discusiones que tuvimos al mudarnos fue sobre sus preciados cuchillos) y lo abrí. Saqué los libros y parpadeé con sorpresa. Esperaba un par de monografías de segunda mano que había encontrado baratas en internet. Pero esto eran unas novelas románticas: de Talia Hibbert, Alisha Rai y una un poco gastada de Jennifer Cruise.

Y entonces encontré la nota.

Querida Sadie:

Antes que nada, siento mucho no haber respondido a tus cartas. Me alegro muchísimo de que tu vida en Hobart vaya bien (aunque no sea así en el trabajo, seguro que no hace falta que te diga que documentes todo lo que haga, por si acaso). Me hace muy feliz saber que llevas una vida plena y que has encontrado una red de personas a tu alrededor que te cuidan.

He pensado mucho en la discusión que tuvimos y quiero que sepas que me tomé muy en serio lo que dijiste.

Como resultado, me he pedido unas vacaciones en el trabajo (¡menos mal que tenía tanto tiempo guardado!) y me he ido de viaje de introspección. Tú has sido todo mi mundo desde que tengo uso de razón. He de averiguar sola quién soy, cómo es mi vida cuando no gira a tu alrededor.

Por eso, voy a estar un poco más de tiempo desconectada. Me estoy quedando con un amigo que me ha guardado el teléfono, pero si me necesitas de verdad, puedes llamarme.

Te quiero,

Chess

P. D.: Espero que te gusten estos libros. Yo no tengo tu habilidad a la hora de elegirlos, y aquí la disponibilidad es algo limitada.

Se me cayó la nota de los dedos al suelo. Me cubrí la boca con las manos, pero nada pudo evitar el sollozo horrible y ahogado que salió de mi cuerpo.

«Quiero que sepas que me tomé muy en serio lo que dijiste».

Esas cosas horribles que le dije, las cosas que daría lo que fuera por que olvidara. Se las había tomado en serio.

«Tú has sido todo mi mundo desde que tengo uso de razón».

Había sido una carga para ella toda su vida, y, cuando discutimos, por fin se dio cuenta.

«He de averiguar sola quién soy, cómo es mi vida cuando no gira a tu alrededor».

Jamás podría solucionarlo. Nunca iba a recuperarla.

La había perdido.

Cogí la carta del suelo y la volví a leer con las lágrimas nublándome la vista. «Si me necesitas de verdad, puedes llamarme».

Aunque estaba escrita educadamente, entre líneas, veía todo lo que no estaba diciendo.

Todo las vacaciones que había ido acumulando y que iba a emplear en visitarme había desaparecido. Iba a estar desconectada un poco más, habían pasado meses y todavía no podía soportar hablar conmigo. Podía llamarla, pero solo si la necesitaba de verdad: «Llámame si necesitas que te saque de la cárcel; si no, estoy agotada y no puedo más».

Se cerró la puerta de casa. Me metí rápidamente la carta en el sujetador y me froté la cara antes de que Jonah me viera. Si supiera que soy tan mala persona que hasta mi propia hermana quiere librarse de mí…

—Espero que estés preparada para comer como una reina esta noche, Shaw —dijo mientras soltaba las pesadas bolsas de papel en la encimera—, porque me voy a poner creativo para superar el cabreo.

—Lo estoy deseando —conseguí decir medio ahogada—. Y si… ¿y si me acerco a Tsundoku a por un poco de vino?

—No hace falta. Ya lo he hecho yo. —Sacó una botella de una de las bolsas de papel y la metió en la nevera—. Lo tengo todo bajo control. Tú no tienes que preocuparte por nada.

«Por favor, deja que me preocupe por algo —quería decir—. Por favor, deja que te ayude. Por favor, deja que cuide de ti para poder convencerme de que no soy una carga para ti».

—Siento mucho cómo ha ido la reunión de esta mañana —dijo—. Me parece increíble que Petrovski te haga esto. Hacerte trabajar tanto en la unidad de ficción popular para terminar suprimiéndola… y la forma en la que te ha hablado…

—No hacía falta que… —Tragué, todavía peligrosamente cerca del llanto—. No hacía falta que me defendieras así.

—Ya sé que eres completamente capaz de luchar tus propias batallas, pero… Sadie, ¿estás bien?

Me estaba mirando, examinándome de cerca, intentando leerme la cara. Si me quedaba en esta habitación un segundo más, iba a darse cuenta de exactamente lo mismo que Chess: que yo era una carga y que estaba mejor sin mí.

—Todavía estoy un poco alterada por la reunión —dije, forzando una sonrisa—. Voy a… Voy a trabajar un poco, ¿vale? Tenemos que escribir otras cincuenta y dos clases y quiero hacer bien mi parte.

Junio



Capítulo 18

Sadie

Mi trigésimo segundo cumpleaños cayó en el domingo siguiente a la última semana del semestre. Cuando amaneció, estaba más triste que nunca.

Había estado de bajón desde que recibí la carta de Chess, pero, a medida que se acercaba la semana de mi cumpleaños, empecé a dejar que volviera un poco la esperanza. Desde que tenía uso de razón, Chess había celebrado a lo grande mi cumpleaños. Ya fuera mimándome con un regalo muy generoso o preparándome una tarta a la taza con lo que encontrara por nuestra cocina de mierda, siempre siempre estaba ahí.

Pero la esperanza de que apareciera milagrosamente, con los brazos estirados y preparada para perdonarme, se arruinó un par de días antes, cuando abrí la puerta del piso y casi me tropiezo con el paquete que había en el umbral. Era media caja del pinot noir reserva Noriko de Bibliophile, con una nota que simplemente decía: «Feliz cumpleaños, Sadie. C.».

Fue casi peor que si no se hubiese acordado. «Ey, ¿te acuerdas de ese vino tan caro que nunca nos terminamos aquella noche que me dijiste que te quería demasiado? Aquí tienes suficiente para ahogarte en él. Feliz cumpleaños».

Teniendo eso en cuenta, no estaba de humor para hacer nada especial por mi cumpleaños. Y, sobre todo, no estaba de humor para hacer nada que estuviera relacionado con el vino; pero Fiona planeó un viaje para todos a la bodega de los hermanos Tsukamoto, y si yo me echaba atrás, se sentaría muy mal.

—¡Espera y verás! —exclamó conforme terminaban los barrios del este de Hobart para dar paso a la región vinícola—. Esto es precioso.

Conducía ella. Lex iba en el asiento del copiloto, con los auriculares puestos. Las niñas iban detrás, hablando escandalosamente sobre lo que fuera que estaban haciendo con el iPad, y Jonah y yo estábamos en el centro.

Apoyé la cabeza en la ventanilla. Había algo ligeramente hipnótico en las líneas rectas de las vides.

Jonah me tocó la mano con un dedo largo.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Sí.

Tuve que decirle lo del vino. Era mucho más complicado esconder seis botellas de vino que esconder la carta, al fin y al cabo. «Pero está muy bien —dijo mientras desayunábamos esta mañana—. Está poniendo de su parte».

«Supongo», mentí. Si le decía lo que pensaba de verdad, que para Chess doblar su pedido habitual al club de vinos de Bibliophile era un

esfuerzo tan mínimo como decir «que te den por culo», me lo habría discutido y no tenía energía para eso.

Así que forcé una sonrisa cuando me puso delante una bandeja de buñuelos de maíz y cambié de tema. «Se te está gastando el dorado de la alianza», le dije, y lo señalé con el tenedor.

Él lo miró a través de las gafas. «Anda, es verdad —dijo—. ¿Lo cambiamos antes de salir?».

Se puso la segunda de las tres alianzas de boda, esas que nos habían costado doce dólares. Los buñuelos de maíz que me había preparado me reconfortaron un poco, sabía cuánto me gustaban y, desde que descubrió mi amor por los puerros, ha estado modificando la receta para incorporar más. Pero el desgaste del acabado de oro de la alianza dejaba claro que este vínculo, al igual que todos los vínculos que nunca tuve, iba a deshacerse al final.

—¡Hoy no puedes pensar, cumpleañera! —declaró Fiona—. ¡Hoy solo se bebe!

Jonah puso la mano sobre la mía, con la palma contra los nudillos, y los dedos en los huecos entre los míos.

—Me parece un buen propósito, amor.

Era un hombre inteligente. Tal vez no supiera nada de la carta, pero seguro que sabía que estaba pensando en Chess. Él tenía muchas otras cosas de las que preocuparse, entre el trabajo, la familia, pero ahí estaba, preocupándose por mí.

Exhalé. Daba igual lo alicaída que estuviera, tenía que animarme para la ocasión. Además, les debía a él, a Fiona y a les niñes tener un día agradable.

Así que me obligué a sonreír.

—Beber y no pensar —repetí—. Voy a ser un modelo maravilloso para tus hijes, Fiona.

Ella se rio.

—Evidentemente, el único motivo por el que me he aficionado a la cultura del vino es para que les parezca menos atractiva. Gracias por acompañarme en mi misión de convertirles en abstemies.

Jonah me apretó la mano y me sonrió. Una parte de mí quería apartarla, la otra parte quería apretar más fuerte. Atrapada entre los dos impulsos, lo único que podía hacer era quedarme completamente quieta.

La bodega estaba sobre una colina, y las líneas de las vides caían por la ladera.

—Eso es katakana —dijo Lex, señalando el cartel que había junto a la puerta, que tenía unos caracteres japoneses debajo de la palabra «Bibliphile», escrita con la misma fuente que en Tsundoku—. Pone «biburio-fairu». Y los del otro lado son kanji, pone «Tsukamoto». Me lo enseñó Satoshi.

—Le va a encantar que te acuerdes —afirmó Fiona con cariño.

Satoshi salió al aparcamiento con una sonrisa en la cara.

—Tuve que venir ayer a una reunión con Isamu, así que me colé en uno de los buses turísticos —dijo mientras saludaba a Fiona con un abrazo—. Así puedo llevaros luego a casa, y tú puedes disfrutar también del vino.

—Ay, Satoshi —dijo Fiona, apartándose un poco de él para mirarlo; volvió a dar un abrazo—. A veces creo que eres un ángel caído del cielo.

Encantado de la vida, orgulloso, Satoshi nos enseñó las instalaciones.

—En realidad, la bodega, donde Isamu hace el vino, está en el otro lado de la colina —nos dijo—. Ese es terreno suyo, por lo que, evidentemente, el diseño es profundamente funcional y nada atractivo. Sin embargo, aquí —señaló la sala de catas, con paredes blancas y vigas cálidas de madera, donde estaban sirviendo a un grupo de turistas— pude participar más.

Señaló el hostal, escondido en una esquina tranquila («es un sitio muy tranquilo, ideal para una escapada para desconectar —nos dijo a Jonah y a mí—: mi madre lo lleva con mano dura»), y luego nos llevó hasta el restaurante. Tenía la misma paleta de colores que la sala de catas, pero la mayoría de las paredes eran de cristal, con una vista panorámica de las vides.

—Pinot gris —dijo Satoshi, señalando los diferentes bloques de vides—, chardonnay, pinot noir. Hay más varietales a los pies de la colina y detrás del hostal.

A Chess le encantaría esto.

El instinto de sacar el teléfono y enviarle una foto era casi abrumador. «En tu sitio favorito. Ojalá estuvieras aquí».

Sin embargo, simplemente apreté la yema del pulgar en el anillo de compromiso. Una foto de unas vides no llegaba al nivel de: «Si me necesitas de verdad, puedes llamarme».

Satoshi nos condujo hasta nuestra mesa. «Familia Fisher, seis personas», ponía en el cartel de la reserva. Jonah pasó el brazo por el respaldo de mi silla y me rozó el hombro; Fiona me sonrió desde el otro lado de las bandejas de pan. Así pues, volví a pintar una sonrisa en mi cara. Puede que me sintiera miserable, pero no iba a arrastrarlos conmigo.

—Se me ha ocurrido hacer una comida algo fuera de lo común aquí —anunció Satoshi—. Rosie, esto es para ti; Georgia, toma; Lex, colega, ¿estás de humor para un gorrito de cumpleaños? Genial. A ver, yo os voy a seguir a vosotros, porque se me da fatal cantar. «Cumpleaaaaaaños feeeliz…».

Le hizo señas a uno de los camareros, que se acercó y puso una tarta en la mesa delante de mí.

Una vez que la cortaron y después de que todos hubiéramos comido un trozo, y de que las niñas alcanzaran el Everest del subidón de azúcar, Satoshi se las llevó fuera.

—Ni se te ocurra —dijo con firmeza cuando Fiona se levantó para ir con ellas—. Rosie, Georgia y yo vamos a dar un paseo por el jardín de esculturas y vamos a criticar lo feas que son las flores de Isamu. Lex, tú te vienes, ¿a que sí?

—¿Cuánto vino le has comprado? —preguntó Jonah mientras Satoshi dejaba que las niñas tiraran de él, cada una agarrada a una muñeca; Lex los siguió.

—Mucho —contestó Fiona mientras nos llenaba los vasos de agua —. Pero mucho mucho.

Isamu se acercó a la mesa y dejó una copa de vino blanco y otra de vino tinto delante de nosotros.

—Yo me encargaré de la cata de hoy —dijo con su voz grave—. Iremos muy poco a poco, para que podáis probar el vino más adecuado con cada plato del menú.

Entonces, tuve una sensación muy incómoda. Se me erizó el vello de la nuca. Me volví para mirar detrás de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Jonah.

—Nada, nada. —No había nadie detrás de mí, solo el murmullo de las conversaciones de la gente en las demás mesas y los camareros; Isamu estaba de pie delante de nosotros—. Solo que… ¿sabes lo que se siente cuando alguien pasa por encima de tu tumba?

—Treinta y dos no son tantos años, Shaw.

Puse los ojos en blanco.

Jonah sonrió y luego me presionó los labios en la sien.

—Feliz cumpleaños, amor.

Hubo un flash delante de nosotros. Fiona.

—Sois monísimos —dijo, y nos enseñó la foto que había hecho.

Si no fuera porque lo sabía, jamás habría dicho que la pareja de la foto, él sonriendo contra el pelo de ella, ella esforzándose por no hacer lo mismo en el hueco del cuello de él, era una farsa.



Cuando nos fuimos, el sol estaba bajo sobre las vides; los naranjas oscuros se desteñían en azules casi negros conforme el fresco día de invierno se convertía poco a poco en noche. En la parte de atrás, la conversación entre Rosie y Georgia se desvaneció en un silencio adormecido. En el asiento del copiloto, Lex conversó un rato con Satoshi, pero no tardaron en quedarse también en silencio. Yo estaba sentada entre Fiona y Jonah en el medio; después de un rato, tenía ambas cabezas apoyadas en los hombros. Los dos empezaron a roncar suavemente, ligeramente descompasados el uno del otro.

Satoshi me miró por el retrovisor.

—Azúcar y alcohol —dijo—. Una combinación letal. Es evidente que tú estás hecha de un material más resistente que los Fisher.

—… no estoy dormida —farfulló Fiona.

—Claro que no.

Jonah no se movió.

Tenía la mano izquierda apoyada en mi rodilla, pesada y cálida. Tracé las líneas de todos los dedos y pasé la yema de un dedo por la alianza dorada de su anillo.

¿Cuántas veces, me pregunté, tendría que hacerlo antes de que se desgastara el acabado?

Se había portado muy bien conmigo. Muy muy bien.

Pero ¿cuánto iba a tardar en desgastarlo, como había desgastado a Chess? ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de la carga que suponía y de lo agotador que era cuidar de mí? ¿Antes de que esa amistad, o ese cariño, o lo que fuera que había empezado a sentir por mí, se convirtiera en odio?

—¿Has disfrutado de tu cumpleaños? —me preguntó Satoshi.

—Ha sido fantástico —mentí. Aquí tenía a otra persona que no se merecía mis miserias—. Gracias por todo, ha sido un día genial. Te has pasado, la verdad.

—Ha sido un placer. Aunque yo no he hecho casi nada. La mayor parte ha sido cosa de Isamu.

Isamu no había estado cuidando de las niñas de siete años con más energía del mundo, pero tampoco iba a decir eso en voz alta.

—Supongo que somos sus inquilinos favoritos.

Satoshi se rio.

—Creo que no vais a tener ningún problema a la hora de renovar el contrato.

Pasé el pulgar otra vez por la alianza de Jonah; luego, con cuidado de no molestar a ninguno de los dos hermanos que roncaban sobre mis hombros, me saqué el teléfono del bolsillo.

Sin noticias de Chess. Ni un mensaje, ni una felicitación; solo el vino abandonado en la puerta de mi casa, y todo lo que eso significaba.

Me mordí el labio, fuerte, hasta que me supo a sangre.

Jonah se despertó cuando Satoshi paró el coche en la entrada de la casa de Fiona.

—Venga, Rosie —dijo suavemente, cargando el cuerpo dormido de la niña en brazos—. Vamos a la camita.

Satoshi lo siguió cargando con Georgia. Lex se tambaleó hacia dentro a duras penas, y yo llevaba a Fiona agarrada por la cintura para que no se tropezara y se cayera de camino a su habitación.

—Gracias por dejar que te forzara a ir a la bodega por tu cumpleaños, Sadie —murmuró cuando cayó bocabajo sobre su cama —. Ha sido un día muy bonito.

—La verdad es que sí. —Le puse un vaso de agua en la mesita de noche—. Duerme bien, ¿vale?

—Mmm. —Se puso de costado y acurrucó la cara contra la almohada—. Me alegro mucho de que te casaras con Jonah. Os quiero mucho a los dos.

Algo se apretó en mi pecho hasta dolerme.

—Yo también, Fiona —susurré, agradecida de que ya se hubiera dormido.



El aire frío de la noche contra la cara era una maravilla mientras Jonah y yo caminábamos de vuelta a casa. Era vigorizante y todo estaba quieto y tranquilo; se veían algunas estrellas en el cielo, la luna gibosa brillaba intensa y perlada sobre el río, aunque aún quedaban unos días para su plenitud.

—Siento que no te haya llamado tu hermana. —Jonah señaló mi bolso—. Me he dado cuenta de que tenías esperanza de que lo hiciera.

—Sí —respondí en voz baja—. Pero no lo esperaba.

Ese era el patrón, al fin y al cabo. Chess había durado mucho mucho más que cualquier otra persona, pero todo el mundo se terminaba desvinculando de mí al final.

Giré para subir las escaleras del edificio, pero Jonah me cogió del codo.

—Tengo una cosa para ti.

Me condujo hasta el patio, donde estaba el huerto comunitario.

—No es gran cosa, perdona.

Señaló una parcela descuidada, tres más allá de la que yo le había cogido a Isamu.

—He averiguado de quién era y le ofrecí quitársela del medio. Así tienes más espacio para tu huerto.

—Oh. —Fue todo lo que pude decir.

Jonah se pasó una mano por el pelo, la luz de la luna titilaba plateada en las canas dispersadas.

—Sé que una parcela de tierra es un regalo de mierda, sobre todo teniendo en cuenta cuánto trabajo requerirá limpiarla, pero te ayudaré. Y te acompañaré al vivero a comprar todas las plantas que quieras, y fertilizante y lo que sea. Y, mierda, me acabo de dar

cuenta de que me estoy ofreciendo a comprarte sacos de mierda por tu cumpleaños. Perdona. Es que…

—Para.

Paró.

—Me encanta. Gracias.

Sonrió con esa sonrisa vergonzosa del Jonah de cárdigan que yo había empezado, en algún momento, a apreciar.

—Bueno, a ver, es un regalo muy egoísta. Cultivas verduras muy buenas. —Me cogió la mano—. Venga, que hace frío. Vamos a casa.

—Espera.

Me mordí el labio otra vez. El sabor a sangre era salado y metálico.

—Tenemos que hablar, Jonah. —Miré su mano sobre la mía, en lugar de mirarlo a la cara. Sabía lo que tenía que hacer y, si lo miraba a los ojos, perdería el valor—. Hablar sobre cómo va a terminar esto.



Capítulo 19

Jonah

No era una frase complicada.

Me había pasado gran parte de mi carrera leyendo cuidadosamente lenguaje inextricable y arcaico. Si fuera una frase que estuviera leyendo, pasaría sobre ella sin problemas. No requería esfuerzo alguno analizarla.

—No sé a qué te refieres —dije de todos modos.

—Sí que lo sabes —respondió Sadie en voz baja—. No seas obtuso. Por favor.

Tenía la cabeza gacha y la luz de la luna le besaba los ángulos de la cara en la oscuridad. Un destello de llamas en su pelo, donde se reflejaba la luz de las otras casas. Su respiración era un leve soplo de vaho blanco en el aire frío de la noche.

En mi mano, la suya, que solía ser muy firme y certera, temblaba.

—Pero no lo entiendo —le dije—. ¿No estás…? ¿No estamos…?

Sería muy ingenuo por mi parte terminar esa frase como quería. Claro que Sadie no era feliz. Puede que hubiéramos encontrado algo cómodo como compañeros, y quizá hasta lidiáramos el uno con el

otro, pero no había habido ni un solo momento desde el día que la vi al otro lado del parque, con el vestido de boda verde pastel arrastrando su maleta, en el que hubiera sido feliz.

—Tú no has hecho nada malo, Jonah.

Por fin me miró.

—Nunca había soñado con tener un marido —dijo—, pero, si lo hubiera hecho, habría soñado con uno como tú.

«Ya me tienes —quise decir—. Siempre me has tenido».

—¿Has conocido a otra persona? —pregunté.

Ella parpadeó.

—No. ¿En qué momento iba a haber conocido a alguien?

—Entonces, ¿por qué?

Volvió a mirar al suelo, con la respiración acelerada.

—Si no quieres seguir con esto, no pasa nada —dije—. Claro que no pasa nada. Jamás te obligaría a que siguieras casada conmigo si no quieres estarlo. Jamás te obligaría a hacer nada que no quisieras hacer. Pero… dijimos que haríamos esto durante tres años, Sadie. Solo han pasado unos meses. Por eso no entiendo por qué… ahora.

—Ya no me necesitas.

Una lágrima como un diamante destelló por su mejilla antes de que se la secara con fuerza con el pulgar.

—Ya tienes lo que querías sacar con esto. Tienes tu trabajo, y tienes más probabilidades de no pasar el periodo de prueba si seguimos juntos que si nos separamos.

—Sadie, no.

—Y necesitas el trabajo —dijo sin escucharme—, así puedes quedarte en Hobart y ayudar a Fiona. Has encontrado tu lugar en su vida, un lugar bueno, resistente, y no quiero poner eso en peligro.

—No soy el único que tiene un lugar en su vida —dije—. Te adoran. Fi. Las niñas. Lex.

—Pero no me conocen desde hace mucho. —Tenía la voz ronca—. Será más fácil para elles si nos separamos cuanto antes. Cuanto más tiempo pasa una persona en tu vida, más duro resulta que salga de ella.

Quería matar a su hermana.

—¿Y el trabajo? —Intenté—. Tenemos que escribir otras cincuenta y dos clases. ¿De verdad quieres ponerte a negociar un divorcio, encima? ¿Que uno de los dos tenga que mudarse?

—¡No! ¡Claro que no! Me… me gusta lo que tenemos, Jonah. Me gusta la vida que hemos construido juntos.

—¡Pues vamos a seguir viviéndola! —dije—. A mí también me gusta, Sadie. Me encanta. Me gusta bajar aquí por las mañanas y traerte el café y escucharte hablar de tu huerto. Me gusta sentarme contigo después de trabajar y tomarnos juntos una copa de vino. ¡Hasta me gusta ver ese puto programa de citas contigo, joder!

Ella sacudió la cabeza mientras se secaba otra lágrima.

—Aunque nuestra carga de trabajo sea una pesadilla, me gusta formar equipo contigo —dije—. Me gusta escribir contigo ese artículo. Me gusta cuando no estás de acuerdo conmigo. Me gusta cuando me haces pensar. Más. Mejor. Siempre me ha gustado. Desde el día que te conocí.

—Jonah, por favor. —Su voz era apenas un susurro—. No hagas esto más duro de lo que ya es.

—No quiero complicarte las cosas.

Le agarré la cara con las dos manos y la incliné hacia mis ojos.

—Lo digo en serio. No tengo ningún interés en complicarte la vida. Y menos después de que tú hayas puesto la mía completamente del revés. Nunca, nunca, nunca voy a interponerme entre lo que quieres y tú.

Sadie contuvo un sollozo.

—Pero quiero que sepas que soy feliz —dije—. Aquí, juntos, contigo, viviendo esta pequeña vida que hemos creado. Soy feliz. Y seguiré haciéndolo encantado, todo el tiempo que tú quieras.

Sadie se quedó en silencio un buen rato.

Se mordió el labio. Evitar pasarle el pulgar por la marca que le dejaron los dientes fue lo más difícil que había hecho en mi vida.

—Soy una carga para ti —dijo por fin.

¿Qué?

—Y te mereces más que esto —susurró—. Te mereces algo mejor.

—No me jodas, Sadie. Es lo más ridículo que me has dicho en tu vida.

Le solté la cara y di unos pasos hacia atrás.

—No me merezco nada de esto. Nunca lo he hecho. No merezco mi trabajo. No merezco esta vida. No te merezco a ti, y mucho menos después de haberte tratado siempre como un gilipollas privilegiado. ¿Y dices que eres una carga? ¡No tendría nada de esto si no fuera por ti!

—Jonah…

—No —gruñí—. Puedes decirme lo que quieras. Puedes decirme: «He decidido que vamos a divorciarnos, y punto, fin, no pienso darte ninguna explicación». Me parece bien. Pero no puedes decirme que eres una carga y que me merezco algo mejor. No puedes dar un argumento tan engañoso y esperar que me lo coma con patatas.

—¿Acaso se te ha olvidado quién soy?

Me estaba enseñando los dientes. Tenía los puños apretados. Bajo el aire frío y tranquilo de la noche, Sadie Shaw estaba en llamas.

—No soy un texto complejo —dijo enfadada—. No soy una cebolla a la que quitarle capas de subtexto y significados. Soy quien siempre has pensado que soy.

Me crucé de brazos.

—¿Y quién eres? Por favor, explícame exactamente qué pienso de ti. Me encantaría escucharlo.

—Soy horrible. —Se le abrió la nariz—. Sigo siendo esa zorra de clase que no se calla ni debajo del agua ni se retira nunca y que convierte lo más mínimo en una guerra. Sigo siendo tan profundamente desagradable que puedo contar mis amigos con los dedos de una mano. —Le brotaban más lágrimas de los ojos, pero se las secaba con tanta agresividad que tenía que dolerle—. Todo el mundo se termina dando cuenta de esto, Jonah. Incluso Chess lo hizo.

—No sé qué coño está pasando con tu hermana —dije con los dientes apretados—, pero eso no es verdad.

—¡Le dije que me quería demasiado!

Sadie enterró la cara en las manos, con los dedos blancos al clavárselos en el cuero cabelludo.

—Lo único que ha hecho toda su vida ha sido cuidar de mí, convertirme en su prioridad, en el centro de su mundo, ¡y yo le dije que me quería demasiado! ¡Le dije que su cariño era agotador!

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Es verdad, ¿no?

Se quedó en silencio por la impresión.

—A veces, el cariño de la gente llega a ser agotador —dije—. Mi padre, con todos sus defectos, me quiere. Y es agotador.

—No compares a Chess con tu padre —dijo con una voz grave.

—¿Y Fiona? —dije—. La quiero. Me tumbaría en la vía de un tren por ella. Pero, a veces, cuando viene al aeropuerto a buscarnos sin avisar cuando lo único que queremos es irnos a dormir, o cuando nos arrastra a alguna aventura con ella, o nos pide ayuda cuando tenemos una montaña interminable de trabajo, me agota un poco.

—No es lo mismo.

—No es tan diferente.

—¿Me estás diciendo —dijo Sadie— que serías capaz de mirar a Fiona a los ojos y decirle que te quiere demasiado?

—No. Pero…

—¡Pero nada! —Se envolvió los brazos al torso—. ¡Esa soy yo, Jonah! Es con quien te has casado. Sí, claro, puede que ahora estés disfrutando un poco de esta vida doméstica, pero no siempre será así. Siempre estoy a punto para discutir. Para enfadarme. Un día, te acordarás de eso y me dolerá muchísimo más cuando me dejes que si… que si… —tragó con hipo entre la ola de sollozos—, que si lo zanjamos ahora.

—Hazlo lo peor que puedas, Shaw.

Me miró.

Estiré los brazos.

—Inténtalo. Prueba. Grítame las peores cosas que se te vengan a la cabeza. ¿Crees que voy a dejarte? Inténtalo y oblígame.

Tenía la respiración acelerada e irregular, con vaho blanco en el aire de la noche. Mi mujer se había convertido en un dragón.

—Mira, yo empiezo —dije—. Soy un esnob. Soy un *machoexplicador*. Tengo una cantidad obscena de privilegios y un historial manchado cuando se trata de reconocerlo. Lloriqueo por lo horrible que es mi padre, aunque me aproveche de ser su hijo. Inicio discusiones por iniciarlas, sin más. Soy todas las cosas horribles de la universidad en carne y hueso.

Ella no dijo nada.

—Venga —dije—. ¡Eso era solo el calentamiento! Un mero entrante de todas las cosas que tú ya me has dicho antes. Si eres tan mala persona, seguro que tienes un montón más que soltar. Hiere mis sentimientos, Sadie. Te reto.

—¡No me estás escuchando!

—Claro que te estoy escuchando. Siempre te escucho. Simplemente, no estoy de acuerdo contigo.

Acorté la distancia entre nosotros y la agarré por los hombros.

—¿Quieres saber por qué nunca le diría a Fiona que su cariño a veces podía ser agotador? Porque nuestros cimientos todavía no son lo bastante sólidos para soportar una discusión. Aún no la conozco del todo bien. —Le pasé la mano por el pelo—. Quizá, algún día, Fi y yo lleguemos al punto en el que me sienta lo suficientemente cómodo para discutir con ella, pero todavía no estamos ahí. Es demasiado reciente. Demasiado frágil. No como lo que tú tienes con tu hermana.

Sadie cerró los ojos. Pero las lágrimas seguían recorriéndole las mejillas.

—No voy a fingir que sé qué cojones está pensando Chess —dije —. Pero este silencio entre vosotras… durante mucho tiempo, pensé que era culpa mía.

—No. Es…

—Y tampoco es culpa tuya.

Le deslicé los dedos por el pelo, con el pulgar detrás de la oreja, y la obligué a mirarme.

—No es culpa tuya —repetí.

—Sí que lo es. —Se le volvió a arrugar la cara—. Lo único que Chess ha hecho ha sido luchar por mí. Ha hecho muchos sacrificios por mí. Todos, todos se fueron, pero ella se quedó y me quiso incluso más para compensarlo, y yo se lo he echado en cara.

—Con todo el respeto, Shaw —dije—, que te quieran así parece increíblemente agotador, sí.

Se mordió el labio para intentar contener más sollozos.

Le deslicé los dedos por la mandíbula. Con delicadeza, le pasé la yema del pulgar por el hoyuelo de la barbilla.

—Estoy seguro de que fue duro para ella escuchar algo así —dije —. Seguro que le dolió. Entiendo que se enfadara. Entiendo que quiera un poco de espacio.

Sadie volvió a cerrar los ojos. Le temblaba todo el cuerpo.

—Pero eso no significa que no sea verdad —dije—, y no te convierte en una mala persona ni en alguien desagradable. Eso es una tontería.

—Me mandó una carta.

—¿Con el vino?

—No. El mes pasado.

Hice el cálculo mental. ¿Había recibido Chess el correo que le envié en abril? ¿Había conseguido que hiciera algo?

—Decía —añadió Sadie, mientras abría los ojos otra vez— que necesitaba averiguar cómo era su vida sin mí.

Mierda.

—Y si Chess puede abandonarme —continuó—, todo el mundo puede.

Tenía la mirada destrozada y agresiva al mismo tiempo. Y yo solo sabía una forma de responder a la agresividad.

—Te equivocas, Shaw —dije—. Y te lo puedo demostrar.

—¿Cómo? —exigió.

—Quiero que pienses detenidamente si quieres o no tener esta discusión. —Todas las líneas de mi cuerpo estaban tensas—. Porque, una vez que te diga esto, no puedo retirarlo.

Durante un instante, todo se quedó en calma. Éramos las dos únicas personas en un universo gigantesco y oscuro, lo único que se escuchaba era su respiración y el ruido sordo de mi corazón.

—¿Cómo? —repitió.

Le volví a pasar los dedos por el pelo para retirárselo de la cara. Si iba a hacer esto, si iba a decir esas palabras que cambiarían la realidad, que terminarían con el cómodo compañerismo de nuestra vida en común, de una forma o de otra, quería mirarla a los ojos.

—Reconozco —dije— que le dijiste algo bastante cruel a tu hermana. Y, verás, te pasaste quince años diciéndome cosas muy crueles a mí… Sin embargo, durante cada segundo de esos quince años, siempre te he querido.

Le agarré la mano y le presioné los labios en los nudillos, justo debajo de los anillos que yo le puse.

—No te estoy diciendo esto porque espere algo de ti —le dije—. Nunca lo he hecho. Nunca lo haré. No me merezco nada de ti, de hecho. Si quieres alejarte de mí, no te lo voy a impedir. Pero necesito que me escuches cuando te digo que no voy a

abandonarte. Te quiero, Sadie, y nada de lo que puedas hacer o decir podrá hacer que te deje.



Capítulo 20

Sadie

Una vez, hace muchos años, cuando Jonah y yo aún éramos candidatos al doctorado, di una charla en una serie de seminarios de la ESU sobre declaraciones de amor. Básicamente, argumentaba que las declaraciones de amor en las novelas románticas eran un paso agigantado hacia la eucatástrofe definitiva del final feliz; cuando se ejecutaban bien, hacían que la frase más sobreutilizada del mundo, «Te quiero», sonara como si se dijera por primera vez.

El profesor Fisher ni siquiera se molestó en aparecer en esa ponencia (una agradable sorpresa), pero uno de sus alumnos, un capullo engreído que se llamaba Peter, sí.

—No creo que el lenguaje de «catástrofe» se pueda utilizar en este punto —dijo—. ¿Acaso no está la gracia de las novelas románticas en que todo es de color de rosa y nunca pasa nada malo?

Abrí la boca para rebatirle, pero Jonah se me adelantó.

—No estás entendiendo qué es una catástrofe, Peter.

Estaba sentado en la segunda fila, con los brazos envueltos en *tweed* extendidos por el respaldo de los asientos que tenía al lado, ambos vacíos.

—No es un desastre, es un término dramático. Se usaba muchísimo en el teatro antiguo. Cuatro fases: prólogo, prótasis, epítasis, catástrofe. La catástrofe es el momento en el que todo llega al borde de un precipicio. Si va hacia un lado, es una tragedia, y probablemente mueran todos; si va hacia el otro, es una comedia y todos tendrán su final feliz.

—Puedo responder a la pregunta yo sola, gracias —dije con sequedad—. Peter, en el género romántico, hay, en realidad, muchas subidas y bajadas. Estos libros no trascurren en un mundo estático en el que todo es de color de rosa y nunca pasa nada malo. Una eucatástrofe es «una alegría tan conmovedora como el duelo». En un mundo en el que el duelo no existe, no puede sentirse ninguna alegría.

—Y la catástrofe es la narrativa entre la alegría y el duelo.

—Fisher, ¿quién está dando esta charla?

—Tú, Shaw, sin duda. Pero tengo razón, ¿no?

Tenía razón, pero puse los hombros rectos, preparada para discutir, porque, evidentemente, se había tomado que estuviera de acuerdo con él como una especie de victoria; no iba a permitirlo.

Sin embargo, la discusión en la que estábamos envueltos en ese momento, la había ganado él, sin duda.

—Te quiero, Sadie Shaw —me dijo Jonah, mirándome directamente a los ojos, con una mano entrelazada entre mi pelo—, y nada de lo que puedas hacer o decir podrá hacer que te deje.

Esas palabras, curiosamente palabras que ya había oído y palabras que no había oído nunca, eran catastróficas.

Tenía delante dos caminos que serpenteaban y se perdían en la oscuridad iluminada por la luz de la luna. «Todo el mundo termina yéndose», me susurraba el fantasma de Chess, como un destello de pelo cobrizo que se alejaba de mí.

Pero luego estaba Jonah, con los brazos abiertos, como una invitación, un abrazo. «¿Crees que voy a dejarte? Intenta obligarme».

—¿Lo puedes repetir? —pregunté, con la voz ronca del llanto—. ¿Por favor?

—Sadie —dijo—, te quiero.

Yo estaba en el precipicio.

Podía creer en las pruebas de treinta y dos años. Podía salir corriendo. Él me dejaría.

O podía creerlo a él.

Podría…

Podría…

Saltar.

—Jonah —dije—, ¿me puedes besar, por favor?

Se le entrecortó la respiración. En un acto reflejo, me apoyó la mano en el pelo. Posó su frente contra la mía y el mundo se estrechó hasta convertirse en un punto.

—Has estado llorando, amor —dijo desesperado, mientras me pasaba el pulgar por el pómulo—. Estás… no quiero aprovecharme.

Le agarré por las solapas de la misma forma que hice el día de nuestra boda. Tenía los nudillos contra su pecho y no sabía si era su corazón o el mío el que estaba acelerado.

—No puedes decirme que me quieres y ya —susurré—. Tienes que demostrármelo. Si lo dices en serio, tienes… necesito que me lo demuestres.

Tenía la respiración tan entrecortada como yo. Era… él era lo único cálido en el frío de la noche, y tenía los ojos salvajes mientras intentaba encontrar una laguna en mi argumento.

—Mierda —susurró cuando se dio cuenta de que, esta vez, había perdido—. Joder, Sadie.

Y entonces sentí sus calientes y hambrientos labios contra los míos; sus dedos se enredaron dolorosamente entre mi pelo. Jonah Fisher me estaba besando como si nunca jamás fuera a soltarme.

Le pasé los brazos alrededor del cuello, desesperada por sentir cada línea suya apretada contra mí, real y sólida, y aquí, aquí, aquí conmigo.

—Te quiero —dijo en un susurro contra mi boca—. Te quiero muchísimo, joder.

Nos tambaleamos hacia el piso, nos paramos en mitad de las escaleras para que me apretara contra la barandilla.

—Sujétamelas —dijo, y se quitó las gafas y me las puso en la mano—, me están estorbando. —Y enterró la cara en la curva de mi cuello, recorriéndolo con besos, con su muslo entre los míos.

Me agarró por la cintura y me empujó hacia él. Le metí la mano libre por debajo de la chaqueta; cuando le clavé las uñas en el hombro y él gruñó contra el hueco detrás de mi oreja, sentí la vibración en cada célula de mi cuerpo y se me puso la piel de los brazos de gallina.

—Dentro —dije sin aliento—. Por favor.

Le devolví las gafas para rebuscar en el bolso las llaves, mientras me pasaba el brazo por la cintura, con la espalda contra su pecho y el lóbulo de la oreja atrapado entre sus dientes. Su erección estaba apretada con fuerza contra el hueco de mi espalda y los latidos de su corazón me resonaban por todo el cuerpo, acelerados pero regulares, un ritmo que también era una promesa. Casi se me caen las llaves tres veces hasta que conseguí abrir la puerta.

Ya me estaba besando de nuevo cuando se cerró detrás de nosotros, y echó rápidamente el cerrojo con una mano, antes de volver a llevármela al hueco del cuello. Solté el bolso en el suelo y le quité la chaqueta. Se volvió a poner las gafas para ayudarme con los botones de su camisa, pero le temblaban los dedos casi más que a mí.

—Espera —dijo—, vamos a probar esto.

Se volvió a quitar las gafas, me las puso en la cabeza como una diadema para apartarme el pelo de la cara, me dio un beso tierno y se sacó la camisa a medio desabotonar por la cabeza.

Retorcí un dedo en el pelo esparcido por su pecho y apoyé la frente contra su hombro. Recorrí la línea oscura que bajaba hasta el centro de su cuerpo y que casi desaparecía por completo al pasar por el ombligo, y volvía a espesarse hasta desaparecer debajo de la cintura del pantalón.

—Sadie —dijo Jonah mientras yo le desabrochaba el cinturón—. Joder, Sadie.

Le pasé la lengua por la línea de la clavícula.

Me apretó las manos en la cadera y las bajó por los muslos.

—Sadie —dijo con un hilo de voz, y me acercó más a él, me levantó del suelo y me empujó contra la pared.

Era una postura inherentemente sexy y envolví los brazos y las piernas instintivamente alrededor de su cuerpo, pero el miedo que sentí de repente era igual de instintivo.

—No me sueltes, por favor.

Presionó con delicadeza y me dio besos ligeros por el cuello hasta llegar a los labios.

—Shaw —dijo contra mi boca—. Te tengo.

Me besó la punta de la nariz.

—¿Confías en mí?

Solté una respiración larga y lenta.

«Te quiero, Sadie Shaw, y nada de lo que puedas hacer o decir podrá hacer que te deje».

—Sí.

Lo besé, un beso largo, lento y profundo, acariciándole la lengua con la mía, la misma con la que me había hecho esa promesa. Hizo un sonido gutural profundo y le agarré el pelo con más fuerza, acercándolo más a mí, moviéndome contra él.

—Mierda, a lo mejor sí que te suelto si sigues haciendo eso —dijo casi ahogado, y volvió a gemir cuando lo hice de nuevo—. ¿En tu habitación o en la mía?

—La mía está más cerca.

La diferencia eran tan solo cinco pasos, pero Jonah no lo discutió ni dudó. Hizo una pausa solo para darle al interruptor de las lucecitas de mi habitación mientras me llevaba, le dio una patada a la puerta y me soltó.

—Quítate la ropa —me dijo al oído—. Por favor.

Él se quitó los zapatos y yo conseguí bajar la cremallera de mi vestido. Casi se me caen sus gafas de la cabeza cuando lo hice. Él

enganchó los dedos de la mano derecha bajo una de las tiras de mi sujetador y me la bajó con delicadeza del hombro mientras me besaba la clavícula y me trazaba una línea en la espalda con la mano izquierda, hasta encontrar el gancho.

Lo desabroché yo tras varios intentos fallidos. Me sonrió avergonzado, con esa sonrisa del Jonah de cárdigan que hacía que todo pareciera cálido y dorado.

—Perdona, es que no veo.

Pasé los dedos por las pequeñas marcas que le habían dejado las gafas en las mejillas, y le acerqué la cara a la mía para poder besarlas también, una detrás de otra. Bajo mis labios, Jonah tenía la barba suave, como aquella noche en que le dijo a su padre que yo era una de las investigadoras jóvenes más brillantes del país.

—Pero puedes tocar, ¿eh? —dije mientras le guiaba la mano izquierda hasta mi pecho.

No hizo falta que le dijera nada más.

Caímos sobre mi cama, su peso casi me saca todo el aire de los pulmones, con la boca hambrienta contra mi piel, pero con dedos suaves y delicados mientras me acariciaba. Me fue besando el cuello hacia abajo y, cuando aceleró al llegar a uno de los pezones, casi chillo, con los talones clavados en su culo excepcional y los muslos apretados a su alrededor.

Él me sonrió, como un flash brillante, y luego hizo lo mismo en el otro pezón. El sonido que salió de mi garganta fue incluso más fuerte y más agudo, y su segunda sonrisa resultó aún más grande.

—Voy a tomar nota de ese punto para una exploración exhaustiva.

Luego parpadeó, llevándose una mano a la espalda para apoyarla en mi tobillo.

—¿Cómo puede ser que todavía tengas los zapatos puestos?

—No… ¡Ah! Lo sé, joder, Jonah. —Casi lloro cuando me mordió con delicadeza un lado del pecho y frotó la barba contra la piel—. No… es que… Dios.

Me dio besos entre los pechos, justo sobre mi palpitante corazón.

—Yo te ayudo.

Se echó hacia atrás, me desabrochó una bota y luego la otra, y me las sacó con cuidado de los pies, llevándose los calcetines también y tirándolo todo al suelo. Pasó suavemente el pulgar sobre el tatuaje de mi pie izquierdo, una vez, dos, tres, y luego me miró a los ojos y me besó sin apartar la mirada.

Yo sabía que no veía con tan poca luz, pero él sabía lo que significaba. Lo había visto muchas veces, cuando me sentaba descalza en el sofá a su lado. «Una alegría más allá de los muros del mundo, tan conmovedora como el duelo».

Casi empiezo a llorar otra vez.

Me acarició las piernas.

—¿Puedo? —preguntó con los dedos sobre la cintura de mi ropa interior.

—Sí. Por favor.

Levanté las caderas para ponérselo fácil. Él las bajó despacio, con la tela deslizándose con agonía sobre mi piel, hasta que las apartó.

Estaba desesperada por que me tocara. Pero se quedó allí, mirándome durante un buen rato.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que no… ¿Me das las gafas, por favor?

Se me había olvidado que las tenía en la cabeza. Me las desenredé de los mechones sueltos y se las di.

Él se las volvió a poner y me miró de nuevo. El ruido que salió de su garganta fue como si estrangularan a alguien mientras tenía delante la vista más satisfactoria de su vida.

—Joder, Sadie.

Me rodeó los tobillos con los dedos, se agachó para besarme el tatuaje y me separó despacio las piernas.

—Joder —repitió—. Eres preciosa.

No sabía cómo procesar la forma en la que me estaba mirando. Parecía sorprendido, fascinado, hechizado, como si le hubieran puesto delante un tesoro sagrado.

Se me acumularon las lágrimas en los ojos.

—Jonah…

Me apretó la mano alrededor del tobillo. Tiró de mí hacia él y se puso de rodillas en el borde de la cama.

—Sujétamelas —me dijo mientras me volvía a poner las gafas en las manos, y luego enterró la cara entre mis piernas.

Eché la cabeza hacia atrás y se me arqueó la espalda, pero él tenía las manos firmes sobre mis muslos, sujetándome las piernas abiertas, inmovilizándome, manteniéndome cerca.

—¡Jonah!

Él sonrió contra mí, con una risa que sonaba como murmullos suaves, mientras yo apenas podía soltar sus gafas en la mesita de noche sin tirarlas.

Y empezó.

Hace falta mucho tiempo y esfuerzo para ser experto en algo. Nadie sabía eso mejor que un académico. Yo había dejado en el arcén muchas cosas en mi carrera hacia la maestría académica.

Pero a Jonah se le daba mejor que a mí la gestión del tiempo, porque, además de convertirse en un experto en su campo, era evidente que había encontrado el tiempo para hacer un segundo doctorado en comer coño.

Puede que me hubiera mirado como si yo fuera sagrada, pero las cosas que me hizo eran profanas. Su barba me rozaba la zona interior de los muslos mientras trazaba una larga línea en mi centro y me arrancaba un gemido. Me frotó el clítoris con la punta de la nariz, lo que me hizo inhalar con fuerza, y después cuando se lo introdujo en la boca y succionó con delicadeza, luego un poco más fuerte, me hizo gritar, gritar y gritar.

Él volvió a sonreír y me miró.

—Voy a usar los dedos —dijo con un beso casto en el hueso de la cadera—, si te parece bien.

—Por favor, por favor, por favor —fue todo lo que pude decir. Estaba al límite solo con imaginármelo—. Por favor.

Sonrió más.

—Cuando te ruborizas —dijo mientras me acariciaba el vientre bajo—, empieza justo… aquí.

Me besó justo debajo del ombligo.

—Mira cómo sube —dijo, mientras trazaba una línea hacia arriba con besos—. Hasta yo puedo verlo. ¿Siempre ha sido así? ¿Todo este tiempo pasaba esto debajo de todos esos vestidos tan bonitos?

Le agarré del pelo y me lo acerqué a la cara antes de que él pudiera volver a besarme los pezones y a derretirme el cerebro. Notaba mi sabor en él mientras me besaba, y me llenó de una sensación de posesión tan fuerte que casi me abruma.

Era mi marido.

Mío.

Y no iba a abandonarme.

—Pues cuando tú te ruborizas, Fisher, se te va directamente a la cara —dije, y le agarré la polla.

Jonah se quedó completamente quieto.

Lo acaricié por encima de los pantalones. Él volvió a hacer ese ruido medio estrangulado, medio satisfecho. Ahora me tocaba sonreír a mí.

—Entiendo que tu pequeño experimento ha fracasado —consiguió decir ahogado por fin—, porque no me queda sangre suficiente en el cuerpo para sonrojarme.

Le desabroché el botón del pantalón y metí una mano dentro para rodear con los dedos toda su erección.

—No he conseguido el rojo escarlata —dije mientras le besaba una mejilla, y luego la otra—, pero he conseguido un suave tono rosado.

Le volví a acariciar y se cayó encima de mí con un gruñido.

—Si sigues haciendo eso —dijo con la voz amortiguada por mis pechos—, esto va a terminar muy rápido y de forma decepcionante.

Le acaricié una vez más y lo solté, pasando suavemente las uñas por el vello de su abdomen. Él jadeó sobre mi piel durante unos segundos, como un atleta al final de una maratón, luego acurrucó la cara en el hueco del cuello y me volvió a besar, despacio y con cariño.

—Esto es como escribir contigo, Shaw —dijo—. Ideo un plan de acción perfecto y luego tú insistes en irte por las ramas.

Estaba a punto de protestar, pero entonces hundió los dedos entre mis piernas y se me olvidaron todas las palabras, menos «sí» y «joder».

Jugaba conmigo como si tocara un violín, provocándome el primer orgasmo con dos dedos y el pulgar contra el clítoris mientras el mundo se volvía blanco; el segundo con la ayuda de la boca, riéndose contra mí mientras yo temblaba incontrolablemente.

—No tiene gracia —jadeé, y él se rio con la frente apoyada contra un muslo—. No es justo que puedas quitarme por completo la capacidad de pensar de manera racional de esta forma.

—Shaw, tú llevas quince años quitándome la capacidad de pensar de manera racional, cada vez que te miro —dijo con cariño—. Así que creo que ya te iba tocando a ti.

—Muy mono, Fisher, pero creo que no entiendes la magnitud del problema. —Le tiré con cuidado del pelo, de donde no había conseguido desenredar mis dedos todavía—. Deberías haber intentado seducirme antes de que solicitáramos este trabajo. Si me hubieras follado entonces, no tendrías que haberte tomado todas estas molestias.

—Oye —dijo con tono firme—. No. Nada de eso.

Volvió a trepar por mi cuerpo y apoyó un codo a cada lado de mi cabeza. Se había quitado los pantalones en algún momento, y notaba su piel cálida contra la mía en todas las zonas en la que nuestros cuerpos se tocaban.

—No quiero estar en ningún otro lugar del mundo que no sea aquí, contigo.

Me rozó la nariz con la suya; luego me besó, solo una vez, con ternura.

—Si una especie de ángel bajara del cielo y me dijera que podía volver a empezar de cero mi vida, dar marcha atrás, tomar otras

decisiones, lo haría todo exactamente igual —dijo—, si eso supusiera terminar aquí.

Luego puso una expresión pensativa.

—Bueno, a lo mejor no exactamente igual. Haría algunas revisiones. Y…

—Jonah —dije—. Cierra la boca.

Lo empujé por los hombros y lo tiré bocarriba en la cama. Abrí el cajón de mi mesita de noche y pensé en una plegaria rápida de agradecimiento al ente superior que me cuidó durante la mudanza cuando me planteé tirar la caja medio vacía de condones que me sobró con mi última pareja, pero que al final decidí guardar.

Miré la fecha de caducidad mientras abría uno. Todavía les quedaban varios meses. Menos mal, joder.

Jonah intentó tragarse un gruñido cuando le desenrollé el condón sobre la polla, pero no pudo. Encendió algo en mi interior y, de pronto, empecé a pensar en la primera vez que leí *Sobre los cuentos de hadas*, y como me tocó esa fibra que no ha parado de resonar desde entonces.

Fuera de esta habitación seguíamos teniendo problemas. Problemas que no se resolverían fácilmente. El hueco que Chess había dejado en mi corazón no lo podía llenar nadie más. Jonah siempre sería el hijo de su padre. La universidad probablemente iba a seguir siendo una institución cruel, despiadada y neoliberal que haría todo lo posible por desangrarnos.

Sin embargo, pese a todo eso, aquí, bajo la iluminación estelar de mis lucecitas, en este diminuto mundo que solo habitábamos nosotros dos, podía pasar algo bueno.

Me coloqué a horcajadas encima de Jonah, con las rodillas a cada lado de sus caderas. Entrelacé los dedos de la mano derecha con los de su mano izquierda y me la llevé a los labios para besar la segunda alianza barata que le había puesto aquella mañana.

—¿Sabes por qué te pedí que te casaras conmigo, Jonah?

Él apenas respiraba.

—Cuéntame —dijo con un hilo de voz.

—Cuando te lo pedí, no lo sabía. —Le agarré la erección con la mano libre y me froté contra ella, sintiendo cómo se estremecía debajo de mí—. Cuando discutí con Chess por casarme contigo, no sabía que era un buen plan, honesto y razonable, y no una completa locura. Ni siquiera lo sabía cuando Fiona me lo dijo sin tapujos. Me lo dijo y mi cabeza empezó a patinar, como si fuera una de esas incomprensibles teorías francesas.

Jonah tenía la cara tan blanca que parecía que estaba a punto de desmayarse.

—No sé cuándo lo descubrí. ¿Qué era lo que le decía Darcy a Elizabeth en *Orgullo y prejuicio*? ¿«Estaba ya medio enamorado de ti antes de saber que te quería»?

Jonah hizo un ruido ahogado que podía haber sido una risa. Deslicé la punta de su polla dentro de mí y soltó un ruido ahogado que era sin duda un gemido.

«Gracias», me había dicho Fiona aquel día en Tsundoku. «Gracias por querer a mi hermano tanto como para hacer esto».

—No sé quién soy sin ti a mi lado, Jonah —dije, bajando del todo sobre él, sintiéndolo largo, duro y robusto dentro de mí—. Yo también te quiero.

Me apretó la mano derecha y tiró de mí hacia él. Yo balanceé las caderas contra él mientras me besaba, con los dedos de la otra mano enredados en mi pelo.

—Sadie —murmuró contra mi boca—, joder, Sadie… Sadie, amor.

La ternura me hizo sonreír. Hizo otro sonido ahogado cuando volví a mecerme contra él y me aparté un poco.

Luego paré.

—Jonah, ¿estás llorando?

—¡No!

Agaché la cabeza y le besé las lágrimas de las mejillas.

—Es porque estoy sufriendo, Shaw —insistió—. Estoy tan empalmado que tengo la sensación de que me voy a morir.

Me reí.

—Creo que podemos trabajar juntos para solucionar ese problema.

Me levanté, pero él me agarró por el muslo.

—Espera, espera, espera. ¿Me das otra vez las gafas?

Se me salió la polla cuando me estiré para coger las gafas, pero él me la volvió a meter en cuanto las tuvo puestas.

—Si mi preciosa mujer va a cabalgarme —dijo mientras me clavaba los dedos con fuerza en las caderas—, sería de mal gusto no verlo.

Apoyé las manos sobre su pecho.

—¿Estás preparado?

—Espero que tú estés preparada —respondió— para el hecho de que quizá dure nueve segundos.

—¿Tanto? —Me hundí sobre él y me recompensó con casi un grito angustiado—. Tendré que esforzarme un poco más si eres capaz de

aguantar tanto.

Movió una de las manos. Con el pulgar, me acarició el clítoris y cada uno de los nervios de mi cuerpo cobró vida.

—No te creas —jadeó sin dejar de mover el dedo contra mí mientras yo me movía contra él— que voy a dejar que… Dios santo, Sadie, me cago en mi vida, eres increíble… hagas tú todo el trabajo.

—Cállate ya, Jonah, joder —conseguí decir cuando se me empezó a acumular el tercer orgasmo con la perfecta presión doble de su dedo en el clítoris y él dentro de mí, siguiéndome el ritmo—, y deja que trabaje un poco… Dios, sí, sí, así, ahí.



Más tarde, cuando por fin conseguimos levantarnos y tirar el condón, nos acurrucamos en mi cama bajo el suave brillo de las lucecitas, él con la cabeza sobre mi hombro.

—Recuérdame que cambie las sábanas sin falta antes del jueves —murmuré mientras le pasaba un dedo por el pelo—. Si no, las niñas no van a poder dormir aquí.

Él se rio.

—Lo mejor será que las cambies el jueves, porque tengo la intención de ensuciarlas varias veces antes. —Levantó la cabeza y me miró—. Si a ti te viene bien, claro.

Le di un beso en la sien.

—Tenía un argumento perfecto sobre por qué deberíamos separarnos —dije—, y tú me lo has desbaratado por completo.

—En ese caso, creo que deberíamos añadir condones a la lista de la compra, porque esa caja no nos va a durar… Dios mío, Sadie, te

quiero muchísimo.

Giró la cabeza abruptamente contra mi hombro. Se le quebró la voz cuando volvió a hablar, directamente contra mi clavícula.

—Te quiero —dijo—. Te quiero, te quiero, siempre te he querido, no termino de entender cómo hemos llegado aquí, pero te quiero muchísimo, joder.

—Pero tienes que entender quién soy.

A mí también se me quebró la voz cuando le tiré del pelo para obligarlo a mirarme.

—Puede que hayas ganado esta discusión, pero yo he dado varios argumentos válidos —dije—. Sigo enfadándome por todo. Saltando a la mínima. Y…

—Me gusta que te enfades. —Encontró mi mano y me dio un mordisquito delicado en un nudillo—. Me gusta que saltes a la mínima.

Era difícil no reírse mientras me pasaba los dedos por los labios como si fueran cuerdas de una guitarra. Me tiró ligeramente del labio de abajo, se acercó y me pasó la punta de la lengua por los dientes.

Yo le mordí el labio.

—Lo digo en serio —dije—. Va a haber días que me comporte como una zorra contigo. Da igual cuántas veces y lo bien que me folles, eso no va a cambiar.

—No quiero que cambie, aunque suena como un reto que me gustaría intentar. —Me besó—. ¿Conoces el soneto 130 de Shakespeare?

—¿El de «No admita impedimentos al matrimonio de mentes verdaderas»?

—Ese es el 116. También muy apropiado, amor, pero no es al que me refiero.

Se levantó, se volvió a poner las gafas y buscó su teléfono en los bolsillos de los pantalones.

—El 130 es este —dijo, y volvió a acomodarse a mi lado mientras buscaba el soneto.

Apoyé la barbilla sobre su hombro para leerlo.

—«Los ojos de mi dama ni al sol se asemejan».

—Es así casi todo el poema. —Señaló los primeros cuartetos—. Hay varios insultos bastante fuertes sobre la oscura dama de Shakespeare, la verdad. Por ejemplo: «Y he hallado en perfumes más deleite / que en el vaho suspirado por mi amada». No es lo más romántico.

Deslizó la pantalla hasta el final del soneto.

—Pero el final me gusta mucho. Desde el verso once al catorce.

Empecé a leer el verso once.

—«Jamás he visto a una diosa caminar; / mas solo sé que mi amada al andar, la tierra hace temblar».

—«Y por Dios juro, mi amor es tan excelso / como cualquier otra excelencia que a su lado se apagase».

Me deshice sobre él. En lo que respecta a declaraciones de amor, era una cita, literalmente las palabras de otra persona, pero, en cierto modo, era totalmente personal.

Jonah soltó una carcajada.

Lo miré.

—¿Qué?

—Van nos ha enviado a los dos un resumen de ofertas de empleo académicas —dijo—. No te vas a creer lo que buscan en ESU.

Me lo enseñó. «Profesor de Estudios Literarios. Nivel B».

Yo me reí también.

—Bueno, yo no cumplo con los requisitos —dije—. A no ser que quieras sacar la carta del contrato conyugal.

Y entonces, de repente, sentí una descarga eléctrica de miedo. ¿Y si Jonah decidía… y si quería…?

—Para —dijo mientras me tocaba la nariz—. Estoy viendo cómo tu cabeza está montando esa discusión, Shaw, y no pienso decirte que no tiene ningún fundamento. No voy a irme a ningún sitio.

Apretó el brazo a mi alrededor y me besó.

—En lo que respecta a adentrarme alegremente en trabajos académicos que no me merezco, tengo el listón extremadamente alto.

—Sí te mereces… —Empecé a decir, pero entonces él se colocó mi pierna en el regazo y empezó a subir los dedos por el muslo mientras volvía a atraparme el pezón entre los labios, dejándome completamente sin palabras.

Julio



Capítulo 21

Jonah

El mes siguiente fue el mejor de mi vida.

Como académico, me habían enseñado a no hacer afirmaciones tan rotundas como esa, la realidad era mucho más complicada, pero las pruebas en este caso eran abrumadoras.

No fue perfecto, por supuesto. Aunque fueran las vacaciones de mitad de curso, todavía seguíamos hasta arriba de trabajo. Sadie seguía estando profundamente triste por lo de su hermana. Pese a todo lo que había cambiado, seguíamos siendo nosotros y, por consiguiente, aún teníamos nuestras discusiones.

—¡No! —gritó Sadie mientras leíamos las evaluaciones que habían hecho nuestros compañeros del artículo de la pareja de viejos casados—. Me niego rotundamente, Fisher. ¿Es que no quieres que la revista acepte este artículo? ¿Se te ha olvidado cuánto necesitamos estos puntos? ¡No podemos quitarle importancia a esa consulta como si nada!

Pero ahora teníamos una nueva estrategia para navegar nuestros desacuerdos.

—Perdona por gritar —dijo luego con un tono más suave, mientras me desabrochaba el cinturón, me sentaba la silla de mi despacho y se arrodillaba delante de mí—. El problema es el revisor 2, no tú.

No compartía la idea de que los hombres tenían necesidades sexuales. Eso no era más que algo que decían para excusar las infidelidades a sus parejas. Yo antes había pasado largos periodos de tiempo con la única compañía de mi trabajo y mi mano, y había sobrevivido perfectamente.

Sin embargo, si fuera verdad y hubiera existido la remota posibilidad de pensar en otra mujer, habría quedado completamente aniquilada. Sadie se encargaba de mí y de mis necesidades como si fuera una verdura candidata a un premio que cultivaba en su huerto.[48]

Follábamos un montón. Muchísimo.

No tardamos mucho en estrenar todas las habitaciones de nuestro piso.[49] Dado que no había clases, ya nos pasábamos la mayoría del tiempo trabajando desde casa, pero redujimos las horas en el campus absolutamente al mínimo, aceptando la opción de las reuniones por videollamada en todas las ocasiones que podíamos.

—Dios, esto es… ¡oh!, muy poco profesional —gimió Sadie sobre un montón de notas mientras yo le daba por detrás, doblada sobre su escritorio—. Tengo que conectarme a una reunión de la red de investigación de los estudios del amor dentro de cuatro minutos.

—¿Quieres que pare?

—¡Ni se te ocurra! —jadeó—. Pero igual podrías darte un poco de prisa. Julia siempre… ¡ah!… empieza muy puntual, y necesito, al

menos… Dios, ahí, ahí, ahí, así, sí, qué bien… Sesenta segundos para adecentarme el pelo.

Empecé a pasarle un dedo por el clítoris. Ella gritó contra las notas. Llegó a la reunión con un moño que solo estaba ligeramente ladeado, un mordisquito cariñoso que se le empezaba a notar en un lado del cuello y con unos diez segundos de sobra.

Los jueves por la noche, cuando cuidábamos a mis sobrines, eran los más duros. Ninguno de los dos era particularmente silencioso en la cama,[50] lo que debería haber hecho que nos controlásemos un poco, pero teníamos quince años por recuperar, y por si acaso era cierta la estadística que afirma que las parejas tienen más relaciones sexuales al principio del matrimonio que en todo el resto, teníamos que aumentar nuestros números si queríamos equilibrar nuestro inicio tardío.[51]

—¿Sabías que al tío Jonah y a la tita Sadie les gusta jugar a juegos? —anunció Georgia una noche mientras cenábamos en casa de Fiona.

—¿En serio, Georgina? —dijo Fi mientras le cortaba la lasaña—. ¿A qué juegos habéis jugado?

Yo ya estaba rojo como una remolacha. Y el rubor empezaba a abrirse camino también por la cara de Sadie.

—Fi… —Empecé a decir.

—Jugamos a «Taco-Gato-Cabra-Queso-Pizza», ¡y gané!

—¡A ese juego no! —dijo Georgia—. Juegan a juegos los dos solos. El otro día tuve una pesadilla y fui a su habitación, y el tío Jonah estaba atado porque iba perdiendo.

Quería que se abriera el suelo y nos tragara.

—Pobre tío Jonah. —Fi estaba temblando por todo el esfuerzo que estaba haciendo por no reírse—. Pero me alegro por la tita Sadie.

Sadie se sonrojó todavía más. Mi deseo por caer en el centro derretido de la tierra se intensificó.

—¿A papi también le gusta jugar a juegos? —preguntó Rosie—. Escuché a la mamá de Madison decir que ha jugado contigo.

—Son juegos diferentes, Rosie, cariño —dijo Fi—. Termínate la cena.

Lex resopló con sorna. Fiona le lanzó una mirada medio de advertencia, medio de plegaria. Durante un instante, se le volvieron las líneas de agotamiento en la cara volvieron a ser tan profundas como antes.

Así que, sí, las cosas no eran perfectas. Ni mucho menos.

Sin embargo, seguían siendo mejores de lo que lo habían sido nunca.

Teníamos intenciones algo difusas de ir al campus para la asamblea previa al segundo semestre porque creíamos que sería una oportunidad de conectar con algunos de los compañeros a los que apenas conocíamos. Sin embargo, la mañana de la asamblea, Sadie expuso el complejo y enrevesado argumento de que, simplemente, no podíamos hacerlo. («La reunión de la facultad de la semana que viene es de asistencia obligatoria. ¿Por qué íbamos a bendecir a todo el mundo con nuestra presencia en dos reuniones largas y aburridas?», dijo; un argumento que habría sido extremadamente convincente, aunque ella no hubiera estado vestida únicamente con uno de mis cárdigan). Así pues, nos acurrucamos en el sofá, con su portátil en la mesita del café, una diapositiva con el logo de la

Universidad de Lyons y el mensaje: «La reunión comenzará en breves momentos».

Le mordisqueé ligeramente el lóbulo de la oreja a Sadie. Ella hizo un sonido de satisfacción profundo.

—Estás segura de que la cámara y el micro están desconectados, ¿no? —murmuré.

Los dos estábamos vestidos, en un gesto de profesionalidad, pero también éramos conscientes de que esta reunión iba a ser mortalmente aburrida y que había cosas mucho mejores en las que podríamos aprovechar nuestro preciado tiempo.

—Mmm —farfulló Sadie—. Lo he comprobado como cuatro veces.

Deslicé la nariz contra su mejilla.

—Siempre he admirado mucho tu rigor.

Justo cuando empezaba a demostrarle mi admiración, el asistente del decano apareció en la pantalla y presentó al decano, que comenzó con la reunión.

—Estos son los puntos del día de la asamblea de hoy —empezó a decir.

Yo tenía la cara acurrucada en el cuello de Sadie, pero ella se tensó.

—Mierda, Jonah. —Me dio un golpecito en la rodilla—. El último punto del día. Mira.

El sexto punto del día era: «Nuevarsidad: fase tres».

—Van a despedir —dijo—. Eso es el último punto.

Empecé a ponerme pálido. Tenía la sensación de que me estaban remplazando lentamente la sangre por agua helada.

—No tiene por qué —dije—. A lo mejor solo van a hacer recortes de unidades. Como la tuya de ficción popular. Podrían estar

intentando ahorrar, optimizando las especialidades o algo así.

Tenía años de práctica haciendo de abogado del diablo, pero no estaba cerca ni de convencerme a mí mismo, así que mucho menos a mi inteligentísima mujer.

Aun así, si podía tranquilizarla, aunque solo fuera un segundo, tenía que intentarlo.

—Y si van a despedir a alguien… nosotros salimos muy baratos, Sadie. Somos los empleados fijos más baratos de todo el departamento, y damos la gran mayoría de las clases. Si van a hacer recortes de personal, no van a despedir a los empleados de nivel B. Serán los C y los D. Puede que hasta los E.

—¿Te refieres a todos los que consiguen las subvenciones?

—Vargas era E. Con eso ya han tenido que ahorrar un montón. Y su departamento era Estudios Literarios. A lo mejor con ese recorte en nuestro departamento ya es suficiente para que los ejecutivos se queden tranquilos.

Sadie suspiró y apoyó la frente sobre mi hombro.

—Vale. Sí.

Le di un beso en la cabeza.

—¿Preparo un té?

—¿Las once de la mañana es demasiado pronto para un vino?

No lo decía del todo de broma, pero me reí como si lo fuera, le di otro beso y me levanté para encender el hervidor. Tenía la sensación de que, en lo que respectaba al alcohol, íbamos a tener que calmarnos un poco. Sentía un agujero frío y oscuro en la boca del estómago.

Éramos los empleados más baratos del departamento. Enseñábamos muchas más clases de las que deberíamos. En cuanto

al valor del dinero, Sadie y yo éramos una inversión increíblemente buena, sobre todo teniendo en cuenta la forma en la que jugaban con nuestra carga de trabajo.

Pero, aun así, solo habían ofertado un puesto.

Cuando llegaron al sexto punto del día, ya íbamos por la tercera taza de té. Yo me había pasado a la infusión de jengibre, pero Sadie aún lo estaba tomando con teína, y la notaba temblar, entrelazando con tanta fuerza los dedos con los míos que casi me dolía.

—Para el último punto del día, voy a cederle la palabra a los directivos de la facultad —anunció el decano.

—Cobarde de mierda —murmuró Sadie.

—Harán un resumen de los pasos que llevaremos a cabo en la fase tres del plan de Nuevarsidad que, como todos sabéis, es una redefinición y reimaginación de Lyons para un futuro mejor y más productivo; un futuro que nos llevará a apoyar de la mejor manera a nuestros empleados y a trabajar en nuestro bienestar.

Automáticamente, Sadie y yo brindamos con las tazas de té y bebimos.[52]

Los ejecutivos se tomaron su tiempo para empezar a hablar, ya que primero tuvieron que averiguar cómo compartir la pantalla y luego cómo activar el micrófono.

—No puedo mirar —dijo Sadie, y metió la cabeza en el hueco de mi cuello—. Me estoy desesperando.

Yo le besé el pelo con suavidad.

—Muy bien —dijo uno de los directivos—. Gracias por la paciencia, estas cosas a veces pueden hasta con los más listos, ¿eh?

Durante un instante, deseé haber ido al campus para esta asamblea. Habría estado bien estar en una sala llena de gente y

escuchar cómo esa broma no hace ninguna gracia.

—En la diapositiva, veréis las dos gráficas de la fase tres de Nuevarsidad, que está diseñada para que la facultad vuelva a encontrarse en números positivos y construir un excedente presupuestario considerable de aquí en adelante.

La primera gráfica era un aumento del diez por cierto en adjudicación de docentes.

—Por ejemplo, los contratos 40-40-20, cambiarán a 50-3020 entre clases, investigación y servicios —dijo el directivo.

Sadie y yo nos miramos horrorizados. Incluso en el mejor de los casos, en el que no nos dieran todavía más clases, eso supondría muchas más lecciones.

—Sabemos que la investigación es la base del trabajo universitario —dijo el otro directivo como respuesta a las protestas de los presentes—. Esta es una medida temporal para salvaguardar la mayor cantidad de empleos posibles. Aumentando la adjudicación de los empleados fijos durante los próximos dos años, podremos alcanzar importantes ahorros presupuestarios.

En otras palabras: iban a despedir a una cantidad astronómica de interinos.

—Qué desgraciados —dijo Sadie—. Los interinos…

—Son siempre los primeros en caer —terminé.

—Tenemos que averiguar cómo proteger a Lin y a Veronica —dijo —. Trabajan muchísimo. Y son muy buenas. No podemos perderlas.

—Estoy de acuerdo.

—Lamentablemente —continuó el directivo—, para proteger el futuro financiero de la facultad, será necesario optimizar el número de empleados fijos.

Nos apretamos las manos simultáneamente. El anillo de compromiso de Sadie estaba del revés y la piedra se me clavaba en la palma de la mano.

Cambiaron la diapositiva y apareció una captura de pantalla de una web. Arriba estaba escrito «nuevarsidad» con una fuente para la que seguramente habrían pagado a un diseñador gráfico con el sueldo de un interino.

—Al finalizar esta reunión, recibiréis un enlace a la página web de la fase tres de Nuevarsidad —anunció el directivo.

—Si vuestro nombre aparece en la gráfica revisada de la organización, vuestro empleo no se encuentra dentro de la fase tres —dijo el otro directivo—. Si no aparece, sin embargo, significa que se ha eliminado un puesto de vuestro nivel. Tendréis que volver a solicitar el empleo y, al final del semestre, los solicitantes que no resulten seleccionados serán despedidos.

—Van a hacer despidos masivos —dijo Sadie con un aliento—. ¡Son los putos Juegos del Hambre académicos!

La única respuesta que se me ocurrió fue apretarle aún más fuerte la mano.

Se volvieron a escuchar protestas en la sala. Uno de los directivos levantó una mano.

—Entiendo que tendréis muchas preguntas, pero, tranquilos, encontraréis las respuestas en la sección de «preguntas frecuentes» de la página web de la fase tres de Nuevarsidad.

—¡A tomar por culo la reunión! —dijo Sadie.

Cogió el portátil, cerró la videollamada y abrió su correo.

Yo me levanté a por mi portátil. Sentados con las piernas cruzadas uno junto al otro, actualizamos frenéticamente el correo electrónico

hasta que apareció el mensaje con el enlace.

—Ya, ya, ya lo tengo —dije mientras hacía clic y abría la página web.

Apareció error: «El servidor está sobrecargado».

Pasamos diez agonizantes minutos actualizando la página hasta que por fin se abrió en la pantalla de Sadie. Pulsó Ctrl + F y escribió «literarios», algo que nos llevó directamente a la gráfica de organización actual del departamento, así como a la nueva, revisada.

En la actual, había dos puestos de nivel B abajo del todo. «Profesora: Doctora Sadie Shaw. Profesor: Doctor Jonah Fisher».

Sin embargo supe, sin necesidad de mirar, en el fondo del estómago, en los huesos, en cada fibra de mi ser, lo que decía la gráfica revisada.

—No —dijo Sadie con un sollozo—. No.

Solo un puesto. Solo un cuadrado de nivel B en la gráfica, debajo de todas las C, D y E. «Profesor: por solicitud».

Presionó los talones de las manos sobre sus ojos y se clavó los dedos en la cabeza.

—No puede ser verdad.

Aparté mi portátil y le pasé los brazos por encima. Ella apartó el suyo y me rodeó el cuello y se abrazó a mí, enterrando la cara en mi hombro. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de un melón mientras le acariciaba el pelo.

Sadie se apartó de pronto.

—Mierda, Jonah, la política de reutilización —dijo con los ojos muy abiertos—. ¡Por eso nos han hecho escribir todas esas lecciones! ¡Y que las hiciéramos juntos!

Tardé un momento en unir los puntos.

—Hostia puta —gruñí.

La política de reutilización implicaba que la universidad no podía pagar a los interinos para dar una clase en un semestre y reutilizarla más adelante sin pagarles.

Sin embargo, las cincuenta y dos lecciones que Sadie y yo habíamos escrito el primer semestre de nuestro contrato, y las otras cincuenta y dos que estábamos en proceso de escribir para el segundo, además de todos los materiales que habíamos preparado para mi unidad sobre Shakespeare y la suya sobre ficción popular que terminó descartada, las habían preparado personal fijo y, por lo tanto, eran propiedad de la universidad, que podía reutilizarlas con impunidad el tiempo que quisiera.

—Por eso aceptaron la contratación conyugal, pese a que no pararon de quejarse de lo arruinada que está la facultad. —La cara de Sadie era una máscara de terror—. Para poder sangrarnos durante un año entero y luego echarnos para que el otro se quede dando esas clases una y otra vez.

Una parte de mí quería dar marcha atrás. «No sé si tenían una intención tan malvada. Estoy seguro de que Vargas no idearía algo así».

Pero la intención no importaba. Alguien, seguramente Petrovski, había elaborado este plan en algún momento y lo que contaba era su impacto.

—No me puedo creer que esto esté pasando, Jonah.

A Sadie se le empezaron a derramar lágrimas por las mejillas; le temblaban los hombros.

—Después de todo… no me puedo creer que nos vuelvan a enfrentar.

—Shhh, shhh, shhh.

La acerqué a mí.

—No pasa nada —dije contra su pelo—. Tranquila, amor.

—¡Claro que pasa!

Le agarré la cara con las dos manos.

—Esto solo puede terminar de una manera, Sadie —dije, acariciándole los pómulos con los pulgares—. Solo voy a permitir que termine de una manera.

—Jonah, no.

Me agarró las muñecas.

—No puedo quitarte esto —dijo—. No pienso quitarte esto.

—Nunca me perteneció. —Le di un beso entre las cejas, en la punta de la nariz, en los labios—. Es tu trabajo. Siempre ha sido tu trabajo. No pienso enfrentarme a ti por él.

—¡Pero ganarías tú! —exclamó—. ¡Sabes que esta vez ganarías tú!

Sí que lo sabía.

—Ya tengo todo lo que siempre he querido —dije, y apoyé la frente contra la suya.

—¡No! —insistió—. ¿Y… y el trabajo en la ESU? Las solicitudes siguen abiertas. Podrías…

—Eres mi mujer, Sadie. Te quiero. No voy a irme a ningún sitio.

Pese a todos mis esfuerzos, las lágrimas me inundaron también a mí los ojos y la humedad se empezó a acumular en los bordes de mis gafas.

—Algo se nos ocurrirá —dije, intentando sin éxito evitar que se me quebrara la voz—. Sobreviví a la interinidad durante años. Puedo volver a hacerlo.

—¡Van a despedir a la mayoría de interinos!

—A lo mejor puedo intentar conseguir un trabajo en la oficina de investigación —dije desesperadamente—. O, oye, quién sabe, igual esta es por fin mi oportunidad para presentarme a *Superchef*. Y, mientras tanto, podría trabajar en la cocina de Tsundoku. Satoshi no para de ofrecerle trabajo a Fi.

—Porque está enamorado de ella, idiota. —Sadie sollozó.

Ella también me agarró la cara.

—No puedo dejar que hagas esto —susurró—. No puedo arrastrarte de esta forma. No puedo permitir que tires tu carrera a la basura.

—Amor —dije, dándole un beso salado y mezclando mis lágrimas con las suyas—, no puedes obligarme a hacer otra cosa.



Por primera vez desde hace mucho tiempo, ninguno de los dos estaba de humor para el sexo. Deberíamos haber trabajado, pero tampoco podíamos.

Así pues, nos quedamos en la cama: yo, bocarriba, y Sadie medio encima de mí, con la cabeza bajo mi barbilla.

—Cuánto odio todo esto. —Tenía la voz ronca de tanto llorar, y aún le temblaban ligeramente los dedos entre los míos donde nuestras manos reposaban sobre mi pecho—. No me puedo imaginar… Es que ni siquiera sé cómo conceptualizar un mundo en el que ya no seas académico.

—Yo tampoco.

Estaba empezando a asimilarlo. El peso de la situación, lo que significaba de verdad. «¿Qué iba a decir mi padre?», susurró la parte

de mí que todavía era un niño muerto de miedo.

Me moví un poco y le apreté más la mano a Sadie, metiendo la cara en su pelo como si fuera un osito de peluche.

—No sé ser académica sin ti —dijo suavemente.

—No vas a estar sin mí.

Me llevé su mano a los labios para besarle los nudillos. Podría cambiar todo lo demás en el mundo, pero ese punto jamás lo haría y no estaba abierto a negociación. Yo le pertenecía, y nunca iba a dejarla.

—Ya lo sé —me devolvió el beso en los nudillos—, pero no será lo mismo.

Levantó un poco la cabeza para mirarme.

—Tú eres la universidad para mí, Jonah —dijo—. Para bien o para mal.

Rocé la nariz contra la suya. Ella se estremeció. Le solté la mano un momento para coger un cárdigan que colgaba de un poste de su cama y nos lo eché por encima.

Ella giró la cara hacia mi cuello y me dio un beso en la nuez.

—Te quiero muchísimo —susurró—. La idea de que te arrebaten esto…, de que yo te arrebate esto…

—No me estás arrebatando nada. Tú conseguiste este trabajo, no yo. Y no existe el universo en el que me vaya a enfrentar a ti por él. —Nos envolví mejor con el cárdigan—. Además, aunque quisiera hacerlo (que, para que quede claro, no quiero), no lo haría. Le hice una promesa a tu hermana.

Sadie se apartó y me miró.

—Aquel día, en el aeropuerto —dije—. Me dijo que eras adulta y que podías hacer lo que quisieras, pero que si hacía algo para

hundirte o forzarte a dar un paso atrás, me arruinaría la vida.

Se quedó un buen rato en silencio y luego dijo en voz baja:

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No lo creí necesario. Viste cómo me agarró de la camisa, ¿qué otra cosa podía estar diciéndome?

Algo le cambió en la mandíbula. Abrió la nariz.

—Lo siento. Debería habértelo dicho, pero…

—No. —Sadie se levantó, se recogió el pelo y se lo ató con fuerza en un moño—. No.

—Lo siento.

—Tú no. —Se agachó y me dio un beso rápido—. Tú no has hecho nada mal. Es que… no. No voy a ser la responsable de que pierdas tu trabajo. No voy a arrastrarte. No voy a hacer que te quedes atrás.

—No es…

—Sé que no es culpa mía, Jonah. —Se puso mi cárdigan por encima de los hombros—. Pero si cedo y les dejo hacerte eso, nunca me lo perdonaré. Lo que está intentando hacer la universidad no tiene nombre, y no vamos a aceptarlo como si nada. No sin luchar. No sin intentarlo.

Tenía el teléfono en la mesita de noche. Lo cogió.

—Voy a llamar a Julia. Todo esto de la Nuevarsidad es una mierda. Seguro que el sindicato ya está preparando algo y, si hay alguna campaña en la que participar, quiero estar en primera línea.

—¿Estás segura? —Yo me incorporé—. ¿Y si empeora las cosas? Sé que ahora es diferente, pero la forma en la que yo conseguí el trabajo fue bastante fraudulenta.

—Era un contrato conyugal. Tú eres mi marido.

—Sí, pero si alguien descubriera…

—Fisher —dijo mi esposa ardiente con firmeza—, que yo no supiera qué te estaba pidiendo en realidad cuando te pedí que te casaras conmigo no implica que esto no haya sido siempre real.

Mi amor por ella había sido un constante ruido de fondo en los últimos quince años, pero de vez en cuando se intensificaba tanto que me provocaba un dolor real.

—Tengo que hacer un par de llamadas —dijo—. Puede que aún nos quede una baza.



Tras la asamblea hasta se nos quitó el hambre, así que preparé la cena pronto. Dejé la comida a fuego lento mientras esperaba a que Sadie dejara de hablar por teléfono. Abrí una botella de cabernet sauvignon de Bibliophile para que fuera aireándose y la saqué al balcón, luego me medio senté, medio me derrumbé en una de las sillas, pese al aire helado del invierno.

Estaba empezando a asimilar lo que estaba pasando. El vino respiraba mucho mejor que yo.

Sadie era una fuerza de la naturaleza. Confiaba en ella, creía en ella, pero la universidad era una institución neoliberal sin corazón y se preocupaba muy poco por escuchar nada ni a nadie.

Así que daba igual cuánto luchara, seguía existiendo la posibilidad de que, al terminar el semestre, tuviera que despedirme de la academia. Decirle adiós al trabajo de mi vida, a lo único para lo que he estado nunca mínimamente cualificado.

¿Quién sería yo sin eso? ¿Quién era Jonah Fisher sin la chaqueta de *tweed*?

—Anda, has abierto un vino —dijo Sadie mientras salía al balcón —. Estás en todo.

Tiré de ella para que se sentara en mi regazo. Ella me besó dos veces mientras me pasaba los dedos por la barba, luego llenó las copas de vino.

Yo solté una respiración larga. Sería el marido de Sadie Shaw. Daba igual lo que me pasara profesionalmente, tendría eso. La tendría a ella.

—¿Qué te ha dicho Julia? —pregunté.

—Hay un plan —me respondió, y chocó su copa de vino con la mía —. No sé si te va a gustar demasiado, pero hay plan. Salud.

—Salud. Cuéntamelo.

Haría todo lo que me dijera. Aquí, sentada en mi regazo bajo los últimos rayos del sol de invierno, con uno de mis cárdigan, rodeada por el frondoso verde de su huerto de hierbas, estaba preciosa.

—A ver, es un plan de dos partes. —Sadie dio un sorbo a su vino —. El sindicato quiere que la prensa se haga eco de todo esto, encender la ira del público. Tenemos que conseguir que se entere todo el mundo. Que hablen de esto en todos los medios de comunicación que existen. Televisión. Periódicos. Internet. Todo.

Me dio un beso en la punta de la nariz.

—Pero el *Daily Mail* no es precisamente conocido por su interés particular en las relaciones laborales; al fin y al cabo, todos los días despiden a gente, ¿no? La campaña necesita tener gancho. Necesita una narrativa. Necesita…

Caí en la cuenta de adónde quería llegar.

—Nuestra historia.

Ella asintió.

—Julia le ha pedido consejo a su exmarido para idear la estrategia, es un pez gordo de la comunicación, por lo visto; y parece ser que él piensa que un matrimonio separado por una burocracia injusta es un gran gancho narrativo.

—Unos amantes desafortunados —murmuré.

—Exacto. —Me volvió a besar—. No sé qué te parece la idea… Pasar de un matrimonio falso a una especie de matrimonio muy real y muy público, pero…

—Sadie, nada de «especie de».

Le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Si tú quieres, amor —dije—, yo me quedaré aquí para siempre.

Se quedó mirándome un buen rato en silencio.

—¿De verdad? —dijo por fin.

—No me jodas, Shaw. Has estado prestando atención al último mes, ¿no? ¿De verdad crees que alguna parte de mí podría estar pensando en hacer las maletas y desaparecer cuando pasaran los tres años?

—Mi cabeza lo sabe, creo —respondió—. Pero mi corazón…

Le pasé los nudillos por el pecho, luego se lo besé, acariciándole con los labios el pecho izquierdo.

—Pues se lo diré a tu corazón todas las veces que sea necesario —dije—. Si quieres deshacerte de mí, vas a tener que ser tú la que se vaya, porque yo no me pienso mover.

—Ay, Jonah…

Sadie se relajó contra mi cuerpo. Le besé el otro pecho, luego el hueco al final del cuello. Ella entrelazó los dedos en mi pelo y tiró hacia arriba para que le besara los labios.

—Pues yo tampoco pienso moverme —susurró contra mi boca—. Y voy a conseguir que no pierdas tu trabajo, amor. Te lo prometo.

No fue exactamente como un cubo de agua helada en la cabeza, el mundo nunca era lúgubre cuando tenía a Sadie Shaw sentada en el regazo, prometiéndome la eternidad, pero sí fue algo un poco frío.

Apoyé la barbilla en su hombro y apreté los brazos a su alrededor.

—Entonces, la primera parte del plan es que nos convirtamos en los protagonistas de una campaña mediática del sindicato —dije—. ¿Y la otra?

—Los denunciamos. —Soltó una respiración larga—. No sé si la fase tres es ilegal, exactamente, pero desde luego no es ética. Y si existe la posibilidad de conseguir algo en ese sentido, sé quién podría conseguirlo.

Parpadeé.

—Sadie…

—He llamado a Chess —dijo—. Y nos va a ayudar.



Capítulo 22

Sadie

Aquella noche no pegué ojo.

Jonah, el pobre, dejó que me hiciera la dormida, aunque teniendo en cuenta que se pasó la noche haciéndome la cucharita, seguro que se dio cuenta de que lo único que hice fue dormitar. Esto era algo que tenía que solucionar yo sola.

Ayer por fin le enseñé la carta de Chess, sentada en su regazo en el balcón. Pensé que se enfadaría, o que se pondría en modo protector. «Yo no podría imaginarme una vida sin ti, Sadie», me lo imaginé diciéndome cuando leyó la parte en la que Chess me decía que necesitaba rediseñar su vida sin que yo estuviera en ella; pero simplemente arrugó las cejas detrás de las gafas.

—¿Qué te ha dicho cuando la has llamado? —Fue lo único que preguntó.

—No he hablado con ella —dije, y le bajé un poco las gafas para poder darle un beso en esas dos arrugas entre las cejas—. Ha contestado un hombre. Un amigo suyo. Me sonaba su voz, seguro que lo conocí en alguno de los actos de la Asociación de Abogados

de Sídney a los que me arrastró. Me ha dicho que le iba a decir que necesitaba su ayuda y que la encontraría mañana por la mañana.

Luego Jonah no preguntó «¿De verdad crees que va a venir?», y, en ese momento, lo quise más que nunca en mi vida. Lo último que necesitaba era que alguien pusiera esa pregunta en el universo cuando ya ocupaba tanto espacio en mi cabeza.

Jonah ya estaba vestido cuando me bajó el café al huerto aquella mañana, con la chaqueta de *tweed* debajo del abrigo.

—Creo que voy a acercarme a casa de Fi para ayudarla a llevar a les niñes al cole —dijo mientras me colocaba un mechón detrás de la oreja—. Y puede que aproveche para contarle lo que está pasando en el trabajo. Para explicarle que, pase lo que pase, no voy a irme a ningún sitio.

Asentí, envolviendo los dedos alrededor de la taza de café.

—Me parece buena idea.

—Pero si me necesitas…

—Estarás aquí al lado —terminé—. Ya lo sé, Jonah. Sé que vendrás si te necesito.

Me dio un beso tierno en la sien.

—Siempre.

Para cuando volví a subir a casa, él ya se había marchado, pero me había dejado el desayuno preparado: un tarro de gachas de avena en la nevera. Tenía un *post-it*: «No conozco forma de endulzarlo con amor, sino diciendo directamente "Te quiero"», había escrito. «Enrique V, 5.2. Me pasa lo mismo. Besos».

Me quedé unos instantes mirando la nota, luego la doblé y me la guardé en el sujetador. Tenía que hacer esto yo sola, pero quería notar sus palabras contra mi piel, por si acaso.

Porque si Chess no venía…

Empecé a deambular.

Ya me había imaginado tres veces que llamaban a la puerta cuando llamaron de verdad. Cuatro golpes rápidos que casi hicieron que se me saliera el corazón por la boca. Me había cambiado dos veces de ropa y me había recogido el pelo, vuelto a soltar y vuelto a recoger, pero dudaba de todo mientras me apresuraba a abrir la puerta. ¿Y si tener el pelo recogido hacía que Chess pensara que esto era una reunión de trabajo más? ¿Y si estaba tardando demasiado en abrir la puerta y se marchaba? ¿Y si ni siquiera era ella y había enviado a su amigo abogado, el que me cogió el teléfono? Me había dicho que podía llamarla, no que vendría.

—Hola, Sadie —dijo Chess cuando abrí la puerta.

Parecía… agotada, como Fiona cuando les niñes tenían un mal día. Tenía círculos oscuros debajo de los ojos que no veía desde los primeros años de su carrera. Tenía el pelo tan estirado hacia atrás que le tiraba de la piel.

Me moría por darle un abrazo. Quería envolverla con los brazos y no soltarla, como hacía cuando era pequeña. Quería que se riera y me devolviera el abrazo, y dijera: «Ay, cariño, cuánto me alegro de verte».

Pero no se movió. Así que yo tampoco pude.

—El vuelo ha tenido que ser una pesadilla —dije de pronto—. Es muy pronto.

Me fijé en que no traía equipaje. Solo el bolso. No pensaba quedarse.

Cerré el puño y me resistí a la necesidad de frotarme la mano contra la angustia que sentía en el pecho.

—Pasa.

—Gracias.

Qué educada. Qué formal. Qué poco Chess.

Me mordí con fuerza el labio mientras cerraba la puerta detrás de ella con un esfuerzo desesperado por no llorar. Al menos había venido. Era algo. Era un comienzo.

—¿Quieres un té? —le pregunté—. ¿O un café?

—Un café, sí. Gracias.

—Te aviso: el café lo suele hacer Jonah —dije mientras me ponía de puntillas para bajar el café del armario—. Compramos una cafetera nueva hace como un mes y todavía no sé muy bien cómo usarla. Perdona si la cago.

—No pasa nada. —Chess estaba mirando por la ventana—. Tenéis unas vistas preciosas.

—¿Verdad? Imagínate lo que puede costar tener unas vistas así en Sídney. Aunque deberíamos pagar mucho más de lo que pagamos, teniendo en cuenta cómo están los alquileres en Hobart. Nuestro casero es demasiado majo con nosotros. Te he hablado de él en las cartas, ¿no? El enólogo de Bibliophile.

No dijo nada.

—Has… —dudé—. Has leído mis cartas, ¿verdad?

—Claro que he leído tus cartas, cari… Sadie.

La forma en la que evitó decir «cariño» fue como un cuchillo clavado entre las costillas.

Chess soltó el bolso.

—¿Qué necesitas?

Nada más. «¿Qué necesitas?», como si fuera una clienta a la que iba a cobrar por cada seis minutos.

—Pues… esperaba que pudieras ayudarnos con algunos consejos legales —dije—. Tenemos un problema en el trabajo y… no.

Cerré los ojos un segundo. Era una mañana fría y clara, pero me sentía como aquella noche en el huerto con Jonah, cuando me dijo que me quería y se abrieron dos caminos frente a mí en mitad de la noche, mientras yo me quedaba paralizada, atrapada entre el duelo y la alegría, a partes iguales.

—Necesito muchas cosas —dije—. Pero lo más importante… Necesito saber por qué, Chess. Necesito saber por qué me… por qué me has abandonado.

Volví a abrir los ojos. Me estaba mirando, consternada, con una mirada casi de horror en los ojos.

—¿Que te he abandonado? —dijo por fin.

—Te dije algo horrible —dije—. Lo sé. Y entiendo perfectamente que necesitaras espacio. Yo también lo necesitaba, dadas las circunstancias. Pero yo solo quería arreglar las cosas y tú desapareciste. Te necesitaba y tú desapareciste.

Odiaba cómo sonaba mi voz, aguda al pronunciar la última palabra, el llanto caprichoso de una niña, la niña que había insistido tanto que no era.

Pero si Chess se había dado cuenta, no dijo nada al respecto. Seguía mirándome fijamente, como si hubiera dicho algo en otro idioma y necesitara traducirlo en su cabeza antes de responder.

—¿Y por qué no me has llamado? —preguntó.

—¿Cómo?

Tuve que agarrarme al borde de la encimera para mantenerme atada a la realidad.

—¿En serio me acabas de preguntar por qué no te he llamado? —pregunté—. ¡Lo he intentado! ¡Muchísimo! ¡Te estuve llamando constantemente las primeras semanas! Y luego intenté darte el espacio que necesitabas, porque fue lo que me pediste, pero… ¡te he escrito un montón de cartas!

—Y yo te he respondido —dijo—. Sé que tardé un poco en estar preparada, pero te respondí y te dije que, si me necesitabas, podías llamarme.

—¡No dijiste eso!

La cafetera empezó a hacer un ruido siniestro, pero lo ignoré.

—¡Me dijiste que necesitabas averiguar cómo era tu vida sin mí! —exclamé—. ¡Básicamente, me dijiste: «Ugh, vale, llámame si necesitas que te saque de la cárcel»!

—¡Sadie, no!

Chess cruzó la cocina en dos zancadas y me puso las manos sobre los hombros.

—No —repitió mirándome a los ojos—. No te dije eso, en absoluto.

Me apreté la lengua con fuerza en el cielo de la boca. Estaba a punto de echarme a llorar.

—Dije que tenía que averiguar cómo era mi vida cuando no giraba únicamente a tu alrededor, no que quisiera una vida en la que tú no estuvieras —dijo—. Tú has sido el centro de mi vida durante mucho tiempo, Sadie. Desde que éramos pequeñas, me lo grabaron a fuego: «Cuida de tu hermana. Protege a tu hermana. Todo irá bien si consigues que tu hermana esté bien».

Me estaba clavando los dedos en los hombros tan fuerte que casi me dolía.

—Pero todo eso que me dijiste era verdad —continuó—. Fue una patada en el estómago, pero tenías razón. Me he concentrado tanto en cuidarte que me he pasado todos estos años tratándote como a una cría, cuando… Joder, eres una adulta mucho más funcional que yo.

—No lo soy. —Sorbí la nariz.

—Te has montado una vida aquí —dijo—. Lo he visto en tus cartas. Has construido un mundo tuyo propio, una vida plena y feliz, y… y creo que, antes, yo era lo que te impedía hacerlo. Mi mundo giraba a tu alrededor, así que hice que el tuyo girara a mi alrededor.

Se le derramó una lágrima por la mejilla.

—Lo último que quería era distanciarme de ti, pero, después de lo que pasaste con la boda, me di cuenta de que era lo que necesitabas. Tenía que darte la oportunidad de vivir tu propia vida. De ser la mujer adulta que eres, sin que yo estuviera constantemente tratándote como a una niña. Averiguar lo que quieres de verdad, sin que yo interfiera. Porque te he querido tanto que te estaba ahogando.

—Chessie, no —susurré—. No.

Me soltó un hombro para secarse las lágrimas.

—Me… me costó mucho escribir esa carta —dijo bajando la voz—. Pensaba… Bueno, sigo siendo un desastre, pero en tus cartas veía que tú estabas prosperando. No parabas de decirme que me echabas de menos, pero pensaba…, pensaba que lo decías por costumbre, o por culpa, o algo así. Así que te escribí… bueno… si todavía había hueco para mí, si seguía teniendo un sitio, si todavía me necesitabas en tu vida, necesitarme de verdad.

—No. No, no, no, Chessie.

—Y no me llamaste. —Se le quebró la voz—. Dejaste de enviarme cartas…

—¡Pensaba que ya no querías que lo hiciera!

—… y luego en tu cumpleaños… Joder, tenía muchísimos planes para tu cumpleaños. Tenía muchísimas ganas de verte, pero no me habías escrito y tampoco me habías llamado y… —Se secó las lágrimas con la muñeca—. Me acojoné. Lo único que conseguí hacer fue mandarte la caja de vino y esperar a que, pese a que yo no tuviera el valor de llamarte, quizá tú me llamaras, aunque solo fuera para decirme que la habías recibido, pero…

La envolví con los brazos lo más fuerte que pude.

—Chess, cuánto lo siento. —Aspiré una bocanada de aire contra su pelo—. Pensaba… Creía… ¡Tengo un puñetero doctorado en Lengua y lo he leído todo mal!

Ella no contestó. Estaba demasiado ocupada llorando, con la cara contra mi hombro. La alegría de que estuviera aquí y el duelo por los últimos meses se mezclaron, y fue absoluta y profundamente eucatastrófico.



Un poco después, nos sentamos en el sofá con unas tazas de café que había conseguido preparar. Su taza era una de las de Jonah. La imagen de esa taza en sus manos me provocó una sensación que no sabría explicar.

Había muchas cosas que no sabía explicar, sinceramente. Había tantas cosas que quería decirle que ignoraba por dónde empezar.

Chess me miró a los ojos y sonrió un poco incómoda. Era evidente que yo no era la única.

—Bueno —dije, y le di un sorbo al café—. Eh… ¿qué tal todo?

La sonrisa incómoda se convirtió en una risilla incómoda.

—¿El llanto de antes no te ha servido como respuesta o…?

—Bueno, no sé, he pensado que debía preguntarte —dije—, ya que es evidente que últimamente se me da bastante mal leer las cosas.

Chess suspiró y soltó la taza de café.

—No, Sadie. No. No quiero que pienses que esto ha sido culpa tuya. Yo fui la que lo jodió todo, no tú. Ha sido por mi culpa.

—Perdona si me equivoco —dije—, pero creo que no fuiste tú la que vino a decirme: «Sorpresa, mañana me caso con mi némesis, o te parece bien, o si no…».

—Yo fui la que inmediatamente intentó pisotearte sin escucharte. La que ni siquiera se presentó en tu boda. La que…

—Chess, las dos somos adultas, ¿vale? Por favor, deja que asuma parte de la culpa.

Ella exhaló fuerte.

—Una de nosotras es adulta —dijo—, pero dudo que sea yo.

—Pues escúchame. —Yo también solté la taza de café—. Deja que sea la hermana mayor un minuto. Escúchame.

Ella cerró los ojos y se mordió el labio.

—Te necesito, Chessie —dije—. Siempre voy a necesitarte. Eso nunca nunca va a cambiar.

Se le volvieron a acumular lágrimas en las pestañas y parpadeó.

—No existe una versión de mi vida en la que tú no estés —dije—. Soy quien soy gracias a ti. Tú me has criado. Tú me has hecho. No

debiste tener que hacerlo, nadie quería que lo hicieras, pero lo hiciste, y jamás dejaré de estarte agradecida por ello.

—Pero no he sabido cómo dejar de hacerlo —dijo—. Sigo sin saber cómo vivir mi vida sin ponerte a ti en el centro, Sadie. Cada vez que creo que estoy mejorando… —Sacudió la cabeza.

Le cogí una mano.

—¿Y si lo averiguamos juntas?

Chess hizo una breve pausa y luego asintió. Le apreté los dedos, la acerqué a mí y le pasé un brazo por encima para que apoyara la cabeza sobre mi hombro, como ella solía hacer siempre cuando éramos pequeñas.

—Te he echado mucho de menos —susurré—. Todos estos meses sin hablar contigo… han sido horribles.

—Pero te ha ido genial sin mí.

Señaló las tres cosas que colgaban en la pared: los doctorados de Jonah y mío separados por la foto de nuestra boda.

—Ya es real, ¿verdad? Lo vuestro.

—Sí —respondí—. No lo era cuando hicieron esa foto, pero ahora sí.

Aunque las palabras estuvieran saliendo de mi boca, sabía que no eran del todo verdad. Puede que hubiera sido demasiado orgullosa, demasiado cabezota y demasiado idiota como para admitirlo, pero había algo entre Jonah y yo que había sido real desde que me planté en la puerta de su habitación y le pregunté si se quería casar conmigo.

—También necesito a Jonah —dije, y apoyé la mejilla en el pelo de Chess—. No de la misma forma que te necesito a ti, pero lo he necesitado durante mucho tiempo, y por eso me daba tanto miedo

decirte que nos íbamos a casar. Sabía que tú lo odiabas, y sabía que me intentarías convencer para que no lo hiciera si te daba tiempo suficiente para hacerlo, pero algo dentro de mí sabía que lo necesitaba.

—Lo siento. Siento haberte hecho sentir que no podías contarme algo así…, como si no fuera a escucharte.

—Eso, en realidad, no es culpa tuya. Ni siquiera yo lo sabía.

Solté una respiración larga.

—Jonah y yo siempre hemos estado en igualdad de condiciones —dije—. Es… diferente, la forma de la que lo necesitaba a él. La forma de la que siempre lo he necesitado: para mantenerme avispada, para retarme, para darme un empujón cuando lo necesito. Él también me ha hecho como soy, a su manera, durante todos estos años, para bien o mal, y ahora… ahora me ha hecho muy feliz. Es lo mejor que me ha pasado en mucho mucho tiempo.

Aparté con delicadeza a Chess de mí para que las dos volviéramos a estar rectas y poder mirarla a los ojos.

—Pero nada de esto —dije con firmeza— cambia nada de cuánto te necesito a ti, Chessie. De cuánto te quiero.

Le cogí las manos, temblorosas, en las mías.

—Tú siempre vas a ser lo primero mejor que me pasó en la vida —le dije—. Siempre te querré hasta el final del universo y de vuelta. Y sí, soy una adulta, con un trabajo y un marido y una vida plena, pero eso no significa que no tenga hueco para ti. Soy una adulta que sabe lo que quiere, y lo que quiero es recuperar a mi hermana.

Hubo una pausa larga, luego Chess por fin habló:

—¿De verdad…? —Tragó—. ¿De verdad creías que te sacaría de mi vida? ¿Así, sin más?

—Sí —respondí—. Resulta que todas esas sesiones de terapia que me has ayudado a pagar siguen siendo para arreglar mis problemas de abandono. Deberíamos poner una queja.

El sonido que salió de su garganta fue corto y agudo, pero fue una risa reconocible y el nudo que sentía en el estómago se aflojó, aunque solo un poco.

—Creo que ahora soy yo la que debería invertir su tiempo en terapia —dijo—. Es que… no sé describir lo que me ha pasado, Sadie. Es como si me hubiera quedado congelada. Se me quedó grabado en la cabeza que tenía que alejarme de ti, que tenía que dejarte ir, darte espacio, que era por tu propio bien. Sabía que, después de aquel día en el aeropuerto, tú ibas a seguir llamando y escribiéndome, y también sabía que, en algún momento, terminaría cediendo, y una voz aterrada en mi cabeza me gritaba que eso te iba a venir fatal, porque volvería a asfixiarte otra vez… así que avisé en el trabajo de que me iba a coger unas vacaciones, redireccioné el correo y… me marché.

Levantó una rodilla y apoyó encima la barbilla.

—Lo de que estaba intentando averiguar cómo era mi vida cuando no giraba a tu alrededor iba en serio —dijo—. Pero no he hecho grandes progresos. El hecho de que tuviera que dejarle mi teléfono a otra persona para no comprobar cómo estabas de forma obsesiva…

—¿Quién era, por cierto? —pregunté—. Me sonaba su voz, pero no lo he ubicado.

Ella sacudió la cabeza.

—Un amigo, da igual. Lo único que importa es que sepas que nunca nunca me vas a perder. Que te quiero demasiado para eso, aunque tú no quieras que lo haga.

—Siento mucho haberte dicho tal cosa, Chessie —dije—. Sí que quiero que me quieras. Todo lo que te apetezca. Hasta el final de todos los universos.

—No podría dejar de hacerlo por mucho que lo intentara —dijo con la voz quebrada.

Yo tragué para tratar de deshacerme del nudo en la garganta.

—Bébete el café antes de que empecemos a llorar las dos otra vez. Estoy segura de que vas a tener que volver a Sídney más pronto que tarde, y no quiero que desperdiciemos nuestro tiempo llorando.

Chess obedeció, cogió su taza respirando hondo, dio un sorbo al café y volvió a respirar hondo.

—Has dicho algo de consejo legal —dijo—. ¿Qué necesitas?

—¿Qué te parecería ayudarnos a montar un caso muy mediático por despidos masivos e improcedentes? —pregunté.



Capítulo 23

Jonah

Igual que la noche de nuestra boda, Sadie se pasó la noche llorando, pero en esta ocasión eran lágrimas de felicidad.

—Ha vuelto. —Gimoteó contra mi pecho—. La he recuperado.

Tuve unos cuantos pensamientos bastante crueles sobre cuánto tiempo había tardado y en lo débiles que me parecían los razonamientos de Chess,[53] pero no iba a verbalizarlos. Todavía me quedaba mucho trabajo hasta convertirme en una autoridad de los buenos hermanos y, en cualquier caso, esta no era una situación en la que fuera necesario un abogado del diablo.

Así que simplemente abracé fuerte a mi mujer, le acaricié el pelo y la dejé disfrutar de ese momento. Daba igual lo enfadado que yo estuviera por cómo Chess había hecho sentir a Sadie los últimos meses, no iba a envenenar este pozo.

—¿Cómo estás tú? —me preguntó Sadie, y giró la cara contra mi piel para darme un beso en la clavícula—. He estado muy metida en mi cabeza y no te he dado la atención que te mereces, aunque estés literalmente a punto de sacrificar toda tu carrera. ¿Estás bien?

Me tomé un segundo para pensarlo, con los dedos merodeando por su piel.

—Mentiría si te dijera que sí —respondí—, pero estoy mejor de lo que pensaba que estaría.

Me había ayudado haber pasado la mañana con Fiona mientras Sadie estaba con Chess. Nos sentamos a la mesa de la cocina con una tetera de infusión de jengibre cuando les niñes se fueron al colegio y hablamos del asunto. «Da igual lo que papá te haya metido en la cabeza, hay vida para los Fisher fuera del mundo académico —me dijo Fi—. Si hace falta, encontraremos la tuya, Jonah. Te lo prometo».

Luego sonrió y me dijo: «Yo te ayudaré», y algo se me hinchó en el pecho, tanto que casi me dolía, porque sabía que lo decía de verdad.

—Pero no vas a perder tu trabajo —dijo Sadie dándome un beso en la mandíbula—. No vamos a permitir que eso ocurra. No sé si te he dicho alguna vez lo buena abogada que es Chess, pero si yo te parezco una buena académica…

—«Brillante» creo que fue la palabra que utilicé.

—Perdón por parafrasear cuando debería haberte citado, pedante. —Me dio un mordisquito en la oreja—. En fin, que si crees que yo soy una académica brillante, ella es mil millones de veces mejor abogada.

Luego suspiró.

—No me puedo creer que entendiera tan mal esa carta.

Contuve un resoplido. Yo sí que me lo creía.

Había un fenómeno narratológico, llamado comúnmente «interpretación excesiva», en la que las personas leen en un texto

cosas que realmente no están en él.[54] Cuando Sadie me enseñó ayer la carta de Chess, me quedó muy claro que, atrapada en la espiral de duelo y culpa durante meses, había hecho una interpretación excesiva.

Pero tampoco me había quedado totalmente claro. La culpa no recaía totalmente sobre los hombros de Sadie. Yo no sabía si Chess había escrito una carta ambigua a propósito o no, aunque era más que evidente que dejaba mucho lugar a la interpretación.

Sin embargo, no pensaba decirle nada de esto a Sadie. «Esposa que no llora enérgicamente, Jonah que no cree morir trágicamente.[55]

—Como alguien que tiene un doctorado en leer cosas, cabría pensar que es algo que se me da bien. —Sadie trazó círculos sobre mi pecho—. Mira lo mal que te he leído a ti durante años y años y años.

Esta vez sí que resoplé.

—No me has leído mal. No siempre, al menos. Me merecía mucho del desdén que me lanzabas. Al igual que con la cocina y la limpieza, aprendí vergonzosamente tarde a no ser un gilipollas tocanarices.

Sadie sonrió contra mi cuello.

—Me lo has puesto a huevo —dijo—, así que quiero que interpretes el hecho de que no voy a hacer ningún comentario como una señal de cuánto te quiero.

—Sí, sí, sigo siendo un gilipollas tocanarices. —Le di un beso en la sien—. Nadie es más contenido que tú, mi querida esposa.

Ella se rio.

Apreté el brazo a su alrededor.

—Pero, si quieres un buen ejemplo de alguien que lee catastróficamente mal una situación —dije—, te voy a contar cómo me rompiste el corazón cuando teníamos diecinueve años.



Para disgusto de Sadie y para mi alivio bien disimulado, Chess había declinado nuestra oferta de quedarse en casa el tiempo que estuviera aquí; prefirió quedarse en el hotel que había reservado. Sin embargo, para deleite de Sadie y para mi disgusto bien disimulado, sí que prolongó su estancia para pasar más tiempo trabajando con Julia y el sindicato en los primeros pasos de la campaña antifase tres de Nuevarsidad, y Sadie insistió en que la invitáramos a cenar.

—El Jonah que vive en la cabeza de Chess es el *tweed bro* del que me pasé una década entera rajando —dijo, de pie en la cocina mientras nos tomábamos un té rápido la tarde siguiente—. Quiero que conozca al Jonah de verdad. Al Jonah de cárdigan. Al Jonah osito de peluche.

—Hazme solo un favor —dije—: por favor, no te refieras a mí como Jonah osito de peluche en ningún sitio donde ella, o cualquier otra persona del mundo, pueda oírte.

—Vale, vale. —Se puso de puntillas para darme un beso—. Recibido. Eres un hombre muy macho. Tienes tu orgullo.

Luego sonrió contra mis labios.

—Pero sí que eres un osito de peluche. Mi osito de peluche. Y no te voy a soltar.

—¿Ah, sí? —Bajé los dedos por su costado, y ella se sobresaltó y se rio cuando la levanté contra la nevera—. Demuéstramelo.

Sadie me envolvió el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Te vas a enterar, Fisher.

Me lo demostró. Todavía tenía las marcas de media luna de sus uñas clavadas en los hombros cuando salimos de casa para cenar unas horas más tarde. Se había aferrado a mí.

Quedamos con Chess delante de Tsundoku.

—Me muero de ganas por enseñarte este sitio, Chessie —le dijo Sadie—. Te va a encantar.

—Estoy segura. Hola, Jonah.

La saludé con dos besos en las mejillas, al más puro estilo europeo; bueno, besos al aire, apenas le rocé la piel con la barba.

—Hola, Chess.

Curiosamente, detrás de la barra estaba Isamu, no Satoshi.

—Me alegro de veros, Sadie, Jonah —dijo—. Y…

—Es mi hermana.

Sadie siempre estaba preciosa, pero, cuando irradiaba alegría así, estaba incandescente. No pude evitar darle un beso en el pelo. Ella me miró y me sonrió.

—Francesca Shaw —dijo Isamu—. Una clienta increíblemente preciada.

—Este es Isamu, nuestro casero —explicó Sadie—. Es enólogo. Normalmente, está en la bodega, pero…

—Tenía que discutir unos asuntos con mi hermano —dijo señalando a Satoshi, que apareció por la parte de atrás—. Él os dará una mesa y os servirá algo especial. Bienvenida, Francesca.

—Gracias —dijo Chess sin más, entrelazando los dedos.

Sadie me había dicho muchas veces que Chess tenía mucho que decir sobre vino, pero estuvo relativamente callada mientras Satoshi nos explicaba la botella de su nuevo vino espumoso sin añada.

—Sé que, profesionalmente, mi vida y la de Jonah se han ido a la mierda, pero, aun así… ¡tenemos algo que celebrar! —declaró Sadie —. Estoy muy contenta de que estés aquí, Chessie. Muy muy muy contenta de que estés aquí.

—Yo también, cari… Sadie —dijo Chess mientras todos brindábamos con nuestras copas—. Salud.

Sin poder quitarse la sonrisa de la cara, Sadie llevó todo el peso de la conversación, y le contó a Chess todo sobre todo, desde el villano de película que era Petrovski hasta nuestras desaventuras cuidando a mis sobrines, y todo lo que había aprendido de vino desde que conocimos a los hermanos Tsukamoto.

—Estarías superorgullosa de mí —dijo mientras nos llenaba las copas—. El otro día utilicé la palabra «terruño» en una conversación, y estoy un noventa por ciento segura de que la usé bien.

—Yo siempre estoy orgullosa de ti —dijo Chess—. Pero muy bien. Realmente impresionante.

—Alguna vez tenemos que ir a cenar con Fiona, la hermana de Jonah. Creo que os llevaréis muy bien. Yo solo aspiro a ser una aficionada entusiasta al vino, pero ella sí que sabe de lo que habla. Podéis discutir sobre a quién le gusta más Bibliophile.

Chess se rio. Yo también, disimulando lo que estaba pensando de verdad (que si alguna vez le decía algo remotamente combativo a Fi, tendríamos un Problema con P mayúscula), para que no se me notara en la cara.

—Aquí es donde he comprado todos los libros que te he enviado —dijo Sadie, señalando las estanterías llenas de libros a nuestro alrededor—. No tengo ni idea de cómo Satoshi mantiene tan bien abastecida la sección de literatura romántica. Quiero decir… ¿quién trae todos estos libros de segunda mano y por qué no se los queda? Pero hace un trabajo genial.

—Por supuesto —dijo Satoshi, que había escuchado la conversación mientras se acercaba a nuestra mesa—. Este no es un establecimiento esnob, amiga mía. ¡Es un negocio! ¡Me encanta ganar dinero! Me esfuerzo especialmente por tener esa sección bien abastecida.

—Eres un príncipe —dijo Sadie.

Satoshi sonrió y volvió a la barra.

Le empezó a vibrar el teléfono sobre la mesa.

—Es Julia —dijo—. Seguramente sea por la campaña. Tengo que cogerlo.

—Ve —dijimos Chess y yo al mismo tiempo.

—Cuando vuelva, traeré unas cartas para que pidamos la cena —prometió Sadie, y se marchó.

Eso hizo que Chess Shaw y yo nos quedásemos a solas por segunda vez desde que hay registros.

Le di un sorbo a mi copa de champán. Era mi cuñada. Por el bien de Sadie, tenía que mostrar cierto control. Tenía que ignorar cualquier resto de programación argumentativa tóxica que mi padre me hubiera metido en la cabeza. Tenía que dejarlo ir.

—Suéltalo —dijo Chess.

Yo la miré.

Ella le dio un sorbo a su copa.

—No me vengas con esa inocencia fingida. Sé que te mueres por decirme varias cosas. Así que, venga, dímelas.

—No tengo ningún interés en discutir contigo —dije—. A Sadie le sentaría muy mal, y lo único que me importa ahora mismo es que sea feliz.

—En eso —dijo Chess— estamos de acuerdo.

—Sadie te adora —dije—. Si eres importante para ella, lo eres para mí. Soy consciente de que nunca te he caído especialmente bien, pero ahora somos familia y… no sé cuánto te habrá contado Sadie de todo esto, pero yo también he estado reconstruyendo la relación con mi hermana, y significa mucho para mí. Quiero que Sadie tenga una buena relación contigo. Y quiero llevarme bien contigo. De verdad.

—En eso también estamos de acuerdo —dijo—. Le has hecho bien. Es evidente que le haces bien. Sigue así, y yo no tendré ningún problema.

—Lo mismo digo.

La cosa se me estaba yendo un poco de la manos. Sentía que me avecinaba a un precipicio mientras la miraba directamente a los ojos.

—Quiero que nos llevemos bien, Chess —dije—. Pero si alguna vez vuelves a hacerle algo así a Sadie, si vuelvo a escuchar alguna vez a mi mujer llorar hasta quedarse dormida, te arruinaré la vida.

Cómo lo haría, no tenía ni idea. Era un académico con chaqueta de *tweed* a punto de quedarse en el paro con muy poca experiencia en el mundo fuera de la torre de marfil. No tenía ni idea sobre cómo arruinarle la vida a alguien.

Sin embargo, también era un hombre inteligente. Si fuera necesario, averiguaría cómo hacerlo.

—Me parece justo —respondió Chess—. Si vuelvo a hacerle daño, me merezco que me arruines la vida.

Mantuvo la mirada perdida a lo lejos durante un instante, como si estuviera mirando a algún otro mundo por encima de mi hombro, con la pena reflejada en el rostro. Una parte de mí quería girarse para ver lo que estaba mirando. Otra parte quería tocarle el brazo y preguntarle si estaba bien.

—Pues parece que tenemos un trato —dije, lo más tranquilo que pude y tendiéndole una mano.

Chess la aceptó y me la estrechó. Resultaba más que evidente de dónde había aprendido Sadie a dar ese apretón tan asertivo.

—Trato hecho.

Luego me soltó y se reclinó sobre su silla, mientras le daba un sorbo al vino espumoso.

—Recibí tu correo.

—Lo imaginé. Me cuadró cuando le mandaste la carta a Sadie.

Se mordió el labio durante un instante. Bueno, en realidad, no llegó a mordérselo, pero casi.

—Me decías algunas cosas —dijo finalmente— que necesitaba oír.

«Y, aun así, decidiste responder de una forma increíblemente fácil de malinterpretar», lo pensé, aunque no lo dije. Nadie se iba a beneficiar de que yo discutiera algo así, por mucho que pensara que tenía que haber algo más de lo que ella estaba contando.

—Quiero a Sadie más que a nada en este mundo —dijo—. Puede que nunca deje de estar enfadada porque te hayas aprovechado de su trabajo, por mucho que mi hermana insista en que te mereces este puesto tanto como ella.

Me pareció justo. Puede que yo tampoco superar esa culpa nunca.

—Pero el hecho de que estés dispuesto a renunciar a todo si es necesario… dice mucho de ti —dijo Chess—. Me quedo mucho más tranquila.

Volví a sentir que perdía ligeramente el control de la situación.

—No me des las gracias por quererla.

—No iba a hacerlo.

Chess me miró a los ojos. Pese a estar algo hundida, era muy fácil ver que estaba sentado frente a una Shaw, enfadada por todo y siempre dispuesta a discutir.

—Nunca le daré las gracias a nadie por quererla, como si fuera un favor, una adversidad, algo que supusiera un sacrificio —dijo—. Se merece todo el amor del mundo.

—Estoy de acuerdo.

—Por eso quiero que sepas que voy a esforzarme al máximo para que mantengas tu trabajo —dijo saludando detrás de mí cuando Sadie volvió a nuestra mesa—. Lo que está haciendo la universidad está en una zona gris entre la legalidad y la ilegalidad, pero, aunque no consigamos una sentencia a favor, puedo enterrarlos por completo en papeleo y burocracia. Como mínimo, puedo hacer que les salga mucho más caro despedirte que mantenerte en tu puesto.

—Además —dijo Sadie mientras se volvía a sentar y dejaba el teléfono sobre la mesa, entrelazando los dedos con los míos—, según Julia, los medios de comunicación ya se están interesando bastante en la historia. Va a dar la impresión de que Lyons te quiere despedir para poder financiar una nueva especialización en maltratar cachorritos. Si tocamos suficientes fibras sensibles, la presión sobre la universidad será tal que tendrán que dar marcha atrás.

Asentí. No pensaba que fuera a ser tan sencillo. Crecer con el profesor Christian Fisher como padre me había enseñado que las universidades no se preocupaban especialmente por los sentimientos de nadie, pero mejor no decir nada.

Sadie se llevó nuestras manos unidas a los labios y me besó los nudillos.

—Estamos a punto de convertirnos en el matrimonio más famosos de este país —dijo—. Espero que estés preparado.

Usé la mano libre para levantarle la cara hacia la mía.

—¿Tú qué crees, Shaw?

Ella sonrió. Le di un beso en la punta de la nariz. Frente a nosotros, Chess le dio un sorbo a su espumoso, y estoy casi seguro de que se tragó miles de cosas que quería decir.[56]

Eso, al menos, podía respetarlo.

—Gracias, Chess —dije, y me aparté de Sadie para mirarla a los ojos—. Por ayudarnos a pelear por esto.

Me sonrió con labios tensos.

—De nada, Jonah.

Podría ser que llegara un día en que presionara más a Chess. Por mucho que haya dicho en serio que quiero tener una buena relación con ella, aunque me convirtiera en un hipócrita de manual, teniendo en cuenta mi trayectoria como hermano, no era fácil ignorar cuánto me había enfadado viendo sufrir a mi mujer todos estos meses. Un día puede que le pregunte por qué lo ha hecho.

Sin embargo, aquella noche, Sadie estaba muy contenta, sentada con los dos, apretándome los dedos en busca de aprobación, y eso era más importante que cualquier otra cosa, así que, aunque puede que ese día llegue, no iba a ser entonces.[57]

—A ver, habladme un poco de esta comida —dijo Chess muy seria —. ¿Qué me recomendáis?

Sadie y ella entraron en un debate sobre si deberíamos o no pedir una tabla de quesos antes de cenar.

—Obviamente, vamos a pedir la tabla de quesos —dijo Sadie—, la cuestión es cuándo.

Yo las dejé hablar; únicamente decía algo cuando me preguntaban.

Quizá Chess y yo nunca estuviéramos en la misma sintonía, pero en lo más importante teníamos un acuerdo claro y firme: si Sadie era feliz, todo estaba bien.

—¡No! —gritó de pronto Satoshi—. ¡Fuera!

Señaló con un dedo al hombre que acababa de entrar en el bar.

—¡No tienes permitido entrar aquí! ¡Nunca serás bien recibido! ¡Largo!

—¿Perdona?

—Ya me has oído. —Satoshi estaba temblando.

Isamu le puso una mano de advertencia en el hombro y le dijo algo en japonés para tranquilizarlo. Satoshi le respondió a gritos.

Isamu miró al hombre y se cruzó de brazos. Incluso debajo de la camisa blanca que llevaba se lo notaban los bíceps, fatalmente.

—Será mejor que te marches.

—Está bien —dijo el hombre, molesto.

Y la puerta se cerró detrás de él.

—Jonah, ¿qué pasa? —me preguntó Sadie, que debió de notar cómo se me había tensado el brazo a su alrededor.

—Era Matt. —Me terminé el vino de un trago—. El cabronazo del marido de Fiona.

—Mierda, amor, ¿estás bien?

Asentí.

—Pero Fi puede que no lo esté. Lo único bueno de que no le pase la manutención es que no tiene que lidiar con él. Si ha vuelto a la ciudad…

—¿Cuál es su situación legal? —preguntó Chess—. ¿Tiene un buen abogado? Porque si no la está protegiendo a ella y a sus derechos, puedo echar una mano. No soy abogada de familia, pero puedo encontrar un tiburón.

La miré sorprendido.

—Tengo una debilidad por las hermanas —dijo.

Octubre



Epílogo

Sadie

—¡Oh, qué bien suena eso! —le dije a Chess con el teléfono sujeto entre la oreja y el hombro mientras intentaba sacar el corcho de una botella de vino sin romperlo—. ¿Tienes hueco los próximos días? Puedo organizar una videollamada contigo y Julia para que discutamos las tres los siguientes pasos.

—Mañana me esperan catorce horas de trabajo, pero me he cogido el viernes libre —respondió Chess—. Igual podemos comer las tres, entonces, ¿te parece?

—Claro. Avisaré a Julia. Y te prepararé la suite Bunbury.

—No hace falta, me quedo en un hotel.

Hice todo lo que pude por reprimir un suspiro. Chess había venido a Hobart varias veces en los últimos meses para trabajar con el sindicato en la campaña anti-Nuevarsidad, pero se le había metido tanto en la cabeza eso de «Sadie es una adulta que necesita espacio» que se negaba categóricamente a quedarse en casa, por mucho que le dijera que yo quería que lo hiciera.

Era o eso o que le aterraba escucharnos a Jonah y a mí echando un polvo y no quería decírmelo. En ese caso, era comprensible.

—Pero no te vas a librar de la cena del viernes en casa de Fiona —dije, sacando por fin el corcho de la botella—. Me dice que te dé las gracias cada vez que la veo.

Chess resopló.

—Seguramente ha sido más grande el tiempo que se ha pasado dándome las gracias que el tiempo que he pasado yo con su caso.

Eso no era verdad. Chess encontró una abogada de familia increíble para representar a Fiona en el divorcio, pero, además, indagó personalmente en las cuentas de Matt. Fiona casi se desmayó cuando Chess le dijo lo que le correspondía de manutención una vez que finalizaran el divorcio.

—Y te volverá a dar las gracias —dije—. Con palabras y probablemente con vino. Menos mal que también te gusta Bibliophile.

—Menos mal —repitió Chess.

Llamaron a la puerta.

—Jonah, ¿puedes abrir? —grité—. ¡Es la pizza!

—¡Voy! —gritó él.

—¿No cocina esta noche? —preguntó Chess.

—Le he ordenado que se tomara la noche libre —respondí mientras servía el vino, un syrah de Bibliophile—. Acabamos de terminar de escribir la última clase del semestre y estamos agotados. Además, la semana que viene tenemos la reunión para que nos informen de la próxima carga de trabajo…, y vete a saber cuánto más nos va a tirar encima Petrovski para vengarse.

No nos costó demasiado que la universidad diera marcha atrás con el despido de Jonah. Chess apenas había empezado a aterrorizar a los abogados cuando saltó la campaña mediática, que nos retrató como una especie de Romeo y Julieta académicos, dos amantes separados por una fuerza institucional cruel más allá de su control. «Un error administrativo pone en peligro los empleos de la doctora Sadie Shaw y el doctor Jonah Fisher, en el proyecto de despidos masivos "Nuevarsidad" de la Universidad de Lyons —dijeron públicamente—. La Facultad de Artes espera contar tanto con la doctora Shaw como con el doctor Fisher durante muchos años».

Era evidente que esperaban que, con el puesto de Jonah fuera de peligro, la campaña mediática se relajara y que podrían seguir tranquilamente con la fase tres de Nuevarsidad. Y, hasta cierto punto, así fue: seguimos exprimiéndola todo lo que pudimos, pero el interés del público en los despidos tiene un límite, sobre todo en un sector que ni terminaban de entender ni interesaba.

Pero nada agotaba a Francesca Shaw, la abogada que come abogados.

Cumplió con su palabra a rajatabla. Yo no entendía la mitad de las cosas que hizo: dime alguna jerga académica y te explicaré qué significa con todo lujo de detalles, pero con la jerga legal estoy completamente perdida; solo sé que hizo exactamente lo que le dijo a Jonah aquella noche en Tsundoku: los enterró en burocracia.

Con su ayuda, el sindicato consiguió que se cancelara la primera rama de Nuevarsidad. No se les haría ningún ajuste a los contratos 40-40-20, lo que suponía que Veronica, Lin y el resto de los precarios de Lyons seguirían teniendo trabajo el próximo semestre. Esta vez, los interinos no iban a ser los primeros en caer.

Ahora estábamos intentando cancelar la segunda rama, la de los Juegos del Hambre académicos. Nos estábamos acercando al final del curso, así que teníamos poco tiempo, pero, tal y como había empezado Chess su llamada esta noche, «Tengo una idea», estaba bastante segura de que lo íbamos a conseguir.

—Bueno, te dejo que vayas a cenar —dijo Chess—. Nos vemos dentro de un par de días, ¿de acuerdo? Te quiero.

De pronto, me la imaginé deambulando por su piso de Sídney y, por un momento, me sentí increíblemente triste. Odiaba pensar que pasaba allí sola todas las noches.

—Yo también te quiero —le dije—. Hasta el final del universo y de vuelta. Siempre.



Jonah y yo cenamos en el sofá, en pijama, viendo un episodio de *Superchef*. La pizza, de pesto y pollo, acompañada de pan de ajo, como siempre, estaba en la mesa delante de nosotros.

—Sé que es muy fácil decir esto desde la comodidad del sofá, y sé que ya no necesito este programa como un plan B por si fracasa mi carrera —dijo mientras me daba con el pie, y luego asintió a la pantalla—, pero creo de verdad que podía eliminar a varios de los participantes. No me puedes negar que cocinaría un *coq au vin* mejor que lo que está intentando hacer ese chaval.

Sí, vamos por ahí.

—¿Quieres que haga de abogada del diablo y te diga que ni de coña podrías eliminar a ese chico, y luego dejar que me convenzas de que sí? —pregunté, y tragué—. ¿O quieres que sea tu devota

esposa y te diga que eres el mejor cocinero del universo y que no hay nadie en este país que pudiera ganarte?

—La esposa —dijo al instante.

—Jonah Fisher —dije, muy seria, y me chupé un dedo para quitarme la grasa y poder ponérselo en la barbilla para dirigirle la cara a la mía y mirarle a los ojos—, eres el mejor cocinero del universo. No hay nadie en este país que pudiera ganarte.

Él sonrió.

—¿Por qué perdí tantísimos años discutiendo contigo?

—No fue tiempo perdido —dije, y le di otro mordisco al pan de ajo —. ¿Cómo habríamos podido escribir ciento cuatro clases combativas, y todas las que nos quedan, sin pasar todo ese tiempo perfeccionando el arte de la pelea como un viejo matrimonio?

El primer artículo sobre nuestro método pedagógico había salido el mes pasado en *Studies in Higher Education*, una revista muy prestigiosa: nos iba a dar puntos de investigación bastante decentes. Estábamos trabajando en un segundo artículo, pero, como el semestre había terminado, nos atrevíamos a soñar con que tal vez retomáramos nuestras investigaciones individuales en algún momento.

—Ostras, se me ha olvidado contarte… —Tragó—. Hoy me ha escrito mi padre. Me ha preguntado si «ese hombre» nos había dado ya las asignaciones para el primer semestre del curso que viene y que si necesitaba algún consejo para negociar con él, en caso de que hiciera algo poco razonable.

«Ese hombre» era el nuevo método del profesor Fisher para referirse a Petrovski. Jonah no lo había dicho abiertamente, pero había estado bastante acojonado por la reacción de su padre a la

campaña mediática y a la noticia de que a lo mejor renunciaba a su carrera académica por mí. Pero todo salió mucho mejor de lo esperado. En lugar de saltar directamente a la yugular con «¡Eres la vergüenza de esta familia! ¡Muerte, deshonra, te desheredo!», se había quedado con que Petrovski era responsable de que su hijo pudiera perder su empleo y juró venganza. No pensaba que fuera el motivo principal por el que la universidad reculó en el despido de Jonah, pero casi seguro que ayudó, y por primera en mi vida, sentí una especie de calidez hacia Christian Fisher.

… Hasta que Jonah admitió, con las mejillas sonrojadas, que su padre también dijo: «¿Por qué no preñas a Sadie como yo hice con tu madre? Eso lo resolvería todo». Con el profesor Fisher siempre habría que utilizar la evaluación relativa.

—¿Qué le has dicho? —pregunté.

—Que todavía no tenemos la carga de trabajo y que no nos reuniremos con «ese hombre» sin el representante del sindicato, pero que, si necesitamos su consejo, se lo pediremos.

Me volvió a dar con el pie.

—Énfasis en el plural. Lo que es mío es tuyo, y eso va tanto para mis injustas ventajas como para todas mis pertenencias.

—Me alegro de que pienses así —dije, dándole yo esta vez con el pie—, porque… ¿sabes tu cárdigan gris? Nunca lo vas a recuperar.



Un poco más tarde, cuando terminó el programa y recogimos las sobras de la cena («Sabes que te quiero, pero esto es inaceptable —farfulló Jonah—. La pizza no es un desayuno en condiciones,

Shaw»), nos acurrucamos otra vez en el sofá. Jonah apoyó la cabeza sobre mi regazo.

—Cuando haces eso, me planteo que debería haber dejado que la universidad se deshiciera de mí —dijo con un ruido de satisfacción mientras le acariciaba la cabeza—. Esta es la auténtica carrera de mis sueños: tumbarme en el sofá mientras mi mujer me mima.

—El sueldo es una mierda. —Le peiné con los dedos.

—Mmm, pero los beneficios son magníficos. —Me cogió una mano y se la llevó a los labios.

Intentó soltarme, pero no le dejé.

—Se le está gastando el acabado a tu alianza —le dije, y luego pasé el pulgar por encima—. Vamos a tener que volver a cambiarlo.

—Deberíamos dejarnos de tonterías y comprar unas de verdad. —Me volvió a besar la mano—. Tenemos algo de dinero ahorrado. Ambos estamos trabajando. Sé que todavía quedan dos años de periodo de prueba, pero Petrovski no se va a atrever a despedirnos ahora. Y no podemos pasarnos toda la vida con anillos malos.

«Toda la vida».

Empecé a sentir en el estómago una sensación dulce y cálida.

—Vale —susurré, y me agaché para besarle la punta de la oreja.

Luego le empuje el hombro.

—Levanta.

—No —gruñó.

—Venga, levanta —dije, empujándolo hasta que se sentó. Luego le quité el anillo del dedo—. No voy a permitir que vayas por ahí con una alianza en estas condiciones, Fisher. Tengo mi orgullo. Tenemos que cambiar las alianzas hasta que compremos unas de verdad.

La idea se me ocurrió mientras rebuscaba en el cajón de la ropa interior la última de las tres alianzas de cuatro dólares. No fue algo repentino, punzante, penetrante. Se asentó lentamente en mi interior, como uno de los cárdigan de Jonah alrededor de los hombros. No dejó la alegría eufórica de una eucatástrofe, sino algo más parecido a la satisfacción, a una alegría más amable, más rutinaria, pero muy profunda igualmente.

Me guardé ese pensamiento y decidí darle vueltas más adelante. Me parecía un concepto sobre el que necesitaba teorizar.

—Por cierto, hablando del dinero que hemos ahorrado —dije, lanzando al aire el último anillo y volviendo a cogerlo mientras volvía al salón—. Tengo una idea.

—¿La entrada para una casa? —Había un ligero nerviosismo en la cara de Jonah.

Habíamos hablando de empezar a ahorrar para comprar una casa. «Me encanta este piso, pero es muy pequeño», le había dicho hace algún tiempo. Él estuvo de acuerdo y me respondió: «Sobre todo si queremos…».

Y entonces ambos nos sonrojamos y nos quedamos mirándonos un momento, con el recuerdo de la broma de su padre sobre preñarme sobrevolándonos incómodamente.

—Antes de que empecemos a ahorrar en serio para la entrada de una casa —respondí.

Todavía no estábamos preparados para cómo tenía pinta de que iba a seguir esa conversación. Era una cuestión de «cuándo», no de «si». Estaba bastante segura de que ambos nos encontrábamos en el mismo punto, pero lo nuestro aún era muy reciente y eso podía esperar.

Me agaché sobre el borde del sofá a su lado.

—¿Qué te parece si celebramos una boda? —pregunté.

Él parpadeó.

—¿Una boda?

—No me malinterpretes, nuestra primera boda fue muy bonita, pero yo no estaba pasando precisamente por mi mejor momento —dije—. Y no me di cuenta de lo que te estaba pidiendo cuando te pregunté si querías casarte conmigo. No sabía por qué lo estaba haciendo. Lo que sentía en realidad. No era consciente de que no podía vivir sin ti.

—Ay, Sadie —dijo suavemente.

—Además, ninguna de nuestras hermanas estuvo presente, claro. —Le cogí de la mano y me la llevé a los labios—. Sé que Fiona todavía no sabe que nuestra primera boda no fue exactamente por los motivos clásicos, pero… me gustaría volver a hacerlo. Elegir esto, elegirnos el uno al otro, de verdad y para siempre, en lugar de hacerlo porque había sido lo más conveniente.

—Sadie —dijo Jonah con un sollozo.

Lo miré. Se quitó las gafas para secarse las lágrimas.

—Ay, amor. —Le envolví con los brazos y lo abracé con todas mis fuerzas.

Le pasé los dedos por la barba y me aparté para poder besarlo mientras le ponía la alianza.

—Espero, entonces —dije contra sus labios, los labios elegantes de ese hombre tan inteligente que se había unido a mí con el vínculo más irrompible del mundo— que digas que sí.

1. Quiero pensar que el sadismo del jefe de departamento era intencionadamente irónico, ya que uno de los autores que estábamos estudiando era el Marqués de Sade, pero esa sería únicamente mi lectura.

2. Aunque fueran a las ocho de la mañana, lo que ya os debería decir algo.

3. Este trabajo fue el único en el que recibí menos de una matrícula de honor en toda la carrera. No tengo la transcripción delante, así que no puedo citar textualmente lo que dijo, pero no me cabe ninguna duda de que también fue así para Sadie.

4. Arte/Derecho, ella; Arte/Economía, yo. Lo pongo en las notas al pie porque, aunque es interesante, no es especialmente relevante: nuestra segunda titulación nunca volvió a ser importante.

5. Nunca subestimes la capacidad de un joven con el orgullo herido de reforzar los comportamientos que le asegurarán que el amor no correspondido por la chica que le gusta siga siendo no correspondido.

6. Probablemente lo fuera.

7. Semanalmente. Como mínimo.

8. A veces, horrendos; a veces, caros; normalmente, las dos cosas. Nada te destroza tanto el ánimo como los pisos en alquiler en Sídney.

9. No recuerdo exactamente lo que dije después, pero fue algo como: «Si te intimido, eso dice más de ti que de mí, Shaw». Así que esta tregua en concreto duró unos tres segundos.

10. Me encanta una buena nota al pie larga y tangencial, pero si cuento la historia de esa época especialmente oscura de mi carrera académica (trabajar con ese académico especialmente horrendo y su otro asistente de investigación particularmente horrendo), el pie de página quedaría como una auténtica novela de terror.

11. En serio. No lo hagas.

12. Precario (n.): Clase marginal de académicos sin seguridad laboral, demasiado cualificados para hacer cualquier otra cosa. (Ver también: en números rojos).

13. Las becas de doctorado están por debajo del umbral de la pobreza, pero al menos ves el umbral.

14. Es decir, hacer una farsa completa de nuestra tregua.

15. Mi padre nunca pregunta. Siempre dice.

16. Aunque no llevara las gafas, pude ver un pijama que se ponía muy a menudo: pantalones de algodón de rayas y camiseta azul oscuro, que le caía por la clavícula de forma que… Da igual.

17. No me preguntes por la disonancia cognitiva necesaria para algo así, porque no te la sé explicar.

18. Vale, sí, Sadie tampoco tenía un hermano académico, pero teniendo en cuenta que a) Elias todavía no había conseguido un trabajo fijo pese a llevar años intentándolo, y b) sí que tenía una hermana que daba miedo, la balanza en ese aspecto estaba mejor equilibrada.

19. Por norma general, cuanto más intentaba ocultar mis sentimientos, más complicadas eran las recetas que probaba. Como consecuencia, aquel día estaba preparando un solomillo Wellington. Para uno.

20. Me doy cuenta de que, en esta metáfora, estaríamos pisoteándonos el uno al otro para ir directos al fuego enemigo, pero, dadas las aplastantes cargas de trabajo a las que se enfrentan la mayoría de los académicos y el agotamiento en el mercado laboral promedio que solo se centra en los beneficios, la mantengo.

21. Transcripción de esta conversación increíblemente larga:

sadie: Deberíamos compartir un Uber para ir y volver al aeropuerto. Será más ba-

rato.

jonah: Vale. Uso yo mi cuenta para ir, ¿usas tú la tuya para volver? sadie: Vale. Una novela de tres tomos, casi.

22. Uno de los inconvenientes de crecer en una familia de dinero y luego negarte rotundamente a aprovecharte de ello, una vez que eres adulto, era que notabas la diferencia entre el vino barato y el caro, pero no tenías forma de conseguir el bueno sin arriesgar tu integridad.

23. Tampoco él me caía muy bien a mí. Si quieres escuchar algunas opiniones profundamente erróneas sobre las comedias satíricas de Thomas Middleton y Ben Jonson, el doctor Rory Worland es tu hombre.

24. Mi parte académica sabía que eso no era verdad. La idea de la sangre helándose viene de la noción galénica de los cuatro humores, algo muy recurrente en la literatura medieval y en los inicios de la literatura moderna. Se consideraba que la sangre era caliente, por lo que la idea de que se helara la sangre era una

forma de expresar un desfase total de los humores y una grave enfermedad. A pesar de ser consciente de ello, sentí que la sangre se me helaba.

25. Generalmente, conmigo.

26. Nuestro breve encuentro había ido mucho mejor de lo que tenía derecho a ir, pero quizá lo único realmente incómodo fue cuando mi madre me llamó, me dijo: «No le digas esto a tu padre, pero…» y se ofreció a pagarnos una suite de luna de miel en un hotel de lujo para la noche de bodas. Evidentemente, tuve que decirle que no; recién casados o no, era imposible que Sadie aceptara pasar nuestra última noche en Sídney en cualquier otro sitio que no fuera con su hermana, y no podía correr el riesgo de que alguien se lo contara a mi madre si pasaba la noche solo en la suite. Pero intentar explicarle a mi madre por qué mi nueva esposa y yo preferíamos pasar nuestra primera noche de casados juntos bajo el techo de mis padres, en lugar de bebiendo champán en un Ritz-Carlton, fue mucho más complicado que mi doctorado.

27. Con franqueza, con una franqueza brutal, pero me había ayudado.

28. Tuvimos una discusión sobre si el fotógrafo era o no necesario, y Sadie ganó.

—Es como el anillo de compromiso —dijo—. Si ponemos un par de fotos de nuestra boda sobre la mesa en el trabajo, será una forma muy sencilla de señalar que lo nuestro es real sin tener que comportarnos como una pareja de adolescentes cachondos en público.

—Pero…

Suspiró.

—¿Quién de los dos sabe más de comedias románticas, Fisher?

29. Diría que las probabilidades de que Elias tuviera realmente planes eran de un quince por ciento: posible, sí, pero increíblemente conveniente.

30. Ya sabes cuál.

31. Pese al hecho de que combinar pizza con café era objetivamente asqueroso. Sobre eso sí discutíamos.

32. Si no podíamos ir al Ritz-Carlton, pues…

33. Teniendo en cuenta que no conseguí ninguno de los cuatro trabajos para los que hice la entrevista, «de la suerte» puede que fuera una exageración, pero los vínculos emocionales no siempre son racionales.

34. Menos conocido porque Shakespeare no escribió nada de ese género. Fue algo que apuntó Sadie cuando intentó convencerme de que la bardolatría del siglo xix (cuando unos cuantos críticos decidieron que Shakespeare era un millón de veces mejor que todos sus contemporáneos) se podía considerar como una analogía floja al discurso contemporáneo de BookTok, porque elevaba a un autor concreto por encima de los demás por motivos que, desde fuera, podían ser bastante complicados de percibir. Yo no creía que tuviera razón, pero me sorprendió ver que había asimilado tanto de las culturas literarias renacentistas. No pensaba que le hiciera mucho caso a mi investigación.

35. Luego sí lo hice. Si dividíamos la diferencia y cada uno hiciéramos, pongamos, 5.500 palabras, multiplicado por 52, eran 286.000 palabras: el equivalente a unas tres novelas.

36. La única satisfacción que saqué de esta conversación, de la que, debido al agobio, no fui consciente hasta mucho más tarde, fue la insinuación de que ni siquiera habían tenido en consideración a Rory Worland.

37. Iniciadas en una ratio de unas 3:1 Fisher:Shaw.

38. «Donde dos discuten, el amor es liviano:

¿Quién amó y no lo hizo a primera vista?».

cristopher marlowe, *Hero y Leandro* (1598), frases subrayadas por Jonah Fisher una semana después de conocer a Sadie Shaw el primer año de universidad y, «sí», escrito junto a ellas.

«Cuanto más me esmero, quiero; cuanto más quiero,

menos espero: diviso mi ruina, desde luego».

jonh ford, *Lástima que sea una puta* (1633), frases subrayadas por Jonah Fisher poco después de mudarse a la casa compartida, «esto te arruinará si se lo permites» escrito junto a ellas.

«Sé que me odia,

pero no elijo yo amarla:

no tiene importancia, aunque solo sea para molestarla, la perseguiré».

thomas middleton y william rowley, *The Changeling* (1622), frases subrayadas por Jonah Fisher el día después de la defensa del doctorado. «totalmente identificado», escrito junto a ellas.

Puede que haya relegado mi adoración hacia Sadie a los márgenes de mi cabeza en un intento de fingir que era así, pero eso no quería decir que no hubiera sido

siempre obvio para cualquiera que lo buscara.

39. Menos mal que Lex estaba allí, la verdad. Todavía me quedaba mucho que aprender como niñero.

40. Sí, literal y metafóricamente.

41. El cambio climático es una realidad, por lo visto.

42. Era en la que metí todas las Antologías Norton. Cualquiera al que se le ha caído uno de esos libros sobre un pie y, por lo tanto, que no hubiera sido capaz de caminar durante una semana, entenderá lo irritante que me resultaba.

43. Y, por el doble de suerte, Isamu se marchó después de subir esa caja de libros, porque si Sadie hubiera visto mi horripilante imagen intentando usar una llave Allen, lo más probable habría sido que hubiera salido corriendo detrás de él.

44. ¿Estupidez?

45. Ya habíamos escrito más de treinta. Quince años después de que nos pusieran la peor nota de nuestra vida porque éramos unos colaboradores terribles, Sadie Shaw y yo habíamos aprendido a trabajar juntos bastante bien.

46. Sí, sí.

47. Esto tuvo… un éxito parcial, diría. Principalmente, porque también me costó levantar el saco de fertilizante. No era yo Isamu Tsukamoto, precisamente.

48. Era ridículo lo convencida que estaba de que era una de las personas más egoístas del mundo. «Tengo que estar en el top diez, seguro», insistía, mientras, al mismo tiempo, me hacía algo que me hacía levitar. La quería con locura, pero a veces tenía lagunas enormes en sus argumentos.

49. Un día y medio, concretamente. Era un piso muy pequeño.

50. Tampoco creo que fuera sorprendente que dos personas que discutían con tanta pasión y con doctorados en palabras tendieran a ser, ejem, charlatanes durante el coito.

51. Ciencia.

52. Julia le había enseñado a Sadie el juego para beber con «nuestros empleados» y «nuestro bienestar», y jugábamos con cada discurso del decano. Me sentí un poco culpable por participar en un juego creado por la mujer que le había roto el corazón a mi hermano, pero no se podía negar que era increíblemente preciso.

53. «Creía que te estaba asfixiando, así que la única alternativa posible era salir de tu vida por completo». ¿En serio? Eso se llevaría algunas palabras muy severas

en los márgenes sobre conclusiones apresuradas y una falta integral alta de matices si fuera algún trabajo que estuviera evaluando.

54. Si alguna vez has visto una representación de *Hamlet* por un grupo de teatro aficionado que trascurre en un manicomio, de las que yo he visto tres, no me preguntes por qué; sabes perfectamente qué es la interpretación excesiva.

55. Menos lágrimas de felicidad. Todo buen mantra debe tener letra pequeña a pie de página.

56. ¿Podía ser una interpretación excesiva? Claro. ¿Lo era? Desde luego que no.

57. Era impresionante, en realidad, la cantidad de control que era capaz de ejercer ahora que no gastaba la mayoría de mi energía mental en esconder mi amor por ella en las notas a pie de página.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com